

Premio de Gouden Strop 2011 al mejor autor de novela negra

SILENCIO

gauke andriessse

De los bajos fondos de la prostitución legal a las altas esferas del mundo del arte: un nuevo caso del detective Jager Havix

Lectulandia

Nadine Husak, una joven eslovaca que había llegado a los Países Bajos en busca de una vida mejor, desaparece sin dejar rastro. Una amiga convence al reticente detective Jager Havix para que la encuentre. Descubrirá que se halla en el barrio rojo en el que, tras la fachada de la prostitución legal, se esconde un submundo de violencia y explotación humana que la hace de nuevo desaparecer. Al mismo tiempo es requerido como experto en arte por la agente de policía Luz Daalhoff. Investiga la misteriosa muerte de un vagabundo entre cuyas pertenencias se encontraba un óleo desconocido de Edgar Fernhout. Las pistas que encuentra se remontan a los turbulentos años de la Segunda Guerra Mundial, a las actividades en la resistencia de un joven dibujante, Marten Toonder, y a una red de falsificaciones de obras de arte destinada a aprovecharse de la voracidad artística de los nazis, pero con ramificaciones y consecuencias posteriores. Ambos casos, sin aparente solución ni conexión, arrastran a Havix a una serie de situaciones peligrosas que trastocaran su melancólica existencia marcada por el fallecimiento de su esposa.

Silencio es una ágil novela de intriga que nos lleva de los bajos fondos de la prostitución a las altas esferas, no menos reprobables, del mundo del arte. Una denuncia de las trampas legales y la hipocresía social en un nuevo caso del detective Jager Havix que, como en toda buena novela del género negro, nada es lo que parece.

Lectulandia

Gauke Andriesse

Silencio

Jager Havix - 02

ePub r1.1

Titivillus 18.01.15

Título original: *Stilzwijgen*
Gauke Andriess, 2008
Traducción: Julio Grande

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ton Bos

Da mihi factum, dabo tibi ius

Dame a mí los hechos, que yo te daré el derecho

I

—¿Se puede fumar aquí? —preguntó a sabiendas de que no se podía.

Fui incapaz de reprimir una sonrisa. El muchacho respondió con educación y un rostro impasible, pero me pregunté qué pensaría de ella. Señaló hacia el extintor que había en el techo:

—No, mejor no. Podrá hacerse usted cargo de que este es el último lugar donde quisiéramos que se produjera un incendio. Ahora los dejo a solas, tómense todo el tiempo que quieran. Si me necesitan, sólo tienen que accionar el interfono.

La puerta se cerró suavemente a sus espaldas.

Nos encontrábamos en el sótano de una sucursal bancaria en el Keizersgracht, dentro de una habitación semivacía con una mesa metálica y dos sillas de formica. Las paredes desnudas y la intensa luz de los focos empotrados en el techo acentuaban el sobrio aspecto de clínica que transmitía la sala. Frente a la primera puerta, había otra por la que acabábamos de entrar en compañía del mismo empleado y que daba acceso a una habitación mucho mayor, en la que Charlotte había sacado de uno de los muros la caja de seguridad de su padre. Se necesitaban dos llaves para abrirla: una se hallaba en poder del banco y la otra la tenía ella.

Ahora que estábamos sentados la veía frente a mí nerviosa e incapaz de abrir la caja. Habría preferido aplazarlo para fumarse antes un cigarrillo en la calle y beberse con avidez una buena copa de vino tinto, pero se puso a girar uno tras otro con el índice y el pulgar los llamativos anillos de coloridas piedras.

Era inquieta, con repentinos cambios en su estado de ánimo y sin un momento de tranquilidad, tal vez por miedo a perderse algo o porque le parecía que todo merecía la pena; quién podía saberlo. Apenas nos conocíamos y, sin embargo, me había pedido precisamente a mí que la acompañara.

—Tienes que abrirla tú —dije.

—Ay, estoy tan nerviosa... —De repente se le ensombreció la mirada—. No creerás que estoy así porque espero encontrar algún tesoro oculto, ¿verdad? O que la caja está llena de alhajas y diamantes y que es eso lo único que me importa, ¿no? No estarás pensando eso, ¿verdad?

Volvió a sorprenderme la rapidez con la que su rostro cambiaba de expresión.

—De ser así, no te habría acompañado.

La cara de preocupación había desaparecido de nuevo para dejar paso a una suma concentración. Respiró hondo y atrajo la caja hacia sí.

—Muy bien, vamos allá.

Abrió la tapadera oblonga con bisagras en la parte posterior y giró la cajita para que yo también pudiera ver su contenido.

Sobre un montón de documentos y joyas había una cuartilla que llevaba por título «Inventario». Con la objetividad y meticulosidad que le habían caracterizado siempre y, hasta cierto punto, causantes en el pasado de las fricciones entre padre e hija, el

notario Diederik Hoving había elaborado una lista manuscrita de todas las cosas que había conservado y guardado. Una a una, fue sacándolas Charlotte del cajón y extendiéndolas sobre la mesa. Era una colección de papeles y objetos que guardaban relación con los padres de Diederik, por un lado, y con él y su esposa, la madre de Charlotte, por el otro.

Primero se enumeraban todos los papeles: el parte de boda oficial del enlace matrimonial entre Diederik Martinus Hoving y Elizabeth Jacobine van Zijl, impreso en papel de tina y provisto de filigrana; el libro de familia encuadernado en piel; la partida de nacimiento expedida en Ámsterdam de su hija única Charlotte Victoria; un atado de cartas unidas por una pequeña cinta sobre el que podía leerse «Correspondencia de papá y mamá»; y, por último, la esquila mortuoria y la necrológica de su esposa, en la que pude ver que había fallecido ya en 1968.

Charlotte acarició con el dedo el viejo recorte de periódico.

—Yo sólo tenía tres años cuando murió. Soy incapaz de recordarla. Salvo de generalidades, papá nunca quería hablar de ella. Era «guapa, cariñosa, te quería mucho, eras la niña de sus ojos, nuestro matrimonio fue muy feliz», lo único que podías sacarle. Si seguía preguntándole, acababa por enfadarse. Después de haber estado todos estos años sin saber nada, me da no sé qué empezar ahora a leer sus cartas. ¿Te parece extraño?

Habría preferido que hubiera tratado el tema con una amiga, así que respondí con un incómodo:

—No, qué va.

Se quedó mirándome un instante y dijo:

—Perdona, no te molestaré más.

Continuó con la lista y fue colocando sobre la mesa objetos que habían pertenecido a los padres de su padre. Una pequeña carpeta de piel desgastada con fotos en color sepia de sus dos abuelos paternos y de sus respectivas familias. Las alianzas, el reloj de bolsillo del abuelo y las joyas de la abuela. Todo parecía muy valioso y, junto con las imágenes de las fotografías, confirmaba lo que yo ya sabía sobre la ilustre cuna de Diederik. Su padre había sido un prestigioso notario casado con una muchacha también descendiente de un linaje de notarios. Un matrimonio concertado, al igual que el de Diederik y su esposa. En aquella época y en aquellos círculos no era algo insólito, pero a la hija ya sólo la idea le parecía ridícula. También, en lo concerniente a su carrera profesional, lo más lógico del mundo era que Diederik Hoving siguiera los pasos de su padre, algo que, asimismo, su hija le había echado en cara después: él podía hacer lo que los demás esperaban de él, pero ella no quería ser así.

Una vez despachada toda la lista, apareció en el fondo de la pequeña caja metálica un sobre del que no se hacía mención. Charlotte me miró con las cejas arqueadas. «Para Charlotte, 28 de marzo de 2006» podía leerse en él. Como estábamos a 9 de abril, resultaba que esa carta no llevaba ni dos semanas ahí. En ese intervalo había

fallecido su padre en un incendio y, tras una breve y sobria ceremonia, lo que quedaba de él fue sepultado junto a su esposa en el panteón familiar.

Durante el funeral, yo me había mantenido en un discreto segundo plano y, al principio con sorpresa pero muy pronto con creciente irritación, me dediqué a observar el abigarrado grupo de antiguos esposos y amigas íntimas de Charlotte que la rodeaban, mientras daban rienda suelta a sus lágrimas sin ningún comedimiento buscando mutuo apoyo. En lugar de rendir homenaje a Diederik Hoving, sólo se preocupaban de sí mismos con gestos ostentosos y cursis, perturbando así lo que debería haber sido una ceremonia sobria. Aunque la actitud de la propia Charlotte era de recogimiento, en lo más profundo le reproché que hubiera invitado a estas personas o, en cualquier caso, que les hubiera permitido venir.

Abrió el sobre cuidadosamente con la uña y de dentro sacó una carta escrita a mano en la que volví a reconocer la impecable letra de su padre. Concentrada, empezó a leer un par de líneas y luego volcó en la mesa su contenido. Un par de anillos salieron rodando a una velocidad que fue disminuyendo hasta detenerse y caer sobre el tablero, emitiendo un sonoro clic.

En cuanto me imaginé de quién serían los anillos supe que en el fondo algo no encajaba y que me había equivocado al acceder a la petición de Charlotte para que la acompañara. Ella pareció no darse cuenta.

—Son sus alianzas. Me escribe diciendo que le gustaría que las llevara —me informó con voz ronca mientras me miraba con el rostro descompuesto—. Vámonos. Seguiré leyéndola después. Será mejor que la lea a solas. No te he pedido que vinieras para ofrecerte el espectáculo de una mujer lloriqueando, pero es que me ha sorprendido.

—¿A qué te refieres? —pregunté con cautela.

—A encontrarme una carta de despedida como esta.

—Pero no es tan raro, ¿no? —salí en defensa de su padre.

El tono de su voz se endureció de pronto:

—¿Con la relación que teníamos? ¡Pero si le parecía estúpido todo lo que hacía! Y, además, ¿no pensaba que había perdido el norte?

Sea como fuere, no percibí nada de autocompasión, pero ¿qué le había llevado a pensar así? Por las veces que Diederik Hoving me había hablado de su hija sabía que no la consideraba tonta en absoluto, al contrario, le fastidiaba que fuera tan poco ambiciosa y que no aprovechara sus capacidades para realizar algo útil de verdad. Porque de eso sí que estaba convencido, ella valía mucho más.

La vida se componía de una sucesión de malentendidos y no me apetecía nada ponerme a contradecirle. Tal vez esa carta suya pudiera subsanar algo.

Pulsé el botón del interfono y al otro lado de la línea oí casi de inmediato al joven que nos había traído hasta aquí.

—Ya hemos terminado —le comuniqué—. ¿No podría conseguirnos un sobre grande? Quisiéramos llevárnoslo todo. ¿Y existe algún registro donde pueda ver

cuándo fue la última vez que el señor Hoving estuvo aquí?

—Sí que existe, en efecto. Ahora mismo se lo llevo.

Mientras el joven ayudaba a Charlotte a recoger todas las pertenencias de su padre, me puse a estudiar la lista que me trajo. Diederik Hoving estuvo en el banco por última vez el 28 de marzo, la misma fecha que aparecía en el encabezamiento de la carta que había escrito a su hija, dos días antes de su muerte. No se prodigaba mucho por este lugar, pues habían pasado más de dos años desde la vez anterior.

¿Acaso presentía que estaba llegando su hora? Mientras observaba en silencio cómo su hija iba llenando el sobre, le di vueltas a la idea de si sería correcto preguntárselo.

Mi primer contacto con Diederik Hoving se había producido más de quince años atrás. Me dirigí a él para solicitar asesoramiento notarial sobre la liquidación de una herencia impugnada por un cliente mío. A partir de ese momento, empecé a visitarle con asiduidad. A veces, cuando las noches eran frías, encendía la chimenea y manteníamos largas conversaciones sobre lo humano y lo divino con nuestra mirada clavada en el fuego. Ante esa misma chimenea debió de adormilarse la noche de su muerte. Un hombre viejo y solitario que a fin de cuentas, frente al comportamiento de su hija, voluble e incomprensible a su modo de ver, no había sabido ofrecer más que la circunspección y reserva que le eran tan propias por su oficio. Al principio, me habló alguna vez de ella, pero con el transcurrir de los años los numerosos enfrentamientos y malentendidos hicieron que el tema le resultara demasiado doloroso.

Me sentí aliviado cuando estuvimos de nuevo en la calle. El reciente verdor de los árboles jalonando el canal contrastaba intensamente con el azul claro de un cielo en el que brillaba un sol con conatos de pujanza. El viento, que era aún demasiado fresco, constituía el único elemento disuasorio para llevar ropa de verano.

Charlotte propuso ir a beber algo, y encontramos un sitio en una terraza. Se estaba tan bien al abrigo del viento que Charlotte se quitó la chaqueta y yo el jersey. De esta guisa me hallaba sentado al sol en camiseta, sintiendo su delicioso calor.

—Musculoso pero sin tatuajes. No es algo que se suela ver.

¿Esa forma tan directa de expresarse y la mirada con que me examinaba, plena de seguridad en sí misma, era el resultado de sus tres turbulentos matrimonios, ya disueltos, con hombres que sólo la apreciaban por su aspecto físico?

—No me has visto el resto del cuerpo. Es toda una grandiosa obra de arte con símbolos tribales y signos del *yin* y del *yang* en la que pone: «Mi equilibrio es perfecto».

—¿Ah, sí? Vaya, eso es mucho más de lo que yo puedo decir.

Por suerte, en ese momento nos interrumpió la camarera que traía lo que habíamos pedido. Cuando se marchó, Charlotte recondujo la conversación a su padre. Era evidente que necesitaba hablar de él. Nerviosa, fumaba un cigarrillo tras otro y repetidas veces indicaba con señas que le fueran trayendo nuevas copas de vino tinto.

No conocía sus planes para el resto del día, pero yo tenía que trabajar después, así que seguí con agua y café.

La escuchaba, la miraba y hacía que me sintiera cada vez más incómodo. Me asaltaban todo tipo de ideas, y debió de intuir algo, porque de repente cambió de tema.

—¿Me miras porque te intereso o me consideras ya una vieja gloria?

—Ninguna de las dos cosas.

Mi respuesta fue demasiado rápida, pero la ignoró.

—Eso es bueno y malo a la vez.

Otro puede que hubiera interpretado su respuesta como vacía y ordinaria, un flirteo demasiado evidente, pero no fue eso lo que sentí, y me sorprendió.

La primera vez que la vi, en casa de su padre, su belleza casi perfecta también me cautivó de inmediato. Ella era consciente de su atractivo físico y, sobre todo, del efecto que producía. Sabía sacarle el máximo partido y se comportaba como si se hubiera ganado a pulso aquello que le había caído del cielo por casualidad. Eso me molestaba y, tras esa belleza exterior, lo único que alcanzaba a ver era un gran vacío y una estúpida superficialidad. Si había algo más, debía de estar muy bien escondido. Las veces que regresaba a casa de su padre, casi siempre sin avisar, exigiendo toda la atención y sin tener en cuenta que había visita, apenas intercambiábamos palabra.

Desde entonces se había producido un cambio para bien. Seguía siendo atractiva, pero en la perfecta e inmaculada fachada de antes se vislumbraban algunas grietas, lo que no parecía afectarla mucho, y aunque todavía seguía yendo bien vestida, había elegido una falda y una blusa amplias más por comodidad que para resaltar al máximo las formas de su cuerpo.

—Quizá sea una pregunta extraña, Charlotte, pero ¿sabes si tu padre llevaba siempre puesta la alianza?

Creía recordar que sí, casi no podía ser de otro modo, pero ahora necesitaba estar seguro.

—Sí, por supuesto. Los hombres sólo se la quitan cuando se separan o cuando quieren hacerse pasar por solteros, ¿no? Papá siguió amando siempre a mamá. Esa alianza era casi una especie de constatación de su amor eterno. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No te resulta extraño que se la quitara y que la metiera en ese sobre? Parece como si presintiera que se estaba acercando su hora.

Se le ensombreció el rostro y empezó a pensar en lo que le había dicho.

—Qué asco de idea. Oye, tú cambias muy bruscamente de tema, ¿no? ¿Tienes ya una explicación?

Su tono de voz no era nada amistoso y la pregunta parecía hecha más con reproche que con interés. Meneé lentamente la cabeza y dije:

—No, pero sí que es extraño.

—Quizá sea pura casualidad y haya tenido un presentimiento. Es posible, ¿no?

Las personas mayores se pasan mucho más tiempo dándole vueltas a todo lo relacionado con la muerte, y su comportamiento pocas veces puede predecirse. Últimamente también me daba la impresión de que había envejecido bastante. — Guardó un instante de silencio y continuó—: Y estaba más callado y triste que de costumbre. —En esta ocasión el enfado no parecía dirigido contra mí, sino contra su padre.

Resultaba obvio que en este momento lo último que le apetecía era enfrascarse en preocupaciones y la carta del padre reclamaba toda su atención.

Decidí darlo por concluido, pero la conversación no se reanudó. Cuando nos despedimos, me dio las gracias y un beso en la mejilla. Me cogió por sorpresa al señalarme la mano en la que llevaba puesta mi alianza.

—Esto del anillo me recuerda una de las primeras cosas que le pregunté después de haberte visto en casa: «¿Está casado?». Papá no dijo: «Ha fallecido su esposa» ni nada por el estilo, sino: «Es viudo». Sonó como una advertencia encubierta para que te dejara en paz. Qué palabra más cutre: «viudo», ¿no te parece? Suena tan concluyente... como si la persona estuviera atrapada en el pasado por siempre, como si ya no hubiera futuro, que de hecho era el caso de papá. Más de una vez se lo reproché. Tras la muerte de mamá, nunca hizo el más mínimo esfuerzo por interesarse de veras en ninguna otra mujer. Parecía siempre muy tranquilo e incapaz de perder los nervios, como si tuviera todo bajo control, pero yo creo que no era así. Estaba deteriorado, pero nunca hizo nada por remediarlo. ¿Y tú, Jager? ¿No acababas de decir que tu equilibrio era perfecto? No te burles tan a la ligera del tema, porque eres más vulnerable de lo que pretendes ser.

¿Qué coño de reflexión era esa? Y, además, procedente de alguien a quien apenas conocía.

—¡Qué gilipollez! ¿Son estas las conversaciones que estás acostumbrada a mantener con esos amiguitos tuyos? Oye, para que todo quede bien claro: te he acompañado por respeto a tu padre, pero ¿por qué me has llamado precisamente a mí? Apenas nos conocemos.

—Tal vez también por respeto a mi padre —me devolvió la pelota con brusquedad—. Abominaba de mis amigos, ¿no es cierto?

Sin decir nada más y sin esperar mi respuesta, deslizó hacia los ojos las gafas de sol, que con anterioridad habían estado ocultas en su gran bosque de rizos oscuros, y se largó con paso decidido.

Durante el resto del día no pude volver a concentrarme. El encuentro con Charlotte Hoving y, sobre todo, el modo en que se había despedido me habían puesto de mal humor. La irritación había trasladado a un segundo plano mi interés por el anillo; sin tener el más mínimo conocimiento del asunto, se había arrogado la facultad de hablar sobre mi difunta esposa. Las pocas personas que me conocían bien sabían que no debían adentrarse en ese terreno, y ahora alguien, con quien además no me unía ningún vínculo, se tomaba la libertad de inmiscuirse en mi vida sin que nadie

se lo hubiera pedido.

Esa misma noche sonó un timbre en casa. Me desperté sobresaltado de un sueño profundo y, por un momento, me sentí desorientado; ¿a quién demonios se le ocurría llamar a la puerta a estas horas? Sólo entonces reconocí el sonido del teléfono. Cada vez que saltaba el contestador, se producía un breve silencio, pero volvían a llamar inmediatamente después. Miré mi reloj y vi que eran casi las dos de la madrugada. ¿Qué clase de loco tendría que ser para ponerse a molestar a estas horas? Esperé, pero el teléfono no hacía más que sonar una y otra vez.

Por fin, me encaminé al cuarto de estar y contesté enfurecido:

—¡Sí!

—¿Jager? Soy yo, Charlotte.

Oí jaleo al fondo y sólo con esas pocas palabras noté que debía de haber estado bebiendo bastante.

—¡Joder! ¿Sabes qué hora es?

—Bueno, no te enfades tanto, oye. Es culpa tuya. No tendrías que haberme endilgado ese coñazo de enigma. Me ha estado dando vueltas en la cabeza todo el día.

Esperó a que contestara algo, pero guardé silencio.

—¿Estás ahí todavía?

—¿Por qué me llamas?

—Bueno, podrías mostrar más entusiasmo, al fin y al cabo eres detective privado, ¿no? He encontrado la solución.

—¿A qué?

—A lo de la alianza, naturalmente.

—¿Ah, sí? Suéltala, así podré volver a la cama.

—¡Bah, vete a tomar por culo!

Enfadada, cortó la comunicación. Ya me había puesto de mala leche. Miré en el teléfono el número de la última llamada y la llamé al móvil. Lo cogió enseguida.

—De acuerdo. Claro que quiero saberlo.

—Estaba enfermo. Sabía que iba a morir. Se lo he preguntado a nuestro médico de cabecera. Papá tenía el cáncer extendido por todo el cuerpo. Lo comprobaron en el hospital hace un par de semanas. Según nuestro médico, no le quedaba mucho de vida, a lo sumo cuatro o cinco semanas. Sabía que iba a morir, Jager. Y no me dijo nada. Pensaba morir solo.

Su voz sonaba ahora clara, la embriaguez había dejado paso a algo más poderoso: la pena.

—Lamento oírlo, Charlotte. —La conclusión a la que había llegado era dura y amarga, pero no pude decir más que—: Probablemente no quería que cargaras con el lastre de su enfermedad.

Tan sólo fui capaz de articular una respuesta torpe e impersonal. ¿Qué sabía yo, con mi propia vida como ejemplo, de que las cosas son como son? Lo único que sabía era que Diederik Hoving había amado a su hija, que ella lo significaba todo para él.

Sin embargo, su relación no era buena y al final había decidido escribirle una carta de despedida en lugar de hacerle partícipe de sus sufrimientos.

—¿Puede haber algo más trágico, Jager? ¿Qué clase de padre e hija éramos?

Tenía razón y no la tenía, todo era tan relativo... y ahora, que ya era demasiado tarde, empezaba a darse cuenta de que podría haber sido de otra manera. Entonces dije palabras que nunca hubiera supuesto que podrían salir de mi boca:

—Tu padre te amaba. Puedes hacerte mil preguntas y analizar todos los matices, pero eso es lo que al final importa. Él te amaba.

Se produjo un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿Estás ahí todavía? —pregunté.

Cuando respondió, su voz sonaba ya más firme:

—Es extraño, Jager, apenas nos conocemos, pero te creo.

—¿Era una carta bonita? —cambié de tema.

—Sí, muy bonita. Me he puesto las alianzas, juntas, en el mismo dedo.

—Muy bien.

—Sí —la oí respirar profundamente—. Bueno, venga, vuélvete a la cama. Gracias por haberme dejado hablar contigo.

Estaba a punto de colgar cuando oí de nuevo su voz:

—Jager, ¿estás ahí todavía? ¿Sí? Gracias por haberme devuelto la llamada.

Fui hacia la ventana y me quedé mirando una calle oscura y vacía. Sólo se movían las hojas de los árboles, al igual que ese mismo día unas horas antes, en la terraza. Tras mi ventana cerrada, el movimiento se había convertido en silencio, irreal y reforzado precisamente por la ausencia de rumor. No pude evitar pensar en mi padre y en uno de sus *koans*: ¿Es el viento lo que se mueve o son las hojas? Con los años, yo también empecé a interesarme por el budismo, pero le había vuelto la espalda a su budismo zen. Esa precisión aplicada hasta el absurdo en la ejecución de rituales, las vestiduras negras, la excesiva reverencia hacia el maestro, la carencia de humor, el enfoque intelectual y la respuesta a las preguntas siempre de manera indirecta. Mi corazón tendía más al budismo tibetano y al Dalai Lama.

Sentía como si Charlotte acabara de utilizarme, pero ¿me había utilizado en verdad? ¿Cómo demonios había conseguido arrancarme esas palabras? Me acababa de despertar y no estaba en guardia. Era la segunda vez en el día de hoy que me sacaba de mis casillas. Además, me daba también cargo de conciencia. Ahora comprendía que el incendio en el que Diederik Hoving había perdido la vida le había ahorrado una muerte dolorosa y solitaria. Ojalá el humo le hubiera sorprendido mientras dormía, sentado en la butaca frente a la chimenea, y hubiera muerto así, asfixiado antes de que las llamas prendieran en su cuerpo. Así es como quería recordarlo, como una muerte misericordiosa. Sin embargo, su hija había realizado otro descubrimiento más amargo por mis palabras: su padre estaba moribundo y se lo había ocultado.

Lo mejor para todo el mundo habría sido que me hubiera olvidado del anillo y

que hubiera cerrado el pico.

II

En los meses de febrero y marzo de un gris invierno, que trajo consigo escasez de verdaderos fríos glaciales pero demasiada lluvia y viento, viajé a diario en tren durante unas cuantas semanas entre Ámsterdam y La Haya, pasando por Haarlem. Ese rodeo me retrotrajo a los tiempos de mi juventud porque, si bien me había criado en Holanda del Norte, el paisaje de este trayecto guardaba mucha semejanza con el de mi infancia. En el primer tramo de Haarlem a La Haya, la parte que me incumbía y que más o menos terminaba a la altura de Voorhout, el tren recorría el Bollenstreek, la región de cultivo de bulbos.

En la primavera podían contemplarse allí, durante un período de sólo algunas semanas, los campos plagados de flores: jacintos, narcisos, tulipanes, con todos los colores del arcoíris, a menudo tan intensos y puros que provocaban los gritos de admiración de los pasajeros. En esos días las carreteras se llenaban de autocares que circulaban al paso, unos detrás de otros, con turistas provenientes de todas partes del mundo. Quien tuviera la suerte de vivir cerca salía a dar un paseo en bici o andando para disfrutar de ese milagro.

Los meses de invierno que precedían a este fenómeno esa misma naturaleza era casi un árido arenal con arriates estrechos, derechos y alargados, a veces cubiertos con paja o plástico para proteger de las heladas el preciado contenido. Durante los días oscuros, el entorno se hallaba carente de todo color y en el horizonte el suelo yermo se convertía de manera apenas perceptible en el opresivo cielo de color plomizo.

Aquí y allá se habían colocado viejas caravanas con la intención de que, cuando se reanudara el trabajo en el campo, pudieran utilizarse como refugio temporal para tomar café, para comer al mediodía, cobijarse si llovía o como almacén para las herramientas. Pero hasta entonces permanecían vacías meses enteros. Una de ellas se encontraba en la cabecera de un campo, pegada a una estrecha acequia que constituía la separación entre el campo de bulbos y el talud de la vía.

Mathias Dijkman murió aislado, en soledad, de manera inadvertida, lejos de todo el mundo y en un paisaje que no habría podido ser más desolador.

Apartó a un lado la basura y se tumbó de espaldas en el suelo de la caravana. Con las piernas estiradas, los dedos de las manos entrelazados sobre el pecho, el rostro mirando hacia arriba y la nuca apoyada en un ladrillo. A pesar de esa postura lúgubre, no había nada que indicara un crimen violento y la policía supuso que la muerte le había sorprendido mientras dormía.

En la comisaría de Noordwijk al principio no sabían qué pensar de su hallazgo. Era un vagabundo, pero resultaba llamativa la pulcritud con que se había cuidado. Si bien su piel se hallaba marcada por la intemperie, el cabello y la barba, largos y lisos, cortados de una forma rectangular que le daban una apariencia de otra época, se hallaban en muy buen estado. Iba abrigado, llevaba ropa interior de lana y su largo

abrigo de cuero era, además, de muy buena calidad; debía de haberle protegido muy bien hasta de las condiciones climatológicas más adversas.

Era un tipo gigantesco, fornido, ancho como un armario y de casi dos metros de altura. Hubo muchísimas dificultades para sacar el cadáver de la caravana y, al final, tuvieron que serrar una de las paredes.

La identificación fue rápida, pues de un cordel que llevaba colgado al cuello pendía perfecta la cartera con el pase de rigor con fotografía y nombre del *Z Magazine*, el periódico de las personas sin hogar de Ámsterdam. En su cuerpo no se encontró nada más que pudiera proporcionar información sobre su identidad, y en el punto de reparto donde recibía los periódicos nuevos y entregaba los viejos apenas pudieron aportar algo más. Al igual que la mayoría de vendedores, no tenía una dirección fija. Se trataba de un vendedor fiel que año tras año venía a recoger sus ejemplares semanalmente, un hombre educado al que todo el mundo dejaba en paz y que no molestaba a nadie.

El supermercado Albert Heijn de Overveen era su punto de venta habitual. La policía lo conocía allí como un hombre taciturno y amable que agradecía con educación a los compradores las propinas que le entregaban disimuladamente cada vez que vendía un periódico. Los sábados aparecía siempre a horas muy tempranas en el supermercado y por la tarde volvía a desaparecer rumbo a Ámsterdam.

El maletín que se encontró en la caravana excluyó cualquier duda sobre su identidad. Llevaba siempre consigo uno de esos maletines de cuero antiguos propios de los médicos. Sólo se sabía que dentro portaba los periódicos y sus escasas pertenencias. El maletín resultó ser pesadísimo y estaba bien cerrado. La llave, guardada en la cartera que llevaba al cuello, no pudo encontrarse hasta después de mucho buscar. Al abrirlo sobre la mesa, todos se quedaron pasmados y con la boca abierta mientras se juntaban alrededor.

Era un enigma cómo lo había conseguido, pero la parte interior estaba forrada con un fina capa de plomo que, tras el cierre de la tapa, mantenía el contenido clausurado herméticamente. En el encofrado de plomo se encontraban cuidadosamente unidas, como los elementos de una batería, decenas de finas hojas con formato DIN-A4 empaquetadas en papel de aluminio. Se hizo un silencio de muerte cuando un agente sacó una y la desdobló con cuidado. Contenía una funda de plástico con unas cuantas hojas dentro. El papel había sido escrito a mano con una letra minúscula, pero regular y legible, que ocupaba la totalidad del formato de la página.

El agente, sabedor de la atención que le prestaban sus curiosos colegas, leyó en voz alta un fragmento del texto:

«2 Abrió el pozo del abismo, y del pozo subió humo como humo de un gran horno y el sol y el aire se oscurecieron por el humo del pozo. 3 Del humo salieron langostas sobre la tierra, y se les dio poder, como el poder que tienen los escorpiones de la tierra. 4 Se les mandó que no dañaran la hierba de la

tierra, ni cosa verde alguna ni ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuvieran sello de Dios en sus frentes. 5 Pero no se les permitió que los mataran, sino que los atormentaran cinco meses; y su tormento era como el tormento del escorpión cuando hiere al hombre. 6 En aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos».

Todos se miraron asombrados. Se sugirió que guardaba semejanza con un texto bíblico, y del papel de aluminio se sacaron y estudiaron más hojas. En algunas no había sólo texto, sino que también podían apreciarse dibujos que parecían representar las constelaciones y los cuerpos celestes.

—¿El plomo y el papel de aluminio serían para proteger las hojas contra la radiación? —se preguntó uno de los agentes, para añadir ofendido cuando empezaron a escucharse las primeras risas—: ¿Acaso alguien tiene una explicación mejor?

Se habló durante un rato sobre el tema y, a continuación, todo el mundo volvió a entregarse al orden del día. Ahora no había tiempo para abrir y estudiarlo todo. En otra ocasión más adecuada se sometería a una investigación más concienzuda. A pesar de esa sorpresa inicial, no le dedicarían mucha más atención que a un hallazgo extraño, encontrado junto a un vagabundo chiflado. Bien mirado, ¿cuántos locos de este estilo, la mayoría por fortuna inofensivos, no andaban sueltos por la calle hoy en día?

Yo nunca me habría enterado de este suceso si en el grupo que fue testigo de ese extravagante hallazgo no se hubiera encontrado una joven que era diferente de los demás. Al principio, se quedó en un segundo plano y le resultó difícil seguir lo que ocurría. Sin embargo, no se abrió paso y guardó silencio cuando especulaban a su alrededor con excitación sobre el significado de lo uno y de lo otro, en su opinión de manera descabellada e irreflexiva.

Luz Daalhoff no formaba parte de la plantilla fija de la comisaría, sino que estaba allí destinada temporalmente, completando su formación como agente de policía.

Esa misma tarde, tras terminar su servicio y haber comido en un restaurante vacío del bulevar, sacó de nuevo el maletín en la tranquila comisaría. Con un rotulador fue numerando en el papel de aluminio el orden de las hojas. ¿Habría vuelto a poner su colega las hojas en el mismo lugar después de haberlas sacado? Meneó la cabeza como señal de desaprobación ante tanta negligencia. Fue abriendo con cuidado uno a uno los pequeños paquetes mientras iba apuntando en un bloc de notas lo que encontraba dentro.

Eran las dos de la madrugada cuando se subió al coche y se dirigió a La Haya por una autopista sin tráfico. Mañana, cuando llegaran, sus colegas ya estarían enterados de las muchas horas extra que había hecho y se formarían sus ideas al respecto. Deseaba poder mantenerse insensible del todo a lo que pudieran pensar.

En vista de que no se trataba de un crimen, la policía no liberó personal para

seguir investigando el caso.

Si bien el cuerpo de Mathias Dijkman se había encontrado fuera de Ámsterdam, como se suponía que vivía allí, la Oficina Municipal de Exequias de los Servicios Sociales de la ciudad de Ámsterdam, el BUG, se mostró dispuesta a buscar posibles parientes y a hacerse cargo de las exequias. En Ámsterdam había registradas casi cien personas con el apellido Dijkman, pero una investigación más detallada no aportó nada. Al municipio no le quedó otra que encargarse él mismo del entierro y de sufragar los gastos.

Junto al director de las exequias, los cuatro portadores del féretro y un trabajador del BUG, Luz Daalhoff fue la única persona presente en el entierro. Sobre la tapa del féretro había dos arreglos florales: uno del BUG y el otro de ella. Buscó con esmero tres aros de Etiopía como símbolo de la Santísima Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Fue un entierro sobrio pero impecable: una capilla ardiente, portadores, música e incluso café y una rebanada de bizcocho al terminar. Le sorprendió que no hubiera ninguna placa con el nombre y, en su lugar, escribieran un número en uno de esos carteles de plástico amarillo que sirven para dar información sobre las plantas y se clavan en la tierra fresca.

De pie, junto a la tumba, se persignó con mesura y mayor lentitud que de costumbre, como tantas veces lo había hecho: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén. Se quedó allí un instante, inmóvil y con la cabeza inclinada. Había algo en este hombre que la había conmovido, aunque no pudiera decir de qué se trataba. Acto seguido, se dirigió a él en voz alta y le dijo en tono quedo: «Antes de haberle preguntado algo, ya nos ha oído».

El 5 de abril de 2006, nueve días después de haber sido descubierto, Mathias Dijkman encontraba su último descanso en el rincón más occidental del cementerio Zorgvlied, en Amstelveen. Durante esos nueve días otras personas se habían interesado por él profesionalmente, pero ahora volvía a estar solo.

III

Una semana después de nuestra conversación telefónica, mantenida a horas intempestivas, salí a cenar con Charlotte Hoving. Esa noche sí que bebí y, aunque en ese aspecto nunca llegaría a estar a su altura, consumí más de lo que acostumbraba y podía aguantar, lo que trajo como consecuencia una excesiva condescendencia por mi parte cuando, tras una prolija introducción, me preguntó si podía ayudar a una amiga suya. Al principio me mostré reacio, pero como siguió insistiendo para que escuchara al menos la historia, terminé por acceder. Cuando me desperté al día siguiente con resaca y serios remordimientos, ya era demasiado tarde.

Al cabo de un par de días, Charlotte me recogió con su coche y nos encaminamos a Bilthoven. El vecindario Bosch y Duin, situado en un ondulado paisaje de frondosa vegetación, muy cerca del Palacio Soestdijk, lo conformaban sobre todo mansiones, la mayoría ocultas tras elevados setos y rodeadas de grandes jardines. Algunas casas eran antiguas, a veces estaban casi en ruinas, pero también había muchas recién construidas. Desde hacía unos cuantos años este barrio había ejercido una importante fuerza de atracción entre los nuevos ricos, mientras que los habitantes originarios — médicos, artistas, catedráticos— iban abandonando poco a poco el campo ante el dinero fresco de los tratantes en bienes inmuebles y cirujanos plásticos. En la práctica totalidad de los casos, los nuevos propietarios derrumbaban sin demasiadas contemplaciones las mansiones antiguas para levantar en el lugar algo que estuviera más acorde con sus gustos. Aunque los estilos arquitectónicos eran muy diferentes, no encontré ninguno que pudiera merecer mi aprobación.

La dirección en donde nos esperaban también había sufrido los estragos de una reciente intervención, y de manera radical. Todo era nuevo, desde la alta verja de acero, provista de afilados pinchos y cámaras, la grava del camino de entrada, la ostentosa mansión belga, hasta el jardín diseñado por un paisajista, en el que aún debían arraigar los jóvenes árboles y arbustos y brotar la primera mala hierba, si alguna vez llegaba a ofrecérsele esa oportunidad.

Charlotte y su amiga se abrazaron efusivamente. Tras habernos estrechado las manos, Annemarie Braam propuso de inmediato el tuteo en nuestra relación. Sobre los elevados tacones que golpeaban garbosos el suelo de mármol, fue abriéndonos camino hasta llegar al cuarto de estar. A mí me llevó hacia un sillón de cuero blanco y las damas, a su vez, tomaron asiento en el sofá de tres plazas a juego que había frente a una gran pared acristalada, tras la que podía verse un profundo jardín con terraza, hamacas, piscina y esculturas de mármol con figuras desnudas en todo tipo de poses, esparcidas aquí y allá por el césped. Los tórax y los bíceps musculosos, enormes muslos, vigorosos pechos y nalgas firmes y turgentes, además de las espaldas graciosamente formadas, mostraban la belleza del ser humano en toda su expresión. Al final, el jardín ascendía y pasaba a convertirse en las Biltsche Duinen. Según nuestra anfitriona, al caer la tarde podían verse por allí corzos, conejos y otros

animales de caza menor. Una vez llegó a ver incluso un pequeño zorro.

Mientras tomábamos café y volvía a oír de nuevo lo que ya me había contado Charlotte, examiné a nuestra anfitriona. Tenía la misma edad que su amiga y también en ella empezaban a notarse los años, con un cuerpo cuyas carnes iniciaban su caída por aquí y por allá. Para desviar la atención sobre esta decadencia, se había lanzado a una ofensiva frontal y sin ninguna clase de reservas: llevaba profusión de joyas doradas al cuello, en las muñecas y en los dedos, supuestamente de oro auténtico, y su bronceado de rayos UVA era tan poco natural que la piel ofrecía un fuerte contraste con el traje de chaqueta color crema. Así, bien pertrechada para cualquier acción bélica, no pude por menos de concluir que Annemarie Braam me causaba una impresión de absoluta ordinariéz.

Hablaba con la cordialidad de una mujer de origen humilde, pero que con el tiempo se había acostumbrado a que nadie la contradijera, lo que no prometía nada bueno. Confié en que Charlotte le hubiera explicado con claridad que había ido hasta allí para escuchar su historia, nada más. Para mi sorpresa y fastidio, nuestra anfitriona, que por lo visto consideraba que ya me había informado lo suficiente, llamó a la mujer implicada en el asunto.

Después de haberse presentado Katka Adamec con timidez, Annemarie Braam le dijo que se sentara en el sofá, empotrada y protegida entre ella y Charlotte. Katka Adamec iba vestida con sencillez, sobre todo en comparación con la exuberancia de las otras damas, y la única joya que llevaba era su alianza de boda.

Ella y su esposo eran eslovacos. Él había venido a los Países Bajos para trabajar en la construcción. No tenían hijos y, cuando se dio cuenta de que ella también podría ganar aquí mucho más dinero que en su país, le siguió. Primero había estado trabajando de cocinera y mujer de la limpieza en la pensión donde se alojaban su marido y otros obreros de la construcción de Europa del Este, pero ahora llevaba ya casi tres años como empleada de la familia Braam. Trabajaban duro y, para lo que era habitual en Eslovaquia, ganaban mucho dinero. Cuando la familia Braam se iba de vacaciones, ellos aprovechaban para regresar unos días a su patria, visitar a la familia y ver cómo iba la construcción de su casa, pues con el dinero que ganaban se habían comprado una parcela en la que ahora se estaban construyendo *su* mansión. Más adelante, cuando hubieran ganado lo suficiente para poder retirarse, empezarían a disfrutarla. Ya habían invitado a la familia Braam para que fuera a conocer la hospitalidad eslovaca cuando la casa estuviera terminada.

Los Países Bajos eran buenos para ellos y aquí habían encontrado estabilidad. Sin embargo, la rutina había sido perturbada de golpe: Katka Adamec estaba muy preocupada por su sobrina Nadine, que se había venido hacía medio año aproximadamente. Desde entonces, no le había dicho a nadie dónde estaba y, cuando su tía consiguió hablar por fin con ella, la preocupación no hizo más que aumentar.

A Nadine la había abordado en Bratislava un hombre que la convenció de que en Ámsterdam podría ganar un buen dinero en el ramo de la hostelería. Sabía por sus

tíos que en los Países Bajos se vivía bien, y en Eslovaquia las cifras del paro eran muy elevadas. El poco trabajo que había estaba mal pagado y los únicos que se enriquecían eran los funcionarios corruptos y los hombres de negocios mafiosos. Sus padres no se opusieron mucho, con la condición de que estuviera en contacto con sus tíos. Katka Adamec, por su parte, le había prometido a su hermana ocuparse de ella, una obligación que ahora se había convertido en una pesada carga.

Al final sólo había conseguido ver a su sobrina una vez, en Alkmaar, y lo que contó de su encuentro hizo sospechar a Annemarie Braam que la muchacha había ido a dar con sus huesos en el mundo de la prostitución. Alarmada, concertó una cita con la policía de Alkmaar, pero resultó que la chica nunca había estado en contacto con la policía, no tenía antecedentes, no aparecía inscrita como residente en esta ciudad y, además, no se la daba por desaparecida; después de todo, ¿no acababa de verse con su tía? Annemarie Braam hubo de reconocer que la policía tomó seriamente en consideración su sugerencia de que tal vez la estuvieran obligando a prostituirse. Si trabajaba legalmente de prostituta, tendría que estar registrada. Las posteriores investigaciones no aportaron nada. Ante la posibilidad de prostitución ilegal, reaccionaron preocupados meneando la cabeza: eso se producía en gran parte a espaldas de la policía y a lo sumo se conocía la punta del iceberg. De su visita se le había quedado grabada sólo una observación, que me repitió con voz reprobatoria: «La policía no tiene ni personal ni medios para seguir investigando este caso». Para alguien de su posición, eso se salía de sus esquemas, ¿para qué estaba pagando entonces su marido todos esos impuestos?

Había descargado su frustración con Charlotte y ahora yo estaba aquí, frente a dos mujeres que querían convencerme para que me encargara del caso. Me mostré poco dispuesto. No sabía casi nada del mundo de la prostitución y mi especialidad se hallaba en otro campo: las empresas aseguradoras me encargaban la búsqueda de objetos preciosos desaparecidos. *No cure, no pay*, muy bien pagado cuando tenía éxito, acuerdos claros con socios, pocas emociones y al final un apretón de manos y unas palabras de agradecimiento si el asunto se había resuelto. Yo era bueno, tenía un buen historial y no me hacía falta ir por ahí promocionándome para seguir trabajando.

A Annemarie Braam se le había metido en la cabeza que quería hacer algo, por lo que oía con las mejores intenciones, pero también con la tranquilidad que supone tener dinero suficiente para poder encargar a terceros el trabajo sucio. Como mucho, había aceptado escucharla y asesorarla, pero con Katka Adamec frente a mí, esperando nerviosa mis preguntas, no tuve más remedio que aceptar el caso.

Hablaba un deficiente alemán y la conversación transcurrió con dificultad, pues le resultaba muy difícil tener que hablar de este tema con un hombre. Además, Annemarie Braam no dejaba de meter baza y comentaba casi todas las preguntas que yo le hacía: «¿Comprendes la pregunta?» y «Venga, respóndele tranquila». Le hablaba a su asistenta como si fuera una niña y, para mi enorme irritación, le dijo hasta dos veces que yo estaba allí para ayudarla.

No fue mucho lo que Katka pudo contar. Había quedado con su sobrina en un café del centro de Alkmaar y Nadine no fue sola, la acompañaba un muchacho de su edad. Un turco o marroquí, en cualquier caso no era de Europa del Este. Estuvo intentando en vano que le dijera qué tal le iba, en qué estaba trabajando, dónde vivía, pero no obtuvo más que respuestas esquivas e imprecisas. Nadine parecía retraída, lo que constituía un fuerte contraste con el entusiasmo que su tía recordaba en ella de otras épocas. En el pasado siempre se alegraba de verla, pero ahora estaba ausente y apática. El joven, enfadado, había interrumpido la conversación al cabo de un tiempo e incluso se había enojado. ¿Por qué la interrogaba, quién se creía que era? Nadine estaba en buenas manos con él, ¿no lo veía? Era lo que debía decirle también a sus padres en Eslovaquia, y cuando Nadine hubiera ganado el dinero suficiente, volvería a Bratislava. Punto. Él fue quien puso fin al encuentro.

Lo único que le pidió Nadine a su tía fue que se pusiera en contacto con sus padres: «Diles a papá y a mamá que no tienen que preocuparse». No sonaba nada convincente salido de su boca, pero le estuvo insistiendo para que les transmitiera ese mensaje: «Por favor, diles que estoy bien». En realidad, fue el único momento en que algo de emoción consiguió romper su letargo. Las dos sabían que lo que le estaba pidiendo era que tranquilizara a sus padres con una mentira.

Katka Adamec no pudo hacerlo.

—No los he llamado todavía. ¿Qué podría haberles dicho? Soy incapaz de mentirles —le dijo a Annemarie Braam, que le posó una mano sobre el brazo—. Pero tampoco puedo seguir aplazándolo por más tiempo, ¿no? Sé que esperan noticias mías. —Cuando hubo terminado de hablar, colocó ambas manos sobre las rodillas y clavó la vista en la alfombra.

Charlotte y Annemarie Braam se quedaron mirándome a la espera. Mientras guardaba silencio y respondía a sus miradas con tanto estoicismo como me fue posible, busqué hechos, un punto de partida para encontrar el rastro de la chica. Apenas lo había. Lo único de lo que Katka Adamec estaba segura era de que podría volver a encontrar el café donde había quedado con su sobrina. No tenía el nombre de ese chico ni ninguna dirección donde trabajara o viviera su sobrina, nada. Nada, salvo la angustiada sensación de que algo olía mal. No empleó ni una sola vez la palabra prostitución, que para ella debía de ser una idea demasiado repulsiva.

Nos interrumpió una muchacha que entró en el cuarto.

Annemarie Braam nos presentó:

—Esta es mi hija Raffaëla. Raffaëla, este es el señor Havix, de quien te he hablado.

La chica me estrechó la mano educadamente y, después de haberse besado con Charlotte, se dirigió a su madre:

—Me voy a casa de Kelly. Todavía no sé qué vamos a hacer esta noche, ya te llamo.

—Está bien, nena, siempre que me digas dónde estás. Papá y yo vamos a salir,

pero no regresaremos demasiado tarde.

En el momento en que madre e hija se besaron, dirigí la mirada a Katka Adamec y me sentí pillado en falta cuando constaté que ella ya estaba mirándome. Desde que nos habíamos sentado el uno frente al otro era la primera vez que me miraba. Estaba seguro de que en ese momento estábamos pensando exactamente lo mismo. Su sobrina y Raffaëla eran más o menos de la misma edad. Si esta muchacha tuviera problemas, su madre removería cielo y tierra para poner orden. Pero ¿quién hacía algo por Nadine Husak? Sus padres, en Eslovaquia, ni siquiera sabían qué estaba pasando, e incluso, si lo supieran, no podrían hacer nada, y su tía aquí apenas era capaz de hacerse comprender.

Sólo ella y yo parecíamos darnos cuenta de lo doloroso que era este momento.

Una vez que se hubo ido la niña, Annemarie Braam se dirigió a mí:

—Y ¿puedes hacer algo por nosotras? —el tono era amistoso, pero estaba claro que no esperaba otra contestación que no fuera un «sí».

Miré a Katka Adamec, pero esta había vuelto a clavar la mirada en el suelo.

Respiré hondo, como al inicio de algo cuya duración era para mí totalmente desconocida, y dije:

—Quiero que escriba todo lo que recuerde de ese encuentro. Qué aspecto tenía ese hombre. Altura, color de pelo, color de ojos, compleción, adornos, tatuajes, todo. Podría preguntárselo ahora, pero quiero que lo medite, que se tome su tiempo. Lo mismo quiero saber también de su sobrina.

Me incliné hacia delante, hacia la mesa de cristal que nos separaba, y cogí la foto que ya se había empleado antes para convencerme.

—¿Es reciente? ¿Sigue teniendo ahora el mismo aspecto?

Annemarie Braam medió de nuevo y repitió la pregunta. Katka Adamec negó con la cabeza y respondió que ahora tenía un aspecto más femenino, más adulto.

—Entonces, habrá que ponerse en contacto con los padres para que nos envíen una foto más reciente. Será duro, porque también tendremos que explicarles lo que está pasando, pero no hay otro modo. Tal vez tengamos suerte y se hicieran fotos para la despedida. Pregúnteles y dígamelo cuando lo sepa.

Con un suspiro de alivio, Charlotte exclamó:

—¡Estupendo, Jager!

Annemarie Braam me dio las gracias brevemente, pues estaba claro que no se esperaba otra cosa, y me indicó que sobre las cuestiones materiales de nuestra colaboración debía ponerme en contacto con su esposo; bastaba con que le enviara un contrato.

Desde luego, era lo que pensaba hacer, y también pediría un adelanto considerable.

—¿Vas a hacerlo también *no cure, no pay*? —me preguntó Charlotte durante el viaje de vuelta.

—No con esta gente.

Miró brevemente a un lado y luego volvió a clavar la vista en la carretera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mosqueada.

—¿Sabes quién es su marido?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas? —por su tono de voz se veía que se había puesto algo más a la defensiva—. ¿No te lo he contado ya? Hizo dinero con la explotación de líneas eróticas. ¿Y bien? Le he visto un par de veces y no es mi tipo, pero tampoco está nada mal.

Meneé la cabeza despacio.

—Me gusta saber quiénes son las personas con las que me relaciono, Charlotte. Es algo que forma parte de mi trabajo.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que sabes tú que yo no sepa?

Dirk Braam, «Dickie» para los amigos, se encontraba cerca del puesto cuatrocientos en el *Quote 500* de los neerlandeses más ricos y, en efecto, había ganado el dinero con líneas eróticas. Una voz cachonda y excitante que luego lleva a pensar en cosas como las que había en el jardín de la familia Braam; mi imaginación era demasiado pobre para esas cosas, pero no había nada malo en ello. Sin embargo, esa sólo era una parte de la historia.

—Ese Dirk Braam no trabaja sólo con las líneas eróticas, también tiene negocios de bienes inmuebles con un par de amigos que viven por aquí, en la zona, y cuyos nombres aparecen también en el *Quote 500*. Juntos han fundado una pequeña sociedad de responsabilidad limitada llamada «Q&Q Property Development»: les parecería un nombre divertido. Se autodenominan «promotores inmobiliarios» con muchas ínfulas. Conocía a Willem Endstra y a Bertus Lüske. Digo «conocía» porque, como sabes, ya no existen. Y conoce a un montón de personas que no han sido liquidadas, pero que sí son sospechosos habituales de la policía. Una buena tormenta y el viento derribará a unos cuantos más. No son buena compañía, Charlotte. El mercado de bienes inmuebles se utiliza para blanquear dinero procedente del crimen. Puede que no todo el mundo esté implicado, pero él se relaciona justo con las personas inadecuadas.

—Eso no quiere decir que él también lo sea, ¿no?

—Venga, no te hagas la ingenua.

—Muy bien, será así, pero dejemos el tema.

Del salpicadero cogió un paquete de cigarrillos, sacó uno con una sola mano en un alarde de destreza y volvió a tirar el paquete bruscamente. Después de que las dos damas me hubieran hecho la cama, me complacía poder sacarla ahora de sus casillas.

—Pareces más enfadada que convencida. ¿Quieres que te dé un ejemplo cercano? Ese Dirk Braam acaba de comprar con dos de sus amiguitos un terreno en las Biltsche Duinen. Esa amiga tuya hace un momento estaba hablando maravillas sobre los ciervos que veía cuando caía la tarde, pero su esposo dentro de nada lo convertirá todo en un campo de golf con doce hoyos. El terreno lo adquirieron a una empresa de autobuses tras una transacción bastante dudosa. Sobre ese negocio se están haciendo

preguntas incluso en el Parlamento.

—Te pareces muchísimo a mi padre. Él también despreciaba a mis amigos. Qué asco, no voy a volver a llevarte a ningún sitio.

Ella tenía que concentrarse y fijarse en la carretera, pero yo podía seguir mirándola tranquilamente. Me encendí también un cigarrillo y coloqué el brazo tras el respaldo de su asiento. Empezaba a divertirme.

Miró con el rabillo del ojo y preguntó:

—¿Qué es tan gracioso?

—Hace poco oí en la radio que el cincuenta por ciento de la gente en los Países Bajos no está satisfecha con su aspecto exterior. ¿Lo sabías?

—No. ¿Y qué pasa?

—¿Puedo preguntarte algo y prometes responderme con sinceridad?

—Primero tendría que conocer la pregunta.

—¿Sí o no?

—Muy bien, entonces sí.

—¿Cuántas reformas se ha hecho esa amiga tuya?

—Qué asco, ¿eso es lo que tenías en la cabeza mientras hablabas con ella? —exclamó.

—Es imposible pensar en otra cosa, ¿no? Llamando tanto la atención... Venga, cuenta.

Quizá fueran los propios vecinos quienes le hicieron el trabajo a esa Annemarie. Un par de parcelas más allá de su casa habíamos pasado por una ostentosa puerta en la que podía leerse en letras doradas: «Centro de Medicina Estética Bosch y Duin».

—Los pechos y los labios, nada más. Y se ha quitado algunas patas de gallo de los ojos y se ha hecho un *lifting* en las cejas.

Salió en defensa de su amiga.

—¿Te parece normal? ¿Tú también te lo harías?

Dudó un momento antes de responder:

—No lo sé, tal vez sí. En cualquier caso, no es nada tan especial. Por tu tono de voz se diría que estás en contra por principio.

—Sí, claro que estoy en contra.

—¿Y por qué?

—La decadencia forma parte de la vida.

—Seguro que eso te viene de tu condición budista. Yo aún tengo que asimilarlo, oye: la decadencia forma parte de la vida.

—Sí, y en tu caso yo sí que no me haría nada. Tú eres una de esas personas afortunadas que van adquiriendo más belleza con la edad. Quizá también habría ocurrido lo mismo con esa amiga tuya, pero eso ya nunca lo sabremos.

Volvió a mirarme brevemente con el rabillo del ojo, preguntándose si no estaría tomándole el pelo.

—Ese es el piropo más extraño que me han dicho nunca. —Un par de minutos

después, preguntó—: ¿Estás, entonces, satisfecho con tu aspecto físico?

—Yo pertenezco a ese otro cincuenta por ciento que se preocupa de otras cosas.

—Vaya, cuenta.

—Ya ha estado bien por hoy.

—Eres tú quien empieza.

—Fíjate en la carretera.

Cuando me dejó en casa, resultó que había estado rumiando algo que le había dicho antes.

—Si tienes tantos principios, ¿por qué aceptas un encargo de personas que te dan tan mala espina?

Yo ya me había bajado, pero me incliné y metí la cabeza en el coche:

—Para que quede todo bien claro, Charlotte, yo trabajo para la señora Adamec. Eso es lo que hemos acordado ella y yo.

—¿Cómo?

Le guiñé un ojo y dije:

—Contacto visual.

Cerré la puerta y me fui alejando por la acera.

IV

Luz Daalhoff estaba sentada en la silla más derecha que una vela y hablaba con seguridad y gestos medidos, sin divagar ni perderse en detalles. Sin embargo, no parecía sentirse cómoda del todo.

Terminó con:

—Y como usted tiene conocimientos de arte, Jaap me aconsejó que viniera a consultarle.

Me pregunté cuánto tiempo habría pasado antes de que empezara a llamarle por su nombre de pila. A mí todavía seguía tratándome de usted, aunque yo le había propuesto que nos tuteáramos, pero por lo visto le costaba mucho dar ese paso. Quizá se debiera a la diferencia de edad, pues calculé que tendría entre veinticinco y treinta años.

Resultaban llamativos sus delicados rasgos faciales, los pómulos pronunciados y el fabuloso cabello negro como el azabache, que poseía un brillo casi antinatural. Todo eso, unido a una tez de un matiz más oscuro que el de Jaap y el mío, indicaban un padre o una madre de procedencia extranjera, bien asiática, bien latinoamericana, no podía situarla con exactitud. Lo único que menoscababa su atractivo aspecto era esa actitud rígida y en exceso formal. Entre ella y el resto de las personas se establecía una incómoda distancia y experimenté la consecuente tensión que producía esa distancia.

Quería averiguar quién había sido Mathias Dijkman. Sacó sus posesiones del maletín y fue examinándolas una a una, le había comprado flores y le acompañó en su traslado a la última morada. La razón de su visita se encontraba entre nosotros, sobre la mesa. Una carta y una pequeña pintura al óleo sin marco que había encontrado en uno de los paquetes envueltos en papel de aluminio.

Mientras contaba la historia, miraba de vez en cuando con el rabillo del ojo a su monitor de prácticas. La juventud y frescura de su rostro constituían un enorme contraste con la cara de mi amigo Jaap Tielemans. Tenía mal aspecto y, para lo que solía ser habitual en él, parecía poco interesado. Desviaba la mirada con frecuencia hacia el resto de clientes que se encontraban en el café donde acostumbraba a recibir mis visitas.

—Creo que puedo ayudarte tanto con la carta como con la pintura. Por lo demás, tampoco hace falta ser un experto, oye —dije con una sonrisa—, hay un montón de personas que podrían hacerlo. —Cogí la carta y señalé el nombre que aparecía abajo—: Para empezar, esta no es la firma de un hombre, sino de una mujer, aunque por su carácter bien podría mandar sobre muchos hombres.

Me miró sorprendida y Jaap ahora pareció espabilarse también.

—Charley casi seguro que debe de ser Charley Toorop, una mujer. El Eddy del que habla, el hombre que por lo visto realizó esta pintura, es su hijo: Edgar Fernhout. Los dos son pintores conocidos, hija y nieto de un pintor aún más famoso: Jan

Toorop.

En la cara de Jaap apareció una mueca:

—Bueno, ¿qué te dije? ¡Es bueno de verdad! —Para añadir medio en broma—: No digas nada más, Jager, de lo contrario Luz habrá acabado la investigación antes de empezar.

La miré y pregunté:

—¿Te dicen algo esos nombres?

—No, la verdad es que no. ¿Tendría que avergonzarme? —Lo dijo en broma, pero no sonó así.

—Un poco. ¿Sabes una cosa? Ven conmigo, vivo aquí, a la vuelta de la esquina. En casa tengo algo de la familia Toorop.

La invité a sentarse a la mesa del comedor, que también hacía las veces de escritorio, mientras cogía una pila de libros y catálogos de la estantería.

—Empieza con este catálogo. Está dedicado de principio a fin a la obra de Edgar Fernhout.

Un día frío y lluvioso de finales de 2002 había ido a Arnhem para ver allí, en el Museo de Arte Moderno, la exposición *A la luz de Alassio*, dedicada al trabajo que había realizado Edgar Fernhout durante los años que pasó en Italia, antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Fue una fabulosa e insospechada sorpresa. Me impresionó tanto que compré el catálogo y estuve hojeándolo días enteros. En muchos de sus cuadros de ese período se vislumbraba el resplandor de la cálida luz italiana. Había logrado transmitirlo tan fielmente que tuve la sensación de que esas pinturas me proporcionaron de veras calor durante esos días fríos y oscuros.

—Comparadlo con vuestro retrato, yo voy a hacer café.

Recorrieron página a página el catálogo y fueron comparando sus ilustraciones, especialmente los retratos, con la pintura que ellos tenían. Era sólo un pequeño retrato con las dimensiones de DIN-A4, pintado minuciosamente con una pincelada muy fina y en grado sumo realista. Un hombre de mediana edad aparecía representado con precisión fotográfica. Solemne, muy pulcro, con una raya impecable en el cabello plateado. La sensación de distancia que habría podido desprenderse del conjunto había desaparecido en gran parte por la expresión bondadosa de su boca. Lo más llamativo era la intensa mirada, dirigida directamente a los ojos del espectador. Estaba pintado con tanto acierto que tuve la sensación de que no era yo quien observaba al hombre, sino más bien lo contrario: el hombre me estaba mirando a mí e intentaba penetrar en mis pensamientos.

Yo, para mis adentros, ya había llegado a la conclusión de que lo que teníamos aquí sobre la mesa coincidía con el estilo de un auténtico Edgar Fernhout y, mientras Jaap y Luz Daalhoff hojeaban el catálogo, sus observaciones iban encaminándose en la misma dirección.

—Esto se llama neorrealismo o también realismo mágico —dije cuando me senté con ellos—. Seguro que conocéis a Carel Willink, el máximo exponente de este estilo

pictórico.

Luz Daalhoff asintió:

—¿No era el hombre que estaba casado con esa mujer alta y excéntrica que llevaba esos vestidos tan raros de una diseñadora china? Murió después en extrañas circunstancias, ¿no? Asesinato, suicidio, creo que nunca llegó a esclarecerse.

—Sí, se llamaba Mathilde. Carel Willink siguió fiel al realismo mágico hasta su muerte, pero en el caso de Edgar Fernhout sólo significó un breve período en su obra, después empezó a realizar pintura abstracta.

Luz Daalhoff no estaba muy interesada en la evolución de Edgar Fernhout como pintor:

—Si esta pintura es realmente de Edgar Fernhout, ¿podría averiguarse también quién aparece retratado? ¿Está vivo todavía?

Negué sacudiendo la cabeza:

—No. Madre e hijo murieron hace ya tiempo. Él, me parece, el siglo pasado, a principios de la década de los setenta, pero ahora mismo lo sabremos. —Sólo tuve que hojear el catálogo—: Edgar Fernhout en 1974 y su madre en 1955.

—Lástima.

—Sí, pero no es un obstáculo insalvable. Edgar Fernhout no pintó mucho y lo que hay, por lo que yo sé, está bastante bien documentado. Pero antes tendrás que consultar a varias personas. En este catálogo se menciona a quién representa cada retrato, pero es ahí más o menos donde termina mi conocimiento. Sin embargo, no creo que deba de ser muy difícil, pues la pintura está fechada. —Señalé las letras E. F. y la fecha '44 en la parte inferior derecha del lienzo—. Y, además, tienes la carta de su madre. De ella se ha escrito mucho más y se conserva una enorme correspondencia.

Volví a coger el catálogo, que también contenía cartas de Edgar Fernhout a su madre y viceversa. Busqué bajo «Archivos consultados» e indiqué los dos más importantes:

—La Biblioteca Real y la Oficina Real de Documentación de Historia del Arte, las dos en La Haya. Probablemente allí estén la mayoría, y si ellos no las tienen, podrán remitirte a los lugares adecuados.

Su reacción fue bastante contenida para alguien que ha recibido tanta información de improviso:

—Eso es más de lo que me hubiera esperado al principio, señor Havix. Un arranque excelente.

—Llámame Jager, ¿vale? —lo intenté una vez más.

—Por cierto, ¿qué te parece la carta? —me preguntó un poco desorientada—. ¿Podrías sacar algo que me ayude a determinar quién es ese Johan que aparece aquí?

Me acerqué la vieja hoja de papel y volví a examinarla. Aunque estaba escrita a máquina, no resultaba tan fácil. Faltaban letras que habían sido rellenadas con una pluma y las líneas se superponían aquí y allá; por lo visto, había algo que fallaba en el

mecanismo de la máquina de escribir y, al desplazarse a la línea siguiente, el papel a veces se quedaba enganchado.

Al igual que con la pintura, en cualquier caso pude explicar parcialmente el texto.

De Vlerken, 8 de agosto de 1944

Querido Johan:

Ayer estuve en casa de Eddy y vi el trabajo que se traía entre manos. Así, a la chita callando y desde tan lejos, te ha hecho un fabuloso retrato que me ha impresionado muchísimo. Eddy va a llegar más arriba de lo que yo me había esperado de él, o mejor dicho, va a convertirse en lo que yo pensaba que había dentro de él, a pesar de que no estaba segura del todo de que tuviera la fuerza y la capacidad de sacarlo. Y ahora sí que lo hará, seguro. Es estupendo saberlo. Aún tiene que evolucionar mucho, pero creo que en Holanda se convertirá en un personaje especial.

Él mismo te lo enviará pronto, porque toda Bergen ha de ser evacuada ahora y no puede quedarse casi nadie. No me atrevo a trabajar ya en el taller de forma clandestina, porque me están vigilando. Por suerte he podido darle un buen empujón a mi lienzo grande *Las Tres Generaciones*, pero, claro, tengo que volver a enviarlo a Ámsterdam, donde se guardará en un sótano a prueba de incendios.

Es una época muy mala para vender cuadros. También te estoy realmente muy agradecida por la ayuda económica y recibo con mucho agrado tus interpretaciones astrológicas en un mundo que muestra todos los síntomas de la rabia. Tus palabras parecen haberle hecho mucho bien a Eddy, justo cuando andaba tan mal en el aspecto psicológico.

En lo que a mí respecta, comparto tu optimismo en general. Cada día cambia la vida y, aunque nosotros ya no llegaremos a disfrutarlo, estoy segura de que habrá un mundo mejor.

Charley

—No, me temo que no —dije tras leer la carta—. Pero sí que es una historia interesante.

Le conté brevemente lo que sí sabía. De Vlerken era el taller de Charley Toorop en Bergen, un pueblo situado en Holanda del Norte. El taller se lo había construido su padre para que pudiera dedicarse al arte sin preocupaciones. Había tenido tres hijos, dos chicos y una chica, a quienes había educado prácticamente sola, porque su esposo, Henk Fernhout, era un alcohólico que desapareció bien pronto de su vida. Uno de los chicos, John, se había convertido en un famoso cineasta, frecuente colaborador de Joris Ivens; la chica se había casado y había llevado una «vida burguesa» corriente, una vida por la cual poco interés podía mostrar su madre. El tercer hijo, Edgar, era en el que había puesto todas sus esperanzas para poder continuar la línea de pintores. *Las Tres Generaciones* era el cuadro en el que había representado esta línea: un busto de su padre, ella misma y su hijo Edgar. Aunque su

padre fue un pintor reconocido y ella misma también podía contar cada vez con más admiradores, los problemas económicos eran casi continuos. Se había esforzado especialmente en reunir suficiente dinero para su hijo, para que pudiera trabajar tranquilo desarrollando su arte. Charley Toorop había dedicado su vida al arte, que para ella era más importante incluso que sus hijos. Su pasión era tal que durante la guerra siguió pintando de manera clandestina, porque se había negado a ser miembro de la Kultuurkamer creada por los nazis y, por lo visto, sólo una evacuación forzosa de Bergen había podido frenarla.

—Por supuesto, yo no conozco todos los detalles; si quieres conocerlos, deberás zambullirte en los libros.

—Eso haré, desde luego —dijo Luz Daalhoff—, y muchas gracias de nuevo.

—Si consigues algo, me gustaría enterarme.

Durante nuestro encuentro, Jaap no dejaba de mirar su reloj y, una vez concluida la conversación, fue el primero que se levantó. Tampoco esto era propio de él; aunque tuviera prisa, sabía disimularlo muy bien. Luz Daalhoff guardó con cuidado la carta y la pintura en la funda archivadora, las envolvió en el papel de aluminio y lo metió todo entre las otras carpetas. Jaap se ofreció a llevar el pesado maletín, como lo había llevado también cuando nos había precedido mientras subíamos a mi piso en la tercera planta.

Él fue el primero que descendió por las escaleras estrechas y mal iluminadas de peldaños empinados. Aproximadamente a mitad de camino, se volvió hacia mí y preguntó:

—Se me acaba de ocurrir ahora, pero ¿cuánto puede valer esa pintura? ¿Tienes alguna idea?

Sí que la tenía. El que no se le hubiera ocurrido esa pregunta hasta ahora era otra señal de su desinterés o ausencia: el Jaap Tieleman que yo conocía lo habría preguntado mucho antes.

—Es difícil decirlo con exactitud, pero calculo que será entre los cincuenta y los cien mil euros.

—Madre mía, ¿qué me dices? —De su voz salió tanto sorpresa como espanto.

No sé lo que ocurrió exactamente a continuación, pero, como reacción a mi respuesta, Jaap giró con tanta brusquedad que el pesado maletín debió de hacerle perder el equilibrio y, con maletín y todo, cayó un buen trecho dando tumbos. A mitad del tramo consiguió volver a agarrarse, pero el maletín siguió rodando con sordos golpes peldaño a peldaño y no se detuvo hasta llegar al rellano de la primera planta.

—¿Estás bien? —gritamos Luz Daalhoff y yo al mismo tiempo.

—Sí, sí —dijo irritado, seguido por un fuerte «joder» cuando vio el estropicio que había debajo.

El maletín se había abierto, una parte del revestimiento de plomo se había desgarrado y yacía entre una maraña de papel, fundas de plástico y trozos de

aluminio.

—¡Qué día de mierda! —fue la conclusión de Jaap, desprendiéndose de su voz una sorda resignación.

—Lo he numerado todo, así que creo que no será tan grave, en un abrir y cerrar de ojos lo habremos ordenado de nuevo —le consoló Luz Daalhoff.

La sensatez que atestiguaba esa acción, en efecto, constituía una suerte en medio de la desgracia. Arrodillados, Jaap y yo fuimos recogiendo primero los papeles que pensábamos que se correspondían y se los fuimos entregando a ella. El maletín había quedado inservible, así que Luz hizo montones con ellos y los fue poniendo en uno de los peldaños de la escalera. Yo me puse a buscar de inmediato la pintura de Edgar Fernhout y, para mi alivio, constaté que no había sufrido ningún daño.

—Subo un momento a buscar otra cartera.

Cuando regresé, Luz estaba sentada en la escalera. Miraba la pequeña pintura que, cuidadosa, alzaba en el aire sobre las palmas de las manos a la difusa luz. Levantó la mirada y me preguntó:

—¿De verdad es tan valiosa?

—Sólo es una estimación, oye. Hay que llevarla a Christie's o a Sotheby's, seguro que ellos ya habrán subastado alguna vez algo suyo.

—Y estaba dentro del maletín de una persona a quien el Estado le ha sufragado el entierro.

—Bueno, pues entonces al final el Estado tuvo buena suerte. En el caso de que no puedas encontrar a ningún heredero.

Después de que se marcharan, no le di muchas más vueltas. Tenía bastante trabajo y, aunque hubiera podido ayudarla, dudaba de si llegaría muy lejos con esa información. Luz había dicho que ese Mathias Dijkman tenía unos sesenta años. Tal vez ni siquiera hubiera nacido cuando Edgar, el hijo de Charley Toorop, pintó al «Johan» a quien ella se dirigía en su carta.

Me preocupaba más Jaap.

—¿Qué está pasando? —le pregunté al llamarle esa misma noche.

—¿Qué quieres decir? —se puso a la defensiva.

—No dejabas de mirar al reloj, estabas ausente, apenas interesado. Venga, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos? Y luego vas y te caes por la escalera.

Me callé el hecho de que debía de haberle causado una penosa impresión a su subordinada, a la que parecía que no se le pasaban muchas cosas por alto, pues eso lo sabía él mejor que nadie.

—Estamos pasando por un momento difícil aquí, Jager. —Volvía a sonar poco receptivo.

Jaap trabajaba de policía en el Departamento de Homicidios del Equipo de Investigación en la Región de La Haya. Pensé que tal vez tuviera problemas en el trabajo, no sería la primera vez que andaba a la greña con sus superiores, pero esto parecía guardar relación con la vida privada. Me invadió una sensación incómoda,

pero ya había empezado la conversación.

—¿Quieres decir entre tú y Elzeline?

—Exacto.

—Creía que os iba bien.

Jaap era un hombre bien parecido y esto, unido a una actitud despreocupada que irradiaba seguridad en sí mismo, pleno de confianza en que la vida no le reservaba nada más que cosas buenas, lo convertía en buena compañía y en una persona irresistible para muchas mujeres. Bajo el lema del *carpe diem* había llevado una vida alocada durante años, con gran número de relaciones breves y a menudo tempestuosas, comenzadas sin preámbulos dignos de mención y con un final aún más rápido. Sin embargo, desde hacía unos dos años había encontrado el verdadero amor. Al menos, eso pensaba yo.

—Eso es precisamente lo más frustrante, no es por nada que pase entre nosotros.

—Perdona, no lo entiendo.

—Se le está despertando el instinto maternal. Se me atraganta la jodida expresión. No para de decir que estamos muy bien; perfecto, yo también lo creo, pero de ahí a que quiera tener un hijo... Y el hecho de que lo quiera es, según ella, precisamente una señal de lo bien que nos va, pues de lo contrario no querría tener un hijo mío, ¿no? Me siento acorralado. ¿Sabes a lo que me refiero?

—¿No quieres tener hijos? —eludí su pregunta, que no llevó la conversación a aguas más tranquilas.

—Ahora no —dijo secamente—. Y luego tienes que aguantar toda esa patraña de que a mí todavía me queda mucho tiempo, pero que a ella no: el «reloj biológico», otra jodida expresión.

—Pero ella no es tan mayor.

—Sí, eso también he intentado explicárselo, pero no funciona. Tiene treinta y seis años y, en su opinión, se va haciendo cada vez más difícil. No para de hablar todo el tiempo de todas sus amigas que ya tienen hijos.

—Qué coñazo. Si quieres que hablemos alguna vez de ello, seré todo oídos.

Le hice el ofrecimiento pero, para ser sincero, no tenía ni idea de cómo debía afrontarse una conversación así. Podíamos ser buenos amigos, pero este tipo de intimidades no era nuestro estilo. Para mi alivio, a Jaap también le parecía que ya habíamos hablado bastante del tema.

—Déjalo. Sé que tienes las mejores intenciones, pero mañana estaré de nuevo al pie del cañón. Lo que ocurrió hoy no volverás a verlo. Por cierto, ¿qué te pareció Luz?

—Una persona seria.

—Sí, es algo que debe aprender aún: relativizar un poco más, relajarse un poco más en el trato social. Ya se lo he dicho: ser demasiado serio puede a veces obrar como freno, y en este trabajo debes tener la capacidad de relacionarte ágilmente con todo tipo de personas. Con ella no siempre resulta. Bueno, claro, también es bastante

joven todavía.

—Me parece que en ella habéis encontrado una buena policía. En mi opinión, va a meterse a fondo en el caso. Apenas la conozco, pero ¿no se comportará así porque piensa que de alguna manera debe demostrarse algo?

—No sólo eso. También es ambiciosa. Para ella hacerlo bien no es suficiente, quiere formar parte de los mejores. No me parece mal que se entregue a este caso siempre que no vaya en detrimento del resto de su trabajo.

—¿De dónde son sus padres? —pregunté—. Supongo que al menos uno de ellos no tiene sangre neerlandesa.

—Cierto. Su padre es neerlandés, pero la madre es peruana. Se conocieron cuando él trabajaba allí de médico para un proyecto de desarrollo. Una vez me enseñó una foto de su madre, una india fabulosa. Luz afirma que su madre descende de los emperadores incas y, por tanto, tiene auténtica sangre inca. El que se vea ella misma aquí como una especie de mestiza, algo negativo para muchas personas, es para ella bastante delicado. A su manera de ver, es precisamente el caso contrario; el descender de los incas es algo de lo que está especialmente orgullosa. Por lo demás, no es que lo mencione mucho, la mayoría de los colegas apenas sabe dónde está Perú. Ni siquiera sabe lo que significa su nombre, ¿tú lo sabías?

—Sí, hasta ahí sí que llega mi conocimiento de español.

—Bueno, sí, por lo demás, ella es neerlandesa, ni siquiera ha vivido en el Perú.

Hablamos un poco más sobre el asunto que los había traído hasta mí y luego interrumpimos la comunicación.

No tenía experiencia para aconsejarle a Jaap cómo tratar los anhelos maternos de su novia, porque antes de que hubiera podido convertirse en un tema de conversación para Eileen y para mí, ella había fallecido.

V

Al día siguiente por la noche encontré un mensaje de Luz Daalhoff en el contestador pidiéndome que le devolviera la llamada en cuanto pudiera.

Empezó haciéndome un cumplido cuando la tuve al otro lado de la línea telefónica:

—Tenías razón, en la Christie's de Ámsterdam conseguí sacar algo y tus estimaciones eran acertadas. Hace un par de semanas se subastaron pinturas de Edgar Fernhout: dos paisajes y una naturaleza muerta. Cada uno de los paisajes reportó alrededor de diez mil euros, pero la naturaleza muerta, de una sábana, ochenta mil euros. Cuando mencioné el retrato, la señora con la que estaba hablando se mostró interesada de inmediato. Fue bastante reticente a la hora de mencionar cantidades, pero al insistir y seguir describiendo el lienzo, calculó por fin un monto de alrededor de cien mil euros. Con un amplio margen por arriba o por abajo, dependiendo de la calidad, así que andabas muy bien encaminado. Lo que olvidé preguntar es por qué los paisajes se vendieron por tan poco dinero. ¿Tú lo sabes?

—Sigues haciendo preguntas que puedo responder. Los paisajes son lo que en la jerga del arte se llama «obra no típica» de Edgar Fernhout, que en cierto sentido realizó un poco como de pasada. Por lo que realmente se le conoce es por los retratos y las naturalezas muertas, de ahí que se pague mucho más por ellos.

—Está claro. ¡Ah, sí, una cosa más! La mujer con la que hablé se mostraba al principio bastante reservada, unos periodistas la llamaron un par de veces. No se mostró más amable hasta que comprendió que lo único que me importaba era ese pequeño retrato. La naturaleza muerta, por lo visto, provenía de la colección de Goudstikker. —No se había olvidado del ligero reproche de ayer—: Ese nombre sí que lo conozco. —Para, acto seguido, volver a relativizar de inmediato su propio conocimiento—: Pero es porque también se ha escrito mucho sobre él.

Con el teléfono encajado entre el cuello y el hombro, mientras abría y ordenaba el correo, hasta ese momento sólo había estado escuchándola a medias. Sin embargo, al oír el nombre de Goudstikker fui todo oídos. Era obvio que tenía noticias de las que yo aún no estaba al tanto.

—¿Se ha vendido una pintura de Goudstikker? ¿Quién la ha vendido?

—Sus herederos, la nuera y el nieto —su voz transmitió entusiasmo al darse cuenta de que podía contarme algo que yo no sabía—. En Christie's no quisieron decir quién era el propietario, sólo que el dueño anónimo y los herederos se habían puesto de acuerdo sobre la venta del lienzo.

En efecto, los periódicos, las revistas e incluso la televisión habían prestado mucha atención al caso Goudstikker, el marchante y coleccionista de arte judío cuya colección había acabado en manos de los nazis para, a continuación, al terminar la guerra, pasar al Estado neerlandés. Y de manera injusta, como resultó al final, porque, tras muchísimos procesos judiciales, la reclamación de los herederos de Goudstikker

fue por fin estimada. Un gran número de museos debieron ceder en total más de doscientos lienzos de maestros antiguos: una enorme sangría. Los directores de los museos, que habían guardado silencio durante todos esos años sabiendo que algo no estaba en regla con la propiedad de esas pinturas, ahora no se atrevían a levantar la voz.

Por lo que yo sabía, los herederos no habían decidido todavía lo que iban a hacer con los lienzos, pero el primer paso fue trasladarlos todos de manera provisional a los Estados Unidos, donde vivían. Por lo visto, también habían localizado un cuadro de Edgar Fernhout que había pertenecido al suegro y abuelo, y este sí que decidieron venderlo. Era evidente que necesitaban dinero para pagar las elevadas minutas de los prestigiosos abogados, o tal vez pensaran que un lienzo de Edgar Fernhout no armonizaba con todos esos maestros antiguos.

—Interesante. No sabía yo que Goudstikker también poseyera obra de Edgar Fernhout.

—Para ser sincera, esa no es la única razón de mi llamada. Creo que vuelvo a necesitar tu ayuda.

Su voz sonaba precavida. Le fastidiaba tener que molestarme de nuevo y los cumplidos deberían facilitarle un poco más la formulación del nuevo favor que iba a pedirme.

—Como sigas así, tendrás que empezar a pagarme. Pero venga, suéltalo, tal vez volvamos a tener suerte.

—Ayer por la noche, mientras estaba poniendo otra vez en orden los papeles del maletín, encontré algo nuevo. No sé cómo pudo pasármese por alto. Soy muy meticulosa. La única explicación que se me ocurre es que estuviera entre el maletín y el revestimiento de plomo, y que apareciera con la caída. Ayer lo recogimos todo de prisa y corriendo, de ahí que no me llamara la atención hasta llegar a casa.

—Y ¿qué es?

—Sí, pues en realidad no lo sé exactamente. Ayer me fijé en que tenías fax. ¿Te parece bien si primero te lo envío y luego seguimos hablando?

—Sí, claro, adelante.

Lo que salió deslizándose del fax tenía todos los visos de ser la página de un viejo libro de caja. Con diferentes columnas que indicaban la partida de gastos, su descripción, la mención del importe y la fecha, pero era evidente que había sido utilizada para otros fines. Los títulos de las columnas se habían cambiado y leí de izquierda a derecha: «Pintor», «Composición», «Importe» y, por último, «Fecha». La letra era irregular y difícil de descifrar. La lista no era larga y en la primera columna había sólo un limitado número de nombres que leí con creciente sorpresa e interés: Rembrandt, Rubens, Van Dijck, Hals, Lievens, Maes. Conté en total dieciocho pinturas de estos seis maestros, vendidas en un período de tiempo que comenzaba el 25 de marzo de 1941 y terminaba el 12 de octubre de 1944, que era la fecha en que se había vendido el último, un lienzo de Nicolaes Maes. Las cantidades variaban desde

los 75.000 florines por un cuadro de Jan Lievens, hasta los 350.000 florines por un lienzo de Rembrandt. Bajo la columna de «Composición» había una breve descripción de cada pintura. Como en esta columna debía introducirse más texto, el escritor había empleado una letra más pequeña, por lo que la mayoría era casi ilegible.

—¿Qué te parece? —me preguntó después de haberme dejado un tiempo para estudiar la lista.

Tuve que decepcionarla:

—Esta vez sí que no puedo añadir más a las conclusiones que tú misma seguro que ya has sacado: esta es una lista de venta cualquiera. Pero no tengo ni idea de quién podría ser. Puedes intentar averiguarlo, pero después de tantos años me parece que vas a tener pocas posibilidades de éxito. Muchos de los negocios que se dedicaban en aquella época al arte hoy ni siquiera existen. Y no hablemos ya de las dificultades que supondrá encontrar un vínculo con ese Mathias Dijkman.

No sonaba muy alentador, pero así eran los hechos. Para suavizarlo un poco, me esforcé en hablar más de los antecedentes. Le hablé de la animada actividad en el mercado del arte durante la Segunda Guerra Mundial, alimentada por el interés y el afán adquisitivo de los nazis, liderados por Hitler y Göring, y cómo el mundo del arte neerlandés había participado en gran medida de ella. Eran tiempos felices, los nazis arramblaban con todo, a menudo sin saber lo que se llevaban, y los precios no hacían más que subir. Le di nombres de comercios dedicados al arte y en algún caso incluso personas con las que podía contactar.

—No se menciona a los compradores —le dije cuando tomé la lista y volví a estudiarla fugazmente—, pero ya te habrás fijado.

—Sí, me sorprendió. ¿Tienes alguna idea de por qué podría ser así?

—A los marchantes neerlandeses no les gusta que les recuerden aquella época, ya que los prebostes nazis eran sus mejores clientes. Probablemente este vendedor no quería tenerlo en los libros para que no le acusaran después de colaboracionismo. Eso es algo obvio, pero tal vez hubiera otra razón.

—Parece una buena explicación.

—Quizá sí. En cualquier caso, salir a la calle a buscarlo es un trabajo ímprobo. Lo mejor sería que te pusieras manos a la obra con la carta de Charley Toorop y la pintura de su hijo. Ese es un enfoque mucho más directo.

Había tenido un día largo y no pensaba hacer nada más. En cambio, me quedé mirando una lista que no podía quitarme de la cabeza. Lo que podía verse allí parecía más interesante de lo que era en realidad. Por especial que pueda ser hoy la venta de un Rembrandt o un Rubens, en las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo pasado eso era el pan nuestro de cada día. Así fue como Goudstikker pudo reunir una colección tan enorme de valiosas pinturas de maestros antiguos. Poseía un *stock* de más de mil lienzos cuando estalló la guerra, algo que hoy en día sería imposible, incluso para el coleccionista más rico y agresivo. Goudstikker habría estudiado esta

lista con interés para, acto seguido, tomar una decisión, comprar lo que deseaba y anotar de su puño y letra la reciente adquisición en la agenda donde mantenía al día todas sus transacciones. También otros habrían podido hacerlo; aunque Goudstikker era el más grande, seguro que no era el único. No había más que mirar el precio: un autorretrato de Rembrandt vendido por 350.000 florines. En aquella época una cantidad considerable, pero no fuera de las posibilidades de los marchantes más importantes de ese tiempo. Si hubiera sido un bello ejemplar, hoy valdría decenas de millones; en euros, entiéndase bien. En ese sentido, esta lista tenía a lo sumo un valor histórico.

No, no era la lista lo que me absorbía, sino la persona con la que la asociaba. Si hubiera estado vivo aún, le habría puesto de inmediato en contacto con Luz Daalhoff. Aunque le había dado nombres de galerías de arte y personas de contacto, la verdad era que, tras la muerte de Adriaan Mantingh, acaecida unos cuantos años atrás, no había logrado encontrar un sustituto adecuado que tuviera tantos conocimientos sobre el mundo del arte y al que pudiera llamársele un experto con todas las de la ley. Si ahora quería averiguar algo, tenía que pagar por una información que no alcanzaba el nivel al que estaba habituado con Adriaan. La mayoría de los implicados se encontraban demasiado arriba como para poder estar verdaderamente libres de prejuicios. Por lo demás, con frecuencia me parecía que se me ocultaba información. Adriaan no sólo lo sabía todo acerca de las pinturas antiguas y de cómo se organizaba su mercado, sino que también era íntegro y se negaba a cerrar los ojos ante malas prácticas, cualidades bastante raras en ese mundo.

Echaba de menos todo esto, pero también echaba de menos su amistad. Me levanté y fui hacia la parte de atrás. Después de haber levantado la ventana, escuché los pájaros que volvían a cantar y trinar en los descuidados jardines traseros de nuestros edificios poco antes de caer la noche. En el silencio irreal que siguió, pensé en Adriaan, en Eileen, en mi padre y en el padre de Charlotte, en personas que ya no estaban aquí, que me habían precedido en la muerte, personas a las que había querido y a las que había sobrevivido. No había nada que entender, no había ningún plan grandioso, ningún Dios que lo gobernara todo. La misma casualidad que nos había reunido, había vuelto a separarnos después. Años atrás, como consecuencia del fallecimiento de Eileen, me prescribieron el antidepresivo Seroxat. Aunque estuve cerca, no llegué a volverme loco ni atenté contra mi propia vida. Más tarde conseguí incluso ir reduciendo el consumo de forma paulatina. La amargura también se desvanecía. En noches como esta la melancolía ocupaba su lugar. De un día que ya se había terminado, estas eran las horas en que descendía sobre mí cierta sensación de intemporalidad, de eternidad.

Inmóvil, estaba sentado en la oscuridad mientras los recuerdos me iban pasando por delante.

VI

Pasó más de una semana antes de llegar a conseguir las fotos de Nadine Husak que, en efecto, habían sacado en la fiesta de despedida y que resultaron muy útiles. En una de las fotos aparecía ella con la familia: el padre, la madre y sus dos hermanos menores. Nadine y los chicos miraban alegres y despreocupados a la cámara, pero los padres parecían un poco perdidos, abatidos por la despedida inminente y nada acostumbrados a posar. La segunda fotografía era un retrato en el que aparecía muy maquillada. El exceso de maquillaje en labios, cejas y pestañas contrastaba de manera poco natural con su pálida tez y la media melena de lacio cabello rubio. Ese fallido intento de parecer más seductora y adulta transmitía algo de tristeza. Su cara era superficial y poco expresiva; no es que careciera de atractivo, pero no era lo que se dice guapa. Volví a coger el retrato de familia y vi que debía de medir más o menos un metro setenta, con buena planta, delgada y robusta. Me sorprendí preguntándome por el aspecto que tendría el resto de su cuerpo cuando estuviera casi desnuda. ¿Bastante tentadora como para seducir a los puteros?

En la información que Katka Adamec me había entregado en papel sobre su sobrina y el hombre que la acompañaba no había nada que a simple vista pudiera ayudarme a encontrarla. Un turco o un marroquí, poco mayor que Nadine, pero más un muchacho que un hombre, de su misma estatura, complexión normal. Tampoco podía darme un nombre, estaba tan nerviosa que ni siquiera recordaba si había llegado a decírselo. De la ropa que llevaba tampoco supo aclararme nada. La cazadora de cuero de su sobrina sí que le llamó la atención al instante por lo cara que parecía; era una cazadora que nunca podría haberse permitido en Eslovaquia.

Nadine y ese hombre llevaban la misma joya colgada al cuello: una cadenita de plata con un corazoncito de oro apretado por una mano. ¿Qué indicaba eso sobre la relación entre los dos? Normalmente significaría un signo de unión, pero ¿cómo era posible si estaban obligándola a prostituirse? Al menos eso era lo que yo seguía creyendo, si admitía lo que me había contado su tía.

Hacía mucho tiempo que no me pasaba por Alkmaar y no era un mal día para regresar allí. El sol brillaba, la temperatura era agradable y apenas soplabla el viento. En las terrazas de los cafés y restaurantes de la Waagplein, la plaza de la balanza, las personas disfrutaban del buen tiempo y hasta por los canales podían verse algunos botes navegando. Con tanta alegría y frescor en el ambiente tenía que ponerme manos a la obra con el trabajo que me había traído hasta aquí.

Comencé tomándome un café en el sitio donde Katka Adamec había quedado con su sobrina: Grand Café Henry's, al pie de la Balanza. Lo encontré enseguida gracias a su descripción, pero volví a salir casi con la misma rapidez. Ni las fotos de Nadine ni la combinación de ella con un joven marroquí o turco hicieron reaccionar a nadie. Les dejé una copia pidiéndoles que se las mostraran también al personal que no estaba en ese momento. Sentí las miradas suspicaces en la espalda mientras volvía a salir a la

calle. Era una perspectiva poco halagüeña que volvería a experimentar muchas más veces durante ese día, pero no me quedaba otra. Empezaba de cero y, mientras no tuviera nada concreto, debía batirme el cobre con artillería pesada y abordar a todo aquel que tal vez pudiera saber algo. Ese era el trabajo que Annemarie Braam me había encargado.

Me dirigí paseando al lugar donde se practicaba la prostitución pública: el Achterdam. Si bien Nadine Husak podía no estar debidamente registrada trabajando tras un escaparate o en un club, el Achterdam era el corazón del comercio carnal en esta ciudad y sus alrededores. Si estaba buscando una aguja en un pajar, parecía lógico empezar aquí, aunque sólo fuera por ir entrando en materia dentro de un mundo que debía ahora frecuentar. Estaba al tanto de lo que se escribía en la prensa sobre el proxenetismo moderno de *loverboys*, esos chicos que acababan prostituyendo a sus novias, el comercio de muchachas extranjeras y los vínculos entre el ramo de la prostitución y el crimen organizado, pero todo lo conocía de lejos. ¿Qué podría esperarme de las muchachas con las que dentro de nada me pondría a hablar, qué relaciones se establecerían entre ellas en este lugar?

El Achterdam era una callejuela de apenas doscientos metros de largo donde estaba concentrado todo el negocio. Para ir cargándome las pilas, había estado caminando antes por las calles adyacentes, sin encontrarme a una sola prostituta. Era un bonito barrio, con edificios antiguos muy bien restaurados; un entorno apropiado para «la profesión más antigua del mundo».

Entré en el Achterdam junto al canal Lutтик Oudorp y lo primero que hice fue dirigirme despacio hacia el otro lado, sin hablar con nadie. En la parte derecha había sólo habitaciones que daban a la calle, pero a la izquierda resultó haber más pasillos angostos y techados, con muchas más habitaciones a los lados. Las prostitutas de allí estaban casi a oscuras, y la única luz era el fosforescente malva y rosa que salía de sus propios cuartos. Los pasillos eran tan estrechos que los clientes pasaban deslizándose muy cerca del cristal de puertas y ventanas y, allí donde las damas habían dejado las puertas abiertas, podían tocarse sin problemas. Me llamó la atención el hecho de que hubiera muchas cortinas corridas, y no porque las prostitutas estuvieran atendiendo a sus clientes, pues había demasiada tranquilidad. Las prostitutas, sentadas o en pie, tenían una expresión aburrida en sus rostros y, en algunos cuartos, estaban incluso charlando entre ellas y fumando.

Me había fijado en varios carteles donde ponía «Cámara de vigilancia», pero no advertí vigilancia física hasta que no estuve en el centro, después de mucho zigzaguear. En el cruce de un par de callejuelas, apostado de tal manera que podía controlar varios escaparates, había un hombre de unos cuarenta años con una gruesa barriga cervecera y un cigarrillo en la comisura de los labios. Pasé a su lado mientras iba fumándome mi picadura de tabaco negro. Su aspecto era el de una persona acabada y deforme. No era mi intención verme envuelto en la mierda, pero llegado el caso, este hombre no sería rival para mí. Probablemente tampoco fuera esa su misión

y, si pasaba algo de verdad, seguro que llamaría a alguien de complexión más robusta.

Aún no me había topado con ningún club, por lo visto aquí la prostitución sólo era de escaparates. Guiándome por su aspecto y escuchando retazos de conversaciones, deduje que la mitad de estas chicas provenían de Europa del Este. Quizá eso pudiera servirme luego. Del resto, la mayoría era de color; del oscuro de las negras hasta el marrón claro de las asiáticas. Las chicas neerlandesas, blancas y rubias, podían contarse con los dedos de una sola mano. ¿Dónde estarían? ¿Trabajarían en otro lugar, en clubes privados o para empresas de servicio de acompañantes?

Cuando llegué al final del Achterdam, vi una tienda en la esquina sobre cuyo escaparate aparecía escrito en grandes letras rosas: «Alquiler de habitaciones: razón aquí». Aparte de esto, el inmueble servía de locutorio y dentro había un par de expendedores automáticos de comida y refrescos. Entré, saqué una Coca-Cola de la máquina y fui a sentarme en una elevada escalera casi justo enfrente de la entrada. En un barrio donde los clientes daban vueltas y deambulaban y donde sólo se producía intercambio de miradas con las prostitutas, no había nadie que se fijara en mí. No estaba muy concurrido, pero en la tienda entraban chicas jóvenes con cierta regularidad. Algunas sólo con un pequeño bolso, otras con un bolso mayor en la mano o colgado al hombro. Mi mirada se detuvo en una muchacha que con un pantalón de chándal y una sudadera amplios, además de una bolsa de deportes colgada al hombro, parecía como si estuviera dirigiéndose a un gimnasio. De alguna manera, su vestimenta resultaba mucho más erótica que la ropa ajustada, los tacones altos y la cara maquillada de muchas de sus colegas.

A las mujeres las atendía un amable señor de unos sesenta años que, de pie tras el mostrador, como el recepcionista de un hotel, entregaba y recibía las llaves. Tan pronto como las tenían en su poder, las chicas entraban en la callejuela de camino a su escaparate, de camino a su trabajo. Me sorprendió la normalidad con que transcurría todo.

Tras terminar la Coca-Cola, volví a entrar dispuesto a iniciar mi trabajo. Me dirigí al hombre y le puse una copia de la foto de Nadine Husak sobre el mostrador. Al principio me llegué a preocupar por su posible reacción, pero ahora comprobaba que no había motivos. En lugar de echarme a la calle, me miró con atención y luego meneó la cabeza, para responderme después que no la había visto nunca por allí. Al indicarle que quería pasarme por los escaparates y preguntarles también a las chicas, se encogió de hombros:

—Tú mismo, pero no creo que saques mucho. De todas formas, no las molestes mientras estén intentando hacerse con un cliente, te caería una buena. No te arriendo las ganancias.

Por mucho que cooperara, cuando le pregunté si podía dejarle una copia, su reacción fue negativa:

—No, no creo que le guste a mi jefe, y tampoco quiero meterme en líos.

Pensé en pasarme por todos los escaparates, uno a uno, pero por suerte no fue necesario; allí donde las damas estaban a la vista unas de otras, el dirigirme a una de ellas ya fue suficiente para llamar la atención del resto. No faltaba curiosidad, pero eso era todo, y tampoco obtuve ningún resultado. Algunas miraban de veras las fotografías de Nadine Husak para, acto seguido, negar con la cabeza; otras apenas se dignaban a echarles un vistazo. No preguntaban nada o sólo querían saber por qué la buscaba, de dónde era y qué le había pasado. Yo respondía tranquilo, pero no recibí nada a cambio. Sólo una vez me dijo una que primero tendría que dejarme mimar y luego ya seguiríamos hablando. Otra se introdujo la mano en el *minishort* estando a mi lado, e hizo como si se metiera el dedo, mirándome desafiante mientras lo hacía. No era por ella, pero con una de las copias en la mano y rodeado de todas sus colegas, la situación resultaba demasiado incómoda como para excitarse. Me dijeron de todo, que si me la mamaban, que si echábamos un polvo, que podía «entrar» por sólo treinta y cinco euros, y que tenían ganas de hacerme algo especial. Allí donde las damas se sabían seguras de la atención mutua, había risas, pero no podía hablarse de auténtica relajación, pues gritaban demasiado y sus gestos eran demasiado groseros como para que resultaran distendidas.

Continué mi camino con tanto estoicismo como me fue posible. Por diferentes que fueran las respuestas que podía recibir, me propuse mostrarles a todas el rostro de Nadine Husak. Por lo demás, seguía a mi aire, nadie me molestaba. El hombre que antes se encontraba vigilando el cotarro había desaparecido y sólo me miraban de reojo y fugazmente un par de puteros que pasaban a mi lado sin aminorar la marcha. Cuando llegué al final de la callejuela, me senté en el pretil del puente con vistas a la Balanza. Había estado dando vueltas por el Achterdam menos de un kilómetro, pero parecía como si hubiera estado corriendo una maratón. Mi aspecto exterior seguía inmutable, pero estaba sudando y ahora me resultaba muy difícil tener que repetir esto, quizá más tarde, con otras chicas. Para apurar este cáliz hasta la última gota, entré en la Tienda Erótica Especializada Eros y mostré allí también las fotos, pero una vez más sin resultado alguno.

De nuevo en la calle, oí procedente de alguna radio: «*If you're going to San Francisco, be sure to wear some flowers in your hair*» de Scott McKenzie. Escuché toda la canción sin moverme y con un nudo en la garganta. Había sido uno de los éxitos del verano hacía mucho tiempo, cuando me pasaba los días enteros con mis amigos en la piscina, tanto tiempo atrás, tiempo pasado de manera definitiva.

Estuve escuchando hasta que la canción concluyó para pasar a la siguiente y di unos golpecitos en la foto de Nadine Husak.

—Pero a ti sí que voy a encontrarte —dije en voz alta, encaminándome de nuevo al Achterdam.

—¿Y bien? ¿Has conseguido algo? —preguntó el hombre que alquilaba las habitaciones con un tono lleno de escepticismo.

—No, lamentablemente no. La mayoría ni siquiera miraba las fotos en serio y las que sí lo hacían no sabían nada, aunque sí había un montón de cosas distintas que querían hacer. En ese sentido, me ha resultado muy instructivo.

Ignoró lo último y dijo:

—También puedes pasarte por los hoteles, quizá trabaje en un servicio de acompañantes. Son cada vez más frecuentes. Desde que legalizaron la prostitución, apenas alquilo habitaciones. Ha desaparecido todo lo que era ilegal y a la mayoría de las chicas neerlandesas tampoco les gusta esta nueva situación.

—Sí, ya me llamó la atención. No he visto casi ninguna neerlandesa. ¿Cómo es posible? ¿Las extranjeras trabajan por menos dinero?

—¡Claro que no, no tiene nada que ver con eso! Todo es culpa de la política. Esa gente de La Haya no tiene ni idea de cómo funcionan las cosas aquí. —Meneó la cabeza de manera reprobatoria—. Legalizar la prostitución, inscribir a esas chicas, controlarlas e incluso hacer que paguen impuestos, resulta demasiado. Entiéndeme, yo me llevo bien con ellas, pero no porque empieces a llamar a una prostituta «trabajadora sexual» va a convertirse de repente en una profesión normal. Todas esas chicas que no lo aceptan, y si me lo preguntas, tienen toda la razón, han desaparecido de escena. Ya no volverán a venir aquí para que todo el mundo las controle y vea si tienen los papeles en regla: un permiso de trabajo, inscripción en la Cámara de Comercio, en el ayuntamiento, papeles del Servicio de Inmigración y Naturalización, etcétera. ¡Todo eso no cabe en ningún bolso de ninguna de estas damas!

—¿Y quiénes siguen trabajando aquí?

—Desde que se han abierto las fronteras son sobre todo las chicas de la Europa del Este. Sus novios les arreglan los papeles, porque ellas apenas hablan una palabra de neerlandés, lo habrás podido comprobar tú mismo hace un rato. Ahora no lo dirías, pero cuando se anima el cotarro, ganan un buen dinero tras el escaparate. Y todo lo que era ilegal funciona ahora en otro lugar. No es que haya disminuido la demanda, oye, pero durante los últimos años este barrio no ha dejado de empeorar. Si continúa así, tendremos que empezar a alquilar habitaciones a gente que busca vivienda y a estudiantes. —Entró una chica y, como señal de que nuestra conversación había terminado, repitió su consejo—: Inténtalo en los hoteles. Suerte.

Por fortuna, no había muchos hoteles, en cualquier caso bastante menos que habitaciones en el Achterdam. En lugar de propuestas obscenas y curiosidad por puro aburrimiento, fui tratado con poca amabilidad y en algunos casos lisa y llanamente a patadas. La idea de que sus habitaciones fueran utilizadas por putas no era bien acogida por el personal que me atendía. En el momento en que comprendían que no era ningún cliente potencial, sino alguien que estaba realizando ese tipo de preguntas, su manera de tratarme cambiaba por completo.

No saqué nada en claro. Ya era suficiente por hoy. Mañana empezaría con las agencias de acompañantes.

Decidí hacer una última parada cuando, poco después de salir de Alkmaar por la

A9, vi un cartel en el que ponía «Motel Akersloot». Entre unas cosas y otras ya eran las siete y tuve que dar muchas vueltas en el enorme aparcamiento antes de encontrar un sitio donde estacionar. Mientras me encaminaba a la recepción, observé que el restaurante de mi derecha estaba lleno. Por lo visto, todo el personal se encontraba manos a la obra; una pantalla electrónica en el vestíbulo indicaba que todas las salas disponibles estaban en uso para banquetes de boda y reuniones de empresa.

Tras el mostrador de recepción había una mujer de mediana edad y un muchacho de unos veinte años. Me atendió la mujer, que iba crispándose a medida que me escuchaba y apenas se dignó a echar un vistazo a la copia que puse en el mostrador.

—No, no la he visto nunca. Me temo que no puedo ayudarle.

Se me adelantó al darse cuenta de que me disponía a hacerle más preguntas:

—Llega en un momento especialmente desafortunado, tenemos muchísimo trabajo. ¿Podría regresar en otra ocasión?

Su tono de voz, dicho de la manera más suave, no es que invitara mucho a regresar. Tras un largo día que había conseguido crisparme bastante los nervios, hube de controlarme para no tirar de ella por encima del mostrador y gritarle si acaso no tenía ella también hijas. En ese instante intervino el muchacho. Había estado escuchando la conversación a cierta distancia y ahora se encontraba a su lado.

—¿Puedo mirarla? —Cogió la copia y no necesitó mucho tiempo para responder con seguridad—: La reconozco. Seguro.

Durante todo el día había oído tantas veces «no» que dudé por un momento:

—¿De veras? —Pero su mirada seria hablaba por sí sola—. ¡Estupendo! —me corregí enseguida—. ¿Puedo hacerte un par de preguntas?

Antes de que pudiera responder, la mujer intervino:

—Ya le he dicho que ahora no nos viene bien.

La ignoré y me concentré en el chaval:

—¿Cuándo te viene bien? Puedo esperar un rato, sin problemas.

—Dentro de poco más de dos horas acabo mi turno, si usted tiene tanto tiempo... Puede comer algo o tomarse un café aquí al lado.

—Estupendo, allí estaré. Muchísimas gracias.

Vi la desaprobación en el rostro de la mujer y por un instante pareció como si quisiera decir algo, pero en ese momento la distrajo un cliente del hotel que requería su atención.

En el restaurante me asignaron una mesa para dos junto a otra más larga en la que unos diez obreros de la construcción, de algún lugar al este del país, comían y bebían dando voces. No pude seguir toda la conversación, en parte por su marcado acento, pero comprendí que estaban trabajando en la construcción del nuevo estadio del AZ, situado cerca. Mantenían una acalorada discusión sobre la política de selección llevada a cabo por Marco van Basten para el mundial.

La comida no estuvo mal y, después de haber cogido un par de revistas del rincón de lectura, me pedí un café. En una revista de cotilleos leí que Dana Reeve, la mujer

de Christopher Reeve, el actor que interpretaba a «Superman», había muerto de cáncer. Su fama le venía sobre todo por el apoyo que le había ofrecido a su marido, quien tras caerse de un caballo en 1995 se había quedado tetraplético. Todavía me acordaba de sus imágenes en una silla de ruedas. Christopher Reeve falleció en 2004 a los cincuenta y dos años de edad. Así pues, ahora su esposa moría también dejando un huérfano de trece años. ¿Por cuántas calamidades puede verse afectado un hombre? Probablemente mi reacción fuera la misma que la de muchos otros: me estaban poniendo un espejo delante. ¿Qué estaba haciendo con mi propia vida? ¿Había aprovechado al máximo este día que ya nunca se repetiría? Ya lo sabía: *carpe diem*. *Carpe diem quam minimum credula postero*: Aprovecha el día, no confíes en el mañana. Esa era otra variante del «Vive el presente» que tan a menudo le había oído a mi padre: No existe más que el presente, pues el pasado ya se fue y el futuro está por llegar. Sólo en el presente podrás encontrar eternidad e intemporalidad. ¿Había vivido yo hoy de veras? El único momento que me venía a la mente ahora fue mientras estaba escuchando, sentado en el puente, la canción de Scott McKenzie, e incluso ese instante se encontraba lleno de melancolía, de dolor por lo que ya se había terminado.

A la hora a la que llegó el muchacho para sentarse a mi mesa, los obreros de la construcción ya se habían marchado y el restaurante estaba un poco más tranquilo. Con una sorprendente seriedad, el chico tomó la iniciativa.

—Disculpe su reacción, no aguanta el estrés y, además, está frustrada. En ese sentido, vuelve a resultarme un buen ejemplo.

—¿Qué quieres decir?

—Ella tiene un empleo fijo y ya no se irá de aquí. Un ejemplo de lo que no quiero que me ocurra a mí. Yo trabajo aquí a tiempo parcial y sólo temporalmente; estoy estudiando Derecho, por eso. El verla me motiva para estudiar mucho más —concluyó burlón.

Le hizo señas a un camarero, pidió café y me preguntó:

—¿Puedo ver otra vez esas fotos? —Estuvo mirándolas durante un rato y se cercioró por completo—: No cabe duda. ¿Así que usted piensa que ha ido a dar con sus huesos en el mundo de la prostitución?

Asentí con la cabeza:

—Eso parece, sí. Primero tengo que encontrarla, sólo entonces lo sabré con certeza.

—¿Es familia suya?

—No, me pagan para que la encuentre.

Se quedó sorprendido y me preguntó con interés en qué consistía eso. Se lo resumí lo máximo que pude y, cuando volví al tema que me había traído hasta aquí, fue de nuevo muy concluyente:

—Puedo confirmarle ya sus sospechas: trabaja de prostituta con toda seguridad. La trae aquí un turco o un marroquí, creo que un turco; luego se queda el resto de la noche con uno de nuestros clientes, un gordo asqueroso de Limburgo. Le echo unos

cincuenta años, pero en cualquier caso es lo suficientemente mayor como para ser su padre. —Podía oírse con claridad la repugnancia que transmitía su voz.

La había visto un par de veces y no podía decir con exactitud cada cuánto tiempo venía, ya que él sólo cubría una parte del servicio de noche. Tal vez viniera también para otros hombres, pero él sólo la había visto con ese gordo. El procedimiento estaba claro. A eso de las diez de la noche ella y su acompañante entraban juntos y, hasta que no venía a recogerla el gordo, el turco no se iba, para luego pasarse a buscarla a la mañana siguiente. No sabía su nombre ni el de su acompañante, que conducía un BMW rojo tuneado: llantas gruesas, *spoiler*, tubo de escape cromado y todo un escándalo cuando salía derrapando.

Volví sobre algo que había dicho como de pasada:

—Dijiste que creías que era un turco. ¿Por qué?

Se encogió de hombros:

—No estoy del todo seguro, pero una noche, después de haberla dejado, estuvo aquí en el bar viendo un partido del Galatasaray, cuando otras veces siempre se iba enseguida.

Ese era, en efecto, un vínculo muy incierto y tampoco era muy útil. Aunque no podía contarme nada más de Nadine Husak, me había tocado el premio gordo; antes de que me hubiera dado tiempo a sugerírselo, se ofreció a buscarme los datos del cliente en la administración del hotel.

—Deberá tener paciencia. No puedo regresar ahora y ponerme a mirar el ordenador. —Señaló con un gesto de cabeza hacia la recepción—. Ella está trabajando todavía y dentro de nada me preguntará, naturalmente, qué estaba haciendo. No creo que le parezca nada bien que le dé sin más esa información; en realidad, estoy seguro de que no le gustaría nada. Se lo miraré mañana. Si me da su número, le llamaré.

Le di mi tarjeta y se lo agradecí de corazón.

—No hay de qué, oiga —fue su respuesta desenvuelta—. Hágale sudar de lo lindo. Me resulta una imagen repugnante: ese tipo sudoroso encima de una chica como esa. Una cosa así nunca puede hacerse de manera voluntaria, ¿no?

Fue más una conclusión que una pregunta, pero seguí por ahí.

—¿Crees que la están obligando?

Me arrepentí de inmediato. Su reacción demostró que no era una respuesta simple:

—Bueno, no, no en el sentido de que ella se resista, que se vea cómo la obligan, eso no. Pero, en cambio, me resulta imposible imaginarme que una chica así lo haga por su propia voluntad. Deben de darle ganas de vomitar, ¿no? Y, si lo hace por ese turco, entonces sí que es una relación de mierda. En mi opinión, también le tenía algo de miedo, eso sí que no me sorprendería. Ya veo que está bastante fuerte, pero yo que usted tendría cuidado si me lo encontrara.

—¿Ah, sí? —lo miré inquisitivo.

—Una vez tuve un agarrón con él. La primera vez que la trajo aparcó su cochazo de fantasmón justo delante de la puerta. Cuando se lo dije, se puso muy agresivo de pronto. Yo le saco una cabeza, pero me asustó bastante.

—No me pareces el tipo de persona que se achante con facilidad.

—No lo soy, pero eso excedía bastante la categoría de violencia verbal del tipo perro ladrador poco mordedor. Tuve de verdad la sensación de que quería emprenderla a golpes conmigo. Desde luego, no es la clase de persona con la que puedas entrar en razón, con quien puedas tener una conversación normal.

A la noche siguiente me llamó, como habíamos acordado. Obtuve el nombre del individuo y de la empresa de la que al parecer era el propietario. En internet vi que Vermetten & Hijos S. L. se dedicaba al comercio al por mayor de carne y embutidos. Una empresa familiar que tenía ya ochenta años de existencia, con más de cien empleados, una moderna nave industrial, un proceso productivo con el certificado ISO, con una perfecta trazabilidad y la utilización exclusiva de las mejores materias primas, lo que le posibilitaba exportar a un gran número de países europeos y contar con una creciente cartera de clientes. Lé Vermetten adquiría también ahora un rostro para mí, pues en una de las páginas de su web se dirigía como director a sus clientes, indicando brevemente cuáles eran los puntos fuertes de la empresa: calidad y atención al cliente. Todo giraba en torno a esos dos conceptos y era lo que explicaba su éxito. Tenía un semblante amable, pero con lo que sabía ya no podía mirarle sin prejuicios. En otra foto se le veía en medio de todos sus empleados. Era, en efecto, muy gordo; quizá en este ramo la obesidad fuera una cualidad que daba confianza a los clientes.

Así pues, el cliente era el rey en su empresa. ¿Sería eso también lo que esperaba de Nadine Husak cuando solicitaba sus servicios?

Era demasiado tarde para concertar ahora una cita, pero mañana me presentaría en su casa sin más contemplaciones. Imprimí el itinerario y me fui pronto a la cama.

VII

A la telefonista de Vermetten & Hijos S. L. le resultó problemático mi nombre y el hecho de que quisiera hablar con el señor Lé Vermetten sobre una cuestión personal. Era evidente que su director se encontraba en el mismo lugar que ella, porque cuando seguí insistiendo oí, tras un breve «un momento, por favor» cómo le decía con la mano puesta en el auricular: «Lé, aquí hay un señor que dice que quiere hablar contigo sobre un asunto personal».

—¿Quién es? —oí amortiguado.

—No lo sé. No pude entender su nombre. Creo que es un cazador^[1]. Dice que es urgente.

—Pásamelo a mi despacho —fue la respuesta.

Al cabo de un par de segundos, le tuve al teléfono.

—Con Lé Vermetten.

—Buenos días, señor Vermetten, me llamo Jager Havix.

—¿Cómo dice?

—Jager Havix.

No pudo evitar reírse:

—¡Ah, es su nombre! Ahora lo entiendo. Mi secretaria creía que usted era un cazador. Por un momento pensé que quería ofrecernos los animales que usted mismo cazaba. Le presento mis disculpas. ¿En qué puedo ayudarle?

—Comprendo que le cojo de improviso con lo que voy a preguntarle, pero confío en su colaboración.

—Continúe —su tono de voz ya era algo más precavido.

—He sido contratado por la familia de una chica desaparecida. Se llama Nadine Husak y es de Eslovaquia, pero usted quizá la conozca por otro nombre.

—¿A qué se refiere? —sonó frío. Toda la amabilidad había abandonado por completo su voz.

—Tengo entendido que usted solía utilizar sus servicios. Trabajaba de prostituta y le visitó en el Motel Akersloot unas cuantas veces.

—¿De qué está usted hablando, por Dios?

—Tranquilícese, señor Vermetten, usted no es el que me interesa. Sólo quiero saber cómo contactó con ella.

—¿Se ha vuelto usted loco? No puedo ayudarle.

Parecía que se disponía a dar por finalizada la conversación.

—No cuelgue, señor Vermetten —reaccioné con acritud—. Quiero información, nada más. Si no colabora, iré directo a su casa y llamaré allí a su puerta.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la línea, luego preguntó con clara aversión:

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero hablar hoy mismo con usted.

—¿Es necesario? Yo sólo tengo un número de teléfono, puedo dárselo y encárguese usted de llamar. No sé nada más.

—Me temo que eso no será suficiente, quiero hablar con usted personalmente. Puede ser en cualquier parte, no hace falta que sea en su despacho.

—No, naturalmente que aquí es imposible.

—Dígame, entonces, dónde, pero tengo prisa. Le estoy llamando desde Ámsterdam y puedo estar a las dos de la tarde donde usted diga.

—Un momento. —Poco después—: A las dos me encontrará en De Goudreinet, un restaurante de carretera en la autopista A2, junto a la salida de Weert.

—Muy bien, allí estaré.

—Espere, ¿cómo le reconoceré? —preguntó.

—No es necesario, señor Vermetten, ya le reconoceré yo a usted, tengo su foto.

Mientras necesitara a Vermetten, era importante seguir siendo amable, pero me dio cierto repelús estrecharle la mano. El hombre sentado frente a mí se mostraba enfadado por lo que le estaba pasando, pero no se le podía apreciar nada de rubor o vergüenza. Como buen director de una gran empresa, tomó enseguida la iniciativa. Me hizo saber, decidido, que sólo colaboraría si le garantizaba que su nombre no se haría público. Sólo después de habérselo asegurado, parecía que llegaba mi turno:

—Hágame las preguntas que quiera.

Le enseñé la foto de Nadine Husak y él corroboró con una inclinación de cabeza. A cada pregunta que le hacía, recibía una respuesta breve, ni una sola vez se dejó tentar por las digresiones. Con él había empleado otro nombre: Sonja. Solía venir una vez al mes a Alkmaar y sólo había utilizado en tres ocasiones sus servicios, de la última vez ya hacía un mes. La había encontrado en las Páginas Amarillas, bajo el nombre de «*Desire Escortgirls*», y me dio el número de un móvil con el nombre de la persona que la llevaba: Erdem. Probablemente también fuera un nombre falso, pero eso ya me encargaría de averiguarlo.

Vermetten había colaborado bastante al facilitarme esta información, aunque su enfado fue a mayores cuando cambió la naturaleza de mis preguntas. ¿Le había contado alguna vez Nadine cómo había conocido a Erdem y qué le parecía? ¿Trabajaba por su cuenta o tal vez era sólo el chico de los recados? Sus respuestas no me sirvieron de nada, pues Vermetten no había prestado ninguna atención o no se lo había planteado. Cuando le pregunté cuál era en su opinión el tipo de relación entre Nadine y ese Erdem, perdió los estribos:

—¿Qué se cree usted? He utilizado los servicios de una empresa de acompañantes. ¡Yo no me meto en esa clase de cosas!

—Pero sí que tendrá usted sus ideas al respecto, ¿no?

Vermetten meneó la cabeza de manera reprobatoria:

—Llevaban la misma cadenita, probablemente eran novios y esa era su forma de ganar dinero. Pues eso. Y si no le parece mal, ya me voy. Más no puedo contarle, de

veras.

Más información no me esperaba, en efecto, y por suerte ya no era necesario andarse con chiquitas con este Lé Vermetten.

—Una última pregunta —dije mientras señalaba la copia de la foto que había entre nosotros—: ¿Se ha preguntado alguna vez si Nadine Husak practicaba el sexo con usted de manera voluntaria?

Se puso rojo, pero intentó levantarse sin responder. Le cogí rápidamente de la corbata y tiré de ella hacia mí. Podría pesar más que yo, pero lo que le pesaba era la grasa, no los músculos.

—Quiero enseñarle algo más.

Hasta entonces sólo le había mostrado las fotos del retrato de Nadine Husak. Ahora giraba la hoja doblada por la mitad para que pudiera ver también la otra foto.

—Esta es Nadine con su familia. —Fui señalándolos despacio, uno a uno—: El padre, la madre, el hermano, el hermano. ¿Sabe usted una cosa, señor Vermetten? Puede que todas las prostitutas tengan familia, pero por alguna razón, cuando miro esta fotografía no me parece que ella tuviera pensado ponerse a ejercer la prostitución. Quería venir aquí para trabajar en el ramo de la hostelería, y eso es algo muy distinto de ser puta en el Motel Akersloot.

Tiré más fuerte de la corbata, hasta casi asfixiarle, y la cara se le encendió aún más.

—Y a ti, con esa cara de cerdo grasiento, te importaba una mierda, porque es así, ¿no? Me están entrando ganas de llamar a tu esposa y contarle que te follas a chicas que se prostituyen en contra de su voluntad. Reza por que encuentre pronto a Nadine Husak, de lo contrario volveré a llamar a tu puerta.

Tras la marcha de Vermetten busqué un teléfono fijo, pues no quería utilizar el mío, y llamé al número de móvil que acababa de conseguir.

—*Desire Escortgirls*, habla usted con Erdem.

—Soy el señor Van Leeuwen. ¿Podría encargarnos una chica?

—Sí, desde luego. ¿Cuáles son sus deseos?

—Quiero una chica para esta noche. Un amigo me aconsejó preguntar por Sonja, así que me gustaría que me la enviaran.

—Es una lástima, Sonja no puede esta noche.

—¿Y cuándo podrá? Me gustaría que viniera ella. Según mi amigo, es muy buena —insistí.

—Lamentablemente Sonja ya no trabaja aquí. Tengo otra chica. Muy guapa y muy buena compañía, y sólo le transmito lo que dicen un montón de clientes.

Dudé un instante y estuve a punto de preguntarle dónde estaba Sonja. Pasé por alto mi decepción, pero de todas formas quería encontrarme con Erdem.

—¿Qué clase de chica es? —pregunté.

—Sandra, una negrita. Acaba de cumplir los diecinueve, pero tiene mucha experiencia.

—De acuerdo, está bien. ¿Puede traérmela esta noche a las nueve? Estoy en el Motel Akersloot.

—Excelente, ¿quiere que se quede toda la noche?

—Sí, esa es la idea.

—Muy bien, esta noche a las nueve. ¿Sabe que el precio es cuatrocientos euros y que tiene que pagarme por adelantado y al contado?

—Sí, sí, todo en regla —respondí.

—Muy bien, entonces nos vemos esta noche.

Colgué, llamé al Motel Akersloot y reservé una habitación por si las moscas. No tenía ni idea si «Erdem» comprobaba esas cosas, pero de ser así, ya me había registrado.

A continuación, pedí el número de teléfono de la policía en Alkmaar. Tras haberme pasado con diferentes personas, conseguí por fin hablar con el agente que en su día atendió a Annemarie Braam y a Katka Adamec. Una vez que comprendió lo que estaba haciendo, se volvió muy locuaz, al contrario de muchos de sus colegas que no podían ni ver a los detectives privados.

Nunca había oído hablar de «Erdem» ni de su *Desire Escortgirls* y no era tan extraño. Cualquiera podía montar una empresa de acompañantes, ya que un nombre y un número de teléfono móvil ya eran suficiente, no hacía falta una dirección física. A diferencia de lo que ocurría con la prostitución en escaparates, no había ninguna regulación al respecto, no digamos ya control efectivo de lo que se estaba cociendo allí. Ínfimas condiciones laborales, explotación y coacción; en la mayoría de los casos, prostitutas ilegales, sexo inseguro, utilización de menores de edad: todo lo prohibido por Dios es allí posible. «Y tenga por seguro que ocurre de verdad. Se mueve muchísimo dinero y, si se paga lo suficiente, el cliente puede obtener las mayores perversidades.» La policía sólo actuaba si se presentaba una denuncia o había indicios concretos, tan sólidos que podía incoarse un procesamiento con una posibilidad razonable de condena.

Cuando terminé de hablar, fui al aparcamiento y me dirigí al coche.

Durante los días pasados, el tiempo se había vuelto más inestable. En el viaje de ida, el cielo se tiñó de negro un par de veces, pero todo se quedó en un amago y no llegó a llover. Lo que se había anunciado entonces, descargaba ahora. Me vi envuelto en un violento temporal con fuertes precipitaciones y tormenta; era la naturaleza en su máxima expresión. El tráfico aminoró la velocidad y estuvimos conduciendo algún tiempo casi al paso. De repente, el sol rompió la capa de nubes y surgió allí el arcoíris más perfecto que jamás había visto. Me incliné hacia delante y, entornando los ojos a través del parabrisas, disfruté del espectáculo tanto como me fue posible.

Llegué a casa a eso de las seis. Comí tranquilamente, me tomé un café, me eché un rato en el sofá con los ojos cerrados, me concentré en la respiración e intenté no pensar en nada.

A eso de las siete y media volví a salir camino de Alkmaar. Llegué al Motel

Akersloot a la caída de la tarde y busqué un lugar estratégico para dejar el coche en el aparcamiento, repleto una vez más. Mientras estaba esperando, empezó de nuevo a llover con fuerza; era tan fuerte el redoble de las gotas en el techo que apenas podía oír la radio. Al día siguiente se celebraría el Día de la Reina y no pude evitar pensar en las personas que ya se habían instalado en la acera, cerca de mi casa, para asegurarse los mejores lugares. Ellos mismos.

Bastante antes de las nueve apagué la radio. Entre tanto ya se había hecho prácticamente de noche y la lluvia había cesado. Escuché mi respiración, tranquila y prolongada. Estaba tenso, pero no más de lo normal en este tipo de situaciones.

«Erdem» llegó un par de minutos antes de las nueve; oí el sólido ronquido de su coche antes de que entrara en el aparcamiento. Mientras buscaba un lugar lo más cercano posible a la entrada, dio unas cuantas vueltas acelerando, intranquilo, para aparcar el coche por fin en doble fila con los intermitentes encendidos. Él y la chica se bajaron, la rodeó con el brazo y se dirigieron en calma a la recepción. Tal vez no fueran más que imaginaciones mías, estaba oscuro y lo veía desde lejos, pero tuve la impresión de que estaba intentando convencerla. Sin ningún resultado, por lo visto, porque la chica siguió con los hombros caídos y la mirada clavada en el suelo.

En la recepción se encontraría con que el señor Van Leeuwen aún no había llegado. ¿Cuánto tiempo seguiría esperándome? Le había llamado desde una cabina telefónica, así que no podía devolverme la llamada, por tanto no le quedaba otra que armarse de paciencia.

Fue lo que hizo durante más de media hora. Cuando volvieron a salir, la imagen era completamente distinta. Él caminaba apresurado, ella intentaba mantenerle el paso y se agarró a él, que se soltó con un gesto violento. Había colocado mi coche de tal manera que podía seguirle sin problemas; sin embargo, tuve que acelerar bastante, pues salió disparado como un loco y hasta que no entró en Alkmaar no aminoró la velocidad.

Al cabo de un cuarto de hora, aproximadamente, dejó el coche en un gran aparcamiento rodeado, por tres de sus lados, de largos edificios con galería exterior y muchos pisos de altura. A excepción de un par de personas que estaban levantando un escenario en un rincón alejado, no había ni un alma. Los apartamentos transmitían una sensación sombría y descuidada. Masas de hormigón gris sobre el que la abundante lluvia había dibujado manchas caprichosas, puertas y marcos de los que se desconchaba la pintura, rellanos de escalera y galerías mal iluminados con las bombillas rotas en muchos lugares. Habían intentado quemar tanto los bancos como las papeleras dobladas a base de patadas y por todas partes había basura en las aceras. Los pisos inferiores se habían transformado en tiendas, la mayoría cerradas con cierres metálicos de acero cubiertos de grafitis que a buen seguro no habían sido realizados por Herman Brood, pues tenían un aspecto descuidado y carente de inspiración que intensificaba la tristeza patente por doquier.

La pareja, entre tanto, había salido del coche y había accedido a la entrada central

del edificio que estaba en medio. No podía ponerme a seguirlos ahora, pero tampoco era necesario, ya que las galerías en las que se encontraban las puertas de acceso a los apartamentos daban a mi lado. Me hallaba sentado en primera fila y en menos de un minuto los vi aparecer en la cuarta planta. Entraron en la tercera puerta de la izquierda. «Cuarta planta, tercera puerta de la izquierda», me dije en voz alta.

En la galería comercial sólo había un café y una cafetería abiertos. Entré en la cafetería y me compré una botella de agua. Vi que tenían una buena máquina de café y pedí también un capuchino. Mientras vigilaba el aparcamiento, hojeé unas revistas. Era como si el fotógrafo, inspirado por la envidia, lo hiciera aposta: los famosos, uno a uno, tenían un aspecto acalorado, marchito y atormentado. En una televisión fijada al techo podía verse un programa sobre Rex Gildo, el cantante de éxitos musicales fallecido. Tres señoras mayores estaban en un cementerio, por lo demás abandonado, junto a su tumba. Una de ellas se quejaba de que las flores frescas que le colocaba en la tumba desaparecían siempre en un santiamén. La segunda manifestó que a menudo rezaba por él: «Es lo que más necesita ahora», dijo muy convencida y sin ningún asomo de duda. Me di cuenta de que esa mujer creía realmente en una vida después de la muerte. El cielo era una certeza, ahora sólo había que ganárselo, por eso rezaba, para que su ídolo, de quien se rumoreaba que su matrimonio no había sido más que una farsa para ocultar su homosexualidad ante las fans de mucha más edad, obtuviera también un lugar allí.

Con mi botella de agua en la mano, me encaminé a la entrada del edificio de apartamentos. Faltaban más de la mitad de las placas con el nombre y busqué en vano algo que me pudiera dar alguna pista. Entonces, seguiría llamándose «Erdem» de momento. Observé la cerradura de la puerta de acceso central y reconocí la marca.

De vuelta al coche, abrí la botella de agua, eché un buen trago y me retrepé en el asiento. Estuve esperando más de media hora, pero no volvieron a salir. Entre tanto, los montadores del escenario ya habían terminado su trabajo y, satisfechos, lo contemplaban con una cerveza en la mano.

Poco antes de irme me llamó Charlotte. Después de haberle confirmado nuestra cita para el día siguiente, me preguntó:

—¿Qué tal va la búsqueda de Nadine?

Era una pregunta que se veía venir.

—Bien.

Se quedó un rato en silencio, esperando más información por mi parte.

—Bien. ¿Nada más?

—Hay un montón de cosas sobre las que podemos hablar, pero no de un asunto en el que estoy trabajando.

—También hay, por lo demás, un montón de cosas sobre las que no se puede hablar contigo.

—Sí, y una vez que sepas cuáles son, quedan claras entonces las cosas sobre las que sí podemos hablar. Esa es la ventaja de conocerse un poco mejor.

—Ya, menuda tontería. ¿De verdad quieres que te responda a eso? En cualquier caso, mañana nos lo vamos a pasar muy bien. Ardo de impaciencia.

—Yo también.

—Más te vale; he rechazado un montón de invitaciones. Mis amigas empiezan ya a preguntar.

—Vaya, ¿y qué les respondes tú?

—Que no hablo de asuntos en los que estoy trabajando, ¿contento? Hasta mañana.

Al día siguiente era el Día de la Reina y todo el mundo estaba de vacaciones. No sabía cuántas personas tenían trabajo en esos edificios, pero desde luego no era el día más adecuado para regresar. En cualquier caso, no era un barrio del que hubiera que temer el control social. No me sorprendería que esa fuera la razón por la que «Erdem» se había ido a vivir allí. Antes de abandonar el aparcamiento apunté la matrícula de su coche, por si las moscas.

Quizá se debiera a que volví a pasar por el Motel Akersloot en el viaje de regreso, pero durante el resto del trayecto no pensé nada más que en una cosa: que alguien podía disponer de una chica toda una noche por sólo cuatrocientos euros. También sabía que esa cantidad era mucho mayor que los treinta y cinco euros por los que podías echar un polvo en el barrio rojo, pero en ese caso a los diez minutos ya estabas fuera y, salvo el sexo, no había nada más que pudieras reclamar, ni siquiera tenías el tiempo suficiente para poder sentirte superior a una de esas mujeres. Más bien al contrario. Sin embargo, por cuatrocientos euros un saco de grasa como Vermetten podía dormir una noche junto a una chica joven, pegado a ella, quizá incluso rodeándola con sus brazos, en una sola cama.

Me pareció una idea repugnante, mucho más incluso que el propio sexo.

VIII

El día siguiente al Día de la Reina, a eso de las diez de la mañana, aparqué el coche ante el edificio de apartamentos. Había hecho un tiempo excelente durante la festividad, estupendo para salir fuera, y eso podía verse por las calles. Los encargados de la limpieza no se habían pasado todavía y en la acera, delante de las tiendas, la gente había dejado un montón de cachivaches sin vender, platos de plástico con restos de comida, cubiertos y latas, y la parte delantera del escenario construido para la ocasión se había convertido en un mar de vasos de plástico pisoteados.

El coche de «Erdem» estaba en el mismo lugar donde lo había dejado. Tal vez eso significara que la muchacha también había disfrutado del día libre. Aparqué de manera que, reclinado hacia atrás en el asiento, pudiera ver justo su galería. Supuse que estarían en casa y no tenía ni idea de cuánto tiempo tendría que esperar antes de entrar en acción. No es que fuera una perspectiva extraordinaria, pero tenía comida y bebida, lectura suficiente y, si quería un buen capuchino, podía ir a la cafetería.

Seis horas más tarde vi abrirse la puerta que había estado vigilando durante todo ese tiempo y por fin salieron los dos. Y ahora, ¿qué irían a hacer? ¿Sólo unas cuantas compras para después volver enseguida? Para mi alivio, bajaron, se encaminaron derechos al coche y se alejaron. No sabía cuánto estarían fuera, pero tampoco necesitaba mucho tiempo. Me dirigí a la puerta de acceso al edificio y vi cómo una mujer extranjera con un vestido sin formas y un pañuelo rodeándole la cabeza dejaba en el suelo dos bolsas repletas de compra para sacar la llave. Apreté el paso y, en el momento en que empujaba la puerta, me presté a ayudarla.

—Ya se la sujeto yo para que pase. También tengo que entrar.

Aceptó mi ayuda con una tímida sonrisa.

Tomé la escalera y subí deprisa hasta la cuarta planta. Por si acaso, volví a contar las puertas desde la izquierda y luego llamé al timbre. Sólo había una cerradura en la puerta y era fácil de abrir. Mientras mis dedos palpaban dentro del bolsillo de mi chaqueta en busca de la ganzúa adecuada, volví a llamar otra vez.

En menos de diez segundos ya estaba dentro. Cerré la puerta con cuidado a mis espaldas y examiné el escenario que tenía ante mí. A la derecha se encontraba la pared de los vecinos, a mi izquierda pasé por delante de la cocina, el cuarto de baño con ducha y el único dormitorio, para luego detenerme en la puerta del cuarto de estar. Había un inmenso desorden. La cocina se hallaba repleta de platos sucios y restos de comida, la cama del dormitorio sin hacer, en el suelo se veía toda clase de prendas de vestir y las puertas del armario las dejaron abiertas. En el cuarto de baño se percibía aún un fuerte olor a perfume, probablemente porque la chica se habría estado arreglando poco antes de salir. Mientras tanto, él habría estado fumándose un porro, ya que en el cuarto de estar había un olor tan intenso a hachís fresco que tuve que ir a la ventana y abrirla para no marearme. El mobiliario era barato, carente de gusto y, sobre todo, demasiado grande para las dimensiones del cuarto; los muebles

estaban tan cerca los unos de los otros que casi se tocaban. Un enorme sofá de esquina de cuero blanco, una mesa baja alargada con un tablero de cristal oscuro, una larga mesa de comedor con la misma clase de cristal ahumado y seis sillas con respaldos demasiado altos. Sobre un mueble bajo se encontraban los únicos objetos de verdadero valor: un enorme televisor de pantalla plana y un equipo de música. Las mesas se hallaban cubiertas de papeles, sobres, revistas, folletos de publicidad, discos compactos, DVD, ceniceros, tazas, vasos; no quedaba ningún lugar sin aprovechar. Por un instante me entró el pánico: ¿cómo demonios podría darle un repaso rápido a todo esto?

A gran velocidad fueron pasando por mis manos toda clase de facturas y requerimientos de pago; desde el gas y la electricidad, el alquiler y el teléfono, hasta joyas, DVD y juegos electrónicos comprados en empresas de venta por correo. De unos extractos de banco, de los que podía deducirse que apenas tenían dinero en la cuenta, apunté su nombre completo, Ulku Ortac, y el número de cuenta. Aquí y allá aparecían esparcidas tarjetas de «*Desire Escortgirls*», pero seguía sin encontrar ningún indicio de si estaba solo en este negocio o con otros. Tras haber estudiado a fondo el desorden de papeles visibles, me entregué de manera sistemática a los armarios y a los cajones. En los armarios del dormitorio no había más ropa cara de marca que, en su gran mayoría, pertenecía a él. Tal vez esa Sandra viviera sólo temporalmente aquí, al igual que Nadine Husak. La mesilla de noche de su lado estaba llena de maquillaje, tampones sueltos, sujetadores para el pelo y unas cuantas piezas de bisutería barata. Cuando abrí el cajón del lado de él se me escapó un silbido de asombro: en medio del completo desorden había una enorme navaja automática. El arma era muy pesada y, cuando probé el mecanismo de expulsión, la hoja salió disparada hacia fuera con tanta fuerza que se me cayó de la mano. ¡Qué jodido trasto! Quien fuera a utilizarla no tendría que hacer movimiento alguno para clavarla, pues ya era suficiente con mantenerla cerca del vientre y dejar que el muelle hiciera su trabajo para penetrar en el cuerpo con toda esa fuerza. Al imbécil no se le había ocurrido nada más que grabar su nombre en el mango. Reprimí el impulso de llevármela para arrojarla en la primera alcantarilla que viera y volví a dejarla en el cajón. En la balda de debajo, mi mirada se topó con el borde de un sobre amarillo de fotografías que había bajo una pila de DVD. Eran fotos de las vacaciones y por primera vez vi a este Ortac en compañía de otros. Volví a guardar las fotos y me quedé con los negativos.

Tras examinar la cocina, regresé al cuarto de estar. Cerré la ventana y eché un último vistazo en derredor por si se me había pasado algo por alto. Para mi decepción, no había conseguido encontrar nada que pudiera conducirme a Nadine Husak y, en el caso de que los negativos tampoco contuvieran indicaciones, debería seguir vigilando a este Ortac. Tendría para toda una jornada de trabajo con mucho mayor tiempo de espera del que había tenido hasta ahora y con resultados inciertos. Por desgracia, debía descartar la opción de sacarle a golpes toda la información. ¿Qué

ocurriría si trabajaba para otros y estos se alarmaran antes de haber encontrado a Nadine Husak?

De vuelta al barrio, en el Pijp, encontré una tienda en la Ferdinand Bolstraat donde podían revelarme los negativos antes de las seis. Mientras esperaba, me fumé un cigarrillo y desde una pasarela provisoria, que unía un lado de la calle con el otro, estuve mirando las obras en la línea de metro que uniría la ciudad de norte a sur. Toda la calle estaba levantada y el pozo de edificación era tan ancho que el vallado casi alcanzaba las fachadas de las casas. Así llevaban ya más de un año y apenas podían apreciarse progresos, a pesar del esfuerzo de enormes excavadoras y otra maquinaria pesada, y que según las noticias en el periódico el presupuesto se había reajustado al alza.

En el momento en que un camión salía del pozo de edificación con un ruidoso ronquido, me sonó el teléfono. El estruendo que rebotaba a uno y otro lado de las fachadas era ensordecedor.

—¡Dígame! —grité—. ¡Un momento! —Salí corriendo hacia una calle lateral—. Sí, perdón, ¿quién es?

—Soy Luz Daalhoff.

—¡Ah, hola! ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿tienes un segundo?

—Sí, estaba esperando. Dime. ¿Se trata de ese Mathias Dijkman?

—Sí, en efecto. Pensé en llamarte para contarte lo que había logrado averiguar.

—¿Y bien?

—Bueno, sí, es bastante decepcionante. Estuve tanto en la Biblioteca Real como en la Oficina Real de Documentación de Historia del Arte y la carta es, en efecto, de Charley Toorop. La he comparado con otras cartas y es la misma máquina de escribir. Coinciden las mismas líneas desplazadas y medio solapadas y también la manera de rellenar a mano las letras que faltan, pero no he encontrado por ningún sitio el nombre de Johan. Sí que la ayudaron económicamente, pero fue un matrimonio rico: René y Lotte Schorer, con quienes se escribió muchas cartas, pero nunca dice nada de ningún Johan, no digamos ya que se mencione haber recibido dinero de él.

—¿Y la pintura de Edgar Fernhout?

Comprobé en mi reloj que ya eran casi las seis y empecé a andar hacia la tienda de fotografía.

—La misma historia. He consultado catálogos y he vuelto a llamar a esa señora de Christie's. Me sugirió que tal vez se tratara de una falsificación.

—Es una afirmación muy apresurada. Me parece muy improbable que sea una falsificación. La carta de Charley Toorop desde luego es auténtica, acabas de contármelo, y allí se menciona esa pintura. Pero bueno, continúa.

—He leído también las cartas de Edgar Fernhout, que por suerte no escribía tanto como su madre, pero tampoco he obtenido resultados. Por último, he estado en Bergen de visita en la casa de la hija de este, quien mostró mucho interés, pero que

tampoco pudo ayudarme. Sólo manifestó su sorpresa por el hecho de que se hubiera encontrado una pintura de su padre en el maletín de un vagabundo.

—¿Y bien? ¿Todavía no te has hartado?

Se sorprendió de veras:

—¿Por qué? Hay muchas cosas que aún quedan por comprobar. Creo que ahora voy a ponerme con esa lista de tiendas dedicadas al arte. Tal vez salga algo.

—Tal vez, pero en mi opinión es prácticamente imposible. Ya te lo dije el otro día. —Fue una reacción poco alentadora por mi parte, me di cuenta, y tras un breve titubeo, continué—: Pensaré sobre ello más adelante y, si se me ocurre algo mejor, te llamaré. Ahora tengo que colgar.

En casa coloqué las fotografías sobre la mesa de trabajo, unas al lado de otras. Ulku Ortac había estado de vacaciones, en efecto, y con tres amigos, también jóvenes y también turcos. En casi todas las fotos aparecían juntos y abrazándose: en una terraza, en la playa, junto a la barra de un bar, en una tumbona al borde de la piscina. Cuatro chulos con gafas de sol, gruesas cadenas y anillos de oro, el pelo engominado, tatuajes y ropa de verano a la última. Era como si hubieran convertido en un deporte el verse rodeados del máximo número de mujeres posible, pues las había de toda clase y medidas: rubias y pálidas, surinamesas y antillanas, hasta muchachas procedentes de Marruecos o Turquía, al igual que los propios muchachos. Tenían vacaciones y todo el mundo reía, lo que parecía un requisito indispensable para poder salir en la foto.

Casi todo el rollo había sido empleado para registrar esa fiesta. De las tres últimas fotos, me quedé mirando las dos en que salían Ortac y la chica morena Sandra. Con sus caras risueñas pegadas y el brazo de él rodeándole el cuello, había sido tomada desde tan cerca que supuse que se la habían hecho ellos mismos estirando el brazo al máximo y, a continuación, apretando el botón del obturador. Ella reía sin reserva, despreocupada, y no había ninguna duda de que las fotos eran de antes de haberla empujado a la prostitución.

La joya que ella llevaba al cuello era exactamente la misma que había descrito Katka Adamec: una cadenita de plata con un corazoncito de oro agarrado por una mano. De Ortac sólo aparecía la cabeza, y observé de nuevo las fotos de las vacaciones. En unas cuantas podía verse con nitidez que él también llevaba una cadenita semejante. Lo que este chulo astuto había elegido como símbolo de su supuesta vinculación con Nadine Husak colgaba, entre tanto, del cuello de otra chica. Mi primera reacción instintiva fue de preocupación. ¿Qué habría ocurrido para que esta cadena ya no colgara del cuello de Nadine Husak? ¿O es que este proxeneta les daba a todas las chicas la misma joya? ¿Y por qué parecía que ya no trabajaba para él? Yo no lo sabía, pero sentí con mucha mayor intensidad que antes la necesidad de apresurarme.

En la tercera foto aparecía Ortac con una amplia sonrisa en medio de dos hombres. Ahora ya no eran chicos turcos de su edad, sino hombres de unos treinta

años, con aspecto de Europa del Este y traje impecable. De nuevo Ortac rodeaba con su brazo el hombro de alguien, una inclinación por lo visto muy difícil de resistir; esta vez le echaba el brazo al más bajo de los dos, que apenas era más alto que Ortac y muy bien parecido. El hombre que tenía al otro lado les sacaba una buena cabeza, era fornido y de semblante ordinario. Los dos hombres tenían la mirada fija puesta en el objetivo de la cámara y el único que reía con efusividad era Ortac. De pie sobre una alfombra de color rojo burdeos, los tres posaban ante un club de alterne sobre cuya puerta de entrada aparecía escrito en grandes letras de neón Ecstasy Sex Palace. A izquierda y derecha de la entrada reconocí las típicas vitrinas con fotografías de lo que se ofrecía dentro.

Con la foto en la mano, me acerqué al ordenador y tecleé en Google el nombre del club. Ecstasy Sex Palace tenía una página propia, pero eso no era mucho. Una página en la que se veía una foto de una habitación con una cama enorme y un *jacuzzi*. De lo que podía leerse deduje que se trataba de un burdel donde existía la posibilidad de que los clientes disfrutaran también de espectáculos, entre otros muchas relaciones sexuales de parejas en directo. La dirección era más interesante: en el cogollo del barrio rojo. Miré el reloj y vi que ya eran las siete. Había tiempo de sobra, tanto más en este barrio donde la vida nocturna aún no había empezado. Decidí comer algo rápido fuera de casa y luego acercarme por allá.

Durante la comida me sentí acelerado e inquieto, y confié en poder averiguar algo concreto sobre Nadine Husak. Algo tangible, algo positivo en lugar de señales que parecían poner en duda su existencia.

La decepción no pudo ser mayor. Cuando llegué ante el Ecstasy Sex Palace, resultó que estaba cerrado y no parecía que fueran a abrir ese día. En la puerta habían pegado un papel informando de que, en virtud de una ordenanza determinada, el Ayuntamiento de Ámsterdam había procedido a su clausura. Me quedé patidifuso y miré buscando a mi alrededor. Al otro lado del canal vi otro club de alterne ante cuya puerta había un hombre que se dirigía a los transeúntes e intentaba animarlos a entrar. Cruzé el puente y me encaminé hacia él.

A mí también intentó convencerme para que entrara. En lugar de hacerle caso, señalé al otro lado y dije:

—Había quedado allí, pero ahora veo que está cerrado. ¿Sabe usted por qué?

—Lo ha cerrado el Ayuntamiento, parece ser que había algo que no estaba en regla con la licencia —sonó en genuino acento de Ámsterdam—. Gilipolleces, claro, es simplemente mamar y joder.

—¿Quién me puede contar algo más? ¿Tengo que ir a la comisaría de la Warmoestraat?

El hombre se quedó mirándome despectivo y dijo burlón:

—Oye, ¿de dónde sales tú? Hace mucho que esa comisaría está cerrada, tío. Tienes que ir a la Beursstraat, ya llevan años allí.

Al instante siguiente volvió a ignorarme y se puso a abordar a otros transeúntes.

La comisaría de policía de la Beursstraat estaba tranquila, pero si me hubiera hecho a la idea de que por eso iba a recibir una atención especial, habría salido defraudado. Me atendió un agente demasiado grueso y gruñón que respondía seca y desabridamente. Escuchó mi historia sin hacer ni una sola pregunta y miró las fotos de Nadine Husak sin interés. No estaba la persona con quien tenía que hablar. Fons Kalman acababa de terminar su turno y no regresaría hasta el día siguiente por la tarde a las dos, así que debía volver a armarme de paciencia. Cuando insistí y pregunté si no había nadie que pudiera atenderme en ese momento, se enfureció. Hizo un gesto demostrativo hacia la habitación que había a sus espaldas: estaba vacía, dijo, porque todo el mundo se encontraba en la calle trabajando. Y yo no era el único que estaba buscando a una muchacha que tal vez había caído en el pozo de la prostitución. Aquí venían con mucha regularidad padres, a menudo desesperados y con los nervios a flor de piel. Todos eran atendidos con cortesía y se los ayudaba lo mejor que se podía, pero eso no significaba que aquí todos se pusieran en posición de firmes y a obedecer. El día siguiente por la tarde, a las dos, Fons Kalman.

Una vez fuera, en la calle, noté que había empezado a llover un poco. Me levanté el cuello de la chaqueta y decidí volver a casa paseando, a pesar de la lluvia. Tal vez me hiciera bien. Lo único que había logrado era una cita con alguien que ni siquiera sabía si podría seguir ayudándome.

Con el tiempo, había aprendido a reconocer el estado de ánimo en que me encontraba. Pensamientos sombríos que no llevaban a nada me hostigaban en una incesante corriente y huían conmigo. En tales situaciones podía convencerme de que hasta ahora había tenido éxito y que por ello no debía preocuparme, pero esta aportación racional era rechazada por una sucesión de pensamientos que intentaban desvirtuarla. ¿Qué sabía yo, de hecho, sobre la prostitución? ¿No era lógico que tras tantos casos resueltos algo tuviera que salir mal? ¿No era una cuestión de cálculo de probabilidades? ¿No era una mala señal que Nadine Husak pareciera alejarse cada vez más de mí en lugar de acercarse?

Era una lucha extenuante, invisible para el mundo exterior, la que se estaba riñendo en mi cabeza. La única manera de desconectar era volver a dejar que los pensamientos que me pasaban en ese momento por delante se fueran con las mismas, y concentrarme en mi respiración o, ahora que iba caminando a casa, en mis pasos. El tiempo suficiente hasta que en mi cabeza no hubiera nada más que vacío.

Cuando cogí la llave para abrir la puerta de la calle al cabo de poco menos de media hora, decidí seguir caminando. Tal como estaba ahora no podría conciliar el sueño. Al final estuve paseando por la ciudad en todas direcciones durante más de dos horas. Un poco antes de la medianoche me encontraba de nuevo ante la puerta, con las piernas pesadas y una cabeza en la que se había hecho el silencio.

IX

A la mañana siguiente me desperté completamente descansado. Vivía cerca de la calle Albert Cuyp, donde se levantan todos los días los tenderetes del mercado, y me dirigí allí pleno de energía en busca de fruta fresca. Compré el periódico y, de nuevo en casa, me hice una macedonia de frutas con yogur y cereales.

Tras haber desayunado, cogí los dos faxes de Luz Daalhoff y volví a leer la carta de Charley Toorop. En lo referente a las expectativas de su hijo, había tenido toda la razón: el talento de Edgar Fernhout, en efecto, había ido evolucionando hasta convertirse en un pintor muy respetado. Pero ¿qué había sido de ese mundo mejor que estaba por llegar?

¿Quién era ese Johan al que se dirigía? Era obvio que tenía dinero, pues ella le agradecía su ayuda económica. Y sus «interpretaciones astrológicas». En el cuadro aparecía representado un hombre mayor y en la carta escribía: «Aunque nosotros ya no llegaremos a disfrutarlo». Al parecer, ambos eran demasiado viejos para ese futuro mejor. ¿Qué más sabía yo de este Johan? Aunque no tuviera el retrato ante mí, conservaba fresca en la memoria su mirada intensa observando al espectador. Además, se había dedicado a la astrología. ¿Acaso habría ganado dinero prediciendo el futuro? ¿Era un «vidente»? Charley Toorop se mostraba receptiva a esas predicciones: era sabido que había revelado un especial interés por lo paranormal.

Dejé la carta a un lado y me concentré en la lista de cuadros. Estaba tan bien oculta en el maletín de Mathias Dijkman que lo normal habría sido que nadie hubiera llegado a descubrirla nunca, a diferencia de la carta de Charley Toorop y la pintura de Fernhout. ¿Por qué? ¿Qué secreto guardaba? Miré las cuatro columnas: «Pintor», «Composición», «Importe» y «Fecha». Dieciocho pinturas de seis maestros famosos vendidas durante la guerra, entre 1941 y 1944. ¿Quién había elaborado esta lista? La letra era irregular, de difícil lectura y tan diminuta en la columna «Composición», donde el escritor debía introducir más texto, que sólo fui capaz de descifrar palabras sueltas. Sumé los importes de las ventas y llegué a una cantidad de más de dos millones y medio de florines, una suma enorme para aquella época, cuya comisión se habría embolsado encantado cualquier marchante de arte. Le había sugerido a Luz Daalhoff que los nombres de los compradores tal vez faltaran porque se las habían vendido a los nazis. Era posible, incluso lógico, pero no había certeza absoluta. ¿Y a quién podría preguntárselo? La mayoría de tiendas dedicadas al arte no quería que les recordaran su comportamiento carente de escrúpulos durante esos años, y ¿qué sabían los negocios restantes de transacciones que se habían producido hacía más de sesenta años?

Abismado en mis pensamientos, paseé la mirada por la lista y por las palabras que eran legibles a primera vista. En la columna «Composición» fui saltando de palabra legible a palabra legible en medio de un emplasto de signos ilegibles: «Agamenón», «Cruz», «General», «Autorretrato», «Clase de música», para detenerme en:

«Martirio». Mientras seguía preguntándome si dentro de mi red de contactos había alguien que pudiera descifrar esta letra, me vino de repente a la cabeza, como en una sacudida, y comprendí cuál era el siguiente paso lógico después de que los archivos no reportaran nada provechoso sobre Charley Toorop y Edgar Fernhout.

Cuando llamé a Luz Daalhoff para decirle que tenía una idea de cómo podía continuar su búsqueda de Mathias Dijkman, me preguntó si podía llamarme más tarde:

—Sí, claro —le respondí—. Y procura tener la lista de los cuadros delante cuando me llames.

Al cabo de cinco minutos sonó el teléfono:

—Perdona que no haya podido atenderte enseguida. Así es mejor, me he sentado aparte. No me apetece nada responder a las preguntas de los colegas si se enteran de que todavía sigo ocupándome de este caso. Pero cuenta, por favor.

—¿Tienes la lista delante?

—No el original, una copia. ¿Vale también?

—Sí, claro. Escucha, creo que tengo una alternativa mejor que ir visitando una galería de arte tras otra. Has de investigar si las pinturas pueden revelarte algo sobre quién ha elaborado esta lista. Tal vez así llegues a dar con Mathias Dijkman en un abrir y cerrar de ojos.

Aunque hice hincapié en la palabra «pinturas», se produjo un breve silencio.

—Pues ahora mismo no sé cómo —respondió dubitativa, y de nuevo creí percibir en el timbre de su voz un asomo de vergüenza.

—¿Sabes lo que tienen en común esas dieciocho pinturas? ¡Aparecen en una sola lista! Eso es tan intrascendente como importante. Significa que, en cualquier caso, en su historia debe de haber algo común. Ya no hace falta que empieces en el pasado. Entre hoy y hace sesenta años hay un agujero que nunca podrás salvar de un solo salto. Lo que has de hacer es comenzar en el presente e ir retrocediendo en el tiempo paso a paso, lo que es posible con la ayuda de esas pinturas. Olvídate de las personas, son las propias pinturas las que pueden significar algo para ti.

—¿Tengo que profundizar en la historia de las pinturas, de quién han sido?

—Sí, muy bien. *Provenance* es el bonito término que se emplea para denominarlo. De quién son esas pinturas hoy y de quién fueron ayer. Debes recorrer el camino hasta que llegues a esos años de guerra. Si tienes suerte, verás que en el transcurso de su vida esas pinturas se han cruzado en aquellos años porque las comercializó la misma persona.

—Entonces, lo primero que debo hacer es encontrar las pinturas.

—Sí, y eso sí que es posible. Tienes el nombre del pintor y una breve descripción. Lo único que me preocupa es que resulta casi ilegible. Hay que descifrar la letra.

—No es problema —respondió muy segura de sí misma—. Trabajo en la policía y he encontrado enseguida a ese especialista.

—Confiaba en ello —le dije—. Cuando lo tengas todo, deberás empezar a tomar

decisiones.

—¿A qué te refieres?

—Son dieciocho cuadros, cada uno con su propia *provenance*. Algunos tal vez ya no puedas encontrarlos, pero los que encuentres pueden estar en cualquier parte, en museos o colecciones privadas repartidos por el mundo entero. Ya sé que te tomarás tiempo para investigar este caso, pero ¿tienes también dinero para viajar, por ejemplo, a los Estados Unidos si hay allí un cuadro? Si hay pinturas de la lista que están en los Países Bajos, yo empezaría por ellas.

Podía oírse al otro lado del hilo telefónico lo contenta que estaba Luz Daalhoff con la nueva brecha que le había abierto. Intentamos seguir descifrando juntos la letra de la lista, pero al fin tuvimos que desistir y comprobar que más de la mitad seguía ilegible. Durante nuestra conversación pareció estar un poco más relajada y menos alerta. El «tú» con que me tuteaba sonaba por primera vez no como si hubiera preferido seguir tratándome de usted.

Me personé justo a las dos en punto en la comisaría de policía de la Beursstraat y me atendieron enseguida. Un agente me llevó a un despacho apartado en el que, al cabo de poco menos de un minuto, entró un hombre robusto vestido de paisano que se presentó amablemente como Fons Kalman. Una persona con aspecto saludable de unos cuarenta años, con rizos y bigote rubios, mofletudo y con un rictus risueño en la boca. De inmediato causaba una impresión agradable y parecía accesible.

Sin embargo, no me lancé a contarle todo con pelos y señales cuando me invitó a narrarle la historia.

—No quiero ser descortés, pero primero quisiera saber si usted es la persona con la que debo hablar.

No se lo tomó a mal:

—Me gustaría pensar que sí. Como agente en jefe dirijo un equipo de ocho inspectores de delitos sexuales, yo incluido. No sé si está familiarizado usted con el concepto, pero nos ocupamos exclusivamente de controlar los asuntos relacionados con la prostitución aquí en el barrio rojo. Según tengo entendido a través de mi colega, lo que usted quiere preguntar cae dentro de nuestra competencia. ¿No es cierto?

—Sí, en efecto.

—Bueno, cuénteme entonces.

Podía tener un aspecto bastante jovial, pero en el momento en que se puso a escuchar mis peripecias se volvió todo oídos e hizo preguntas bien ponderadas. No exteriorizaba su parecer, con la excepción del momento en que me preguntó cómo había conseguido la fotografía que se encontraba entre nosotros sobre la mesa y en la que aparecía representado el Ecstasy Sex Palace. Como reacción a mi respuesta: «Prefiero no pronunciarme al respecto», por un instante se le dibujó una expresión inquisitiva en el rostro, pero no insistió.

Cuando terminé de hablar, cogió la foto del club de alterne con los tres hombres

posando.

—Ese Ortac no me dice nada, pero a los dos tipos que están con él los conocemos bien.

—¿Y esas chicas? —pregunté.

—Sí, querrá saberlo, es comprensible. Yo, en cualquier caso, no las conozco. — Se puso en pie y tomó de la mesa las fotos de Nadine Husak y de Sandra—: ¿Quiere un café? Si tiene un poco de paciencia, puedo pasarla por ahí, quizá las reconozca alguno de mis colegas.

Poco después abría la puerta con el hombro y, llevando dos vasos de plástico con café en las manos, hizo un gesto con la cabeza hacia el hombre que le acompañaba:

—Rik Kronenberg, el inspector de delitos sexuales con más experiencia de Ámsterdam.

Sonó como un cumplido sincero y, sin embargo, fue incapaz de arrancarle una sonrisa al individuo que estaba frente a mí. Debían de tener más o menos la misma edad, pero ahí terminaba cualquier similitud. Con el cabello fino y gris, las bolsas oscuras bajo los ojos, las mejillas mal afeitadas y una expresión del rostro apagada y sombría, podía considerarse el polo opuesto de la apariencia sana y vivaz de su jefe.

Después de habernos sentado los tres, Fons Kalman se retrepó con las manos metidas en los bolsillos y cabeceó brevemente hacia su colega, que sin introducción alguna y con una voz en la que no pude descubrir ningún entusiasmo dijo:

—Conozco a las dos.

En la cara de su jefe apareció una mueca divertida. Por un instante me pregunté si no me estarían tomando el pelo, pero la mirada de Rik Kronenberg era demasiado seria.

—¿Está seguro al cien por cien?

—Sí.

Esperé en vano una explicación.

—¿Y sabe usted también dónde están?

—La chica que busca está a un par de cientos de metros de aquí tras un escaparate en el «pasaje», una parte cubierta al final de la Bethlehemsteeg. En este momento todavía no está trabajando, no empezará hasta dentro de un par de horas. La chica a la que llama Sandra hace ya algún tiempo que no la veo.

Tras esa breve información, me miró directamente a los ojos. Me quedé perplejo por un instante. ¿Significaba eso que mi búsqueda de Nadine Husak ya había llegado a puerto, que podía abordarla esta noche sin más, aquí cerca? Necesitaba tiempo para hacerme a la idea.

—Esto es más de lo que me hubiera esperado, para ser sincero mucho más — reaccioné dubitativo.

—Tal vez las noticias no sean tan buenas como usted piensa. ¿Qué va a hacer cuando la vea?

De su tono de voz sarcástico se desprendía poca confianza.

—¿Qué quiere decir? Trabajo para alguien e informaré a esa persona, que querrá hablar con ella para sacarla de esta situación en la que, por lo visto, ha ido a parar. No creo que su tía vuelva a dejarse intimidar.

Observó a su jefe con una mirada inquisitiva y meneó la cabeza:

—¿Hablar? ¿Su tía?

Fons Kalman se incorporó en su butaca:

—Antes de que empecemos a hablar en clave, me parece oportuno explicarle a qué se está refiriendo Rik. En realidad, hay tres cosas que usted debería saber. En primer lugar, parece ser que la chica a la que busca está trabajando aquí legalmente como autónoma. Procede de Eslovaquia, uno de los países que han entrado en la Unión Europea recientemente. Por lo demás, antes le pregunté cuántos años tenía; dieciocho, dijo usted. Bueno, en cualquier caso es mayor de edad, porque de lo contrario ya haría tiempo que Rik la habría sacado de su escaparate. Según la legislación vigente, las prostitutas mayores de edad procedentes de los países nuevos de la Unión Europea no pueden trabajar aquí como asalariadas, no está permitido, pero sí como autónomas. Esta chica tendrá sin duda los papeles necesarios para poder demostrarlo.

Rik Kronenberg completó:

—Pasaporte, una traducción jurada de la inscripción en la administración municipal de su pueblo en Eslovaquia, inscripción en la Cámara de Comercio y en la Oficina de Empadronamiento de aquí, el NIF, la tarjeta electrónica para el permiso de trabajo, la comprobación por parte del servicio de inmigración, etcétera, etcétera. Tiene todos esos papeles en orden, porque de lo contrario podríamos haber hecho algo al respecto.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Podríamos haber hecho algo, aunque sólo fuera para molestar a esos hijos de puta —se desató—, porque esas chicas son su fuente de ingresos.

—Tranquilo, Rik —le dijo el jefe.

—Ese es el segundo punto. Cuando Rik habla de esos hijos de puta, se refiere a los dos hombres de la foto, que no explotan sólo ese club de alterne y un local de *striptease*, sino que también son los chulos de entre diez y veinte muchachas que están tras los escaparates.

—Obligadas —dijo Rik Kronenberg—. Todos los sabemos. Me gustaría que lo añadieras.

—Así que de eso es de lo que se trata —por primera vez la voz de su jefe sonó con un poco menos de amabilidad—. Déjame terminar mi historia, ¿vale, Rik? —Y dirigiéndose a mí—: En el año 2000 se legalizó la prostitución, sin duda lo sabrá. Lo que en realidad significa es que la ley de prohibición de burdeles ha sido abolida. Pero no sólo eso, pues al abolirla también se suprimió el proxenetismo de la legislación sobre normas morales. Mientras las prostitutas sean mayores de dieciocho años y permanezcan en los Países Bajos de manera legal, en principio no hacen nada

que esté prohibido cuando le entregan sus ganancias a un hombre.

Vio mi ceño fruncido.

—La policía es un órgano ejecutivo, nosotros no hacemos la ley. La realidad es que sólo podemos actuar cuando se ha presentado una denuncia por coacción y, sobre todo, por malos tratos.

—Hay más posibilidades —intervino Rik Kronenberg—. Si hay sospecha de tráfico de personas, estamos obligados incluso a emprender acciones e iniciar una investigación.

Fons Kalman suspiró:

—Sí, a ese punto llego ahora mismo. Usted indicó que tiene la impresión de que Nadine Husak está prostituyéndose en contra de su voluntad. Bueno, eso es lo que suponemos nosotros también, en su caso, en el de esa Sandra y en el de todas las demás chicas. En nuestra opinión, esos dos hombres y el resto de su grupo son culpables de tráfico de mujeres, tenemos numerosos indicios. Rik ya le explicó que, al tratarse de tráfico de personas, estamos obligados a intervenir, pues esas son las directrices del Ministerio Fiscal. Pero el problema es que las pruebas que hemos reunido hasta ahora no son lo suficientemente sólidas como para procesar a estas personas. Creo que Rik estará de acuerdo conmigo. En ese sentido, todavía es esencial poder disponer de declaraciones por parte de las víctimas. Lo que he intentado aclararle es que sólo podemos significar algo para Nadine Husak si ella está dispuesta a declarar. Si no es ese el caso, se encontrará usted, o tal vez debiera decir su cliente, lamentablemente solo. Eso es lo que nos preocupa y de ahí la pregunta anterior sobre sus intenciones una vez la haya encontrado.

—Sí, eso ya se lo pregunté yo —añadió Rik Kronenberg—, pero todavía no está del todo claro dónde termina su implicación. Si le pagan en el momento en que la haya encontrado, ese ya no será su problema.

No me agradó el cinismo en el tono de su voz y repliqué:

—¿Y eso?

—Porque es entonces cuando empieza la auténtica miseria. —Miró a su jefe—: ¿Puedo explicarle yo tu tercer punto, Fons? —Se le veía bastante enfadado, como si le pareciera que ya había tenido la boca cerrada el tiempo suficiente—. ¿No le querías avisar?

Su jefe asintió con la cabeza y volvió a retrepase.

—Y para que quede bien claro, señor Havix, yo no tengo nada personal en contra suya, pero usted y su cliente deben saber con quién van a tener que vérselas, antes de que empiecen a ocurrir desgracias.

Señaló en dirección al barrio rojo:

—Tras una fachada de legalización, regulación y control de la policía y el Ayuntamiento, eso es una jungla. Hay un montón de personas que me toman a mal esta descripción, pero así lo veo yo. El barrio rojo no es la divertida zona de sexo y la pintoresca atracción turística por la que muchos lo tienen. En los más de quince años

que llevo trabajando aquí he visto cómo no dejaba de empeorar. Y yo no soy el único que lo ve así. Todo el que conozca la realidad de cerca le dirá lo mismo. Lleva años trabajando aquí una señora de una institución religiosa que conoce el barrio mejor que yo. ¿Sabe usted qué es lo que la mueve a seguir aquí? «Volver a traer a Jesucristo a este infierno.» Y no es una persona que quiera ganarse almas, tan sólo intenta hacer algo para aliviar de alguna manera todo el sufrimiento que encuentra. En ese infierno las personas que han puesto a Nadine Husak en el escaparate son de lo más despiadado. En lo que a eso respecta, ha tenido usted especial mala pata.

Miró a su jefe y preguntó:

—¿Exagero?

Negó con la cabeza.

—La reputación de esas personas se basa en que sus chicas nunca hablan y, desde luego, no dejan el negocio cuando ellas quieren. En el momento en que algo así ocurriera, esta gentuza correría el riesgo de que se les desmoronara todo el chiringuito, y eso es lo que quieren evitar a toda costa. De eso es de lo que queremos avisarle. No se piense que usted o quien sea va a poder llevarse a esa chica sin más.

Les agradecí la advertencia, pero me irritaba que fuera precisamente la policía quien parecía sugerir que no podía haber ninguna solución.

—¿Entonces, qué propone? ¿Debe quedarse ahí como si nada, aunque las esté pasando canutas?

Fons Kalman intervino conciliador:

—Rik lo pone muy negro. Sí que de vez en cuando cosechamos algunos éxitos. Tampoco está sugiriendo que usted no pueda hacer nada, sino más bien que no puede ir allí sin más para llevársela. Me gustaría que ella presentara una denuncia, entonces podríamos coger a la gente que está detrás. Creo que tenemos un gran número de buenos argumentos para persuadir a Nadine Husak a que formule una denuncia. Muchas chicas se encuentran con las manos vacías si lo hacen y, al final, se las llevan de nuevo a su país de procedencia cuando el proceso ha concluido. A esas chicas no podemos ofrecerles mucho, ese es un punto débil dentro de la legislación actual. En el caso de Nadine Husak es claramente más positivo; como usted indicaba, tiene familia aquí, no ha entrado de forma ilegal y su cliente podría ayudarla tal vez a conseguir un trabajo y, por tanto, una perspectiva de futuro. En ese caso, no sería necesario que regresara, que es lo que teme la mayoría de las chicas. No, no lo veo tan difícil. Esa perspectiva hay que mostrársela de manera convincente. ¿Qué te parece a ti, Rik?

—¿Podemos cumplirlo? Ante un guión semejante deberíamos llevarla a un lugar donde esa gentuza ya no pueda ejercer ninguna influencia sobre ella. Incluso así es muy arriesgado.

Su jefe restó importancia a las protestas:

—No hacer nada también es arriesgado. Yo también soy consciente de los peligros, pero ahora se nos presenta una oportunidad y debemos aferrarnos a ella con

ambas manos.

—Y bien, ¿qué propones entonces? —preguntó Rik Kronenberg.

—Yo lo coordinaré con la JZP y tú vete a visitarla, con normalidad, como si quisieras comprobar sus papeles, y hazle una propuesta sin que nadie os vea. Déjale bien claro lo que podemos hacer por ella y, naturalmente, también lo que nos acaba de contar el señor Havix: que hay personas aquí, en los Países Bajos, que pueden ofrecerle un futuro.

—¿Qué es la JZP? —pregunté—. ¿Necesita el permiso de alguien para pasar a la acción?

No me gustaba la idea de que hubiera que hacer muchos trámites.

Fons Kalman me sonrió tranquilizador:

—No, esa no es la palabra adecuada. Nuestro servicio se ocupa de observar y remitir, nosotros somos el primer contacto con las prostitutas, pero no tenemos la competencia de iniciar una investigación. Ese es el campo de la JZP: la Brigada de Menores y Delitos Sexuales. Colaboramos estrechamente y sólo si una prostituta confía en nosotros querrá presentar la denuncia. Luego es la JZP quien dispone de toda la maquinaria para encargarse del asunto.

Fons Kalman me acompañó hasta la salida. Cuando me estrechó la mano recordé algo de pronto:

—¿Por qué se cerró el club de alterne?

—El local de *striptease* también está cerrado. Ese es otro ejemplo en el que puede verse que a fin de cuentas no somos impotentes del todo ante esa clase de gente. Sus empresas se cierran como consecuencia de lo que hemos empezado a denominar el «enfoque administrativo». A primera vista suena bastante endeble, ¿no le parece? Pero no se equivoque, pues es un arma muy potente.

—¿Le meten mano a esa gente cuando sus permisos no están en regla? ¿Funciona así?

—En parte, pero va más allá. Incluso si alguien cumple con todos los requisitos y tiene todos los papeles en regla para abrir su negocio, podemos hacer algo dentro del marco de la Ley Bibob, es decir: Fomento del Juicio de Integridad a través de la Administración Pública. Eso posibilita al Ayuntamiento denegar permisos o retirarlos si existe la sospecha de que hay alguna incorrección. Y también es posible llevarlo a cabo basándose en información poco sustancial. En realidad, invertimos la carga de la prueba: que el empresario demuestre que todo está en orden y que, por ejemplo, el dinero invertido se ha ganado legalmente.

—¿Y funciona?

Asintió satisfecho:

—¡Oh, sí, claro! En los Países Bajos suelen formarse la idea de que toda esa reglamentación nos ha hecho más débiles y vulnerables frente a este tipo de criminales, pero en este caso le sacamos provecho. No debe menospreciar el poder de un funcionario —añadió con una mueca.

Ya se estaba preparando para marcharse, pero aún había algo que me rondaba la cabeza:

—Me dio la impresión de que su colega no compartía su optimismo.

Se detuvo y le desapareció la sonrisa, como si se tratara de un montón de nieve expuesta al sol:

—Como ya le dije, Rik Kronenberg es el mejor inspector de delitos sexuales que hay en la ciudad, y lo es porque conoce todo y a todos. Más que ningún otro, escucha las historias de las chicas, de todas sus penas, lo que resulta una pesada carga. Yo soy el último que le tomaría en cuenta su carácter sombrío, pero créame: estamos de veras en disposición de hacer algo. Esa es la razón por la que sigo viniendo aquí cada día con el mayor de los placeres.

X

Esa misma tarde llamé por teléfono a Annemarie Braam. Reaccionó con entusiasmo ante la noticia de que había encontrado a Nadine Husak. Pude oír el tictac de sus tacones sobre el suelo de mármol mientras gritaba «¡Katka! ¡Katka!» y no tuve más remedio que quedarme pegado al teléfono mientras le transmitía las buenas noticias a su asistenta. A continuación, me preguntó cuándo podíamos ir a recoger a Nadine y su primera reacción de sorpresa se convirtió luego en escasa comprensión al explicarle que no era tan simple. Escuchó mi relato, pero no quedó impresionada en absoluto. Hacía tiempo que había hablado con su marido sobre lo que iban a hacer. Nadine podía ponerse a trabajar en una de sus empresas y, si tenía que someterse a tratamiento por posibles daños psíquicos, también podrían arreglarlo. Dijo sin ningún asomo de ironía que ahora mismo iba a llamar a sus amigas para pedirles nombres de buenos psiquiatras. Naturalmente, comprendía que Nadine debía desaparecer por completo de escena para ocultarse de esos chulos, pero esto no parecía preocuparle mucho: su marido se había visto metido en asuntos mucho peores y no se dejaba amedrentar así, de buenas a primeras. Llegaba de Londres esta noche y ya lo discutiría con él.

Su optimismo resultaba contagioso. Estas personas estaban convencidas de que para cada problema había una solución.

Al cabo de menos de una hora me llamó Charlotte, que me felicitó largo y tendido. Su voz desprendía orgullo cuando dijo que se alegraba de haberme presentado a su amiga.

Habíamos quedado en que Rik Kronenberg iría a hablar primero con ella esa misma noche. Fue lo que le dije también a Dirk Braam cuando me llamó al principio de la noche. No se tomó la molestia de darme las gracias o felicitarme por haber localizado a la chica, y no le gustó nada el planteamiento que le presenté.

—¿Hablar? —resopló con el mismo cinismo de Rik Kronenberg el día anterior—. Ya me lo contó mi mujer, pero no lo entiendo. ¿Que la policía tiene que hablar antes? Esa chica está allí contra su voluntad. ¿Van a pedirle permiso a ella? ¿O a su chulo? No lo hagamos más absurdo de lo que ya es. ¡Imagínate que es mi hija quien está ahí! —Para añadir sin respirar—: ¿Tienes hijos?

—No, ¿qué importa eso?

—¡Tío, intenta imaginarte que es tu propia hija!

—No hay nada malo con mi empatía, pero propongo que lo hagamos de esa manera, pues las personas que lo aconsejan tienen más experiencia que usted y que yo.

Como si yo no hubiera dicho nada, continuó él:

—Escucha, acabo de entrar en la autopista cerca del aeropuerto. Puedo estar en el barrio rojo dentro de media hora. ¿Cuál es la dirección? Tú vives en Ámsterdam, ¿no? Hazme un favor y ve para allá. ¿No tenías una foto de ella? Yo podría

arreglármelas solo, pero no tengo ganas de ir preguntando a todas esas putas hasta llegar a encontrarla.

Seguro de sí mismo y con un tono de voz que no admitía ninguna contradicción, me aclaró lo que tenía pensado hacer. Si yo no colaboraba, ya lo veía entrando en la comisaría de la Beursstraat para ponerse a armarla hasta conseguir lo que quería. No era el tipo de persona que se dejaba intimidar. Decidí que lo mejor que podía hacer era estar presente; yo y también Rik Kronenberg.

—Tenemos que esperar a ese agente, es lo que habíamos acordado.

—Bueno, entonces llámalo. Si quiere venir, estupendo, pero tú habías quedado conmigo en que la localizarías, para que quede claro. ¿Y adónde tengo que ir exactamente?

—A la Bethlehemsteeg.

—Un momento, voy a buscarlo. —Y, tras un breve silencio—: Muy bien, aquí está, llegaré enseguida.

—Parece ser que al final del callejón hay una parte cubierta a la que llaman el «pasaje». Podemos quedar al principio y luego entraremos juntos —volví a hacer un intento para atarle en corto.

—Sí, sí, tú tienes la foto.

Llamé a la comisaría de policía de la Beursstraat y pedí que me pusieran urgentemente con Rik Kronenberg, pero no estaba. Pregunté por su número de móvil sin ningún éxito: no podían dárselo a terceros. Insistí, intentaron llamarlo, pero regresaron con el aviso de que no lo cogía. No me quedaba más que dejarle un mensaje.

Rik Kronenberg no respondía a mi llamada y apenas llevaba diez minutos esperando cuando me llamó Dirk Braam.

—Entro en la callejuela ahora, ¿dónde estás?

Lo vi llegar desde lejos. Un hombre de negocios, con un traje impecable y un teléfono pegado a la oreja, que miraba al frente sin interesarse por los escaparates. No podía haber llamado más la atención entre el público compuesto de turistas y puteros que deambulaban por allí observando y examinando a las damas. Agité el brazo para que me reconociera y poco después nos estrechábamos la mano por primera vez.

Cuando estuve frente a él, comprendí por qué no había tenido ningún inconveniente en venir hasta aquí. Era un poco más bajo que yo, pero de anchas espaldas y muy musculoso. Su sastre le había elaborado un traje perfecto, hecho a medida, para acentuar al máximo ese físico portentoso. Al igual que su esposa, prestaba mucha atención a su aspecto exterior, pero en su caso la visita a un buen peluquero y a un buen salón de belleza era más que suficiente de momento. Alrededor de la boca se le dibujaba una mueca dura, con la ligera burla de alguien que sabe que ha llegado más lejos que la mayoría de las personas, lo que le confería un aspecto algo intimidatorio en combinación con su presencia física.

Enseguida entró en materia.

—¿Y la policía? ¿No iba a venir también?

Le expliqué que todavía no había conseguido dar con Rik Kronenberg. Me pidió la foto de Nadine Husak, la miró brevemente y dijo meneando la cabeza:

—Joder, esto no es normal, si todavía es una niña...

Me devolvió la foto, me agarró del brazo y me dio un apretón de ánimo:

—Pues vamos, no pienso quedarme aquí esperando.

El espacio en el que entramos consistía en un bloque de cuatro habitaciones en el centro con una decena de cuartos rodeándolo. Se veía a los clientes iluminados por una mezcla de neones rojos, rosas y violetas procedentes de los pequeños habitáculos. A quien trabajara aquí no le daba nunca la luz del día. Fuimos recorriendo los escaparates con prostitutas en sentido contrario al de las agujas del reloj y, aunque aquí la mayoría era de Europa del Este, vi también chicas africanas. Para no llamar demasiado la atención, me puse un poco por detrás de Dirk Braam, que observaba con tranquilidad a las chicas sin decirles nada. No parecía que le molestara mucho la situación.

Al final de la ronda me esperó:

—Nada, ¿no? Había dos cortinas corridas, así que debemos tener un poco de paciencia. No pueden tardar mucho. Seguiré dando vueltas mientras tanto.

Sin esperar mi respuesta, pasó del dicho al hecho.

En la segunda vuelta cosechamos resultados. Dirk Braam iba un poco por delante de mí, y tras él, justo delante de mis narices, se abrió una puerta. Un cliente salió y vi de cerca la cara de Nadine Husak. Dudé un momento, conmocionado por el contraste entre la chica de la foto y esta mujer enfundada en un *body* blanco plastificado, con altos tacones y el cabello recogido. Me echó un vistazo con la mirada vacía y apreté el paso hasta alcanzar de nuevo a Dirk Braam en la entrada.

—No pueden tardar demasiado —despotricó.

—La he encontrado.

—¿Sí? —La sorpresa duró poco—. Excelente. Lo que vamos a hacer es lo siguiente: yo entraré y hablaré con ella, mientras que tú esperarás aquí hasta que volvamos. ¿De acuerdo?

Al cabo de menos de diez minutos los vi acercarse juntos. Dirk Braam la llevaba agarrada por el brazo y con paso resuelto se dirigía a donde estaba yo. Aunque Nadine Husak caminaba con él, sumisa, su rostro transmitía confusión, pero la confusión se transformó en miedo cuando miró a mi lado y, por un instante, pensé que era yo quien la asustaba. En ese momento se adelantó alguien que estaba junto a mí y les cerró el paso a la vez que cogía a Dirk Braam del brazo.

—¿Qué crees que estás haciendo, tío?

Dirk Braam se quedó mirando al muchacho larguirucho que estaba frente a él. Un antillano vestido con una cazadora de piloto que le quedaba muy amplia, pantalones vaqueros de tiro bajo, botas altas de baloncesto sin cordones, adornado con joyas y en la cabeza una gorra de béisbol puesta al revés.

—¿Tú quién eres? —le preguntó Dirk Braam mientras le examinaba con desprecio— ¿Ice-T? —añadió burlón.

—Yo cuido de ella, tío. Déjala en paz, tiene que trabajar.

—Bueno, entonces tengo una noticia que darte. Acaba de recibir a su último cliente.

El chaval dio un paso hacia delante, pero antes de que pudiera hacer nada, Dirk Braam le metió un bofetón con todas sus fuerzas. Alcanzó a su adversario con tal dureza que este dio de golpe con sus huesos en el suelo, al tiempo que se estampaba la cabeza contra la pared. Miré a Dirk Braam y, con gran sorpresa, vi que en su rostro había aparecido una sonrisa. ¡Estaba encantado! Volvió a coger el brazo de Nadine y me hizo un gesto brusco para que continuáramos. Vi cómo los clientes retrocedían ante nosotros en el pasillo y se pegaban contra la pared. En la cara de una muchacha, que había estado durante todo el tiempo apoyada en el vano de una puerta, surgió una sonrisa de satisfacción y no hizo intento alguno para acudir en ayuda del muchacho que yacía en el suelo.

Apenas habíamos salido de la Bethlehemsteeg cuando nos topamos con otro inconveniente. Nadine Husak iba caminando entre nosotros, pero de repente se detuvo, retrocedió e intentó soltarse. Dirk Braam la retuvo por los pelos. Oí cómo empezaba a llorar por lo bajo. Su llanto expresaba tanta desesperación que me conmovió hasta el tuétano.

En el canal se nos había aparecido un hombre que ahora nos cerraba el paso con las piernas separadas. Era uno de los dos tipos que habían posado en la foto junto a Ortac. Esta vez no llevaba traje, sino un abrigo largo de cuero. Por desgracia, no era el más pequeño de los dos y, ahora que lo teníamos tan cerca, comprobé que era más grande y robusto de lo que ya parecía en la foto.

Nos ordenó en alemán que soltáramos a la chica. Como si ya contara con que lo fuéramos a hacer, dirigió su atención a Nadine Husak. En un idioma que no comprendí, pero con una actitud que expresaba un profundo desprecio, le gruñó unas cuantas palabras. Ella se encogió y, aunque tampoco la entendí, quedaba claro que de alguna manera estaba disculpándose. Ni siquiera se atrevía a mirarlo y la sumisión que proyectaba era tan estremecedora que sentí emerger un intenso desprecio por el hombre que tenía delante. Sentí cómo iba aumentando la tensión en mi cuerpo y cómo se me tensaban los músculos.

En el mismo momento en que Dirk Braam dijo que la cogiera para así poder tener él las manos libres, el hombre dio un paso adelante, agarró con el puño el cabello recogido de Nadine Husak y tiró de la muchacha con tanta fuerza que oí cómo le crujía el cuello. Fue un gesto tan inhumano que no me quedó otra elección.

En un intento de disuadirle sin causarle muchos daños al principio, le estampé con todas mis fuerzas el pulpejo de mi mano en el rostro. Él retrocedió un poco y soltó a la chica maldiciendo. Fue la primera vez que mostraba algún tipo de emoción. En ese momento, Dirk Braam saltó sobre él, pero eludió la embestida; en su lugar,

acabó lanzándole al suelo y, para mi espanto, vi que se agachaba con rapidez y se disponía a romperle el brazo. Sin dudarle, le di una patada en el hombro que le hizo soltar su presa, para luego erguirse y concentrarse en mí. Vi cómo Dirk Braam se incorporaba vacilante a sus espaldas, demasiado lento como para poder esperar ayuda de su parte. El hombre venía por mí y yo iba retrocediendo despacio, en dirección al canal, y fue entonces cuando alcé los brazos con gesto implorante. «Tranquilo, tranquilo —dije—, ya ha sido suficiente.» Alrededor de su boca apareció una mueca despectiva. En ese momento me abalancé de golpe sobre él y le alcancé en plena cara con el puño derecho, aprovechando el impulso de todo el peso de mi cuerpo, ahora sí con intención de hacerle daño. Fue a dar con todos sus huesos en el suelo y se golpeó la cabeza contra el empedrado. Mientras estaba aturdido, pero todavía consciente e intentando incorporarse con movimientos vacilantes, le grité a Dirk Braam: «¡Rápido, tenemos que tirarle al canal!». Aunando todas nuestras fuerzas, tiramos de él hacia el borde, le hicimos pasar por encima del hierro que sirve de amarre para los barcos y le dejamos caer. Fue a dar con sus huesos en un bote medio hundido que estaba allí amarrado. «¡Vámonos, rápido!» Esta vez cogimos los dos a Nadine Husak y pusimos pies en polvorosa tan rápido como nos fue posible.

Aunque había durado un par de minutos a lo sumo, fue tiempo suficiente para causar un buen atasco circulatorio, y al otro lado del canal se había reunido un buen número de personas que miraban curiosas en nuestra dirección. Por suerte, no vi a ningún policía y nadie pareció tener intención de seguirnos; sin embargo, no me sentí tranquilo hasta que estuvimos en el aparcamiento junto al coche de Dirk Braam, que se inclinó exhausto hacia delante mientras jadeaba. Cuando se recuperó, me rodeó los hombros con el brazo: «Joder, ese cabrón quería romperme el brazo». Una fracción de segundo después había recuperado de nuevo la bravura: «Tendré que llevar el traje al tinte, pero este trabajito ya lo hemos arreglado. Bien hecho», dijo apretándome el hombro.

Miramos al unísono a la chica, que estaba callada a nuestro lado, sin hacer ruido y a la espera de lo que fuera a suceder. En sus ojos no percibí ningún alivio: estaba totalmente conmocionada y desorientada.

Dirk Braam la observó durante un instante y dijo:

—Vámonos. Siéntate detrás con ella. —Se lo pensó mejor y señaló hacia su brillante Bentley azul oscuro—: Quizá le ayude tomarse una copa. Tengo bebida a bordo. Hoy vendrá de puta madre. En cualquier caso, yo también voy a tomarme una.

Nadine Husak no reaccionó, pero yo acepté su ofrecimiento. El lóbrego aparcamiento se iluminó con un chorro de luz al abrir el pequeño frigorífico empotrado y, tal como estábamos allí los tres, la situación tenía algo de surrealista. Dos hombres mayores con una copa en la mano en la que no faltaban ni los hielos, junto a una muchacha inmóvil, escasamente vestida con un *body* blanco que resplandecía. Si yo apenas podía comprenderlo, ¿qué no se le estaría pasando a ella por la cabeza?

Una vez en la autopista, Dirk Braam llamó por teléfono a su mujer para comunicarle nuestra llegada. Restó importancia a lo que nos había sucedido y se concentró en lo que debía ocurrir. Le pidió que llamara al médico de cabecera y le dijera que fuera a la casa, ya que probablemente la chica tuviera un *shock* y necesitaría algún calmante. Por lo demás, debía preparar a Katka Adamec para el lamentable aspecto con el que iba a encontrarse a su sobrina. Con una capacidad de empatía que me sorprendió, preguntó si su hija Raffaëla podía prepararle algo de ropa:

—Son más o menos de la misma talla y lo que lleva puesto ahora irá enseguida a la basura. Eso es lo primero que vamos a hacer. Y prepara un baño caliente.

Intenté hablar con Nadine Husak sin resultado alguno. Con cada intento, parecía ir pegándose más a la puerta del coche. Renuncié, me retrepé en el asiento tapizado en cuero y fijé la mirada en el exterior. Un baño, un calmante del doctor, la presencia de su tía, otra ropa... me pregunté con tristeza si todo eso sería suficiente.

XI

Cuando Dirk enfiló el camino de entrada en la mansión de la familia Braam, la iluminación exterior alumbraba al comité de bienvenida que, integrado por Annemarie, su hija Raffaëla, Katka Adamec, un hombre que supuse que sería el médico de cabecera y, para mi sorpresa, también Charlotte, se hallaba esperando entre los pilares de mármol de la escalinata.

Al salir del coche, Dirk Braam recibió el efusivo abrazo de su esposa, que manifestaba alternativamente su enfado y su alivio por lo que había hecho su marido. Después de haber descargado así las primeras emociones, se dirigió al resto del grupo. Urgía. Preparada o no, a Katka Adamec se la veía muy afectada por el aspecto de su sobrina. Hizo un torpe intento de abrazarla, una situación que resultó aún más embarazosa al no ser su ademán correspondido. La hija de la casa, el médico de cabecera, Charlotte y yo nos quedamos allí mirando expectantes y violentos. Al igual que durante mi anterior visita, Annemarie Braam intervino para apoyar a su asistente. Tomó la mano de Nadine y dirigió al grupo al interior. Mientras su esposo, hija, Charlotte y yo fuimos conducidos a la sala de estar, ella precedió a Katka Adamec, a Nadine Husak y al médico de cabecera hacia una de las habitaciones de invitados.

Dirk Braam nos dejó un momento a solas para ir a cambiarse de ropa, y esa oportunidad la aprovechó su hija para escabullirse. Reaccioné con brusquedad cuando Charlotte intentó iniciar una conversación con el fin de enterarse de lo que había ocurrido con exactitud, y me encaminé a la gran fachada de cristal. El agua calma y azul clara, iluminada desde el fondo de la piscina, parecía especialmente tentadora. La vez anterior había examinado con admiración las estatuas del jardín, pero ahora tenían una apariencia más bien lúgubre. Los focos escondidos en el césped las iluminaban artísticamente y contrastaban con el cielo oscuro. Era como si fueran a ponerse a andar en cualquier momento para dirigirse despacio y en silencio, paso a paso, a la casa.

Volví la cabeza cuando Dirk Braam entró en el salón.

—Nuestro jardín de esculturas. Hay personas que tienen que ir al museo para ver algo así.

—Con esta luz es como si estuvieran a punto de cobrar vida —dije.

—Es por la calidad del artista y del material, mármol italiano. No quieras saber lo que me ha costado cada escultura de esas. Por si acaso, las he fijado bien en el suelo. Por lo demás, es una estupenda inversión, con el paso del tiempo no para de aumentar su valor. ¿Queréis beber algo?

Después de habernos servido una copa y una vez que estuvimos sentados, me agradeció que hubiera corrido en su auxilio. Quizá creyera que me estaba haciendo un favor por esbozar frente a Charlotte una imagen positiva de mi participación en el «salvamento» de Nadine. A medida que avanzaba su relato, iba creciendo un matiz complaciente en su actitud. Yo, sin embargo, no estaba de humor para acompañarle,

más bien lo contrario.

—¿Dónde aprendiste a luchar así? —me preguntó con una ligera sorpresa en la voz, como si lo que veía ante sí no encajara con las bofetadas que había repartido.

—¿Tiene eso alguna importancia?

—¡Bueno, pues hoy sí!

—Me entreno para estar en forma. Si me es posible, procuro evitar este tipo de enfrentamientos. Si tengo que utilizar los puños, casi siempre es porque alguien ha metido la pata.

Dirk Braam quizá había pensado que podíamos empezar a intercambiar machadas aquí, en el sofá, mientras nos tomábamos una copa, pero lo que yo quería era saber cómo estaba Nadine Husak y, después, volver rápido a casa.

Charlotte me miró sorprendida, y a Dirk Braam le sentó mal mi comentario.

—Esa chica ahora está segura —sonó cortante—, eso era lo único que me importaba.

—A mí también, sólo que debíamos de haberlo hecho de otra manera.

—¿Ah, sí? Bueno, pero así también ha salido bien.

Como no respondí, me examinó en silencio.

—Eres un bicho raro. Has terminado el trabajo, pero no parece que estés muy alegre, y eso que no eres nada barato. ¿Nunca te das una fiesta?

Era una conversación que no conducía a nada.

En ese momento entraron en el salón Annemarie Braam y Katka Adamec. Vi en sus rostros que algo no iba bien. La señora de la casa contó que el médico ya se había ido después de haberle suministrado un somnífero; estaba bastante desquiciada y el descanso era lo que mejor le venía ahora. Sin embargo, había otra cosa: el médico había confirmado que la habían maltratado gravemente e insistía en presentar una denuncia. Annemarie Braam nos comunicó de manera muy categórica que ella misma iría en persona a presentarla mañana.

Cuando dije que probablemente no fuera tan sencillo, me respondió con un desafiante: «¿No?» y me cogió resuelta de la mano, pidiéndome a mí y a los demás que la siguiéramos. Me precedió hasta la habitación de invitados y, cuando comprendí cuáles eran sus intenciones, puse reparos, pero entró en la habitación ignorándolos y encendiendo la lámpara de la mesilla de noche.

Nadine Husak yacía boca abajo en la cama y se encontraba sumida en un profundo sueño. Se le había caído la manta y se le había subido el corto camisón que le había prestado la hija de la casa. En la parte inferior de la espalda, nalgas y parte posterior de los muslos, sólo interrumpida por un tanga blanco, había una sombra oscura de cardenales y hematomas. Por un breve instante me sentí como un *voyeur*, pero esta sensación dejó de inmediato paso a la ira cuando me di cuenta de la fuerza y, sobre todo, de la intención con que la habían golpeado. La habían maltratado de tal manera que un cliente que estuviera examinándola por delante no vería nada, ni tampoco cuando estuviera tumbada de espaldas. Mientras Annemarie Braam

respondía a media voz a las observaciones conmocionadas e indignadas de Charlotte, y su esposo maldecía con los puños apretados, yo me dirigí a la cama y me arrodillé junto a ella.

Emanaba un olor fresco, le habían quitado el maquillaje de la cara y los rizos sueltos del pelo recién lavado le rodeaban el rostro. Con la respiración tranquila y prolongada parecía estar muy lejos, pero no lo suficiente como para poder olvidarlo todo. Tenía los ojos cerrados, pero alrededor de la boca se dibujaba nítido un mohín de tan profunda tristeza que era como si en el sueño me ofreciera el espectáculo del interior de su alma. Pasaría todavía mucho tiempo antes de que esta niña pudiera volver a dormir en paz, si es que algún día lo conseguía. En la foto que había llevado conmigo todos esos días todavía sonreía alegre y despreocupada. Había pedido una foto reciente y, ahora que la veía así, me daba cuenta de que esa fotografía no podía haberse quedado más obsoleta. Quizá un psicólogo o un psiquiatra pudieran hacer algo con su miedo, pero la confianza que se desprendía de esa alegría e inocencia había muerto para siempre, ya no podría recuperarla ningún mago, esa puerta se había cerrado de manera definitiva con un fuerte portazo. ¿Qué clase de mundo era este en el que se le podía hacer algo así a una chica de dieciocho años?

Con un nudo en la garganta, le acaricié suavemente la mejilla. Me puse en pie y pasé sin decir nada por delante de los demás, que estaban aún en el vano de la puerta. Charlotte se quedó mirándome, indagadora, y preguntó: «¿Estás bien?». Me encogí de hombros y seguí por el pasillo. No me di la vuelta hasta que hube recuperado el control: «Vámonos».

En el viaje de regreso a Ámsterdam me llamó un encolerizado Rik Kronenberg.

—¿Dónde está? ¿Qué cojones te crees que has hecho?

—¿Y dónde coño estabas tú? —respondí a su ladrido. Con el rabillo del ojo vi la sorpresa en la cara de Charlotte—. Intenté reducir los daños en la medida de lo posible. Dirk Braam me llamó a primera hora de la tarde comunicándome que iba a ir por ella. Entonces intenté llamarte, pero no quisieron darme tu número y, por lo visto, tampoco ellos pudieron localizarte. ¿Cómo coño es posible, tío? Creía que trabajabas en la policía.

Ignoró mi reproche:

—Es absurdo pensar que puedes sacar a una de esas chicas de un escaparate sin más y que nadie va a reaccionar. ¿Cómo puede alguien llegar a ser tan ingenuo?

—Eso no me lo digas a mí, díselo a Dirk Braam. Había llegado a un acuerdo contigo y tenía pensado mantenerlo.

—¿Sabes con quién os habéis estado pegando? El primero, el antillano, sólo es un mandado, pero el otro es Otik Perun, uno de los peces gordos. Es peligrosísimo. Puedes darle gracias a Dios de haber salido ileso de allí.

Ya estaba harto de todos esos reproches por cosas de las que yo no tenía ninguna culpa:

—¿Sabes lo que puedes hacer? Voy a darte ahora mismo el número de teléfono de

Dirk Braam, así podrás despotricar contra él. Nadine Husak también está alojada allí ahora, de manera que puedes concertar una cita cuando quieras.

Le di el número de teléfono y corté la comunicación.

Ya era tarde y apenas había tráfico en la carretera. Charlotte intentaba en vano comenzar una conversación, pero ella también estaba demasiado turbada como para seguir insistiendo. Yo miraba mi propia cara en la ventanilla y me sentía viejo.

—Es terrible lo que le ha pasado, pero, lo mires por donde lo mires, ahora está fuera de las garras de esa gente —volvió a empezar al cabo de un tiempo.

—No logro quitarme de la cabeza la imagen de su miedo cuando vio a ese hombre; era un miedo absoluto, un sometimiento absoluto. No había visto nunca nada igual.

—Ya ha pasado, Jager. Quizá tardará en librarse de ese miedo, pero ahora podrá empezar una nueva vida. Sólo tiene dieciocho años y personas que quieren ayudarla, algo nada despreciable.

—La policía me dejó bien claro que lo importante es que declare haber sido víctima de trata de blancas. Sólo de esa manera puede hacerse algo contra los hombres que la prostituyeron y maltrataron. Con el miedo que vi en sus ojos, me pregunto si se atreverá.

—Ese no es tu problema, ¿no? Tendrán que buscar otra manera. ¡Para eso tenemos a la policía!

Su indignación no nos servía de nada, como tampoco la denuncia que Annemarie Braam había esgrimido. A lo sumo generaría un poco de desahogo y alivio.

—¿No puedes alegrarte sin más de que esa niña esté ahora segura? Hay que agradeceréte a ti sobre todo.

—Ojalá fuera tan sencillo. Si la policía no pilla a esa gentuza, irán por ella. Eso es lo que me preocupa, cuánto esfuerzo invertirán en encontrarla.

—Jager, lo primero es que habrá que ver si lo hacen. Si no tienen noticias tuyas, si ella tiene demasiado miedo para testificar, no les resultará ninguna amenaza. Quizá la busquen un poco, pero si no consiguen nada y tampoco pasa nada, ¿por qué tendrían que preocuparse? Y lo segundo es que cómo van a localizarla. De momento, está en una mansión en Bosch y Duin. ¿Cómo demonios iban a encontrarla?

Me volví de golpe hacia ella, a punto de espetarle las razones de mi preocupación, pero logré controlarme y dije:

—Yo la he encontrado en un par de días y, créeme, no fue difícil.

Debí de haber removido algo que ella también debió de haber sentido de manera inconsciente, porque reaccionó molesta. Golpeó con ambas manos el volante y gritó enfadada:

—¡No me hables como si fuera una tía ingenua cualquiera! Tampoco a mí me hace ninguna ilusión, pero ¿no podemos ser un poco más optimistas? ¿Pensar algo así como que hay luz al final del túnel? Joder, venga, ¿no puede estar el vaso medio lleno en lugar de medio vacío? ¿Por qué siempre eres tan negativo? ¡Realmente sí que

tienes un problema, oye! Cuando estemos en Ámsterdam, pararé en el primer café que encuentre y pediré dos copas. Y luego otras dos y otras dos, hasta que te oiga decir algo positivo. Y sólo entonces podrás irte a casa.

XII

Charlotte me mantuvo informado de un asunto en el que ya no estaba implicado de manera directa. A Nadine Husak la interrogó varias veces durante horas, en casa de la familia Braam y en presencia de Rik Kronenberg, un agente especialmente instruido de la Brigada de Menores y Delitos Sexuales que, teniendo en cuenta su miedo, intentaba averiguar con cautela lo que le había pasado desde el momento en que la abordó un hombre en Bratislava prometiéndole un futuro de ensueño. La búsqueda de hechos iba despacio, paso a paso. Por lo demás, todo el mundo se esforzaba por que se encontrara lo más a gusto posible.

Parecía encontrarse mejor y, tras mucho insistir por parte de la tía, al final del segundo día llamó a sus padres por teléfono. La alegría inicial duró muy poco, porque tras un par de frases, Katka Adamec hubo de quitarle el teléfono a su sobrina, ya que se quedó como paralizada y con la mirada perdida. Las personas que la buscaban se habían pasado por casa de sus padres y habían amenazado con matarlos a ellos y a sus dos hermanos si ella no regresaba pronto.

Esta vez Annemarie Braam también quedó impresionada. Llamó a Rik Kronenberg de inmediato, insistió en ponerse en contacto con la policía eslovaca y junto con su asistente hizo todo lo posible por tranquilizar a Nadine.

En vano, porque esa misma noche desapareció.

A Rik Kronenberg no le cabía ninguna duda de que había regresado con los hombres que la consideraban de su propiedad. La policía haría todo lo posible por encontrarla, pero ahora que el caso estaba en manos de la JZP, él también había pasado a ser ya un mero espectador. Consideré durante un instante ofrecerle a Katka Adamec mis servicios para buscar de nuevo a su sobrina, pero yo no tenía mucho que añadir al dispositivo que se había puesto ahora en marcha.

Un par de días después de la desaparición de Nadine me encontraba cenando tarde en uno de los chiringuitos surinameses que hay en la Ferdinand Bolstraat. Si bien ya estábamos en el mes de mayo, no habíamos tenido un bonito día primaveral. De la capa gris de nubes que había sobrevolado durante todo el día la ciudad, empezó a caer una llovizna a primera hora de la noche. Entre tanto, la llovizna se había convertido ya en una fuerte lluvia justo cuando me encontraba de nuevo en la calle para irme a casa. Por un momento, decidí esperar a que se pasara el aguacero, pero como vivía cerca empecé a correr en dirección al hogar, pegado a la fachada de los edificios y esprintando de un voladizo a otro de las diferentes tiendas.

Cuando llegué a la puerta de casa, mientras estaba buscando deprisa las llaves, alguien me abordó.

—*Hallo* —sonó en alemán.

De un momento a otro se me tensaron todos los músculos del cuerpo y, acuciado por el susto, empecé a producir adrenalina a lo loco. Me volví despacio, preparado para cualquier cosa.

Ante mí, a cierta distancia y fuera de mi alcance, había tres hombres. Al más grande del grupo lo reconocí enseguida como Otik Perun, el hombre con quien había tenido la enganchada tres días antes. Al más pequeño también lo reconocí, era el otro hombre de la fotografía, el hombre al que Ortac le había pasado el brazo sobre el hombro. El tercero, también un europeo del Este y con un porte casi tan robusto como el de Otik Perun, era un desconocido. Me cerraban el paso formando un semicírculo, el pequeño en el medio, con rostros duros e inexpresivos y ojos que no se apartaban de mí en ningún momento. La lluvia, que caía cada vez con mayor intensidad, no parecía molestarlos en absoluto. Yo estaba arrinconado, se encontraban fuera de mi alcance, me hallaba solo y precisamente ahora no pasaba nadie por la calle.

El más pequeño miró a Otik Perun, que asintió con la cabeza, y luego se dirigió a mí: «Ven con nosotros», ordenó. Hizo una señal al hombre que se encontraba a su derecha y que, inmóvil, había estado esperando con las manos entrelazadas ante la entrepierna, para que alzara en silencio la mano izquierda y yo pudiera ver la pistola que llevaba en su otra mano.

—Ven sin hacer tonterías, tenemos que hablar —continuó el hombre del medio—, nadie quiere problemas.

Hablaba en voz baja y con tono sosegado, seguro que con la intención de tranquilizarme, pero producía el efecto contrario. No había nada que discutir, estos hombres ya habían recuperado a Nadine Husak. Ella sabía mi nombre y así era como me habían encontrado, ya que estaba incluso en las Páginas Amarillas. Habían venido a ajustar cuentas a su manera. Intenté evaluar la situación. Por el aspecto que tenían y por lo que le había oído a Rik Kronenberg, no podía contar con mucha clemencia de su parte. Sólo había una cosa que importaba: la elección del momento adecuado para emprender algo.

Me enviaron por delante. Recorrimos un tramo del mal iluminado y solitario Ruysdaelkade, en dirección al Stadhouderskade. No se produjo ningún intercambio de palabras, lo que aumentaba mis sospechas de que me estaban llevando como a un cordero al matadero. A mi izquierda vi el Zuiderbad, la piscina cubierta donde con tanta frecuencia me hacía mis largos. Ahora parecía como si hubiera pasado mucho tiempo. A la luz de los focos que iluminaban la fachada del Rijksmuseum podía verse bien la intensidad con que caía la lluvia. Poco antes de que llegáramos al Stadhouderskade me conminaron a detenerme junto a un coche aparcado en doble fila delante de los coches que había con el morro dirigido al canal.

Subir, con destino desconocido y empotrado entre esos dos armarios, era lo último que quería. Así pues, este era el lugar donde deberíamos reñir la batalla y esa idea era la única ventaja que tenía sobre ellos.

Se abrió la puerta de atrás, mientras a mi derecha e izquierda seguían estando esos dos, todavía demasiado apartados como para cargar contra ellos. De repente, oímos a lo lejos el sonido de sirenas. Los hombres se quedaron inmobilizados por un breve instante y ese momento fue el que aproveché para tirarme de cabeza por la parte

trasera del coche. Quería llegar al canal, zambullirme en el agua, fuera de su alcance. Caí sobre el costado y, cuando me incorporé con dificultad, me di cuenta de lo absurda que había sido mi maniobra. El hombre que había tenido todo el tiempo la pistola en la mano me apuntó sin más con la intención de dispararme como a un perro, con absoluta indiferencia. En ese mismo instante, Otik Perun le bajó el brazo gritándole con furia. Intenté esconderme entre los coches aparcados hasta llegar al canal, del que me separaban menos de dos metros, pero el pequeño del grupo me puso la zancadilla. Hice ademán de levantarme, pero Otik Perun ya estaba junto a mí. Con absoluta inexpresividad, me pegó de lleno un patadón en las costillas. Grité del dolor y volví a intentarlo, todavía en pos del agua.

Entonces me alcanzó también de pleno en la cabeza.

XIII

Me desperté con una desagradable sensación de desaliento provocada por un sueño que hacía ya mucho tiempo que había dejado de mortificarme.

Tendría más o menos unos diez años cuando mi padre me llevó a la conferencia de un famoso monje tibetano que se encontraba de visita en los Países Bajos. Este profesor budista se hallaba en el estrado, sentado sobre un cojín y en la posición de loto, observando con mirada amable el abigarrado grupo a sus pies. Hombres y mujeres neerlandeses ataviados con coloridas túnicas, con sandalias, con collares de grandes cuentas de madera, algunos incluso con la cabeza afeitada, en medio de personas con ropa normal. Gente sentada en la posición de loto o en sillas corrientes, desde los entusiastas que se saludaban efusivamente y con un afecto exagerado, hasta los muy interesados que se entregaban al recogimiento en actitud distante; desde los sumamente jóvenes, hasta los ancianos de más avanzada edad. Mi padre nos había encontrado un lugar en la parte delantera y yo miraba curioso al hombre del estrado que, según mi padre, poseía tanta sabiduría. Este hombre risueño y corpulento me transmitía sobre todo bondad y, desde detrás de una montura de gafas anticuada, sus grandes ojos miraban la sala. Hablaba en voz baja —a veces parecía como si estuviera hablando consigo mismo—, gastaba bromas, se detenía de vez en cuando para beber un trago de agua y pasaba por sus dedos una y otra vez las cuentas de un collar.

Habló sobre el «Presente». Yo ya sabía un poco de inglés y me esforcé en escucharle, también para complacer a mi padre, pero no comprendía la mayor parte de las cosas que decía. Hasta que ese sabio budista pidió a alguien del público que le indicara con las manos cuál era el tamaño del pasado, el presente y el futuro. El primer turno fue para una anciana. Separó mucho los brazos para indicar el pasado, con el presente y el futuro las palmas de sus manos ya casi se tocaban, apenas había espacio entre las dos. El profesor se retorció de gusto y señaló a continuación a un joven. El muchacho se puso en pie y, para indicar su pasado, separó un poco sus manos, para el presente algo menos y, para indicar el futuro, el chico separó los brazos todo lo que pudo. Entre tanto, se había producido cierta agitación y el hombre del estrado aguardó paciente, sin gesticular, hasta que se hizo el silencio. Durante todo ese tiempo sus manos descansaban sobre el regazo, pero ahora las levantaba al cielo, por encima de su cabeza y claramente visibles para todo el mundo. Se podía haber oído una aguja cayendo al suelo. Dio un suave golpecito con las palmas: «Pasado», dijo. Bajó los brazos, esperó un rato y volvió a levantarlos al cielo. Las manos chocaron, con la misma palmada suave, y dijo: «Futuro». Volvió a dejar caer los brazos y cuando subieron de nuevo por tercera vez, mantuvo separadas las manos lo máximo que pudo. «Presente», dijo con una sonrisa desarmante. Hubo risas y aprobatorios asentimientos con la cabeza. Él aguardó hasta que volvió el silencio, y era todo atención y seriedad cuando preguntó: «*Some of you may know, but do you*

truly understand?».

No lo preguntó con arrogancia o sugiriendo que él, el maestro, sabía más que el discípulo. Era estimulante y tan intenso y personal que miré automáticamente hacia mi padre, que estaba a mi lado. Cuando me contaba algo sobre el budismo, lo hacía siempre con entusiasmo y enardecimiento, pero ahora veía cómo esas palabras le apenaban. La vulnerabilidad que percibí en ese momento en mi padre me hizo un nudo en la garganta y sentí antipatía por el hombre del estrado. Guardé silencio de camino a casa y respondí secamente con un «nada» cuando mi padre me preguntó qué pasaba.

Al abrir los ojos vi que en la cama de al lado yacía un hombre mayor. Me asusté al principio, pensando que era mi padre. Tenía los brazos estirados, pegados al cuerpo, y sólo la cabeza sobresalía por encima de la manta bien doblada. Su cráneo sin pelo se perfilaba nítidamente bajo la piel deslucida y apagada, y tenía el rostro tan consumido que me quedé mirándole fascinado y preguntándome si no estaría muerto. Sólo cuando vi subir y bajar la manta sobre el pecho, de manera apenas perceptible, comprendí que aún estaba vivo. Me liberé de esa visión y entonces me di cuenta de que debía de estar en un hospital. Intenté mirar a mi alrededor y, al no conseguir mover la cabeza, el miedo se apoderó de mí. Alcé un brazo, pero de inmediato tuve que volver a dejarlo caer cuando una intensa punzada de dolor me recorrió todo el cuerpo.

Ese movimiento llamó la atención de una enfermera que se encontraba fuera de mi campo visual, porque al cabo de una fracción de segundo estaba junto a mi cama. «¿Está bien?», preguntó mientras me miraba indagadora. Tenía la garganta completamente seca y respondí con un «no» ronco y nasal, tomando conciencia de que me habían metido algo en los orificios nasales que me imposibilitaba respirar. En vano volví a intentar mover la cabeza y el dolor volvió a recorrerme el cuerpo.

—Debe moverse lo menos posible. Regresaré enseguida —dijo saliendo disparada.

Al cabo de un par de minutos estaba de vuelta acompañada por dos doctores, a petición de los cuales corrió la cortina alrededor de mi cama. El mayor de los dos me preguntó sin preámbulos si podía oírle. Cuando respondí de manera afirmativa, todavía ronco, pidió a la enfermera que fuera por un vaso de agua. Sólo entonces se presentó él y me presentó a su colega. Me comunicaron brevemente que había pasado cuatro días inconsciente, que me habían operado varias veces y que mi estado, entre tanto, se había estabilizado. Esto último fue recalcado, sin duda para tranquilizarme. Yo escuchaba concentrado la voz imperturbable, pero la lista de mis lesiones era tan larga que me resultaba difícil retenerlas en la memoria. Había perdido líquido del cerebro, habían tenido que volver a colocar en su lugar la nariz rota, los labios desgarrados, suturarme las cejas y la oreja derecha, llevaba un corsé de escayola en el cuello porque me habían dañado unas cuantas vértebras, el hombro derecho lo tenía roto y fracturas múltiples y complicadas en el brazo y en el muslo derechos.

Para concluir, volvió a recalcar que mi estado, entre tanto, era estable y, como si pudiera leer preocupación en mis ojos: «De momento no hemos constatado ningún síntoma de parálisis. Tan pronto como nos sea posible, seguiremos haciéndole pruebas para obtener respuestas definitivas».

Dudó un momento y dijo:

—Los malos tratos que ha sufrido son graves en extremo. Alguien le ha estado pateando repetidas veces con todas sus fuerzas. En su estado, tal vez pueda sonar extraño lo que voy a decirle, pero creo que debería dar gracias por no haber quedado tetrapléjico.

—O porque no le hayan matado a patadas —dijo la enfermera con cierto matiz de repugnancia en la voz.

El médico meneó la cabeza y me miró por primera vez de una manera de la que se desprendía un interés distinto del puramente médico:

—La naturaleza de sus heridas es tal que sospechamos que el autor no quería matarle. Más bien parece que le han querido mutilar deliberadamente. No sé quién llevará esto sobre su conciencia, pero tan pronto como su condición física lo permita, la policía quiere hablar con usted.

Antes de que me dejaran solo, la enfermera se ofreció a llamar a mi esposa. Yo estaba aturdido por todo lo que acababa de oír. ¿Qué estaba pasando? ¡Mi esposa Eileen llevaba años muerta! La enfermera vio mi turbación y respondió asustada que creía que la mujer que había estado todo ese tiempo junto a mi cama era mi esposa. Cuando comprendí que probablemente se trataría de Charlotte, sonreí crispado:

—Más tarde.

Durante las horas que siguieron me llevaron de especialista a especialista. Iba con la mirada clavada en el techo mientras aguardaba tumbado en pasillos y salas de espera e intentaba ordenar mis pensamientos. Debía obtener lo antes posible una imagen de cómo me encontraba, lo perjudicado que estaba, el tiempo que debía permanecer aquí. Tenía que concentrarme en esa información. Aunque hablaba con dificultad, hice un esfuerzo extremo para informarme a través de los doctores que me hacían las pruebas.

Cuando regresé a mi habitación al cabo de unas cuantas horas, vi que cuatro de las seis camas estaban ocupadas. Volvieron a dejarme junto al anciano que seguía tendido inmóvil y en la misma posición. Al otro lado, y dándome la espalda, había un hombre gordo que estaba tumbado de costado mientras veía una película en un DVD portátil. Aunque debió de haberme oído llegar, no se molestó en volverse.

Me encontraba extenuado y cerré los ojos. Comprendí que tendría que quedarme aquí de momento y aún podrían pasar semanas antes de que pudiera irme a casa. Fui repasando con la mente mis lesiones, una a una. En la cabeza se me había acumulado líquido, pero por suerte ya lo había expulsado y, si bien la presión me había dañado una zona, no era un daño permanente. La cara volvería a arreglarse, la fractura del hombro era simple y cicatrizaría rápida y completamente, sobre las cervicales

perjudicadas no podía decirse nada todavía, tal vez más tarde sería necesaria una operación. Las fracturas óseas en el brazo derecho y el muslo tardarían semanas, si no meses en recuperarse, y era imposible saber si alguna vez volverían a funcionar como antes. Quizá tuviera que pasar el resto de mis días con la pierna rígida o incluso algo de cojera. Obtenía a diario mi cóctel de medicinas, entre las que había antiinflamatorios y un calmante que me administraban a través del suero.

El primero que apareció junto a mi cama fue Jaap. Desde la última visita con Luz Daalhoff no había vuelto a verle. Parecía más animado y me pregunté si se debería a que se había reconciliado con su novia.

Acercó una silla, se sentó a mi lado y me puso una mano sobre el brazo sano:

—Dije que me llamaran tan pronto como hubiera noticias. Felicidades, Jager. Me alegro de que estés de nuevo aquí.

Asentí y articulé despacio que todavía no se me daba bien hablar. Me interrumpió y dijo que, entre tanto, se había estado informando sobre lo que había ocurrido y que también sabía en qué asunto andaba metido.

—¿Quién te dio la paliza fue la gentuza que prostituía a esa chica? —preguntó.

Volví a asentir con una inclinación de cabeza.

—Eso es lo que sospechan mis colegas, pero ya se encargarán ellos de preguntártelo dentro de poco. Ese Rik Kronenberg se ha pasado por aquí ya varias veces.

Después de haberme examinado un poco, oí por segunda vez ese mismo día:

—Puedes estar agradecido, Jager. Todo habría podido terminar mucho peor. Un automovilista que iba por el Hobbemakade vio cómo te estaban moliendo a palos. Se detuvo y les gritó con el móvil en la oreja, desde la otra orilla del canal, que estaba llamando a la policía; después, volvió al coche y empezó a dar bocinazos sin parar, lo que les llevó a poner pies en polvorosa.

Procuraba reprimir al máximo la idea de que todo habría podido terminar mucho peor.

—Por lo visto, llevo aquí ya cuatro días, Jaap —dije pronunciando con dificultad—. ¿Han encontrado a la chica?

Meneó la cabeza:

—No, pero la están buscando. Ya te lo contará dentro de poco el mismo Kronenberg. Ahora tú no puedes hacer nada, así que intenta salir de aquí lo antes posible.

Se puso en pie y añadió:

—No puedo quedarme mucho tiempo, pero me alegro de haber venido: ver para creer. Seguro que te recuperarás del todo. Si puedo, volveré mañana. ¿Quieres que te traiga algo?

Con la mano sana le apreté el brazo y dije:

—Me tienen que trasladar a otra habitación. —Me miró sin entender bien lo que decía y me esforcé al máximo para ir emitiendo palabra tras palabra—: Tengo un

seguro particular, para una habitación individual. Necesito estar solo, ahora, hoy mismo.

Dudó por un momento y le apretó con más fuerza el brazo.

—Muy bien, lo intentaré —respondió—. Vuelvo enseguida. ¿Tienes alguna preferencia sobre el lugar? —preguntó burlándose un poco.

—Tan alto como sea posible —repliqué.

—Tan alto como sea posible —repitió mis palabras mientras me miraba indagador. Tras un breve silencio, levantó un pulgar y le apareció una risilla en el rostro—: ¿Por qué no? Iré a preguntarlo por ti, Jager.

Se detuvo un momento en el vano de la puerta ante una enfermera que entraba en la habitación. Parecía como si fuera a decirle algo, pero luego meneó la cabeza y siguió su camino. Ella lo miró sorprendida.

Acababa de marcharse Jaap cuando entró Charlotte. Al contrario que a él, a ella no la habían avisado del hospital y se emocionó mucho al comprobar que había recobrado el conocimiento. Por primera vez veía cómo le faltaban las palabras. Con las manos sobre la cara, emitía profundos sollozos sin ningún recato. Cuando volvió a recuperar más o menos la compostura, apretó los puños y dijo con una voz llena de frustración reprimida:

—Dios mío, qué preocupada me tenías.

—Está bien, todo se arreglará —respondí calmándola.

Se sentó a mi lado, me cogió la mano, la dobló cerrándola y la rodeó entre las suyas. Se había puesto un perfume fresco de olor agradable, pero parecía cansada y vulnerable. Me apretó la mano con fuerza y, mientras miraba el exceso de anillos en sus dedos, me dispuse a esperar incómodo lo que estaba por venir. Suspiró hondo y dijo:

—Creía que ibas a quedarte en coma, que quizá te convertirías para siempre en una especie de planta de invernadero. Por mi cabeza bullían ya ideas sobre eutanasia, algo terrible. Y todo por mi culpa, te metiste en este asunto por mí.

—¡No, mujer!

Me sentía demasiado mal como para empezar a hablar del tema y explicarle que yo era el responsable de lo que hacía o dejaba de hacer. Cada palabra era una palabra de más; tenía todavía la nariz taponada y cada vez que respiraba sufría un intenso dolor en la garganta, que tenía en carne viva.

Justo cuando quería decir que me resultaba difícil hablar, Jaap entró en la habitación. Se quedó parado por un momento para observar el espectáculo y, a continuación, vino en nuestra dirección. Cuando se disponía a presentarse, Charlotte se levantó y se estrecharon la mano mientras ella le decía con espontaneidad que había oído hablar mucho de él. Cuando Jaap preguntó a su vez cómo nos habíamos conocido, Charlotte me miró sorprendida y se produjo un silencio incómodo. Antes de que me dieran la oportunidad de decir algo, Jaap tomó la palabra. Me miró negando con la cabeza y dijo con una voz que chorreaba cinismo:

—Creía que no había secretos entre nosotros. —Tal como estaba allí tumbado, difícilmente podía defenderme, lo que aproveché agradecido—: Vale, está bien, en cualquier caso ya veo que preferís estar solos —y tendió la mano a Charlotte mostrándole su más simpática sonrisa—: Hasta la vista, espero que volvamos a vernos en circunstancias normales. —Para mí tenía aún una breve información—: Acabo de conseguirte una habitación individual, aunque no podrás mudarte hasta mañana, pero sí que está en la planta superior. No te imaginas la mirada que me lanzaron cuando se lo pedí, pero sí que puedo decirte una cosa: estás en deuda conmigo para la eternidad.

Charlotte pudo quedarse un poco más y luego la echaron. Extenuado, me quedé dormido casi de inmediato. Cuando desperté, vi que fuera ya se había hecho de noche. Había jaleo, les estaban sirviendo la cena a unos cuantos pacientes de mi habitación, me cambiaron el suero y con una paja me dieron de beber poco a poco y con cuidado. Después, volví a quedarme dormido para despertarme en mitad de la noche. Todos dormían y la habitación estaba en silencio, envuelta en oscuridad, sólo entraba una débil franja de luz desde el pasillo a través de la puerta, que estaba entornada. Oí primero el leve ronquido del hombre gordo a mi lado. Sólo cuando volví la cabeza en la otra dirección con mucha cautela, centímetro a centímetro, y escuché con la máxima concentración de que era capaz, oí la respiración tranquila del anciano. Yacía en la misma postura que cuando le vi por primera vez.

Estuve un rato escuchando, y entonces dejó de respirar sin aviso alguno y de manera sosegada, se había terminado en un instante. Me invadió la sensación irracional de que esperó para morir a que hubiera alguien que fuera testigo de su muerte. Por lo que yo sabía, no había recobrado la conciencia desde el momento en que le vi por primera vez hasta que exhaló el último aliento. Sin embargo, entonces aún estaba vivo. ¿Habría soñado o sentido algo durante esas últimas horas antes del final definitivo, antes de que se le acabara la vida? Mientras me mantenía inmóvil en la cama junto a él, observé a través de la ventana que había a sus espaldas cómo en la oscura noche aparecía un avión iluminado que iniciaba despacio su descenso hacia el aeropuerto de Schiphol. Un avión con pasajeros que se preparaban para el aterrizaje inminente, pasarían por la aduana en un instante, saludarían a sus familiares, irían juntos a casa y, al día siguiente, se despertarían. Bien es cierto que un poco cansados del viaje, pero listos para un nuevo día.

Para el hombre que estaba a mi lado ya se había acabado todo. Estuvo solo cuando llegó el momento, nadie le cogió la mano ni le susurró palabras inspiradoras de sosiego. Yo estaba tumbado con los ojos abiertos junto a él, hasta que tuve la sensación de que así estaba bien, que le había hecho suficiente compañía. Sólo entonces estiré el brazo hacia el cordón que pendía sobre mí y toqué el timbre.

XIV

Acostumbraba a ir al gimnasio y en los días grises y oscuros me sumía en la luz, el calor y el aroma a eucalipto de una sauna del barrio. Ahora lo único que podía hacer era estar tumbado de espaldas y mirar por la ventana. Hasta que las fracturas óseas no estuvieran recuperadas, y aún no se sabía cómo reaccionarían las cervicales, era demasiado pronto para la fisioterapia. Me quedaba mirando afuera durante horas, al cielo y lo que acontecía en él: la capa de nubes modificándose, el sol que de vez en cuando la atravesaba, la luz que se transformaba. Cuando cerraba los ojos, veía los cielos que habían sido pintados cientos de años atrás por los paisajistas de los siglos XVI y XVII, a los que tanto admiraba y cuya obra podía quedarme contemplando durante horas. Generaciones de personas habían nacido y habían muerto desde entonces, pero por encima de nosotros se elevaba todavía el mismo cielo, constantemente cambiante.

Entre tanto, ya tenía una habitación para mí solo, conocía a las enfermeras, sabía cuáles eran sus turnos y les insistía una y otra vez a los médicos en que quería empezar a trabajar en mi recuperación lo antes posible.

La familia Braam envió un enorme ramo de flores y una cesta de fruta. Charlotte me contó lo nerviosa que se encontraba su amiga desde que me dieron la paliza. Dirk Braam había estado ese día en el extranjero. Él parecía estar bastante tranquilo, pero su esposa se preguntaba todo el tiempo si intentarían emprenderla también con su marido.

Katka Adamec me llamó. Me dio las gracias y comprendía que la búsqueda de su sobrina ahora estaba en manos de la policía. No se me reprochaba nada, pero yo me sentía incómodo, como si hubiera fracasado.

Mis vecinos de abajo en el Pijp, un surinamés de apenas cincuenta años y su joven novia rubia, vinieron a visitarme. Él trajo una de sus sopas, criticando en voz alta la mala alimentación en los hospitales, y estuvo insistiendo hasta que una de las enfermeras tuvo a bien calentar la sopa. Su novia llegó con la noticia de que mi café habitual, y además el lugar donde recibía a mis clientes, probablemente iba a cerrar.

Charlotte venía al menos una vez al día y traía el pan, la fruta fresca, el zumo de frutas, el yogur, las nueces y los cereales que yo le encargaba. No se veía con malos ojos mi consumo cada vez menor de la comida que preparaban en el hospital. Yo permanecía imperturbable. Sólo tenía un objetivo: salir de allí lo antes posible.

La policía me interrogó varias veces. Por las fotos que me mostraron, llegué a reconocer también al tercer hombre, pero fui el único capaz de identificar a mis agresores, porque el hombre que me había salvado la vida gritándoles se encontraba demasiado lejos para distinguirlos. Además, los tres tenían una coartada confirmada por muchas personas, entre las que se encontraban unas cuantas de las chicas que tenían trabajando para ellos. Así pues, era su palabra contra la mía, de manera que la

policía no tenía un caso sólido. Reaccionaron con poca empatía ante mi furia: la investigación seguía en marcha y estaban buscando inconsistencias en esas coartadas.

No lo dijeron directamente, pero me daba la impresión de que a los dos hombres que me interrogaban no les gustaban mucho los detectives privados. A uno se le escapó el comentario de que mi seguro era mejor que el suyo. Si a ellos les pasaba algo, los llevaban sin más a una habitación compartida. En sus preguntas se percibía una velada insinuación de que en este asunto había obrado torpemente y con demasiada ligereza.

Pasaron tres días hasta que apareció Rik Kronenberg. Las bolsas bajo los ojos parecían aún más grandes y su mirada más sombría y gris.

—Vitaminas —dijo con una ligera sonrisa mientras mantenía en alto la cesta que me había traído. Sólo entonces vio la mesa junto a mi cama que estaba llena de toda clase de fruta—. Habría hecho mejor trayendo algo distinto.

—Llévatela —le dije—, de lo contrario se pudrirá y, ahora que te veo bien, creo que deberías aprovecharla, parece que te hace falta.

—Tienes mejor aspecto de lo que me habían contado y, a simple vista, no va a quedarte ninguna lesión permanente. Por fortuna.

Se dirigió a la ventana, observó las vistas brevemente y se volvió hacia mí. Se apoyó en el alféizar con los brazos cruzados y me examinó de nuevo. Tal como me encontraba allí tendido y apenas incapaz de realizar cualquier movimiento, sentí frustración y enfado por esas miradas descaradas.

—Dije por fortuna porque me siento responsable de lo que ha pasado. Te has visto involucrado en algo sin comprender bien lo que era. Antes de que pudiera contarte cómo funcionaba este mundo, se desmadró todo. En realidad, tendría que haber sido ese Braam quien estuviera aquí postrado, pero de todas formas tendrías que haberlo dejado.

—Tus colegas también daban a entender que había sido culpa mía. ¿Vienes a repetírmelo?

—No era esa mi intención —sonó huraño—. No he venido aquí a reprocharte nada, sino porque creo que tienes derecho a una explicación.

—¿Sobre qué?

—Sobre el asunto en el que te has visto envuelto.

Se apartó del alféizar, se dirigió a los pies de la cama y agarró el borde de hierro.

—Presta atención, te lo contaré sólo una vez. A dos de los tres hombres que te dieron la paliza ya los conocías. Son hermanos, el más bajo se llama Jirka Perun, es el que piensa y el de mayor atractivo; el grande es Otik Perun, la fuerza bruta que maltrata y viola a las chicas, el hombre con quien ya habías trabado conocimiento. Me atrevo a apostar que él fue quien quiso dejarte inválido a patadas. El tercer hombre es uno de sus compinches. Son de origen checo, pero tienen pasaporte alemán. Con él pueden ir y estar donde quieran, pero su base se encuentra en Colonia. Allí estuve los días pasados, por mi cuenta, sin resultado alguno. Desde esa ciudad

llegan en un pispás a los Países Bajos y Bélgica, que con Alemania incluida hacen un total de tres países. Compran chicas de África, Europa del Este, Asia, Latinoamérica, no importa de donde vengan. Son otras organizaciones las que reclutan a las chicas, pero mantienen una estrecha colaboración. Sus chicas trabajan en la prostitución tanto legal como ilegal, dependiendo de las circunstancias locales y de lo que sea más provechoso. En los Países Bajos compensa trabajar legalmente y arreglar todo el papeleo porque, una vez que están tras el escaparate, su productividad es alta.

—¿Productividad? ¿No es esa una palabra algo extraña en este contexto?

—Esa es la razón por la que me debes dejar que termine de hablar, para que comprendas mejor cómo funciona. ¿Quieres que sea más grosero? Para ellos lo que cuenta es que se follen a cada una de esas mujeres el máximo número de veces posible, ya que cada polvo significa dinero, bingo. ¿Puedo continuar ahora?

Rik Kronenberg era de mecha corta, no aguantaba ni una broma. Estaba apretando con tanta fuerza los barrotes de mi cama que los nudillos de las manos se le pusieron blancos.

—Son traficantes de personas que explotan a sus chicas al máximo. Llámalo esclavitud o como quieras, pero no tiene nada que ver con el antiguo proxenetismo, para la chica no queda nada. Tienen que entregar todo lo que ganan y les ponen como excusa que han pagado por ellas. La organización está montada de tal manera que ejercen un control absoluto durante veinticuatro horas al día. Ese antillano que recibí un golpecito de Braam es uno de los recaderos que se encargan de la vigilancia, no esperan nada más de él. Entre las propias chicas se habla de una determinada jerarquía. Algunas han conseguido un lugar en la organización. Ese Jirka es sobre todo quien tiene un don infalible para controlarlas, a veces mantiene una relación amorosa con ellas o las favorece de alguna otra manera.

La puerta del pasillo había estado abierta todo el rato y su potente voz debía de haber atraído la atención, porque apareció un enfermero que le dijo enfadado: «¿Qué está haciendo usted aquí? No es hora de visita y este paciente necesita descanso».

Autoritario y antipático, Rik Kronenberg le informó de que era de la policía y tenía permiso. Esa actitud le sentó muy mal al enfermero, que sólo desapareció después de haber examinado con todo detalle la identificación de Rik Kronenberg. Se marchó sin despedirse.

Cuando estuvimos de nuevo solos, continuó como si el incidente no se hubiera producido.

—Para que quede bien claro, no hago ningún juicio de valor sobre las chicas que controlan a otras, pues también son prostitutas y en su situación procuran sobrevivir lo mejor posible y conquistar un lugar donde les vaya un poco mejor. Precisamente esas chicas son las que nos resultan más inaprensibles, porque afirmarán que trabajan de manera voluntaria. En cualquier caso, nunca denunciarán; más aún, conozco casos en los que han testificado contra otras chicas para defender a sus jefes. Así es más o menos cómo funciona la organización propia. Luego hacen circular a las chicas para

evitar que establezcan vínculos con gente como yo, asistentes sociales o quien sea. En su entorno no debe haber nada que resulte familiar, nadie a quien se atrevan a acudir para pedir ayuda.

—Eso no era lo que me había dado a entender tu jefe. Según él, en ti sí confían.

De manera indirecta, también era un cumplido, pero cayó en saco roto.

Meneó la cabeza:

—Algunas no dicen nada, otras hablan conmigo pero sin esperar ninguna solución. Yo estoy aquí para que se desahoguen conmigo de vez en cuando.

—¿No estás trivializando ahora tu papel?

—Escucha primero lo que tengo que decirte, luego podrás responder tú mismo a esa pregunta. ¿En dónde me había quedado? Ah, sí, ese turco de Alkmaar con quien te viste relacionado. Esa es una de las personas con las que alojan temporalmente a sus chicas, pero las guardan también en otros países, en burdeles, barrios rojos, servicios de acompañantes. Por lo demás, sólo aparcan a una chica con un turco de esos si él puede demostrar que es capaz de proporcionarle suficiente trabajo. —Se dio unos golpecitos en la cabeza con el dedo y dijo—: Lo peor es lo que hacen con esas chicas para destrozarlas mentalmente.

A pesar de su tono de voz aleccionador, le dejé que continuara. Aunque no se esforzaba lo más mínimo en entablar amistad conmigo, observé en mi interior que este hombre sombrío y malhumorado comenzaba a ganarse mi simpatía.

—Empieza con la violación que lleva a cabo ese Otik. No es casualidad; su sola presencia tiene que infundirles miedo. Podrías llamarlo una suerte de ritual, un primer paso para destrozarlas psíquicamente. A continuación, las someten a amenazas sin cesar. Ese Otik es sospechoso de asesinato de al menos una chica en el Schipperskwartier, el barrio rojo de Amberes. El hecho de que la policía belga no lo haya podido demostrar nunca, Otik lo utiliza como arma contra las chicas: él asesina y ellos son incapaces de atraparlo. «¿Es cierto, Rik?», me pregunta alguna vez una de esas chicas. ¿Tendría que mentirles? Pues no. Junto a las amenazas, también las maltratan cuando no han ganado suficiente dinero. Y se les hace ver que no deben esperar nada de la policía, porque es corrupta y la tienen en el bote, algo que también les resulta a las muchachas muy verosímil, pues en los países de donde vienen saben muy bien que la policía es corrupta. Por último, les informan de que si piensan que pueden escapar, la emprenderán con sus familias. «Una llamada telefónica y liquidamos a tu familia.» No olvides que todo este trayecto empieza con el reclutamiento de las muchachas en los pueblos y ciudades de donde proceden. Eso las lleva finalmente, y con unas se produce más rápido que con otras, a convertirse en seres totalmente sometidos, sin esperanza de que pueda haber otra existencia. Lo que queda es la aceptación de que este es su destino, su vida.

Volvió a darse golpecitos en la cabeza:

—Eso es lo que hacen con esas muchachas, pero también es bueno tener una idea de lo que pasa por la cabeza de esos hermanos Perun. Una cosa puedo asegurarte: no

ven a esas chicas como seres humanos, por esa razón tampoco las compadecen. Ya estén enfermas o no, tienen que trabajar, y si llegan con poco dinero, les pegan para que la próxima vez les hagan más ojitos a los clientes mientras están en los escaparates. Cuando se quedan embarazadas, algo que ocurre con regularidad, las obligan a abortar. Si tienen los pechos demasiado pequeños, las llevan a una clínica belga para aumentárselos, para que sus cuerpos sean más atractivos. ¿Qué opinión puede merecerte alguien que actúa de manera tan sistemática y taimada con chicas de dieciocho años?

Era una pregunta de la que no esperaba respuesta. ¿Qué quería de mí ahora que me había contado cómo era realmente el mundo por el que deambulaba cada día?

—¿Entonces, fue eso lo que pasó con Nadine Husak? —le pregunté.

—Sí.

—Y ahora la han recuperado.

Meneó la cabeza:

—No, eso quiere decir que no me has escuchado bien. Ella se ha ido por su propio pie, hasta tal punto la han destrozado. Toda esa charla sobre su futuro no significaba nada a la hora de la verdad.

—¿Y ahora? Antes dijiste que habías ido a Colonia. A buscarla, supongo. ¿Qué crees que han hecho con ella?

Reaccionó sorprendido:

—¿Piensas que le han hecho algo?

—¿Te parece una idea tan extraña?

—Le habrán dado un par de tortas, ¿pero más? Me atrevería a apostar que ya ha vuelto a trabajar, a ganar dinero. Por lo demás, ya se ocuparán ellos de que no podamos encontrarla. En cualquier caso, yo no lo he logrado todavía.

—De todas formas, tú no eres el único que la está buscando.

—Sí, ¿y cuánto tiempo crees que podemos continuar así? Pero bueno, me voy.

Se acercó a mi lado y me dio la mano.

—No olvides tu cesta de fruta —le dije.

Dudó por un instante y respondió:

—¿Sabes qué es quizá lo más terrible? Que al final hemos conseguido empeorar la situación más de lo que ya estaba. Esa gentuza ha sacado ahora de ella mucho más provecho. Ha pasado a ser un ejemplo para el resto, pues ha regresado por voluntad propia.

XV

Desde el momento en que me permitieron levantarme de la cama, me puse a trabajar duro en mi recuperación. Entrenaba a diario bajo el seguimiento de un fisioterapeuta y me entregaba con fanatismo al programa asignado, buscando los límites de mis capacidades y aguantando el dolor cuando me extralimitaba. Un par de veces a la semana me metían en una bañera y hacía ejercicios con la pierna derecha. El cuello, el hombro y el brazo se recuperaban felizmente, pero la pierna seguía mal. No podía doblarme bien, a veces no sentía ni la parte inferior ni el pie y el dolor constante me mortificaba.

Nadine Husak nunca se alejaba mucho de mis pensamientos. Tras la explicación que Rik Kronenberg creyó que debía darme, no volví a tener noticias suyas, quizá sólo me considerara una persona que había pasado casualmente por su vida. Dirk Braam me pagó el resto de lo que me debía y tampoco volví a saber nada más de él.

Me reprochaba a mí mismo el haberme metido sin mayores preocupaciones en un mundo que no era el mío.

Así transcurrieron semanas enteras. Las horas que no dedicaba a la recuperación me las pasaba tumbado en la cama y muerto de aburrimiento. Me avisaban para realizar algún trabajo, pero debía decirles que estaría por lo menos un mes fuera de circulación. Una empresa de seguros con la que había trabajado varias veces me envió un ramo de flores de manera espontánea, deseando que mejorara pronto. Al pasarme tanto tiempo tumbado, mi forma física se resintió, se me quitó el apetito, me sentía desganado y cada vez hablaba menos con las visitas. El dolor sordo de la pierna y la incertidumbre de si algún día volvería a funcionar como antes me volvieron irascible. Dormía mal y por la mañana me despertaba cansado. Me encontraba dentro de un túnel y tenía la sensación de que la luz del final era más débil que intensa.

Una tarde entró Jaap en la habitación empujando una silla de ruedas que colocó al lado de la cama.

—Vamos a hacer una excursión, me han dado permiso para que vengas conmigo.

—Yo no te lo he dado —dije con poco entusiasmo.

—No tengas miedo. No voy a llevarte a dar una vuelta en coche y luego a tomar en algún sitio café y tarta de manzana. Te necesitamos, podrías empezar a reactivar de nuevo el cerebro. Además, es un experimento serio para terminar de una vez por todas con tu letargo antes de que sea demasiado tarde.

En el momento en que vi a Luz Daalhoff en la recepción, comprendí cuál era el asunto que requería mi ayuda. Seguía siendo tan atractiva como la recordaba de la única vez que había estado con ella. En aquella ocasión era Jaap quien tenía mal aspecto, pero ahora me tocaba a mí. Por suerte, ella no hizo ningún comentario al respecto, me estrechó la mano con decisión, me preguntó qué tal estaba y dijo que la alegraba que quisiera volver a ayudarla. Miré a Jaap con las cejas levantadas y este

me respondió con una gran mueca burlona. Luz Daalhoff se ruborizó cuando comprendió cómo habían sido las cosas en realidad, pero antes de que pudiera disculparse ya había respondido yo que todo estaba en regla.

Mientras esperábamos en la acera a que Jaap viniera con el coche, me di cuenta de que nos hallábamos en plena primavera. Llevaba semanas sin salir, mirando el cielo desde detrás del cristal. Ahora la luz del sol me acariciaba suavemente la cara y sentía la deliciosa temperatura. Sí, ¿por qué no?, pensé. Quizá el caso Mathias Dijkman fuera, en efecto, una ocasión para despejar la mente y volver a meterme en algo.

Jaap plegaba la silla de ruedas mientras yo me instalaba en la parte delantera del coche y Luz se sentaba detrás.

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando nos pusimos en marcha.

—A Overveen —dijo Luz Daalhoff.

Se había sentado detrás de Jaap, pero ahora se movió para colocarse justo entre nuestros dos asientos, inclinándose hacia delante.

—Se ha presentado una señora que dice haber conocido a Mathias Dijkman. Según ella, iba a su casa a comer de vez en cuando. Por lo visto, con bastante regularidad, porque al ver que no venía se puso en contacto con la policía. Ellos fueron quienes me llamaron.

—¿Ya has hablado con ella?

—Muy brevemente, para concertar esta cita. Es una anciana y estaba bastante afectada. La policía de Overveen ya le había contado cómo le habían encontrado, pero a mí me preguntó dónde le habían enterrado y quién estuvo presente. Me dio la impresión de que le entristeció bastante el enterarse de lo solitario que había sido el entierro. Por lo demás, hablar por teléfono no me pareció significativo.

—Siento curiosidad.

—Qué bien. También he estado trabajando en tu propuesta de ponerme a averiguar la procedencia de las pinturas. ¿Te sigue interesando?

—Sí, claro —respondí.

Cogió un sobre que tenía al lado en el asiento y dijo:

—Léelo, he empezado con buen pie, pero hay un montón de trabajo.

Apareció una importante pila de papeles.

—Parece más de lo que es —se disculpó—. Está en orden, así que puedes hojearlo para obtener una primera impresión.

Bajo la columna «Composición», en la que aparecía la descripción de las pinturas, tuve que saltar aún de palabra legible a palabra legible, pero con ayuda de un especialista ella había logrado descifrar casi la totalidad del texto manuscrito. En un par de casos dudosos las palabras que podrían ser aplicables estaban escritas cuidadosamente. Una vez completado este paso, había estudiado de los seis pintores todos los catálogos que pudo localizar, para averiguar así si la descripción en la lista de Mathias Dijkman coincidía con lo que se había documentado sobre las obras de

estos pintores. Por cada pintor había hecho un pequeño apartado con sus hallazgos. Con creciente admiración, constaté lo profundo y sistemático de su procedimiento.

En la parte superior estaba el lienzo de Rembrandt, descrito como «Estudio de un anciano con barba». El resultado de esta búsqueda fue decepcionante. Cuando leí el nombre de Eelco Posthuma y el informe de su conversación telefónica, me volví hacia ella. Eelco Posthuma era el subdirector del Rembrandt Research Project. Junto con su jefe, Ernst van de Wetering, eran los dos expertos en Rembrandt. Un dúo que ya desde la década de los años sesenta del siglo pasado se ocupaba exclusivamente del inventario de la obra de Rembrandt.

—¿Has hablado con él en persona?

—Sí, y me atendió con mucha amabilidad, pero, como puedes leer, no pudo decirme nada de esa descripción. Dice que es aplicable a muchas pinturas de Rembrandt. Sin información adicional, no puede ayudarme, y esa información yo no la tengo.

—Lo que más me sorprende es que hayas conseguido hablar con él: mis felicitaciones. Es una persona muy ocupada. A finales del año pasado salieron en las noticias, incluso en la televisión, porque se habían descubierto unas cuantas obras nuevas de Rembrandt. Pinturas que hasta entonces se habían atribuido a otros resultaron ser suyas. Las personas de ese proyecto tienen una profesión fascinante.

Jaap me miró de soslayo y dijo:

—Igual que la tuya.

—Lo mismo puede decirse de la vuestra, ¿no?

—Yo más bien me paso el día sentado ante el ordenador —respondió él— para registrar lo que he hecho y dar cuenta sobre ello. Si no está en el ordenador, entonces no existe y, por tanto, tampoco he trabajado. Eso es lo que estanca nuestro trabajo, el exceso de burocracia, que cuesta un montón de tiempo. —Se dirigió a su colega, que estaba sentada detrás—: En cualquier caso, esa es la ventaja de lo que estás haciendo ahora, Luz. No hace falta que le rindas cuentas a nadie. Si tuvieras que rendirlas, iría el doble de lento.

Luz no reaccionó, quizá fuera de otra opinión o el funcionamiento interno de la policía no le pareciera un tema para discutirlo allí y en ese momento.

Volví a sumergirme en el resto del material. En la lista había cuatro pinturas de Rubens y con ellas tuvimos más suerte. La descripción de los lienzos coincidía con dos cuadros que se encontraban en una colección privada en los Estados Unidos y con dos lienzos de la colección del museo Boijmans Van Beuningen. Constaté satisfecho que, en cualquier caso, allí había un punto de partida. De las otras trece pinturas de Hals, Lievens, Maes y Van Dijck la imagen era menos clara. Tres descripciones se apartaban de lo que aparecía en los catálogos, mientras que las otras dos eran tan generales que bien podrían haber guardado relación con más lienzos. De los ocho cuadros con los que sí había claras coincidencias, seis se encontraban en colecciones privadas de Alemania, Rusia y los Estados Unidos. Los dos restantes,

uno de Frans Hals, el otro de Jan Lievens, colgaban en el Statens Museum for Kunst de Copenhague.

No era un mal resultado, ya que había logrado averiguar dónde se encontraban doce pinturas. Cuatro en museos, instituciones de las que podía esperarse que estuvieran dispuestas a dar información sobre la *provenance* de sus cuadros. La mayoría de los coleccionistas particulares probablemente también lo estarían, pero no era necesario seguir esa pista ahora. Desde luego, no cuando podíamos arrancar en Rotterdam, que estaba tan cerca. Yo no era ningún experto en Rubens y, por tanto, tampoco en los dos lienzos: *El martirio de San Livinio* y *Las tres cruces*, pero el museo tendría sin duda más información.

Volví a guardar los papeles y le entregué el sobre.

—Muy buen trabajo y con un estupendo resultado.

—Gracias, pero no fue muy complicado, oye. Llevó su tiempo, eso sí.

—No hace falta que pongas siempre una acotación cuando alguien te hace un cumplido, Luz. Al César lo que es del César —intervino Jaap mientras me guiñaba el ojo.

—Todavía no hemos terminado, ¿vale? —repuso ella—. Ahora lo más lógico es empezar en el Boijmans Van Beuningen de Rotterdam, ¿no crees?

Asentí:

—Sí, totalmente de acuerdo, es lo que haría yo también. Y supongo que colaborarán cuando les pidas información.

—Quizá no haga falta —nos interrumpió Jaap—. Ya hemos llegado.

Entramos a una calle con grandes casas adosadas de la década de los años treinta a ambos lados, provistas todas de profundos jardines delanteros. Nos detuvimos ante una cuya visión de su fachada nos la sustraía un alto seto. Después de que Jaap desplegara la silla de ruedas y me sentara en ella, me empujó por un fabuloso jardín de vegetación lujuriente, lleno de plantas y flores, algunas ya en plena floración. El sendero que llevaba hasta la puerta principal era tan estrecho que la silla pasaba rozando hojas y ramas, y parecía sólo una cuestión de tiempo el que todo esto quedara totalmente cubierto por las plantas.

Luz Daalhoff llamó al timbre y, mientras estábamos esperando, se me pasó por la mente el espectáculo tan extraño que debíamos de ofrecer. Yo en la silla de ruedas, con la cara maltrecha, Luz Daalhoff con sus facciones indias y el desharrapado Jaap con la melenita y el rostro ligeramente asilvestrado.

Una anciana de complexión robusta y aspecto vigoroso nos abrió la puerta. Miró directamente a Jaap y a Luz, pero por lo visto no reparó en mí. Pasaron un par de segundos antes de que me diera cuenta de que a esta señora no le importaba en absoluto nuestro aspecto.

Era ciega.

XVI

Se presentó como Els Heerlien y, después de que Luz le hubiera dicho quiénes éramos, nos precedió hasta la parte de atrás de una enorme sala doble con techos altos y estucados. El espacio estaba decorado con mucho gusto, el suelo de parqué, los suaves colores pastel de las paredes, la mesa y las sillas de madera y el tresillo en color crema otorgaban a la habitación una cálida atmósfera. El cuarto delantero estaba bastante vacío y tenía todo el aspecto de una especie de sala de exposiciones. A excepción de un secreter con butaca, no había nada. Las paredes, por el contrario, se encontraban repletas desde la altura de los ojos hasta el alto techo. Los tres nos quedamos contemplando el espectáculo desde cierta distancia, un poco sorprendidos y curiosos, hasta que Jaap rompió el arrobamiento y dijo admirado:

—Qué fabulosa colección de máscaras.

—Muchas gracias. ¿Quieren examinarlas?

Todos respondimos afirmativamente y ella nos precedió de nuevo.

Las paredes estaban cubiertas con gran cantidad de máscaras primitivas de madera sin pintar que apenas parecían labradas, como si hubieran tallado los rasgos faciales con un par de rápidos golpes de escoplo. Desde las más pequeñas hasta las más grandes y con todo tipo de formas: redondas, alargadas, cuadradas, ovaladas. Busqué en vano algo que pareciera placer, pena, felicidad o miedo, pero no encontré emociones reconocibles en las decenas de rostros que me clavaban la mirada. Su aspecto inescrutable resultaba misterioso y siniestro al tiempo, como si estuviéramos siendo observados por algo de un mundo totalmente distinto, un mundo con el que no teníamos ninguna conexión.

Fui hasta el secreter en el que había fotos enmarcadas que explicaban la procedencia de esa colección. En medio de niños y adultos africanos con miradas sonrientes, serias y tímidas, Els Heerlien estaba retratada para la posteridad con su hábito blanco y una cofia en el pelo. Tenía un rostro franco y cálido, y no había ninguna fotografía en la que no estuviera sonriendo.

—¿Estuvo trabajando en África? —pregunté.

Giró el rostro en mi dirección y me miró con sus ojos ciegos y una sonrisa que seguía siendo contagiosa.

—Sí, en efecto, estuve trabajando durante más de treinta años en el Congo como Hermana Blanca.

Jaap estaba ahora también junto a mí y preguntó:

—¿Les llamaban Hermanas Blancas por sus vestiduras?

—Exacto. Oficialmente nos llamamos las Misioneras de Nuestra Señora de África, pero también se nos conoce como las Hermanas Blancas. Hoy en día suena quizá algo extraño, porque ahora la mayoría de nuestras hermanas vienen de la misma África. El tiempo en que los misioneros y las monjas eran blancos ya pasó, deben saberlo sin duda.

Al ver las fotos, comprendí que no había sido siempre ciega y había trabajado mucho tiempo en África. Dudé por un momento si sería adecuado preguntarle por la razón de su ceguera, pero su actitud vivaz y resuelta vencieron esa duda.

—Entiendo que se quedó ciega cuando ya era mayor, ¿no?

—Ah, sí, gracias a Dios, sí. Es consecuencia de una enfermedad que cogí allí, pero no hay ningún día que no piense con cariño y agradecimiento en la época que se me permitió pasar allí. África conquistó mi corazón y me considero privilegiada por haber podido significar algo para tantas personas.

Me impresionaron su jovialidad y la ausencia de autocompasión, amargura o arrepentimiento.

—¿No es una práctica habitual que las personas que han trabajado en el extranjero para la Iglesia, cuando llega el momento de su jubilación, se vayan a vivir a un monasterio para que las cuiden allí? —preguntó Luz.

—Sí, esa es la costumbre. Pero debe usted saber que, debido a que nuestras congregaciones y órdenes cada vez se ven más diezmadas, por desgracia ese entorno ya no es muy halagüeño. En efecto, es un paso insólito, pero opté por vivir aquí, ya que esta era la casa de mis padres. Y, por fortuna, dispongo de medios económicos suficientes para poder rodearme de los cuidados necesarios. Esperemos poder seguir disfrutándolo muchos años. Pero ¿me acompañan al jardín? Hace un tiempo tan bueno que propongo que vayamos a sentarnos a la terraza.

Salimos por las puertas abiertas al jardín, cuya vegetación parecía mucho más lujuriente que en la parte delantera. Els Heerlien nos invitó a tomar asiento junto a una oxidada mesa de hierro fundido en la que estaban esperándonos una jarra de cristal con limonada y cuatro vasos.

Habíamos quedado en el coche que Luz sería quien llevara la conversación y, tras habernos servido, tomó la palabra.

Ya en el momento en que mencionó el nombre de Mathias Dijkman, nos quedamos sorprendidos.

—Sí, ya me pareció oírsele cuando hablamos por teléfono. El apellido de Mathias no era Dijkman. Se llamaba Diekmann, con dos enes.

Se produjo un breve silencio en la mesa y nos miramos extrañados; si todo continuaba así, esto prometía convertirse en una tarde productiva.

Els Heerlien había abordado por primera vez en el supermercado Albert Heijn al hombre que ahora había pasado a llamarse Diekmann y al que ella, consecuentemente, llamaba por el nombre de pila. Después de haberle explicado que quería pagarle el periódico, pero que no lo necesitaba porque no podía leerlo, habían entablado una conversación. Ella estaba interesada en su historia, un hombre que había optado libremente por una existencia itinerante, y él en la de ella, cuando se enteró de que había pasado toda una vida al servicio de la Iglesia. Después de haber hablado con él unas cuantas veces, le invitó a comer a su casa.

Lo dijo como si fuera lo más natural del mundo, pero nosotros teníamos otra idea

al respecto. Jaap lo verbalizó de manera diplomática:

—¿Me permite decirle que una invitación así la considero bastante arriesgada?

—¡Bah, al contrario! ¿Quiere decir que debido a mi ceguera no tendría que haberle invitado? —descartó esa insinuación—. ¡Ah, usted no conoció a Mathias! En él no había ninguna maldad y, además, también era muy creyente. Le dije alguna vez que podría haber sido una persona muy útil en África. —Y añadió riendo—: Además, el clima allí es mucho más apropiado para dormir al raso por las noches.

Luz aprovechó la observación sobre su fe para sacar a relucir los textos bíblicos que había encontrado en el maletín. Els Heerlien escuchó con atención la teoría que Luz exponía.

El texto manuscrito, cuidadosamente empaquetado en papel de aluminio, protegido por una cartera revestida con plomo, resultó la reproducción íntegra de la Revelación de San Juan, el último libro del Nuevo Testamento que trata del inminente apocalipsis. Mathias Diekmann lo había transcrito de la Biblia palabra por palabra, proveyéndolo de interpretaciones astrológicas. Luz indicó que había tenido que adivinar su significado porque los dibujos eran demasiado incomprensibles y sin ninguna explicación. Sin embargo, suponía que Mathias Diekmann, basándose en las estrellas, había querido determinar el momento de los acontecimientos que se anuncian en el Apocalipsis de San Juan. O mejor dicho: cuándo llegaría el final de los tiempos.

Jaap y yo ya habíamos oído su explicación antes y reaccionamos de manera aprobatoria: era posible. ¿Por qué no? En el mundo había un montón de catastrofistas, y Mathias Diekmann, por lo visto, era uno perteneciente a la clase inofensiva. Lo más importante era que esto no hacía al caso, no aclaraba nada sobre la pintura de Edgar Fernhout, la carta de Charley Toorop ni la lista de cuadros. Para la anciana que se encontraba frente a nosotros era, sin embargo, distinto, pues ella conoció personalmente a este hombre y, según decía, había congeniado bastante con él. Miramos su cara con especial interés cuando Luz terminó con su conclusión: Mathias Diekmann debía de haber pensado que el final de los tiempos estaba cerca. Esa convicción le había llevado a retirarse en una caravana abandonada para yacer allí con la intención de no volver a levantarse. Para dejar que todo terminara en ese momento y en ese lugar.

Se produjo un silencio prolongado. Els Heerlien sonaba más prudente y menos espontánea cuando por fin tomó la palabra.

—Lo que usted cuenta no resulta nuevo para mí. Es muy posible que haya sido así, en efecto. Pero usted dijo que lo encontraron como si se tratara de un difunto en un ataúd, ¿no?

—Sí, en efecto —respondió Luz.

—¿Con un ladrillo bajo la cabeza?

—Sí, también.

—Bueno, entonces creo que su teoría probablemente sea correcta. ¿Conoce usted

el significado de ese ladrillo?

—No, para ser sincera, no —admitió Luz—. He de decirle que tampoco le hemos prestado mayor atención. Hicimos mal, desprendo de sus palabras, ¿no?

—Desde luego, ese ladrillo dice mucho de Mathias.

Guardó silencio y en su cara podía verse cómo disfrutaba de nuestra atención.

—¿Ha oído hablar alguna vez de los monjes capuchinos?

—No —respondió Luz.

—Yo sí —intervine—. Monjes mendicantes.

—Muy bien, señor Havix. Los monjes capuchinos hacen bandera de la sencillez, la pobreza y el desprecio de los placeres terrenales. Mathias era, por así decirlo, su variante moderna. No era miembro de ninguna orden, era un ser demasiado solitario para ese tipo de asociaciones, pero sí que llevaba una vida parecida. Los capuchinos tenían un ritual funerario bastante especial, por decirlo de una manera suave. Como manifestación de esa pobreza y austeridad, reutilizaban el féretro. Al monje fallecido le llevaban en una caja hasta su última morada. Ese féretro tenía un fondo móvil que se sacaba para que el cuerpo del fallecido fuera a reposar sobre el suelo y, acto seguido, retiraban la caja para luego, un detalle importante, alzar la cabeza del monje y dejarla reposar sobre un ladrillo. No sobre el lujo de un cojín, sino sobre la sencillez de un ladrillo. Así también habría querido morir Mathias.

—Gracias por confirmarlo —dijo Luz.

—Sí, dice usted bien, pero con el resto de su razonamiento estoy básicamente en desacuerdo. He hablado a menudo con Mathias sobre el significado de las palabras de Juan. Sin embargo, no estoy de acuerdo con la imagen que usted esboza de él.

Aunque su tono era más decidido que antipático, Luz se sintió llamada a disculparse: no era en absoluto su intención resultar irrespetuosa.

Els Heerlien salió en defensa de su amigo:

—Mathias no era alguien que predijera el ocaso del mundo basándose en las desgracias que nos sobrevenían. Las guerras que nunca terminan, los *tsunamis*, el hundimiento de esas torres en Nueva York, la epidemia del sida en África. Eso es de una trivialidad y una manipulación de la opinión que en absoluto iba con su estilo. Deben saber que Mathias sabía leer las estrellas como nadie y que lo que leía era importante para él. Tal vez los sorprenda, pero él podía describir de veras la posición de las estrellas y explicar su significado. Gracias a Mathias cambié de opinión sobre la astrología. Si el tiempo lo permitía, nos sentábamos aquí fuera y, cuando llegaba la oscuridad, me contaba todo lo que iba viendo por encima de nosotros. Si bien yo soy ciega, recuerdo todavía muy bien las constelaciones. En ese sentido hacía renacer algo en mi interior. Mathias, por otra parte, me consideraba privilegiada por haber tenido la oportunidad de verlas en África, ya que en nuestra parte del mundo hay tanta luz y contaminación atmosférica que nos vemos privados de una visión clara del cielo.

Mientras la miraba y escuchaba, no pudo ocurrírseme otra cosa más que esta

mujer alegre y animada no repararía en medios para impedirle a su amigo la elección de una muerte prematura. Sin embargo, respondió con un claro «no» cuando se lo pregunté.

—¿No intentó quitárselo de la cabeza? —preguntó Jaap titubeante y sorprendido.

—No. Mathias era muy rotundo en sus convicciones y la confirmación de ellas la hallaba en las estrellas. Ya les dije que no puedo estar de acuerdo con la imagen que su colega esbozaba de Mathias, pero aún no les he dado la razón más importante para mi escepticismo. Fíjense, si suponen que Mathias sólo vio venir el final de los tiempos, me temo que se les ha escapado el verdadero significado de la Revelación de San Juan.

—No soy ningún experto en la Biblia —dijo Jaap—, ¿cuál es, entonces?

—La resurrección.

Jaap, Luz y yo nos miramos incómodos.

Aunque era ciega, no se le pasó por alto nuestra reacción:

—Es una pena que no le hayan conocido, ahora deberán fiarse de las palabras de una anciana. Pero créanme, Mathias no huía de un fin inminente, él iba hacia un nuevo principio. Eso invalida el carácter trágico que le han atribuido y le convierte en un hombre muy distinto del que ustedes acaban de describir.

Resurrección o no, la conversación había tomado otros derroteros y Luz no hacía ningún esfuerzo por volver a llevarla por el buen camino.

—En cualquier caso, gracias a su información tenemos ahora una explicación clara del cómo y del porqué de su muerte —intervine yo—, pero en su maletín se han encontrado otras cosas que no sabemos dónde ubicar. Quizá también pueda ayudarnos en esto.

Le hice un gesto a Luz indicándole que era ella quien debía retomar la conversación.

Esta vez sí que hizo las preguntas correctas y tuvo cuidado de que Els Heerlien no volviera a desviarse del tema. El resultado no fue menos decepcionante. Si bien Els Heerlien y Mathias Diekmann habían estado hablando durante noches enteras sobre textos bíblicos y estrellas, todo se había quedado ahí. Ya la primera vez que le invitó notó que no quería hablar de sí mismo. Lo único que logró sonsacarle fue que sus padres habían fallecido cuando él era un niño. Como no quiso correr el riesgo de que su insistencia terminara por romper sus relaciones, ya no volvieron a hablar más de su vida privada. A la pregunta de Luz sobre si tal vez sabía dónde había estado viviendo, respondió que lo más probable es que durante una gran parte del año durmiera al raso, ya que olía mucho a naturaleza. Entonces pensó que dormiría en las dunas, pues a través de un intenso olor a agujas de pino se percibían aromas de mar y arena.

—¿Arena? —preguntó Jaap.

—¿Le sorprende? Desde que soy ciega registro mucho mejor que antes el olor que envuelve a las personas.

Aunque mejorara la imagen que nos habíamos hecho de Mathias Diekmann, no

encontramos nada que pudiera servirnos. Dijkman se había convertido en Diekmann, más o menos eso era todo. Se había quedado huérfano a temprana edad y había optado por la muerte, un vagabundo que dormía en las dunas y al que no le gustaba hablar de sí mismo.

Nuestra única esperanza se fundaba ahora en el resto de las cosas que había en el maletín. Como Els Heerlien no podía verlo, Luz se tomó su tiempo para describir el retrato que Edgar Fernhout había pintado, al igual que la lista con pinturas. Después de que Luz le hubiera leído la carta de Charley Toorop, nos quedamos mirándola expectantes.

—La lista de pinturas no me dice nada, pero del retrato y de la carta puedo contarles algo que quizá los ayude. Si bien no puedo examinar la pintura para ver si el caballero que aparece allí representado guarda parecido con Mathias, por la carta deduzco que debe de ser su padre. Casi no puede ser de otra forma, pues era alguien que se dedicaba a las interpretaciones astrológicas y no sólo eso, porque parece ser que también fue mecenas de artistas.

—Esa primera relación ya la había establecido yo también después de su explicación de hoy, pero ¿qué es lo quiere decir exactamente con lo último que ha dicho? —preguntó Luz.

—Sí, claro, he de explicárselo. Pues verán, Mathias no mostraba ningún interés por las noticias cotidianas y casi siempre yo lo tenía en cuenta, pero el verano pasado puse la radio una noche para escuchar el parte. Acababa de enterarme de que Marten Toonder había fallecido y confiaba en que dieran ahora más información al respecto. Todavía recuerdo el día, el 27 de julio. Mathias y yo estábamos justo donde estamos ahora, era una fabulosa noche de verano.

—Marten Toonder, ¿se refiere al dibujante de cómics? —preguntó Jaap.

Mientras se lo preguntaba, nos miró con una expresión de la que se desprendía la duda de rigor y, para ser sinceros, también me pregunté adónde nos llevaría esto.

—Sí, en efecto. Deben saber que soy una admiradora suya. Nos enviaban sus cómics a África, en edición de bolsillo. Los leía con tanto placer... Pero bueno, lo que quería contarles es que a Mathias se le demudó el rostro cuando lo oyó. «Qué terrible», no paraba de decir. Esa reacción me sorprendió, naturalmente, y no supe qué hacer, pero cuando él balbució conmovido: «Ahora están los dos muertos», le pregunté a qué se refería. Respondió que su padre había conocido a Marten Toonder, que habían sido amigos y que su padre había ayudado a Marten Toonder en la guerra.

—¿Puede recordar si dijo algo sobre el tipo de ayuda que le prestó? —pregunté yo.

Meneó la cabeza.

—No, y he de decirles que lo que siguió fue bastante embarazoso. Para mi sorpresa y fastidio, el entusiasmo por el hecho de que su padre hubiera conocido a Marten Toonder, alguien a quien yo admiraba tanto, en absoluto fue recibido de manera positiva. No quiso seguir hablando del tema. Siempre congeniábamos por lo

general muy bien, pero este fue un momento bastante incómodo y desagradable. Y en realidad también fue muy extraño. Es más, ahora que me ha leído la carta, sigo sin poder explicármelo. Parece ser que su padre ayudó económicamente a artistas durante la guerra. ¿O ustedes sacarían otra conclusión?

—No, yo pienso lo mismo —respondí—. El apoyo que Charley Toorop recibió era económico, eso está claro, y probablemente para ella fuera también el más importante, junto a las «interpretaciones astrológicas». En efecto, parece ser que también habría ayudado a Marten Toonder.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Luz cuando estuvimos de nuevo en el coche, de camino a Ámsterdam.

La perspectiva de que no iría a mi propia casa, sino que volverían a llevarme al hospital, desde luego que no me alegraba. Intenté sacudirme esa sensación y dije:

—¿Sabes lo que más me sorprende? Si el padre de Mathias Diekmann, en efecto, practicaba el mecenazgo y con artistas conocidos, ¿por qué su hijo no querría hablar de ello? Es algo para estar orgulloso, ¿no? ¿Lo comprendéis?

Jaap se encogió de hombros:

—¿Es tan extraño? Hay muchos hijos que tienen una mala relación con uno de sus padres o con los dos. Quién sabe, tal vez ocurriera algo entre él y su padre.

—No es sólo eso, Jaap. El hijo no quiere hablar del padre, pero ¿qué piensas de Charley Toorop y Edgar Fernhout? Artistas famosos, y la vida de los dos está muy bien documentada. Su correspondencia se conserva en archivos, mira el tiempo que ha estado Luz escarbando entre todas esas cartas, y lo mismo vale para su obra, que también está inventariada al detalle. Y, sin embargo, no hay rastro de ese Johan. Eso me parece mucho más extraño. Es como si hubieran querido borrar su recuerdo. Pero ¿por qué? ¿Ese Johan los ayudó económicamente en un momento en que estaban tocando fondo!

Me intrigaba tanto que en ese instante zanjé la cuestión. ¿No era en esta clase de pesquisas donde se me consideraba tan bueno? ¿No era así como había estado ganándome la vida durante todos estos años?

Me volví hacia Luz y le pregunté:

—¿Aprecias todavía mi ayuda?

—¿Cómo?

—Quiero ayudarte a resolver esto de manera activa, más activamente de lo que he hecho hasta ahora. Al menos, si a ti te parece bien.

—Sí, claro, gracias —respondió sorprendida, mientras con el rabillo del ojo me percataba de una mueca burlona en la cara de Jaap.

—Muy bien, Jager, por fin una reacción de entusiasmo después de tanto tiempo. Unas horas fuera del hospital y ya estás de nuevo con ganas. A ese Mathias Diekmann le habría parecido estupendo.

Le di un golpe en el hombro:

—Ese es un buen paralelismo.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—Lo de la resurrección —respondió Jaap—, y todo mientras seguía vivo. Jager es un tipo con suerte.

XVII

Resurrección o no, en los días que siguieron tuve una recaída. Me dolía tanto la pierna derecha que apenas podía levantarme de la cama, no digamos ya salir a la calle. El fisioterapeuta que me trataba lo achacó a una sobrecarga como consecuencia de un programa de entrenamiento demasiado intenso y, sin decirlo con muchas palabras, me echó toda la culpa. En lugar de un progreso gradual, mi recuperación estaba ahora estancada y mi forma física retrocedía de nuevo. Frustrado, llamé a la policía para ver si habían hecho algo para coger a los que me habían dado la paliza. La respuesta fue desconcertante: nada, nada en absoluto. No se habían producido progresos y, sin pruebas, no había causa. Llamé a la comisaría de la Beursstraat, buscando a Rik Kronenberg, pero no conseguí hablar con él y tampoco me devolvió la llamada. ¿Estaría buscando todavía a Nadine Husak?

De momento, tampoco resultaba necesaria la ayuda que le había ofrecido a Luz. Me llamó para informarme de que había hablado con la conservadora de Arte Antiguo del Boijmans Van Beuningen. Mi enfado inicial por no haber podido estar allí, pese a que me lo pidiera, rápido dejó lugar a la exaltación.

Para mi sorpresa, resultó que el museo poseía nada menos que veintisiete pinturas y dibujos de Rubens. Dieciséis habían sido adquiridos por la persona que en 1958 añadió su nombre al del museo: D. G. van Beuningen. Este legendario gran empresario del puerto de Rotterdam y coleccionista de arte ya había regalado en 1925 su primer Rubens al museo, y en los años sucesivos le seguirían muchos más regalos. Para ir creando su colección de arte, se dejó aconsejar entre otros por Hannema, a la sazón director del Museum Boijmans y un entendido en arte de reputación internacional. Como contrapartida, Van Beuningen no se olvidaba de regalar al museo algún que otro lienzo con cierta regularidad o lo apoyaba económicamente. Tras su deceso en 1955, la colección pasó a manos del museo en 1958. El precio que se pagó por ella fue de dieciocho millones de florines, la cantidad que los herederos debían por los derechos de sucesión. El museo se enriqueció de golpe con tantas obras de arte que debieron construirse salas de exposiciones y contratar más personal.

Los dos lienzos en los que estábamos interesados habían formado parte de la última donación, la más importante. Ahora que se había esclarecido esta primera parte de la *provenance*, surgía la pregunta de cómo habían llegado a poder de Van Beuningen. Luz tuvo acceso a algunos documentos, incluidos las facturas originales, en los que se comprobaba que habían sido adquiridos con poco tiempo de diferencia, el 22 de abril y el 14 de mayo de 1943. Por *El martirio de San Livinio*, Van Beuningen había pagado ochenta y cinco mil florines, y por *Las tres cruces* noventa mil. Los dos habían sido comprados al marchante de Ámsterdam P. de Boer, que llevaba ya mucho tiempo fuera del mercado. La conservadora le mostró una copia del «Libro de adquisiciones» en el que Van Beuningen anotaba con su propia mano todo lo que compraba: allí también estaban impecablemente recogidos.

Yo no tenía la lista a mano y pregunté:

—¿Concuerdan las cantidades y las fechas con lo que tenemos?

—Las fechas son exactas, pero las cantidades de nuestra lista son inferiores. Por *El martirio de San Livinio* la diferencia es de ocho mil florines y por *Las tres cruces* diez mil.

—¿Entonces? —pregunté.

—Entonces, nuestra lista probablemente no sea del marchante P. de Boer. Al menos supongo que la diferencia entre esos precios es la ganancia que obtuvo el marchante en esta transacción. ¿Es correcto mi razonamiento?

—Sí, pienso lo mismo —respondí.

¿A quién había comprado entonces los cuadros el marchante P. de Boer? A esa pregunta no supo contestar la conservadora. Ella suponía que a una colección privada, que se desprendieron de tantas obras durante la guerra en parte porque los precios durante esos años eran excelentes como consecuencia del afán de compra de los nazis, en parte porque la crisis económica obligaba a veces a los coleccionistas a vender alguna que otra pieza. En esos años cambiaron de propietario muchos cientos de pinturas de pintores conocidos y menos conocidos del Siglo de Oro. La conservadora no veía ningún motivo para seguir buscando la *provenance* de estas dos obras y menos aún tener alguna posibilidad de éxito.

Sin embargo, ofreció a Luz la oportunidad de estudiar en el archivo la documentación de un antiguo colaborador. Este Egbert Giltaij van Puyvelde fue contratado en 1950 como asistente científico por el Departamento de Pintura y Escultura y el Departamento de Dibujos, con la tarea específica de inventariar la colección de Rubens que poseía el museo. El resultado fue la publicación en 1960 de un catálogo que todavía se consideraba la obra de consulta por excelencia para todos los que quisieran saber más sobre esta colección.

Llamar al caballero no era ninguna opción, pues había fallecido en 1968 y, si bien en el catálogo se describían ampliamente las dos pinturas, no se decía nada más de lo que Luz ya había oído de boca de la conservadora. Pasó algún tiempo hasta que pudo ser rastreado todo el material de Giltaij van Puyvelde y, cuando Luz por fin abrió las tapas polvorientas de las cajas de cartón amarillentas, que probablemente habían permanecido cerradas durante décadas, le asaltó la sensación de retroceder mucho en el tiempo.

En las cinco cajas se encontraba el resultado de ocho años de investigación exhaustiva: cientos y cientos de páginas mecanografiadas y manuscritas llenas de resultados, copias de material de terceros, nombres de personas de contacto, anotaciones de conversaciones, catálogos antiguos. Por cada obra de Rubens propiedad del museo, el investigador había creado una carpeta aparte en la que se guardaba la información: cuál era la fecha de realización más probable, cómo encajaba en la obra del maestro, quién podía habérselo encargado, cuál era el significado de lo representado, qué técnica pictórica se utilizó, qué contemporáneos

inspiraron tal vez a Rubens, en qué colecciones se encontraban obras comparables.

Luz comprendió pronto que había algo que no estaba en regla: faltaban las carpetas de *El martirio de San Livinio* y *Las tres cruces*. En las horas que siguieron estuvo buscando en vano una explicación en el resto de papeles. Examinó el catálogo otra vez, pero en las cajas no encontró nada que se hubiera basado en lo que se mencionaba en ese mamotreto. ¿Estarían esas carpetas acaso en algún otro lugar, las habría utilizado alguien y después no las habría archivado en su sitio? Pidió a la conservadora una posible aclaración, sin resultado alguno.

—He de decir que, cuando volví a verla, la situación resultó también un poco incómoda —concluyó Luz—, mientras que hasta entonces no había hecho más que colaborar.

—Probablemente para ella también es un asunto muy delicado que falte algo de su archivo. Sobre todo si lo ha constatado alguien de la policía.

—Sí, tal vez sea así. Yo he continuado siendo amable, tampoco gano nada con presionarla. ¿Y cómo seguir ahora? ¿Es posible que nuestra lista sea de un coleccionista de arte que vendió parte de su colección durante la guerra? Eso estaría en la línea de lo que decía la conservadora. Puedo averiguar si se conoce a algún Diekmann que sea coleccionista a través de tus contactos en el mundo del arte.

Sonó titubeante, como si aún no estuviera convencida de que fuera el siguiente paso más lógico a seguir.

—Podría ser —dije yo—. Entonces, el padre de Mathias Diekmann no sólo habría ayudado económicamente a Charley Toorop y a Marten Toonder, sino que también habría sido un coleccionista.

Al escuchar mis propias palabras, me invadió la duda de si este era realmente el planteamiento correcto. Sondar entre la gente dedicada al arte sobre algo que había ocurrido hacía ya tanto tiempo era precisamente lo que le había desaconsejado la vez anterior. Incluso con esta nueva información seguía siendo buscar una aguja en un pajar. Pero ¿cuál era la alternativa?

—¿Pudiste contemplarlas? —pregunté.

—¿Te refieres a las pinturas?

—Sí.

—La de *El martirio de San Livinio* sí, la vi brevemente, pero *Las tres cruces* está en el depósito.

—¿Y bien? ¿Es un cuadro bonito?

—Desde luego, pero a mí el arte antiguo no me gusta tanto. Y es bastante cruenta. Los demonios le arrancan la lengua al santo y los ángeles descienden del cielo para liberarle y castigar a sus torturadores.

—¿Es un cuadro grande?

—No, qué va. ¿Cuánto puede medir, sesenta centímetros por ochenta? En el marco aparece una chapa de cobre en la parte superior donde puede leerse «Coll. D. G. van Beuningen». Por cierto, estaba colgado en un sitio bastante perdido, en una

especie de pasillo que comunicaba dos salas.

Tras la conversación telefónica, me quedé tumbado en la cama con la mirada clavada en el techo e intenté ordenar mis pensamientos. De todas esas obras de Rubens que este Giltaij van Puyvelde había estudiado de manera tan exhaustiva, faltaban precisamente las dos carpetas que nos interesaban. Era imposible que se tratara de una casualidad. Debía de haber una razón, al igual que Mathias Diekmann había tenido una razón para esconder la lista en el maletín que siempre llevaba consigo. El retrato de su padre y la carta de Charley Toorop estaban dentro de la bolsa, pero justo la lista con las pinturas había sido ocultada de manera concienzuda. ¿Por qué? No podía encontrar ninguna explicación.

Pasó algo de tiempo antes de llegar a comprender que debería recurrir a mi experiencia y a mi método de trabajo habitual. Sólo podía localizar algo que sentía todavía demasiado alejado de mí mirando cerca, a mi alrededor, el paso siguiente que podía dar, algo que sí se encontrara a mi alcance. Porque así era como estaba acostumbrado a operar, paso a paso, detalladamente y poniendo toda la atención. Llegado a este punto, tampoco importaba lo largo que resultara el camino y sólo existía ese único paso siguiente.

Sentí un alivio cuando pasé a la acción. Llamé a la conservadora del Boijmans Van Beuningen y aludí a la visita de Luz ese día por la mañana. Cuando se hubo recuperado de la primera sorpresa ante mi insólita pregunta, me puso con un colaborador del Departamento de Personal. Allí volvieron a pasarme, esta vez con un empleado que se tomó todo el tiempo del mundo para atenderme. No sólo me dio la información solicitada, sino también el nombre y la dirección de un antiguo empleado muy anciano del personal científico que todavía, ahora de voluntario, seguía haciendo de vez en cuando algún trabajillo para el museo.

Se lo agradecí de forma expresa y me las ingenié para bajar en el ascensor con la silla de ruedas. En un hospital tan grande sólo había disponibles seis ordenadores con conexión a internet para visitantes y pacientes, y todos estaban ocupados. Hube de esperar más de media hora antes de poder acceder a uno. Por suerte, buscaba un nombre poco habitual, pero aun así encontré ocho. Apunté sus números de teléfono y regresé a mi habitación. Una vez en la cama, esperé a que se me pasara el dolor más intenso de la pierna. Después fui llamando uno a uno a todos los números y con el cuarto atiné.

El inicio de la conversación resultó laborioso, aunque no podía ser de otra forma. Tuve que superar el escepticismo habitual y, cuando hubo espacio para hacer preguntas, fue como si con cada pregunta que le hacía él me disparara dos. Sin embargo, conseguí ganar el litigio y concertar una cita para la mañana siguiente.

Al final llamé al número del empleado jubilado del Boijmans. Se puso la esposa al teléfono y me prometió que me devolvería la llamada hoy mismo. Y sí, ella creía que su marido había conocido personalmente a Giltaij van Puyvelde.

—He localizado a familiares de Giltaij van Puyvelde.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la línea.

—¿Estás ahí todavía? —pregunté.

—Sí, sí —respondió Luz titubeante.

—Su esposa falleció en 1980, pero tenían un hijo. Todo ha sido gracias a la excelente administración del departamento de personal del Boijmans que, en cualquier caso, no ha extraviado esa información. Tras unas cuantas llamadas, por fin pude dar con él. Nos hemos citado en su casa mañana por la mañana a las diez. ¿Puedes venir? Es catedrático de Economía en la Universidad Libre de Ámsterdam y vive en Buitenveldert.

—Sí, claro que te acompañaré, pero me sorprendes.

—¿Te molesta?

—No, qué va, al contrario. Sólo me pregunto por qué quieres seguir precisamente ese camino. No me lo esperaba.

No sonó como si dudara de mi planteamiento, más bien como si se preguntara si a ella, detective en formación, se le había pasado algo por alto.

—Algo ocurre con esas carpetas —la informé—. Sólo hay tres posibilidades. La primera es que las carpetas se hayan extraviado sin más, lo que me parece demasiada casualidad, no me lo creo. La segunda posibilidad es que alguien a quien no conocemos se las haya llevado. Y qué hago yo con eso, no sabría qué dirección tomar para continuar. Por último, existe la posibilidad de que el mismo Giltaij van Puyvelde haya tenido algo que ver, y eso es lo que quiero averiguar.

Luz estuvo callada durante algún tiempo, luego preguntó:

—¿Es ese un planteamiento puramente racional o te dejas llevar por un presentimiento?

No tuve más remedio que reír:

—¿Has estado charlando con Jaap sobre mis métodos instintivos? En este caso es más una cuestión de experiencia: si pongo en fila las diferentes opciones, esta es la más lógica a mi modo de ver.

Charlotte estaba sentada junto a mi cama y tomábamos café cuando el empleado jubilado del Boijmans Van Beuningen me devolvió la llamada por la tarde, durante la hora de visita. De nuevo tuve que repetir toda la historia. El anciano al otro lado de la línea hablaba con distinción y arcaísmo, eligiendo las palabras con medida y sin ninguna prisa.

En efecto, había conocido personalmente a Egbert Giltaij van Puyvelde, pero sólo desde cierta distancia. Trabajaban en diferentes departamentos y, cuando él se incorporó al museo en 1962, Giltaij van Puyvelde ya era un científico exitoso que había firmado una obra de referencia sobre Rubens y cuya erudición se encontraba por encima de cualquier duda. Era un hombre circunspecto, algo difícil de abordar, que vivía para su trabajo. «Por lo demás, debe situarlo en el contexto de aquella época. El trato entre las personas era mucho más formal que hoy en día. El tuteo no era tan inmediato, el trato era de “usted” y anteponíamos el “señor”, así era antes.»

Giltaij van Puyvelde nunca hablaba de su vida privada, pero su antiguo colega sabía de un matrimonio y de un hijo que estaba estudiando en la universidad. La única vez que los vio fue al darles el pésame tras el entierro de su esposo y padre respectivo.

A medida que avanzaba la conversación, me iba quedando claro que poca información podría sacar. Si bien este caballero estaba en disposición de contarme algo sobre la persona Giltaij van Puyvelde, no sabía casi nada del proyecto de investigación sobre Rubens de su antiguo colega, no digamos ya de carpetas desaparecidas.

Cuando me disponía a concluir la conversación, me sorprendió.

—Las circunstancias en las que falleció, por lo demás, fueron especialmente tristes —dijo.

Me pareció que durante todo nuestro diálogo debía de haber estado sopesando si debería contármelo o no, para llegar por fin a deshacer el nudo gordiano.

—¿A qué se refiere? —pregunté con cautela.

—Se tiró delante de un tren. Fue una sorpresa absoluta para todos. No lo conocí de otra manera que no fuera como un hombre de exquisito equilibrio. Aún recuerdo el entierro como si se tratara de hoy. Quizá ya hubiera antecedentes y su esposa supiera algo más, puede ser, por supuesto, pero para nosotros, sus colegas, resultó del todo inesperado. Además de la compasión que nos merecían su viuda e hijo, la incapacidad para dilucidar los motivos hizo de nuestra presencia ese día algo en grado sumo incómodo y penoso, como si estuviéramos en el entierro de un extraño.

Tras haber concluido nuestra conversación, me quedé con el teléfono en la mano y la mirada perdida. Como había durado tanto, Charlotte había salido al pasillo para hacer allí una de sus muchas llamadas. Cuando entró de nuevo, me miró indagadora:

—¿Qué ha pasado? Parece como si te hubieras quedado pasmado.

XVIII

Robert Giltaij van Puyvelde vivía en la décima planta de un moderno y alto edificio de apartamentos construido en semicírculo. A derecha e izquierda del ascensor había sólo dos espléndidos apartamentos en cada planta y, desde el suyo, el catedrático de Economía gozaba de unas fabulosas vistas despejadas sobre el Amstelpark y los prados que había detrás.

Disfruté poco del panorama y me volví a un cuarto de estar que, a pesar de las dimensiones más que generosas, apenas ofrecía espacio para poder moverte libremente. No sólo las elevadas librerías estaban cargadas hasta los topes de un montón de libros, revistas, periódicos antiguos y pilas de papeles, sino que el suelo, las mesas y las sillas estaban cubiertos también. Para poder ofrecernos un asiento a Luz y a mí, liberó con prisa dos sillas que había junto a la mesa del comedor, tras dudar un instante dónde podría encontrar un nuevo lugar para los papeles amontonados. Por los títulos, se veía que su interés estaba más o menos dividido entre dos cosas: el terreno profesional de la economía y el ajedrez. En cualquier caso, no compartía la pasión de su padre por el arte, pues no fui capaz de descubrir ningún libro sobre el tema. En medio de las pilas de libros y papeles, vislumbré al menos tres tableros de ajedrez, en los que resultaba obvio que se estaban estudiando posiciones o tal vez partidas que incluso se encontraban en curso.

—¿Está jugando varias partidas a la vez? —pregunté cuando entró en la habitación con la bandeja del café.

—Sí, en efecto. ¿Juega usted también al ajedrez?

—No, qué va, pero admiro a las personas que son capaces de pensar más de uno o dos movimientos con antelación. ¿Y contra quién está jugando?

Dejó la bandeja y señaló el tablero de ajedrez que había en una mesa auxiliar junto a una poltrona:

—En este tablero estoy jugando contra un vecino del piso de arriba en este mismo edificio que se pasa por aquí de vez en cuando. —A continuación, señaló el tablero de su mesa de escritorio—: Ese lo juego por internet, contra una persona de Alemania. —Por último, señaló un tablero que de momento se encontraba aparcado en un aparador—: Y en ese contra un socio del club de ajedrez. Nos juntamos allí todas las semanas. Si no conseguimos terminar esa noche la partida, la seguimos jugando en casa y nos comunicamos los movimientos por teléfono.

—Por lo que se ve, se toma usted muy en serio la práctica de su afición —apostilló Luz—. Tiene muchos libros de ajedrez.

La palabra afición no le gustó mucho:

—No sé si podría llamársele afición. Sí que es un deporte, un deporte mental que exige bastante si lo practicas en serio. —Hizo un gesto hacia la mesa—: Siéntense. Les gustaría hablar sobre mi padre, naturalmente. —Tras habernos servido el azúcar y la leche, entró en materia—: He reflexionado sobre lo que me dijo ayer, pero me

pregunto si podré ayudarlos. Mi padre falleció en 1968 y mi madre en 1980, ya han pasado más de veinticinco años. Yo apenas contaba con veinte cuando mi padre murió, bien es cierto que ya no era un niño, pero sí que tenía una edad en la que te consideras el principal centro de atención y lo demás es accesorio. No obstante, intentaré responder a sus preguntas lo mejor posible.

Mientras Luz hablaba con él, me llamó la atención lo mucho que parecía contrastar este hombre con su entorno. Quizá me equivocaba y sí que podía hablarse de orden en este caos aparente. Cuanto más lo miraba y escuchaba, tanto más me inclinaba a creer que sabía el lugar exacto donde se encontraba cada cosa en todas esas pilas que nos rodeaban. Para alguien que frisaba los sesenta años parecía estar muy en forma, tenía un aspecto cuidado y, aunque nos había recibido en casa, lo hizo bien vestido, con traje, incluida la corbata. Elegía con prudencia las palabras, articulaba con claridad y parecía contrario a la pompa externa. Lo único teatral que pude descubrir en él fue que, para enfatizar su argumentación, se quitaba y guardaba las gafas de lectura con regularidad, para al instante siguiente volver a ponérselas en la punta de la nariz. Atendía a Luz con complacencia, pero distante, como si el asunto que tratábamos no se refiriera personalmente a él. Le relacioné de manera inconsciente con su padre, al que me habían descrito en semejantes términos. Sin embargo, aquel había saltado delante del tren.

Cuando le dije que estaba enterado, reaccionó tranquilo e impassible. No podía atisbarse nada de sorpresa o quizá enfado por el hecho de que lo supiera. Sólo preguntó quién me lo había contado. Al oír ese nombre, meneó la cabeza y dijo:

—No me dice nada, pero he de añadir que mi padre tampoco tenía ningún verdadero amigo entre sus colegas, al menos ninguno que yo conociera. Mi madre sí que se quejaba alguna vez de que tras el entierro de mi padre nunca había vuelto a tener noticias del Boijmans, mientras que él se había entregado al museo en cuerpo y alma durante dieciocho años. Una reacción comprensible, pero yo lo veo de otra forma y, en cualquier caso, como algo menos negativo. Mi padre era respetado, de esa estima sí gozaba, no existía la menor duda, pero en su trabajo no tenía ningún vínculo personal. Nunca venían colegas invitados a nuestra casa. —Como una constatación, sin ningún matiz negativo, concluyó—: Mi padre no era de ese tipo de personas.

De nuevo me sorprendió esa racionalidad, como si no estuviéramos hablando de su padre, sino de alguien diferente.

—Por su antiguo compañero me enteré de que entonces no se dio ninguna explicación para su fallecimiento. Espero que no le moleste al preguntarle si usted sí la tiene.

—No, no me molesta. A lo sumo, me parece un poco irreal que estemos manteniendo esta conversación, pero usted vino a mí con una historia bastante extraña. Para volver a su pregunta, no, yo tampoco tengo una explicación. Lo que sí sé es que no hace falta que la busque en el ámbito familiar, pues la relación entre él y

mi madre era buena y eso también servía para la que manteníamos él y yo. Esa es también la razón por la que he decidido atenderle.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Con su pregunta sobre el suicidio de mi padre sugiere usted, o al menos se pregunta, si tiene algo que ver con esas carpetas desaparecidas. ¿O no es así?

—Esa idea, en efecto, sí que se me había pasado por la imaginación, pero no es más que una vaga posibilidad.

Asintió con parsimonia y dijo:

—Le honra no sacar conclusiones demasiado precipitadas. En absoluto quiero darle la impresión de que para él ocupáramos un lugar secundario, eso suena muy quejumbroso y no hace justicia al amor que profesaba por nosotros, pero para mi padre su trabajo era muy importante. Su tiempo libre también se lo pasaba pensando en él; aparte de su trabajo, no tenía otras aficiones —concluyó señalando hacia uno de los tableros de ajedrez. Se puso en pie y se dirigió al aparador mientras seguía hablando—: Estuve buscando en sus papeles ayer por la noche hasta bien tarde. —Cogió unas cuantas carpetas archivadoras y las colocó sobre la mesa ante nosotros. Después soltó a bocajarro—: Deben compararlas con las que han examinado en el Boijmans, pero me parece que lo que ustedes echan en falta se encuentra en estas carpetas. —La expresión de nuestros rostros debió de ser muy significativa, porque templó de inmediato nuestras expectativas—: A primera vista no pude descubrir nada llamativo, pero tampoco es que sea un entendido en materia de arte. Usted sí que está metido profesionalmente en ese mundo, ¿no?

—Sí, de vez en cuando —le respondí.

—Quizá descubra algo que se me haya pasado por alto a mí.

Le acerqué las carpetas a Luz:

—¿Quieres mirarlas? Tú eres la más indicada para compararlas con las que ya viste en el museo.

—Si tienen un poco más de paciencia —dijo él—, quisiera mostrarles algo más. Algo que, dicho de la manera más suave, sí que me parece de lo más extraño.

Recogió de la esquina de la mesa una pila de lo que parecían antiguos cuadernos escolares de color marrón oscuro, con una cubierta de cartón duro. En la etiqueta blanca del ejemplar que estaba encima, aparecía escrita a mano la fecha «1968».

—Estas son las agendas de oficina de mi padre, desde los últimos diez años hasta su muerte. Ayer por la noche las hojeé todas. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que las vi. Mi padre era un hombre muy trabajador, es algo que vuelve a llamarme la atención ahora, y sus agendas están llenas de citas. Seguro que les interesará una en concreto.

Abrió la agenda que se encontraba en la parte superior por la página en que estaba pegado un post-it. Sin decir nada, señaló un nombre en medio de otros nombres: «M. Toonder, Ámsterdam». Al igual que con las demás citas, se mencionaba brevemente el tema de conversación: «Verificar la historia de Donnars».

Para mi absoluta sorpresa, aquí también aparecía el nombre de Marten Toonder. Giré la agenda hacia Luz, para que también ella pudiera leer el nombre, y pregunté:

—¿Su padre conocía a Marten Toonder?

Robert Giltaij van Puyvelde negó con la cabeza:

—No, que yo sepa. En cualquier caso, en casa nunca oí mencionar ese nombre. Y para anticiparme a su siguiente pregunta, he vuelto a estudiar sus agendas y esta es la única vez que el nombre de Toonder aparece allí escrito. —Dejó caer un breve silencio y continuó—: Tres semanas antes de su muerte.

Luz y yo guardamos silencio, conscientes del peso de sus palabras y buscando una posible explicación para lo que acabábamos de oír.

Robert Giltaij van Puyvelde no la esperaba:

—Hoy he dormido muy mal, su llamada telefónica ha puesto muchos resortes en marcha. Todos esos años he estado aceptando la muerte de mi padre como lo que era, como algo inexplicable y, si hubo un motivo claro para su suicidio, a mí me resultaba desconocido en cualquier caso. ¿Quién sabe lo que se le habría estado pasando por la cabeza? Yo entonces era demasiado joven para ocuparme de ese tipo de cosas. Ahora llama usted por teléfono y puede que exista una explicación lógica.

—Hay tantas cosas que no sabemos, que deberíamos proceder con cautela —reaccionó Luz—. ¿El nombre de Donnars le dice algo?

—No, tampoco. Pero su nombre aparece también una sola vez en la agenda. —Retrocedió unas cuantas páginas para señalar otra cita—: Mi padre visitó a ese Donnars, en algún lugar de La Haya, ocho días antes de su cita con Marten Toonder.

Luz y yo leímos lo que aparecía apuntado: «E. Donnars, Tienda de Antigüedades Het Oude Binnenhuis, Nobelstraat 1a, La Haya».

Aunque el nombre no me decía nada, había algo que enseguida llamaba la atención: el lugar reservado para la razón de la cita esta vez se encontraba en blanco.

Con las manos entrelazadas, los índices en la nariz, Robert Giltaij van Puyvelde nos miraba expectante. No supe qué contestarle. Sin poder sacar conclusiones, reflexioné sobre lo que ya sabíamos.

Durante la guerra, el dibujante de cómics Marten Toonder había recibido ayuda económica de Johan Diekmann, el padre de un vagabundo en cuyo maletín Luz había encontrado una lista con diferentes pinturas. Esa lista nos había llevado hasta este hombre, y ahora resultaba que su padre y Marten Toonder habían coincidido una vez, no mucho antes de su muerte. Esa cita se había concertado para «verificar una historia» que le había contado un tal E. Donnars.

—Yo estoy tan sorprendido como usted —le dije— y en este momento desde luego que no tengo ninguna explicación.

—Tampoco la habría esperado, entiéndame bien —fue su respuesta cortés—. Tal vez les parezca algo impaciente, pero comprendo muy bien que nosotros, como ya usted observaba con razón —miró a Luz—, debemos proceder con cautela. Quizá debieran examinar primero esas carpetas. Tómense el tiempo que consideren

necesario, luego vendré de nuevo a sentarme con ustedes.

Nos dejó solos y se instaló en su mesa.

Necesitamos menos de una hora para estudiar el material y ver confirmado lo que ya nos había anunciado Robert Giltaij van Puyvelde: no contenían nada sensacional. En opinión de Luz, la estructura era la misma que había encontrado en el Boijmans con las otras pinturas de Rubens, y se refería sobre todo a la génesis, modo pictórico y significado de los dos lienzos dentro de la obra del pintor. Se había hecho un estudio exhaustivo de las obras de arte, sobre la *provenance* no se mencionaba nada más que los lienzos procedían de la colección de D. G. van Beuningen.

Cuando hubimos terminado, Robert Giltaij van Puyvelde volvió a reunirse con nosotros. Estábamos a punto de marcharnos, pero había algo que me había estado preguntando durante todo este tiempo.

—¿Tiene usted alguna afinidad especial con Rubens? —le pregunté.

—¿Se habría esperado reproducciones suyas en las paredes? —me respondió sonriendo—. Pero tiene razón, no siento más que un interés superficial. La pintura no me apasiona en exceso y, entre tanto, ya sabe, mi tiempo libre lo dedico a otras cosas.

—Por supuesto —respondí—, en cualquier caso le estamos muy agradecidos por habernos querido atender. Si llegamos a averiguar algo más, tenga por seguro que se lo comunicaremos.

Noté que dudaba cuando quise darle la mano.

—¿Tienen un momento aún?

Salió de la habitación y Luz y yo nos miramos sorprendidos.

—Siéntense de nuevo, por favor —dijo cuando regresó.

Dejó ante nosotros, sobre la mesa, un pedazo de papel de embalar que abrió con cautela, sin tocar el contenido. En el papel había un dibujo de unos veinte centímetros por treinta. Era un esbozo de tres mujeres desnudas, en diferentes poses, con dos *putti* por encima de sus cabezas que utilizaban flores para coronarlas. Los contornos habían sido plasmados con rapidez, pero con tanto acierto que las robustas y redondas formas corporales y la expresión de los rostros eran perfectamente naturales.

Durante todos los años que había estado desempeñando este trabajo había entrado en contacto varias veces con pinturas singulares. Sentí cómo se me ponía la carne de gallina cuando sospeché qué era lo que había sobre la mesa.

—¿Este es un dibujo original de Rubens, de su propia mano?

Robert Giltaij van Puyvelde asintió y dijo:

—Es un estudio preliminar para dos pinturas mayores, una está colgada en Florencia y la otra en Madrid.

Nos quedamos contemplándolo en silencio durante un rato, luego mi admiración dejó lugar a la pregunta de por qué había decidido enseñárnoslo.

—Ya les dije que no deberían buscar la muerte de mi padre en el ámbito privado. Esta es la prueba, para mí es incontestable que mi padre amaba a mi madre. Este dibujo se lo regaló cuando llevaban veinticinco años de matrimonio. Como ya dije,

no soy ningún experto, pero se llama *Las tres gracias*. Las tres mujeres aquí representadas son las acompañantes de Venus, la diosa del amor. —Fue señalándolas una a una—: Aglaya es la divinización de la belleza, Eufrosine de la alegría y Talía de la felicidad floreciente.

Volvió a levantar la vista, nos miró y concluyó:

—Yo estaba presente cuando mi padre le fue explicando su significado y dijo que ella, su esposa, mi madre, representaba para él las tres cosas a la vez.

Una vez estuvimos en la calle, invité a Luz a tomar un café junto al río Amstel, al fin y al cabo estábamos cerca. En una terraza, que fue llenándose poco a poco, encontramos un lugar junto al agua. Todavía me resultaba difícil creer que acabábamos de contemplar un dibujo de Rubens. Un esbozo sencillo, bien es cierto, pero suyo al fin, de su propia mano y, además, algo que debía tener unos cuatrocientos años de antigüedad.

Luz estaba menos impresionada y pronto terminamos hablando del siguiente paso que podíamos dar. Mientras estábamos discutiéndolo, contemplábamos lo concurrido que estaba el río. Muchas personas habían aprovechado el buen tiempo para salir con sus botes.

Un cuatro con timonel, al que gritaba con una vieja bocina un entrenador que iba en bicicleta al otro lado del agua, me hizo recordar la época en que yo también había sido miembro de un club de remo al comenzar mis estudios en la universidad. Al final resultó que el remo no estaba hecho para mí, pero allí conocí a Eileen, que ahora había pasado a ser un recuerdo irreal, como mi vida entera se había convertido en irreal antes de que ella falleciera. Tras su muerte perdí el norte por completo durante mucho tiempo, pero poco a poco había ido mejorando y de momento ya había dejado los antidepresivos. Tal como estaba ahora aquí, con el sol dándome en la cara, me encontraba bien, no había más y tampoco pedía yo más.

Miré a la mujer joven sentada a mi lado. Su atractivo lo ratificaban las miradas de los demás hombres en esta terraza, pero ella parecía no darse cuenta. Su trabajo era importante para ella y era buena en él, yo mismo lo había podido constatar de cerca, pero ¿dónde estaban el placer y la alegría? Como mínimo, era incómodo ver cuánto se esforzaba por hacer algo de su vida y lo difícil que por lo visto le resultaba.

—Tu madre es peruana, ¿no? Eso me contó Jaap la última vez.

—Sí, es cierto. ¿Y a qué viene eso? ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. ¿Has estado allí alguna vez?

—Una sola, con mi madre. Ella es de Cuzco, esa ciudad fue el corazón del imperio inca, en lo alto de los Andes.

—¿Y qué tal lo pasaste allí?

Guardó silencio por un momento, en busca de las palabras adecuadas.

—Digámoslo así: me resultó difícil ver el efecto que producía en mi madre. Ella desciende de los incas y está muy orgullosa, pero también hay algo que la entristece, sobre todo cuando está en Cuzco. En esa ciudad y sus alrededores hay toda clase de

ruinas que recuerdan lo impresionante que debió de haber sido ese imperio. Por otra parte, su gloria se esfumó del todo para siempre, destrozada ya hace tiempo por los españoles. Sin embargo, sigue perviviendo aún con mucha fuerza en los corazones de muchos indios, sobre todo en el de mi madre y su familia. ¿Suena absurdo?

—No, por supuesto que no. Puedo hacerme una idea de lo difícil que debe de resultarle vivir aquí en los Países Bajos.

—Bueno, hablan a menudo de regresar, cuando mi padre se jubile. Quizá lo hagan algún día.

—¿Pensaste alguna vez en irte a vivir allí?

—No, ni hablar —respondió muy segura—. ¿Qué podría yo hacer allí? La policía es una enorme banda de corruptos, allí sólo puedes hacer carrera si tienes los contactos adecuados. El ser bueno o malo en tu trabajo no tiene ninguna importancia. Aquí puedo conseguir algo gracias a mis cualidades. Y, además, aquí tengo mi vida.

Como si tuviera miedo de que le preguntara en qué consistía exactamente esa vida, cambió de tema y se puso a hablar con demasiado entusiasmo sobre el hombre al que habíamos ido a visitar.

A ella le pareció que había hablado sobre el suicidio de su propio padre con llamativa racionalidad e impasibilidad. Mi impresión sobre Robert Giltaij van Puyvelde era algo distinta. Por impasible que fuera su exterior, en el fondo me parecía que se sentía un tanto incómodo. Tal vez se debiera a la vergüenza, la vergüenza que le producía el hecho de que hubiera sido necesaria la llegada de unos extraños para concienciarse de que nunca había ahondado en las razones del suicidio de su padre, dejándolo sin indagar durante todos estos años.

Quizá fuera esa también la razón por la que había dormido mal.

XIX

A Buitenveldert había ido con muletas y, para mi alivio, esta vez el traslado no tuvo ninguna repercusión. Ante la perspectiva de que dentro de poco tendría que subir tres empinados tramos de escalera para llegar a mi casa, me ejercitaba varias veces al día en las escaleras del hospital. Me costaba tanto esfuerzo que rompía a sudar, pero al final lo conseguía descansando una o dos veces para recuperar el aliento.

Dos días después, me enteré de que me daban el alta. Si bien con muletas, medicinas y un estricto programa de rehabilitación que me pidieron siguiera escrupulosamente, pero bueno... El médico que vino a comunicármelo fue el mismo que se presentó junto a mi cama cuando me desperté hacía ya más de un mes. Comparado con lo que había visto entonces, mi recuperación le pareció «espectacular».

Aunque a Charlotte no le hizo mucha gracia, rechacé su oferta de llevarme a casa. No porque tuviera cargo de conciencia por recurrir a su ayuda, sino porque quería hacerlo solo. Tras haber pasado tantos días entre otras personas, deseaba silencio, un silencio que en una casa no visitada por nadie durante todo ese tiempo quizá fuera más intenso de lo normal. Quería experimentarlo sin que me distrajera la presencia de otra persona.

A cambio de una buena propina, el taxista que me llevó a casa accedió a subir la maleta a la tercera planta. Cuando volvió a bajar, empecé yo la subida, peldaño a peldaño. Me detuve en la segunda planta y llamé en vano a la puerta de los vecinos. Cómo iba a saberlo, por regla general a estas horas del día la escalera se llenaba con los olores de toda clase de platos surinameses.

Una vez que estuve en casa, lo primero fue recuperarme antes de poder percibir el entorno.

Durante todo ese tiempo las ventanas habían estado cerradas, las partículas de polvo pendían inmóviles en la luz de los rayos de sol y el único sonido que oía era el tictac del reloj. Todo conservaba el mismo aspecto que tenía hacía más de un mes, cuando había salido por última vez de casa. Miré el periódico que había sobre la mesa, con noticias ya obsoletas. La mayoría carecían de importancia entonces, y no digamos ahora. Me puse en pie y recorrí con las muletas una habitación tras otra. En el dormitorio me senté al borde de la cama y alisé despacio el edredón con la mano. Esta noche iba a dormir por fin otra vez en mi cama. Meneé despacio la cabeza; si se hubiera desarrollado todo de otra manera, ya no habría podido volver a ver todo esto nunca más. En ese caso, ¿quién habría abierto la puerta y qué pasaría con mis cosas? Mis libros, la ropa, la reproducción de la pintura de Edward Hopper, la foto enmarcada de Eileen y todos esos objetos que, salvo para mí, apenas tenían valor o carecían absolutamente de él para otro.

Sólo en una ocasión anterior había entrado con una sensación semejante. Tras el entierro de Eileen estuve aplazando tanto como me fue posible el regreso a lo que una

vez había sido nuestro hogar. También entonces se ofrecieron a acompañarme. Pero ¿por qué? Cualquier palabra habría sido una palabra de más. También entonces recorrí una a una todas las habitaciones. Todo me la recordaba: su ropa, los libros, el maquillaje, las cosas que habíamos elegido juntos. Pero lo más insoportable era que su olor todavía seguía flotando por la casa, como si aún viviera, como si algo de ella aún estuviera vivo. Una vez que llegó a desaparecer por fin el olor de las habitaciones, seguí oliéndola al abrir el armario de la ropa, acariciaba sus vestidos con la mano y escondía la cara en alguna de sus prendas. Cuando decidí deshacerme de todo, no tuve el coraje de llevarlo a cabo solo ni decidir qué había que hacer con sus cosas, dónde debían ir, si a alguien podría servirle algo o si quería o no quería cualquier objeto. Escogí un par de cosas que quería conservar y al final llamé a su hermana.

Retomé mi vida habitual y la organicé tan bien como me fue posible en torno a mi discapacidad y al programa de rehabilitación. Una vez fuera del hospital, parecía que la recuperación era más rápida y el reposo obligado me había avivado el afán por entregarme al gran caso.

A pesar de esas fuerzas renovadas, me asusté cuando me recordaron un asunto que habría preferido olvidar. Rik Kronenberg llamó al timbre de casa y me preguntó si podía subir. Fue como si hubiera percibido el breve titubeo en su voz. «Nadine Husak está muerta», resumió la razón de su visita en cuatro palabras.

Mientras estaba esperándole en la puerta, noté que el sudor empezaba a brotarme del cuerpo. Me puse malísimo y fue tan grande la aversión por este caso, pese a haberla intentado reprimir lo máximo posible, que cuando llegó tuve que controlar las ganas que me entraron de decirle que se marchara.

Las dos veces anteriores que nos habíamos visto, si bien parecía sombrío, también tenía algo de tranquilo y equilibrado. Ahora no quedaba mucho de ese equilibrio. Tenía un aspecto cansado y tenso. Alerta e inseguro de lo que podía esperarme, escuché lo que había venido a contarme.

Nadine Husak había sido encontrada en el Schipperskwartier de Amberes. La habían matado a patadas o, mejor dicho, los habían matado a patadas, porque estaba embarazada de tres meses.

Primero acabaron con la criatura y después falleció ella, por diversas hemorragias internas. Según los doctores, el niño murió antes que la madre.

—Dios mío, qué terrible —me lamenté.

—Sólo la patearon en ese lugar, en el vientre. Como si quisieran que abortara así. Al intentar protegerse, le destrozaron las manos y los brazos a patadas.

Se le crispó la cara en un intento de controlar las emociones.

—Todavía se me viene a la cabeza cómo debió de haber transcurrido toda la escena. No puedo dormir. Ya no puedo dormir. —Y como si le pareciera necesario disculparse—: Nunca antes había pasado por una experiencia parecida.

¿Qué podía hacer para tranquilizarle? ¿Abrazarle? Este hombre era demasiado

inaccesible para ese tipo de cosas y tampoco era esa la razón por la que había llamado a mi puerta. Pero ¿qué quería, entonces? ¿Desahogarse?

—¿Sabes ya quién lo hizo?

Se recuperó y meneó la cabeza:

—No hay testigos, pero para mí que lleva el sello de Otik Perun. Mírate a ti, a ti también estuvo a punto de matarte a patadas. Esa es su marca: él no golpea, él pateo.

—¿La policía no tiene nada?

—Lo único que tienen es la historia de la muchacha con quien compartía una habitación, una prostituta también, pero no quiere comparecer como testigo. Según ella, Nadine tuvo una trifulca con Jirka Perun cuando se negó a abortar. Esa es la práctica habitual si algo falla y una de las chicas se queda embarazada. No me preguntes por qué, pero ella se opuso.

Me sorprendió que la llamara «Nadine»; antes siempre había sido «Nadine Husak».

Durante semanas no había sabido nada de él, ni siquiera se había tomado la molestia de devolverme las llamadas. Me había cruzado brevemente en su camino y en el de Nadine Husak para volver a desaparecer en un pispás. ¿Qué quería entonces ahora de mí?

—Me parece terrible, pero ¿por qué has venido a mi casa?

—Esto tiene que parar.

—¿Perdona?

—Me fui a Amberes y hablé con esa otra chica. Está aterrada y dice que, aunque quisiera declarar, no tiene ningún sentido, porque los hermanos Perun disfrutan de buenos contactos en la policía. Es lo que hacen en todas partes, también aquí en Ámsterdam, hacen creer a las chicas que la policía es corrupta y que no pueden hacerles nada. No es nada nuevo, pero en este caso debe de haber algo más. He estado hablando allí durante dos días con cualquiera que pudiera saber algo, pero sin resultados. Nadie sabe nada, pero eso no es todo. Tengo amigos en la ciudad que dicen que a los hermanos Perun se los protege a propósito, no se encuentran con ningún obstáculo. Y no sólo eso, ayer me visitó en el hotel una persona de la Policía Federal Judicial con el mensaje de que dejara de inmiscuirme. ¡La Policía Federal Judicial! ¡Con esa gente nunca había intercambiado palabra! Normalmente no les interesan los asuntos de prostitución, los consideran por debajo de su nivel. ¿Comprendes lo que quiero decir? Está pasando algo y quiero saber lo que es.

Empezaba a sospechar qué quería de mí. Me pareció bastante absurdo.

—¿Pero no eres tú quien trabaja en la policía? ¿Qué puedo hacer yo? —reaccioné disuasorio.

—Yo soy policía, no inspector. En Bélgica no hacen nada, eso me ha quedado bien claro, y tampoco estoy dentro de la investigación en los Países Bajos. Lo que oigo de la misma, no me gusta: los siguen, escuchan, molestan, pero es insuficiente para incoar un proceso, y si no se consiguen resultados pronto, cierran el caso. Si no

hay posibilidades razonables de éxito, no se seguirá investigando.

—Bueno, entonces ya lo has dicho tú todo, ¿no? En Bélgica los dejan en paz por alguna razón y aquí tus colegas no tienen nada para pillarlos. ¿Qué quieres de mí? ¡Tío, mírame! Me han dado una paliza, ya sabemos quién, ¿y qué pasa con mi denuncia? ¡Nada!

Mi frustración y mi enfado reprimidos provocaron una reacción más intensa:

—¿Entonces? ¿Quieres dejarlo todo cómo está? ¡Ayúdame, joder!

Levanté las manos al aire con un gesto de rechazo y dije:

—No te comprendo. El que yo tenga que ayudarte a ti es el mundo al revés, ¿no?

—¿Que tú no me comprendes a mí? ¡Soy yo quien no te comprende a ti! ¿No sentías tanta lástima por ella? Al menos no me dio la impresión de que lo que más te importara fuera el dinero. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. ¿Y qué?

—No he venido aquí por las buenas, he estado informándome sobre ti. Si eres tan bueno como dicen, ¿por qué no me ayudas entonces?

—Este capítulo ya está cerrado para mí.

—¿Es así? Sigues vivo, ¿no? Se habría terminado si te hubieran matado a patadas. Ahora puedes devolvérsela.

Había puesto todo su poder de persuasión en esas últimas palabras. Me puse en pie y me dirigí hacia la ventana. Mientras miraba afuera, sentía los ojos de Rik Kronenberg en mi espalda. Frustrado, al borde de la extenuación, demasiado implicado en el destino de una muchacha que, entre tanto, se había convertido en «Nadine», trabajando en un departamento de la policía donde no estaba autorizado a investigar, ¿qué me hacía confiar en este hombre? En una cosa sí que tenía razón, el que hubiera aparecido por aquí significaba que el asunto todavía no se había terminado, por mucho que me empeñara. Pero si iba a hacer algo, tendría que garantizarme que sería a distancia. Quería evitar, costara lo que costara, verme enfrentado con esos hermanos.

—¿Qué quieres en concreto de mí?

—El que me diga un inspector federal belga que debo dejar en paz a los hermanos Perun significa algo. No me han dicho que la razón sea porque la policía es corrupta, no tengo nada que decir al respecto, ¿no? Debe de haber otra razón por la que debo de dejarlos en paz. Ayúdame a encontrar algo con lo que podamos pillarlos.

—¿Qué información puedes conseguir? Aparte de lo que me has contado, no sé nada de esa gente. ¿Tienes acceso, por ejemplo, a lo que ha ido reuniendo la investigación criminal?

—En la JZP tengo buenos contactos, allí sí que puedo entrar.

—¿Pero? —pregunté.

—Sé que también la BFER, la Policía Judicial para Delitos Financieros y Económicos, está recopilando información para el dossier, pero por desgracia allí no conozco a nadie. Son muchachos que van siempre por libre.

—¿A qué se dedican allí?

—Observan sus empresas y los flujos monetarios. Estructuras de blanqueo de dinero, cuentas secretas en el extranjero, fraude fiscal, ese tipo de cosas.

—¿Y en Bélgica? ¿Puedes sacar información de allí?

—Tendría que averiguarlo —respondió hosco y comprendí que no podía esperar mucho por ese lado.

Sopesé lo que había oído. El hecho de que iba a cometer un delito si veía información que no estaba destinada a terceros no me importaba mucho. El hecho de que en el mejor de los casos iba a poder comprender a lo sumo una parte de lo que había recopilado la policía judicial me parecía más jodido.

—¿Podrías llevarte la información de la JZP sin llamar la atención?

Se dio cuenta de que prácticamente ya me había convencido y respondió con un «sí» muy rotundo.

—Empecemos, pues, pero con una condición: quiero ver lo que los demás han recopilado, pero yo no me implicaré en la investigación de manera activa.

Asintió con la cabeza:

—No te pido más.

Se marchó sin darme las gracias. A su modo de ver, yo tenía mis propios motivos para entrar en el asunto, no lo estaba haciendo por él.

Busqué entre mis papeles las fotos de Nadine Husak y las coloqué delante de mí sobre la mesa. Sólo había intercambiado un par de palabras con ella. Cuando estuve sentado a su lado en el coche de Dirk Braam se había pegado a la puerta para que la distancia que nos separaba fuera la máxima posible. No me conocía y no tenía ninguna razón para confiar en mí, menos después de todo lo que le había pasado. Vi la tristeza en su rostro mientras estaba durmiendo y entonces pensé que el resto de su vida tendría que llevar consigo todo lo que le habían hecho. El resto de su vida. Sacudí la cabeza amargamente: qué poco puede llegar a saber un hombre.

No había significado nada para el chulo que la prostituía ni para el putero que la utilizaba. Una puta joven, que acababa de cumplir la mayoría de edad y por eso estaba permitido follársela. Así estaba dispuesto en la ley neerlandesa. En realidad, todavía seguía siendo una niña, una niña a la que habían obligado a prostituirse y a la que se le había venido encima una incomprensible cantidad de miseria. Una niña que regresó con la gentuza que la maltrataba cuando amenazaron a sus padres y hermanos, a quienes había querido proteger. Lo mismo hizo por su hijo nonato cuando la obligaron a abortar. Allí había trazado una raya, sola, con nadie a quien recurrir. Cuánto valor había sido necesario para enfrentarse a esa chusma. Y qué miedo debió de haber pasado.

Rik Kronenberg tenía razón: no estaba haciéndolo por él.

XX

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Bert. Dejó de exprimir naranjas, se limpió las manos en el delantal y me observó indagador—. Ahora ya me explico por qué hace tanto tiempo que no te veo. ¿Un accidente de trabajo?

—Algo por el estilo —respondí y, para evitar más preguntas, fui yo quien preguntó—: ¿Qué es lo que he oído, vais a cerrar?

—Es lo que parece.

Sonó impasible, como si apenas fuera importante. Él llevaba trabajando aquí sólo unos dos años. Para mí era distinto, pues este lugar se había convertido en parte de mi vida. Hacía más de veinte años que lo frecuentaba para recibir clientes, leer el periódico, reflexionar sobre los casos en que estaba trabajando y comer cuando no tenía ganas de cocinar. Y los conocidos con quienes hablaba me conocían lo suficiente como para saber cuándo debían dejarme en paz.

—Y bien, ¿qué van a poner aquí?

—Seguirá siendo algo de hostelería, eso es todo lo que sé.

—¿Hostelería? Eso puede ser de todo. Bueno, ¿tienes un capuchino y un vaso de zumo recién exprimido?

Llevaba más de un mes sin ir por allí, pero en mi café habitual, que ahora había sido desahuciado, no había cambiado nada. Tan sólo los pósters de las paredes, en los que se anunciaba todo tipo de actividades de recreo, habían sido sustituidos por otros nuevos. Estuve observándolos un rato y vi que en la Kleine Komodie, la Pequeña Comedia, dentro de poco habría una actuación de Alex Roeka. Sí que me apetecía, así que apunté la fecha. Tal vez fuera una buena ocasión para hacer algo con Charlotte. ¿Qué clase de música le gustaría?

Señalé al anuncio y pregunté a Bert:

—¿Tienes algo de él?

Negó con la cabeza:

—Ni siquiera he oído hablar de él. ¿Qué tipo de música es?

—Es difícil de explicar.

Cojeé sobre las muletas en dirección a la mesa junto a la ventana, mientras Bert llegaba detrás de mí con el zumo de naranjas recién exprimidas y el café. Era temprano todavía y yo era el único cliente en todo el local.

Me quedé con la mirada fija en el exterior y debí de abismarme en mis pensamientos, porque sólo noté a Luz cuando estaba a mi lado hablándome.

Mi mirada debió de reflejar tanto susto que, algo desconcertada, me preguntó si no me molestaba.

—Lo siento, por lo visto tengo todavía metido en el cuerpo el susto de la paliza. No, tranquila, eres bienvenida, siéntate.

—Normalmente te hubiera llamado por teléfono antes, pero tengo algo que me gustaría enseñarte.

Sacó de una funda de plástico transparente tres medias hojas de formato DIN-A4 y las fue poniendo con cuidado sobre la mesa, unas al lado de otras.

—He ido a La Haya a buscar en la Oficina Central de Genealogía datos sobre ese señor Donnars. Estas son copias de las denominadas «Fichas de identidad».

Deslizó hacia mí la del medio:

—Esta es la ficha del «Johan» de la carta de Charley Toorop. Su nombre completo es Joannes Mathias Diekmann. Joannes sin hache, pues.

A continuación, deslizó hacia mí la copia de la izquierda:

—Tuvo un hijo: Mathias Daniel. Esta es la ficha de nuestro vagabundo.

Por último, deslizó la última copia en mi dirección:

—Así los he encontrado. Esta es la ficha de Donnars, la «E» inicial es de Egbert. —Dio un golpecito con el dedo en una de las casillas de la ficha—: Esto es lo que los une. Aquí está el nombre de su esposa: Christina Diekmann. Egbert Donnars era el cuñado de nuestro mecenas misterioso.

Observé primero la copia con los datos personales de Joannes Mathias Diekmann. Había nacido en La Haya el 18 de noviembre de 1889 y falleció también allí el 22 de abril de 1955. Su esposa era Leentje Cornelia van der Kwast, fallecida el 24 de febrero de 1959. Su único hijo, Mathias Daniel, nació el 13 de mayo de 1953. El muchacho que después viviría como un vagabundo y moriría en soledad se había quedado huérfano, por tanto, a temprana edad. Apenas tenía dos años cuando murió su padre y no llegaba a los seis cuando falleció la madre. De su madre probablemente podía recordar aún algunas cosas, pero lo que sabía de su padre debió de habérselo oído a otros.

Por la ficha de identidad del hijo parecía estar claro que probablemente fueran sus tíos quienes le habían hablado de sus padres, fallecidos tan pronto; le registraron en su dirección después de haberse quedado huérfano.

Sin prácticamente nada como punto de partida, Luz había logrado averiguar la identidad del padre y del hijo Diekmann.

—Estupendo, Luz, esto es de veras digno de un gran cumplido. Ahora conocemos hasta la profesión del padre.

En la casilla «Profesión» aparecía escrito «Escultor»; esa palabra, sin embargo, había sido después tachada y sustituida por «Restaurador de cuadros».

—Quizá trabajaran juntos —aventuró ella—. Donnars con su tienda de antigüedades Het Oude Binnenhuis y su cuñado Diekmann como restaurador de cuadros.

—La lista con pinturas vendidas tal vez pueda explicarse como una actividad conjunta —sugerí yo—. No me parece inverosímil, y entonces estarían juntos en el negocio del arte.

—Sí, ya lo he considerado —respondió ella—. Con lo que Diekmann ganaba, pudo ayudar a Charley Toorop y a Marten Toonder, y quién sabe a cuántos más.

Estuvimos sentados en silencio durante un tiempo, mirando los papeles que se

encontraban entre nosotros sobre la mesa.

—Y esta no es toda la historia —verbalicé lo que los dos estábamos pensando.

—Sí, ya lo sé. No paro de pensar en lo que había escrito en la agenda de Giltaij van Puyvelde junto a su cita con Marten Toonder: «Verificar la historia de Donnars». ¿Qué le habría contado Donnars y por qué debía comprobarlo con Marten Toonder?

—¿Y de qué se habría enterado para que decidiera suicidarse tres semanas después? —pregunté.

—Sí, a mí también se me pasó por la cabeza que posiblemente haya una relación.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Todo el mundo ha muerto —suspiró. Cogió la ficha de Donnars—. Aquí pone que su esposa ya había fallecido en 1965, él en 1970 y no tenían hijos. Charley Toorop, Edgar Fernhout, Giltaij van Puyvelde, Van Beuningen, Donnars y, naturalmente, los propios padre e hijo Diekmann; todos muertos. Si esto hubiera pasado un año antes, le habríamos podido preguntar a Marten Toonder, pero ahora él tampoco está entre nosotros.

Por primera vez percibí algo de desaliento en su voz.

—Siento como si se me hubiera parado el motor al ver la meta. ¿Tú qué piensas?

—¿Estás ya harta? —le pregunté—. Con todo el tiempo y la energía que llevas invertidos, es comprensible.

Había tocado una cuerda sensible, porque una sombra le cubrió el rostro.

—En efecto, si inviertes tanto tiempo, es porque de alguna manera esperas resolver el caso. También sé, naturalmente, que no es ninguna consecuencia automática, pero bueno; como esto se quede así, me llevaré un chasco enorme.

—Si se tratara de un caso antiguo, entonces sí. Quizá haya que dejarlo reposar un par de días y distanciarse un poco.

—Es difícil, quiero cerrarlo ya.

—Lo comprendo, pero quizá más tarde vuelvas a verlo con mayor frescura.

—Tal vez sea una buena idea, sí. —Y para indicar que quería cerrarlo, dijo con el tono de voz más alegre que le fue posible—: Después me centraré en Marten Toonder. Con Charley Toorop y su hijo no pude encontrar nada referente a Diekmann, pero me parece que es el enfoque más lógico.

—Sí, yo haría lo mismo. La alternativa es visitar uno a uno a los propietarios de las otras pinturas, pero eso equivale casi a empezar de nuevo. Además, es muchísimo trabajo, quizá hasta tendrías que ir al extranjero. No, mira, mejor excluye primero la vía de Marten Toonder.

—Muy bien, así lo haré.

Luz cogió de la mesa las copias de las fichas de identidad y las guardó. Yo estaba pensando en algo que ya me rondaba la cabeza desde el momento en que había leído la profesión de Joannes Mathias Diekmann en su ficha.

—Hablabas de todas esas personas fallecidas que tal vez nos hubieran podido contar algo más. Yo podría añadir alguien a esa lista.

Se quedó mirándome sorprendida.

—Se me ocurrió cuando leí la profesión de Diekmann: «Restaurador de cuadros». Yo tenía un muy buen amigo, Adriaan Mantingh, que entre unas cosas y otras ya lleva unos cuantos años muerto. Me ayudó varias veces con mi trabajo. Era un experto en arte con mucha experiencia, internacionalmente conocido incluso, especializado en el Siglo de Oro de la pintura neerlandesa. Aunque Adriaan no era ningún restaurador, sí que se relacionaba mucho con ellos. En la época de la guerra era relativamente joven, pero siempre tuvo el talento de trabajar con grandes profesionales. Si Diekmann era bueno en su trabajo, no está del todo excluido que se hubieran conocido. Ese mundo no es tan grande, así es hoy en día y antes no debía de ser distinto. —Por último, le sonreí—: Otro muerto más al que ya no podemos preguntar; hay toda una lista así. Tampoco sé si nos hubiera reportado algo, pero tengo una memoria de elefante y no logro recordar que Adriaan haya mencionado alguna vez el nombre de Diekmann.

Seguimos hablando un poco sobre los Diekmann padre e hijo. Mathias se mudó tras la muerte de su tío Egbert Donnars y vivió hasta 1984 en otras dos direcciones de La Haya. Después ya no había nada en su ficha de identidad. Si esos datos eran correctos, durante más de veinte años había llevado una vida de vagabundo.

Cuando nos despedimos, le recomendé de nuevo a Luz que olvidara el caso durante un par de días.

—Muy bien, pero ahora que estoy en Ámsterdam, me pasaré con estas fichas por la Oficina Municipal de Exequias. En la tumba hay un nombre equivocado y le falta la fecha de nacimiento. Así pues, Mathias Dijkman debe ser Mathias Daniel Diekmann, nacido en La Haya el 13 de mayo de 1953. Después de todo el esfuerzo que han hecho por enterrarle en condiciones, creo que les gustará saber que hemos conseguido averiguar su identidad.

XXI

Estuve deambulando el resto del día con la cabeza llena de recuerdos de Adriaan Mantingh. Durante los quince años que duró nuestra amistad hablamos sobre todo de las peripecias actuales en el mundo del arte, pero también muy a menudo de un período que ese sector prefería que no le recordaran. El auge en el comercio de obras de arte durante la Segunda Guerra Mundial y la colaboración con los nazis, que compraban arte a gran escala por encargo de Hitler, Göring y otros prebostes del nazismo. Adriaan podía contar historias fascinantes sobre esa época: la rapiña del patrimonio artístico judío organizada por los nazis, todas esas obras maestras que se comercializaron y el asunto del famoso falsificador de Vermeer: Han van Meegeren. Y una vez que hubo terminado la guerra, la búsqueda de todo ese arte desaparecido, donde los aliados y el Ejército Rojo se vieron envueltos en una carrera desenfrenada. La manzana de la discordia de Adriaan fue la política de restitución de las autoridades neerlandesas. Se había convertido en un crítico muy marcado de la escandalosa e insensible manera en que el aparato estatal les había señalado la puerta a los supervivientes y deudos judíos en sus reclamaciones de las posesiones artísticas recobradas.

Así pues, Donnars y Diekmann también habían vendido pinturas durante la guerra, pero no podía recordar haber oído sus nombres nunca de boca de Adriaan. Sin embargo, algo no cesaba de dar vueltas en mi cabeza y me invadía la sensación de que de forma inconsciente había registrado algo que ahora no me dejaba en paz. Intenté recordar de nuevo todo lo que había en las fichas de identidad.

Tras mucho dudar, llamé a Luz y le pedí que me las enviara por fax. Cuando estuvieron ante mí, estudié todos los datos uno a uno. Al cabo de un tiempo, mi mirada se detuvo en el nombre de la madre de Joannes Mathias Diekmann: Agatha Etermans. Pronuncié despacio y en voz alta su apellido unas cuantas veces y poco a poco fui percatándome de que lo había oído antes. Cuando por fin le adjudiqué un lugar, asentí con la cabeza y dije: «Eterman, sin la ese, Eterman. Joder, es eso, Eterman. Diekmann utilizó el nombre de su madre».

Con los ojos cerrados intenté recordar en vano cuándo y, sobre todo, en qué contexto había mencionado Adriaan ese nombre. No me aportó más que la conciencia corrosiva de que ese dato estaba almacenado en algún lugar de mi memoria.

Llamé a Luz y juntos especulamos sobre lo que podía significar que Joannes Mathias Diekmann se hubiera servido del pseudónimo Eterman. ¿Por qué? ¿Qué tenía que ocultar alguien que había ayudado tanto a otros, y no a pocos, además, durante la guerra? Según el hijo, su padre y Marten Toonder habían sido amigos y, sin embargo, eso fue lo único que le quiso contar a Els Heerlien.

Nuestra esperanza estaba depositada en lo que pudiera descubrir luego Luz. Yo mismo estaba abrumado por la montaña de información que había recibido por parte de Rik Kronenberg. Se había investigado tanto sobre el grupo Perun que fue

trayéndolo en pedacitos. Cuando terminaba de estudiarlo, nos citábamos en algún sitio y me daba nuevo material. Para alguien en mi situación, que aún tenía tan poca movilidad, era la clase de trabajo que llegaba en el momento adecuado. Y una vez que me puse manos a la obra, no me volvió a parecer aburrido. Obtuve una posibilidad inesperada de seguir de cerca cómo se llevaba a cabo una investigación de esas a gran escala. Cuanto más leía, tanto más crítico era con el planteamiento o, mejor dicho, la ausencia de planteamiento. Se había investigado hasta la saciedad y recopilado mucha información, pero no se vislumbraba ninguna línea clara. En lugar de establecer un objetivo fijo, parecía que lo que esperaban era cualquier golpe de suerte. Confirmaba lo que yo ya sabía: muchas de las personas que trabajaban en el caso tenían un nivel bastante mediocre. Las cualidades de alguien como Jaap Tielemans eran poco frecuentes y, en su caso, ni siquiera se valoraban, pues les parecía demasiado obstinado.

Había también otra cosa que resultaba restrictiva, casi asfixiante, y que aumentaba la presión de trabajo para personas que probablemente ya estaban desbordadas. Era justo lo que Jaap había dicho antes: todo lo que se oía o se observaba «en el campo», cada llamada telefónica que se intervenía, cada conversación que se mantenía, todo ese trabajo de investigación debía registrarse acto seguido, fijado en apuntes e informes. Parecía que no sólo se hacía por el interés de la investigación misma, sino que existía un fuerte elemento de rendir cuentas, como si el agente que tecleaba el informe fuera consciente de que alguien le estuviera mirando por encima del hombro. Seguro que todo tenía que ver con los contratos de resultados con que trabajaba la policía. Rik Kronenberg no formaba parte de la policía judicial, pero él también debía cumplir unos objetivos: escribir por lo menos dos atestados al día, aunque sólo fuera por el piloto trasero roto de un coche.

El grupo Perun estaba bien identificado, incluso con un auténtico organigrama. Los hermanos se encontraban en lo más alto, tenían seis «colaboradores fijos» y un gran número de empleados eventuales. Entre estos últimos encontré un nombre conocido: Ulku Ortac, el macarra turco que trabajaba en Alkmaar y alrededores. Salvo un abogado de Ámsterdam, no había ningún neerlandés autóctono entre los miembros de la banda. Los hermanos Perun tenían su residencia habitual en Colonia y cuando visitaban Ámsterdam se quedaban en hoteles que iban alternando. Los nombres y las direcciones de esos hoteles, los restaurantes donde comían, las matrículas del parque móvil del grupo, todo estaba consignado por escrito. También se hallaban bien registrados los nombres de las chicas que trabajaban para ellos, incluido el de Nadine Husak, y en el dossier había hasta copias de sus pasaportes. Se había realizado un estudio detallado sobre quién debía de controlar a quién, incluidas las chicas que tenían mayor categoría y vigilaban a las otras chicas, y dónde las ponían a trabajar. Como ya me había contado Rik Kronenberg, rotaban continuamente. Y no sólo en los Países Bajos, también las pasaban a Bélgica y a Alemania.

Sólo ahora que veía la profusión de datos sobre cómo los hermanos Perun habían organizado su red de prostitución, fui consciente del tiempo y dinero que debía costar el seguir ya sólo a esta banda. Debía de ser enorme la presión que suponía tener que imponer una exitosa pena a los sospechosos a cambio de semejante inversión.

Junto al club de alterne Ecstasy Sex Palace y un local de *striptease*, el grupo Perun explotaba en el barrio rojo dos salones de juego y se tenían indicios de que también estaban metidos en el negocio inmobiliario. Para la estructura financiera y de propiedades remitían a la BFER, la Policía Judicial para Delitos Financieros y Económicos. Me fastidió no poder acceder a esa información, pues el dinero era el único móvil de estos criminales y probablemente también su talón de Aquiles: «Quítales el dinero, sólo eso los joderá de verdad». Esa era la razón por la que durante los años anteriores había sido tan importante la investigación financiera para abordar el crimen organizado, pero precisamente esa información no estaba disponible para mí.

Por lo demás, en el dossier había informes de visitas a colegas de Alemania y Bélgica. Las actividades del grupo Perun en Alemania estaban mucho más detalladas que en Bélgica. Rik Kronenberg había planteado una posible razón para esa falta de información en Bélgica: allí respetaban al grupo Perun a propósito. Pero en un fragmento encontré un par de líneas en las que se ofrecía una explicación que parecía bastante más plausible que cualquier teoría del complot infundada: la prostitución y la trata de blancas sencillamente no estaban situadas en un puesto importante de la agenda política belga. Al igual que en otras partes del mundo, la justicia en Bélgica tenía medios limitados y estos iban en primer lugar a la lucha contra el tráfico de drogas. Por lo demás, como consecuencia del caso Dutroux, se habían fijado en todo lo que oliera a pornografía infantil.

Me retrepé y lancé un suspiro. Tenía una buena impresión de Rik Kronenberg, pero en su deseo de atrapar a estos criminales, ¿no se le estaría saliendo de madre la fantasía?

Me topé con una nota indignada, dirigida al Ayuntamiento de Ámsterdam, en la que la JZP se quejaba de la falta de coordinación de un ayuntamiento que, por propia iniciativa y sirviéndose de la ley Bibob, había decidido retirar las licencias de los clubs de alterne y de los locales de *striptease*. «No es ninguna solución. ¿Dónde están esas chicas ahora?», había escrito alguien enfadado al margen.

Por último, me entregué a la lectura de cientos de páginas mecanografiadas de conversaciones telefónicas. Rik Kronenberg ya me había indicado que los hermanos Perun y sus socios daban por seguro que sus teléfonos estaban intervenidos y eso podía apreciarse muy bien. La mayoría de las conversaciones eran breves, se referían a asuntos prácticos e insignificantes y, cuando se trataba de información probablemente relevante, eran tan crípticas y resultaba tan evidente que utilizaban palabras en código, que no estaba nada claro de qué hablaban.

Sin embargo, fueron esas conversaciones las que leí con mayor interés, y en

especial las de los hermanos Perun. Aquí aparecía literalmente cómo hablaban los hombres que me habían maltratado. Su lenguaje era grosero y rotundamente denigrante cuando hablaban de las chicas que tenían trabajando. A sabiendas de que el proxenetismo no era un delito mientras no fuera evidente que había coacción, hablaban de putitas y zorras. A las chicas se les despojaba de su personalidad al no llamarlas por su nombre. En su lugar, utilizaban los pronombres «ella» o «ellas». Aunque aquí sólo podía leer el texto, sin oír las conversaciones, el tono era de desprecio manifiesto y de fría dureza.

En un batiburrillo de noticias breves, ultracortas, en gran medida insignificantes e intrascendentes, y mensajes velados de tal manera que no ofrecían ningún detalle de lo que se decía realmente, me llamó la atención una conversación que se apartaba del resto. El agente que lo había mecanografiado había anotado que el sospechoso, Jirka Perun, había recibido una llamada desde una cabina telefónica de Bruselas en la que un hombre desconocido, que hablaba flamenco, ni había dicho su nombre ni se había esforzado en hablar alemán, la lengua de Jirka Perun aparte de las pocas veces que hablaba en checo. Por lo visto, el hombre presuponía que Jirka Perun comprendía el suficiente flamenco para poder seguirle, lo que se convirtió en un diálogo en el que una de las partes hablaba flamenco y la otra alemán.

Al interlocutor se le asignaba la letra «D», a Jirka Perun las letras «JP».

D: «¿Y bien? ¿Por qué no tengo noticias tuyas?»

JP: «Paciencia.»

D: «¿Paciencia? Nuestro acuerdo corre peligro. ¿Lo entiendes?»

JP: «Sí, sí.»

D: «¿Cuánto falta?»

JP: «No mucho.»

D: «Con esto yo no puedo hacer nada, ¿entiendes?»

JP: «Sí, sí.»

D: «Prisa, debes darte prisa, de lo contrario será el fin de nuestro acuerdo. ¿Lo entiendes?»

JP: «No tardará mucho.»

D: «Por la cuenta que te trae.»

Después de esta nota había otra de una conversación que habían mantenido dos días después las mismas personas, y de nuevo fue Jirka Perun quien recibió la llamada. Esta vez desde una cabina de Lieja.

D: «¿Tienes algo o no?»

JP: «Samarinda.»

D: «¿Qué?»

JP: «Samarinda.»

D: «¿Dónde?»

JP: «Amberes.»

D: «¿Cuándo?»

JP: «La semana que viene.»

D: «¿La semana que viene? ¿Qué día?»

JP: «No lo sé. Eso puedes averiguarlo tú, ¿no?»

D: «De acuerdo. Esperemos que salga bien.»

JP: «No lo estropees.»

D: «¿Qué? ¿Me estás dando un consejo?»

JP: «Sí, sí. Tenemos un acuerdo.»

D: «Sí, todavía. Tendrás noticias mías.»

Entre otros muchos informes incomprensibles, pasó algún tiempo antes de que fuera consciente de la razón por la que precisamente estos pinchazos llamaban mi atención. En casi todos los casos Jirka Perun era la parte dominante, daba órdenes, era seco o abiertamente tosco y grosero, pero aquí estaba claro que no era él quien cortaba el bacalao. Aunque no escuchara las conversaciones y sólo pudiera leer las transcripciones mecanografiadas, no me sorprendería que el tono de «D» dirigiéndose a Jirka Perun fuera autoritario y antipático.

El agente que había estado trabajando con este pinchazo no había ido mucho más allá de hacer un gran signo de interrogación al margen y escribir la observación: «Seguir indagando». Miré la fecha de las conversaciones: hacía más de dos meses, pero parecía ser que el prometido seguimiento no había llegado nunca.

La siguiente ocasión en que hablé con Rik Kronenberg parecía afectado. Circulaba el rumor de que el expediente sobre la banda de Perun iba a cerrarse dentro de poco. En conversaciones recientes que se habían interceptado aparecían señales de que el grupo quería trasladar su campo de acción. Los hermanos Perun estarían sopesando seriamente abandonar sus actividades en el barrio rojo de Ámsterdam. La razón de este abandono eran los planes muy avanzados del Ayuntamiento de Ámsterdam, y en especial en el distrito Centro, de despojar de una vez por todas al barrio rojo de las influencias criminales.

La banda de Perun había sufrido con la ley Bibob todas las consecuencias de ese ataque, llamado administrativo, contra el crimen organizado, pero esa sólo fue una primera ola. Poco antes, el distrito Centro había anunciado que iba a retirar a los peces gordos los permisos para la explotación de escaparates, burdeles y sectores «criminógenos», así como los *coffeeshops* y las salas de juegos recreativos. El rey del porno, «Gordo Charles» Geurts, propietario de más del diez por ciento de toda la oferta de escaparates en el barrio rojo, Citon Chang, Bert «Shout» Cirkel, la tailandesa Natraphee Khamma, Anna Sweering y también los hermanos Perun serían esta vez tratados con mano dura por asuntos que antes carecían de importancia y por los que no se los molestaba. Geurts y sus socios habían tenido los meses pasados la posibilidad de presentar recurso de amparo mediante el así llamado «punto de vista», pero la previsión era que obtendrían un cero en la solicitud. Unos cuantos de ellos, que se las veían venir, habían emigrado a Haarlem, pero el alcalde allí también había anunciado que apostaría por la ley Bibob.

Según Rik Kronenberg, todo parecía mucho más bonito de lo que en realidad era. Si bien a los criminales les imposibilitaban trabajar, no serían condenados. Además, buscarían otras maneras de prostituir a sus chicas en el sector de visitas a domicilio, burdeles ilegales o lo que se terciara, fuera de la vista y el control de la Administración. Estaba plenamente convencido de que a gentuza como los hermanos Perun había que pillarlos de verdad, en lugar de atosigarlos, porque de lo contrario seguirían proliferando sin problemas en otro lugar.

—Lo cual acaba siendo una carrera contrarreloj. Si no encontramos algo rápido, cierran el expediente y a toda esa gente que había estado trabajando en él se la traslada a otros casos. Si luego llegamos con algo, lo apartan sin más. Así que es ahora o nunca.

Después de haber escuchado sus sombríos argumentos, le puse delante los informes de los pinchazos telefónicos y pregunté:

—¿Puedes hacer que tus contactos belgas indaguen esto? Tal vez aclare por qué allí los dejan en paz.

Se acercó las hojas mecanografiadas y, tras leerlas, asintió.

—Perun está informando aquí a alguien, quizá a alguien de la policía. ¿Es lo que crees?

—¿Con lo que me contaste de que allí por lo visto pueden campar a sus anchas? Sí, desde luego que es lo que creo. Me gustaría saber qué tipo de información pasa, pero sobre todo pide encarecidamente a tus contactos que sean discretos.

—Eso no hay ni que decirlo —sonó desabrido.

¿Era así? ¿Se daba cuenta de veras de lo que le estaba diciendo? Me incliné hacia delante y le cogí por los brazos:

—Escúchame bien, la vez anterior tenías buscando a la Policía Criminal Federal. Entonces no pudiste hacer nada, pero no me apetece lo más mínimo mover este saco de mierda. Ya me las he tenido que ver una vez con esos hermanos Perun y no me gustaría volver a repetirlo.

XXII

—*Samarinda* es el nombre de un buque portacontenedores de bandera venezolana — dijo Rik Kronenberg cuando me llamó—. Ese barco fue interceptado hará más de un mes en el puerto de Amberes con un enorme alijo de cocaína oculto en un par de cilindros de cable de acero.

Dejé escapar un silbido:

—Entonces no era pequeño el soplo de Perun, ¿no?

—No, y que lo digas. Ha sido la mayor aprehensión de drogas que hayan hecho nunca en Bélgica: 4.600 kilos, con un valor en la calle de más de 220 millones de euros. A este lado del océano se han producido unas veinte detenciones. Un acontecimiento bastante internacional, con gente de Colombia, Venezuela, Ecuador, Bélgica, Italia y nuestros propios Países Bajos. Los italianos hablan de implicación de la mafia. Se ha convertido en un escándalo político enorme que incluso ha llevado a plantear preguntas en el Parlamento belga. También aquí se ha escrito mucho al respecto. ¿Lo recuerdas?

—No, no me enteré de nada, por entonces estaba en el hospital.

—Pues no eras el único.

—¿A qué te refieres?

—Me contaron que la detención de esa banda fue una operación bien preparada y muy limpia, sin muertos, tiroteos o persecuciones salvajes, pero sí hubo un herido. Uno de los colombianos, el supuesto jefe de la banda, al intentar escapar, atravesó de un salto el cristal de un apartamento y en su tentativa de saltar de un balcón a otro, cayó desde un cuarto piso. Sigue vivo, pero ha quedado tetrapléjico y está en la cama de una dependencia custodiada, mirando al techo como una flor de invernadero.

—Sí, ¿y bien? ¿Qué tiene de especial?

—Bueno, todavía puede hablar y tiene una lengua muy larga. Desde su cama del hospital ha anunciado que ya se encargará él de que todos los belgas en Colombia sufran las consecuencias. En resumidas cuentas, que su familia va a vengarse. Se le ha tomado tan en serio que la embajada belga en Bogotá ha recibido instrucciones de cómo debe actuar, incluido un aviso a los compatriotas que viven y trabajan en Colombia. Han llevado incluso a que el Ministerio de Asuntos Exteriores haya emitido un comunicado en el que desaconseja viajar a este país. Eso ya es en sí bastante especial y, por lo visto, tan delicado que se ha intentado no darle demasiada publicidad. No se ha conseguido, porque los partidos de derechas lo han recogido con agradecimiento y se han encargado de inflar el asunto al máximo, planteando preguntas al Parlamento sobre lo que hace la Administración con el crimen organizado y sobre quién manda en realidad en su país. Han jugado, sobre todo, la carta de todos esos extranjeros que siguen entrando en Bélgica y sólo acarrear problemas.

—¿Y bien? —pregunté.

—¿Y bien qué?

—¿Se han vengado ya? Ya ha pasado un mes.

—No tengo ni idea. En cualquier caso, yo no he leído nada. Tal vez no sea para tanto y sólo sean fanfarronadas. Tal vez vayan en serio y estén aguardando a que se calmen las aguas para golpear entonces. Si yo fuera belga y no tuviera la necesidad imperiosa de estar allí, me mantendría lejos. Son criminales peligrosos y, si son capaces de financiar un alijo tan enorme de cocaína, debe haber una gran organización detrás. Y por lo que yo sé, Colombia es de todas formas una sociedad violenta; no, yo no iría allí de visita. ¿Qué importa? Así pues, Perun ha dado un chivatazo estupendo y a cambio le dejan en paz. Tú y yo salimos con una mano delante y otra detrás.

Más tarde, ese mismo día, busqué en internet más información sobre ese alijo de drogas interceptado. En la prensa belga, en efecto, se había escrito mucho sobre el tema y no sólo porque fue un megahallazgo o porque, tras las amenazas expresadas, la política había empezado a intervenir en el asunto. El hombre en torno al cual todo giraba era una conocida figura de la alta sociedad al que, por lo visto, le gustaba ser el centro de atención; encontré innumerables artículos en revistas del corazón y papel cuché. Un aspecto físico atractivo y deportivo, un hombre de negocios de éxito, casado con una preciosa colombiana y con dos hijos. Pablo Liotto, de treinta y dos años, lo tenía todo en la vida y quería que todo el mundo lo supiera.

La mirada se me quedó clavada en una foto suya y de su mujer. Esa foto sólo podía haberse hecho con una intención: ostentar. De pie al borde de una piscina, la pareja había sido fotografiada de lado, con la mirada vuelta a la cámara. Pablo Liotto sonreía lo más cálida y encantadoramente posible, pero su esposa miraba altiva y parecía segura de que a cualquiera que la mirara no le quedaba más remedio que adorarla. Él estaba detrás de su esposa rodeándole la cintura con los brazos, vestido casi con descuido en pantalón corto, camisa hawaiana y chanclas, pero Conchita Liotto iba «vestida para matar», llevaba un bikini dorado y calzaba zapatos con tacón de aguja y abertura por delante. Las piernas largas y musculosas, nalgas redondas y prietas, un vientre liso, senos turgentes; lo relacioné enseguida con las perfectas formas de las estatuas en el jardín de Dirk Braam.

El éxito de Pablo Liotto había llegado ahora a su fin. Me pregunté qué debía significar quedarse tetrapléjico para alguien tan obsesionado con la belleza y el aspecto exterior. No podía ser nada más que el infierno en la Tierra.

Esa noche soñé que no era Pablo Liotto quien yacía en la cama del hospital, sino yo mismo. A los pies de mi cama estaban Jirka y Otik Perun. Jirka Perun se me acercaba sin decir nada. Yo estaba tetrapléjico y sólo podía seguirle con los ojos. Incapaz de moverme o de pedir ayuda, el miedo me estaba volviendo loco, pero nadie acudía en mi auxilio. Jirka Perun no tenía prisa, deslizó despacio la mano por mi cuerpo hacia arriba, preguntando una y otra vez en voz baja: «¿Sigues sin sentir nada?». Me puso la mano en la entrepierna, sacudió levemente la cabeza y miró a su

hermano, que seguía parado a los pies de la cama con una mueca de burla. Hasta que no me tocó la mejilla, no sentí su roce. Me dio un suave golpecito y dijo: «Y cuando mejores, cuando hayas realizado un ímprobo esfuerzo y te hayas entrenado bien, volveremos». Miró de nuevo a su hermano, en cuya cara apareció la misma mueca burlona. A modo de despedida, me pellizcó la mejilla y dijo: «Espero que vivas muchos años».

Me desperté bañado en sudor. Me sentía totalmente confuso y el corazón me latía incontrolado en la garganta. Para recuperar de nuevo un poco el control, me levanté y recorrí la habitación de un lado a otro. Me bebí un par de vasos de agua y puse la tetera a calentar. Sentado a la mesa de la cocina, con las manos rodeando la taza caliente, me percaté de que no sólo eran esos hombres quienes me infundían miedo, sino la idea de quedarme tetraplégico. Había estado caminando por el borde del precipicio. Lo que le había pasado a ese Pablo Liotto por accidente, los hermanos Perun habían querido hacérmelo a mí deliberadamente. Si ese automovilista no hubiera estado allí, si no hubiera salido en mi defensa en lugar de seguir su camino como habría hecho la mayoría, yo también me habría quedado así. Había sido pura casualidad, la casualidad de que Pablo Liotto yaciera allí así y la misma casualidad de que yo me hubiera librado. Las lágrimas empezaron a brotarme de los ojos.

Cuando conseguí tranquilizarme un poco, me di cuenta de que esto no podía continuar así. Una pesadilla ya era suficiente. Dirigí la mirada hacia la última pila de papeles que me había entregado Rik Kronenberg. Tras haberme insistido mucho, había accedido a ayudarlo, quería hacerlo a distancia y de tal manera que no tuviera que entrar en contacto directo con los hermanos Perun, pero esa postura tan ambigua había llegado a su fin. También ellos debían de tener su punto débil y, si seguía buscando el tiempo suficiente, lo encontraría. Y si no lo encontraba en la montaña de información reunida en esas investigaciones, me pondría yo mismo manos a la obra.

Con este pensamiento me quedé dormido.

A la mañana siguiente llamé a Jaap y quedamos en vernos esa misma noche. Teníamos la costumbre de comer juntos un par de veces al año en mi café habitual, donde también daban comidas. Un plato grande con un pedazo de carne o pescado en el medio, cubiertos por una salsa cualquiera, y un platillo al lado lleno de patatas grandes y una sencilla ensalada de lechuga, tomate, huevo rallado y pipas de girasol. La carta del menú era sencilla y llevaba mucho tiempo siendo la misma, pero los platos de comida, que se preparaban en una pequeña cocina a la vista de los clientes, estaban buenos.

Este sábado por la noche habíamos encontrado una mesa pequeña en el anexo que habían montado de madera. Era a finales de junio y teníamos una fabulosa noche de calor. Las ventanas estaban abiertas de par en par, por lo que la construcción parecía un esqueleto de madera y era como si estuviéramos sentados en la calle. Todas las mesas estaban ocupadas, la mayoría con parejitas que habían salido a cenar de dos en dos o de cuatro en cuatro, y en la barra se veían incluso personas esperando su turno.

Había bullicio, la gente charlaba, comía, bebía y fumaba mucho.

Jaap estaba de un estupendo humor, muy locuaz. Después de que hubieran recogido los platos y hubiéramos pedido el café, hice una observación sobre su estado de ánimo y le pregunté si eso significaba que la situación entre Elzeline y él había mejorado.

—¿Te refieres a si nos hemos puesto de acuerdo sobre el tema de los niños?

—¿No fue esa la razón de la bronca?

—Bronca no es la palabra exacta, pero no nos hemos puesto de acuerdo, no. Lo hemos dejado.

La sorpresa debió de haberseme leído en el rostro, porque respondió riéndose:

—Así pues, ¿durante todo este tiempo que has estado sentado frente a mí creías que iba a ser padre dentro de poco?

—Sí, en realidad sí. ¿Qué ha fallado?

—¿Fallado? No ha fallado nada en absoluto. No quiero tener hijos y punto.

—¿Así de fácil? ¿Te estás tirando un farol?

—No, no fue nada fácil. He pasado noches en vela, e incluso ahora no sé si lo he hecho bien. Lo que sí sé es que, desde que tomé esa decisión, me he quitado un peso de encima. ¿Te sorprende? ¿Te parezco insensible?

—No, no —dije apresurado—, no pienso emitir ningún juicio al respecto, venga ya.

—Al final se creaba mucha tensión cuando estábamos juntos. ¿Sabes qué fue lo decisivo? Durante todo el tiempo de nuestra relación lo importante éramos nosotros dos y ahora, por primera vez, tenía la sensación de que lo importante era ella. En fin, tal vez tenga una recaída, pero ahora predomina el alivio. Tal vez suene muy duro, pero estoy contento de no verme ya sometido a tanta presión. También quisiera olvidarlo todo de momento.

—¿Y ahora estás solo?

La expresión en su cara me resultaba tan conocida que supe la respuesta.

—Así pues, ¿vuelve a ser como antes? Ten cuidado no vayas a dejar a una de esas novias tuyas embarazada sin querer, sería algo muy desagradable.

—Ese es un razonamiento retorcido que sólo tú podías hacer, Jager.

—¿Sí? Bueno, las cosas pueden torcerse.

—¿Ah, sí? Ahora que estamos hablando de mujeres, ¿puedo preguntarte si tienes algo con esa Charlotte? Me pareció que era maja, y atractiva sí que era. ¿Y por qué la he visto sólo una vez?

—Hemos salido un par de veces.

—Sí, ¿y qué pasó? ¿Te has acostado ya con ella?

—¿Qué pregunta es esa? —reaccioné conteniéndole. Ojalá no hubiera empezado a hablar de Elzeline.

—Una muy importante, tú lo sabes muy bien. Bueno, venga: ¿sí o no?

—No.

—Muy bien. ¿Y vas a acostarte?

—Ni idea.

Jaap no se conformó con la respuesta:

—Eso suena como si todavía estuviera todo en el aire. No tendrás dudas de sus sentimientos hacia ti, ¿verdad? ¡Tal como estaba junto a la cama mirándote! ¿Qué más pruebas quieres?

—Esas cosas necesitan tiempo.

—Bueno, en mi opinión lo importante es no dejar que pase su tiempo.

No seguí con el tema, hice una seña al camarero y le dije a Jaap:

—Todavía me molesta la espalda. ¿Pedimos la cuenta y vamos a dar un paseo? Quiero ejercitar la pierna también, luego podemos ir a algún sitio a tomar una copa.

—¿Con ella tienes también estas conversaciones tan buenas? —me preguntó Jaap mientras se ponía en pie meneando la cabeza.

Entre unas cosas y otras, ya se había hecho de noche y salimos paseando del Pijp en dirección al Rivierenbuurt, el barrio de los ríos. Yo iba caminando más despacio de lo normal, pero sin muletas, sólo arrastraba un poco la pierna derecha. Jaap no sabía nada de mi colaboración con Rik Kronenberg y el hecho de que me estaba pasando información confidencial de los expedientes policiales. Seguía buscando una manera de poder pillar a la banda Perun y le pregunté a Jaap por su opinión de manera indirecta. ¿Qué le parecía que las personas que comerciaban con mujeres, que habían asesinado a Nadine Husak y que me habían dado una paliza a mí probablemente no fueran a ser procesadas porque la policía a lo más que llegaba era a incomodarlas? ¿Y qué se podía hacer? Sin detener el paso, me miró un instante con el rabillo del ojo. Quizá pensara que podría esconderse alguna intención oculta tras mi pregunta, pero no entró al trapo. En su lugar, su reacción fue bastante lacónica, casi derrotista:

—Con frecuencia sucede que una investigación no termina en una condena. Hay que poder aceptarlo, de lo contrario en un abrir y cerrar de ojos acabas completamente frustrado y quemado. Yo hago todo lo posible por resolver todos los casos que me asignan, ya lo sabes, pero si no lo consigo, también soy muy capaz de desconectar.

—Para este caso tengo más dificultades, lo comprenderás.

—Sí, lo comprendo, Jager, pero ¿qué puedes hacer tú? La policía judicial les anda pisando los talones a esos peces gordos. Y si no consigue atraparlos, acaban muertos a tiros por gente de su misma calaña. Sólo tienes que ver a Sam Klepper, John Mieremet, Cor van Hout y todos los demás. La primera vez que intentaron liquidar a Cor van Hout fue, por cierto, en este barrio, y aquí, en la Biesboschstraat, atacaron a Steve Brown. En mi opinión, aquí vivía o vive también una de las muchas novias de Willem Endstra.

Se detuvo ante una casa donde era evidente que vivían niños, pues en las baldosas de la acera habían pintarrajeado con tizas de colores, junto a la fachada habían

instalado un arriate en el que lucían las flores en todo su esplendor, a un lado había un pequeño banco de madera y al otro lado de la acera, encadenada a un árbol, una bicicleta con una caja delante para llevar a los niños.

Jaap estuvo observándolo todo durante un instante y dijo:

—No te lo esperarías en un barrio tan tranquilo e impecable donde los niños juegan en la calle.

Habíamos llamado la atención de uno de los habitantes del piso bajo: un joven rubio y alto se levantó de una mesa en el cuarto de atrás y se dirigió a la ventana a través de la habitación que daba a la calle.

—Sigamos andando, Jaap.

Habíamos andado un rato en silencio el uno al lado del otro, cuando Jaap tomó la palabra:

—También tengo muchos otros juicios por asesinato, pero cuando se trata de un asesinato en el circuito criminal, me llama una y otra vez la atención lo vulgar que es el motivo. Casi siempre se trata de dinero. Narcotraficantes que se arrebatan clientes, alijos de drogas que se roban entre sí, diferencias de opinión sobre la cantidad que uno debe pagar al otro. Nadan en dinero, pero esa es la causa de la mayoría de las disputas, parece como si nunca tuvieran suficiente. Y la desconfianza total, porque siempre están intentando engañarse. Todo el tiempo están en una especie de equilibrio inestable que puede ser alterado por lo más mínimo y, de hecho, esas alteraciones se producen continuamente. Tú ahora estás obsesionado con esos hermanos Perun, pero quién sabe, quizá venga luego una banda que quiera tomar a su cargo sus negocios por las buenas o por las malas. Por las buenas será imposible, puedes apostar, pues son demasiado violentos. Hay pocos que envejecen tranquilos. «Quien a hierro mata, a hierro muere», aparece en la Biblia. Tal vez esto te consuele, pero lo mejor que puedes hacer es olvidarlo. —Al no haber reacción por mi parte, detuvo el paso y me miró—: ¿Me oyes, Jager? Déjalo. ¿Quieres que te cuente otra cosa? En el periódico de hoy había un artículo interesante sobre la guerra de Irak. Los norteamericanos han organizado la logística de tal manera que un soldado herido en el campo de batalla puede llegar a la mesa de operaciones en menos de una hora. Es una atroz promesa con la que puede contar cualquier soldado. Para la traumatología parece ser muy importante: en heridas graves esa primera hora es crucial para lo que pasará después. A esa hora la llaman *the golden hour*. Cuando lo leí, pensé enseguida en ti. Tú has tenido suerte dos veces. La primera vez porque intervino alguien, en sí algo no muy habitual en Ámsterdam; la segunda vez porque llegaste a la mesa de operaciones en menos de una hora. En tu caso eso fue muy importante, porque tenías retención de líquidos en el cerebro. ¿Te han contado ya que lo cogieron justo a tiempo? En cualquier caso, a mí sí. Dos veces suerte, Jager.

Aunque sus intenciones eran buenas, yo me enfadé:

—Me doy perfecta cuenta, pero ¿he de comportarme ahora, de repente, como si nada hubiera pasado?

Jaap señaló hacia el cielo oscuro que pendía sobre nuestras cabezas:

—No sé qué habrá escrito para ti en las estrellas, pero un budista como tú debería saber hacer algo con tanta suerte, ¿no? Por lo que a mí respecta, decirle a tu Charlotte que quieres de veras algo con ella. ¿No es una noche de verano estupenda? No permitas que sea yo quien te retenga, me desvaneceré en la noche.

Cuando a eso de las doce estuvimos ante la puerta de mi casa, me alegró que por fin pudiéramos despedirnos. No tenía nada que ver con la compañía de Jaap, al contrario, pero mientras caminábamos fue formándoseme una idea en la cabeza que quería meditar tranquilamente.

La terraza que había en la esquina estaba todavía llena y bajé las ventanas que daban a la calle para aislarme de la algarabía. Me hice una taza de té y estuve reflexionando paso a paso lo que debía hacer para poder ejecutarlo. Desarrollé los detalles sobre el papel, sopesé los diferentes guiones. Cuando me fui a la cama, al cabo de unas horas, ya lo tenía todo planificado con precisión. Sin embargo, no pude conciliar el sueño. No tenía dudas sobre la viabilidad y estaba dispuesto a asumir los riesgos correspondientes; esa no era la razón por la que no quería verme el sueño.

La pregunta que me rondaba todo el tiempo la cabeza y a la que no había encontrado respuesta definitiva no me dejaba en paz: ¿Debía hacerlo? Iba dudando aquí y allá entre el «sí» y el «no». No había nadie a quien pudiera preguntárselo, sólo la idea era ya absurda. Posiblemente unos dirían que «sí», otros que «no», pero la respuesta de alguien que estaba viendo el partido desde la banda carecía de importancia. Sólo había una opinión que contara: la mía.

Por fin me levanté y saqué una moneda del bolsillo de mi pantalón. Si todavía podía caminar por casualidad, entonces bien podía la casualidad determinar lo que iba a hacer. Cara o cruz. Lancé la moneda al aire con el índice y el pulgar, y la atrapé con la palma de una mano sobre el dorso de la otra. Tomé aliento y aparté la mano de arriba. Cuando vi lo que la casualidad había decidido por mí, asentí con la cabeza.

Contuve las ganas de volver a lanzar la moneda y la dejé sobre la mesa.

XXIII

A la mañana siguiente llamé a Rik Kronenberg.

—¿Puedes ayudarme a conseguir las cintas en las que aparecen las dos conversaciones entre Jirka Perun y el hombre al que le da el soplo?

—Pero si ya tienes el texto mecanografiado, ¿no?

—Sí, pero ¿tengo todo? Creo que el agente que lo copió pasó algo por alto.

—No lo entiendo. ¿Qué es lo que dijeron que no aparece en el papel?

—Lo he leído todo y varias veces se indica que no se entiende bien toda la conversación. En unos cuantos casos porque gritaba bastante, pero también simplemente porque no hablaban claro, ruido de fondo, ese tipo de cosas.

Guardó silencio por un momento. Me había esperado esa duda por su parte, pero no pensaba darle más información. Si quería alcanzar mi propósito, no me quedaba más remedio que ser lo más convincente posible.

—Mira, tengo una sospecha. Tal vez me equivoque, pero la única manera de averiguarlo es escuchando esas conversaciones. Y para que todo quede bien clarito: tú fuiste quien me pidió que te ayudara, ¿no? Me lo pediste porque soy bueno en mi trabajo, esas fueron tus palabras. Deja, entonces, que lo haga a mi manera.

—Muy bien, veré qué puedo hacer —tras un breve silencio, sonó poco entusiasta.

En espera de las cintas, dediqué el resto del día a buscar a los hermanos Perun. Cuando estaban en Ámsterdam, se quedaban en diferentes hoteles, pero siempre en los alrededores del territorio donde tenían trabajando a sus chicas. Primero llamé sin éxito a los hoteles donde ya se habían quedado alguna vez. Con la guía telefónica y el mapa de Ámsterdam sobre la mesa, empecé a llamar sistemáticamente a todos los hoteles que se encontraban en el barrio rojo. Me daba cuenta de que, si tenía mala suerte, quizá ya se hubieran ido del país, y cada vez que recibía un «no» por respuesta, preguntaba si tal vez habían hecho alguna reserva. Es posible que Rik Kronenberg pudiera enterarse más rápido de dónde andaban, pero no podía preguntárselo. Si llegaba a concebir la menor sospecha de lo que tenía planeado, podía ir olvidándome de su colaboración, no digamos ya de las cintas. El tiempo en esta ocasión tampoco era importante, pues se me había quitado un peso de encima desde que había tomado la decisión, y tarde o temprano asomarían las narices por algún lado.

Al cabo de menos de una hora de llamadas telefónicas, di en el clavo. La recepcionista de Heart of Amsterdam, un hotel de dos estrellas en el Oudezijds Achterburgwal, me respondió de manera afirmativa; además, estaban almorzando en el hotel en ese momento. Me preguntó si quería que fuera a llamar a alguno de ellos, pero le di las gracias y corté la comunicación.

Rik Kronenberg me dio un CD con parte de las conversaciones pinchadas, muy bien clasificadas por fecha. Busqué las dos que me interesaban y las escuché varias veces para cerciorarme de que no podía existir ninguna duda sobre lo que se estaba

discutiendo entre estas dos personas. El hombre que había llamado a Jirka Perun hablaba flamenco, pero sin ningún rastro de la melodía cantarina y jovial de esa lengua. Sonaba duro e imperativo y estaba claro que, si bien existía un acuerdo entre ambas partes, el hombre anónimo estaba haciendo negocios con Perun mostrando una repugnancia apenas reprimida y bajo el lema «el fin justifica los medios».

Intenté en vano hacer una copia de ambas conversaciones, porque alguien había colocado un dispositivo de protección tal que sólo podían escucharse. Al final, llamé a Nico Opaal, un genio de la informática que en el pasado solía hacer trabajitos para mí. Escuchó mi historia y me dijo que probara unas cuantas cosas, sin resultado. Por último, acordamos que me pasaría por su casa en la Spuistraat. «Con el *software* que tengo aquí estaremos listos en un par de minutos», dijo tranquilo.

En vista de sus actividades, era bastante previsible que los hermanos no se levantaran con el alba. Desayuné a gusto, llamé por teléfono a eso de las nueve al Heart of Amsterdam, pregunté en inglés si ya se habrían levantado y me dijeron que todavía no habían bajado a desayunar.

No mucho más tarde estaba cogiendo el tranvía, me bajé en la parada de los grandes almacenes Bijenkorf, pasé por la comisaría de la Beursstraat y me introduje en una de las angostas callejuelas. Me había estado preguntando cuál sería la mejor manera para esconderme, pero ese problema se solucionó cuando vi que justo enfrente del Heart of Amsterdam, al otro lado del canal, había una tienda de bocadillos. Ante el gran ventanal delantero habían colocado una estrecha mesa alta que ocupaba todo el ancho del ventanal, con taburetes cromados, para que los clientes pudieran mirar afuera mientras tomaban el café y los bocadillos. En el espacio posterior había un par de mesas y, tras haberme pedido un café solo doble y un vaso de agua, me senté en una de ellas, con la intención de ver bien la entrada del hotel sin llamar demasiado la atención. El canal era estrecho y la distancia entre donde yo estaba y la fachada del Heart of Amsterdam era tan pequeña que podía observarlo todo de maravilla.

No tenía ni idea de cuánto tiempo iba a durar, pero dejé el periódico sin leer delante de mí. En su lugar, me puse a mirar todo aquello que pasaba por delante andando o en bicicleta. Era un fabuloso día soleado, con la temperatura ideal para la ciudad, agradable para dar un paseo o sentarse en una terraza sin el bochornoso calor que te hiciera desear huir al campo. Con la excepción de unos cuantos hombres de negocios bien vestidos con traje y corbata, casi todo el mundo llevaba ropa veraniega. Pronto me llamó la atención la gran cantidad de tatuajes en todas esas partes del cuerpo desnudas con este tiempo agradable. Los más codiciados eran las anchas alas abriéndose en abanico en la parte baja de la espalda de las mujeres, justo por encima de la separación de las nalgas y del tanga. Cuando esas espaldas fueran ancianas, resultaría ridículo, pero ahora resultaba de un ordinario que hasta me irritaba. Era esa también la razón por la que me preguntaba si todas las mujeres que pasaban por aquí hacia el barrio rojo serían prostitutas o no. El noventa y nueve por ciento no lo serían,

pero en este entorno yo observaba al cien por ciento con otra mirada.

No salieron hasta eso de las doce. Jirka y Otik Perun estaban acompañados por otros dos hombres blancos, quizá también checos y parte de su clan. Aunque eran algo más bajos que Otik Perun, seguían siendo del tamaño portero de discoteca. No los había visto antes; en cualquier caso, el tercer hombre que me había atacado esa noche no se encontraba entre ellos. Vestían ropa de verano, con una ostentosa que, si no hubiera sabido qué clase de gentuza despiadada eran, tenía algo de ridícula. Los cuatro vestían camisas de manga corta con la parte superior abierta en forma de uve puntiaguda y de una manera tan exagerada que atraía de inmediato la atención hacia las resplandecientes joyas que llevaban colgadas al cuello. También en sus muñecas y en sus dedos centelleaban el oro y la plata excesivos y gruesos relojes se movían sueltos en sus muñecas. Así mostraban esta especie de macarras lo bien cubierto que tenían el riñón. Uno de los hombres tenía el pelo rubio recogido en una cola de caballo, los otros lo llevaban muy pegado y peinado hacia atrás, con tanto gel que resplandecía al sol.

Jirka Perun se detuvo un momento en la acera, miró a su alrededor y se encendió un cigarrillo. Uno de los hombres desconocidos hizo una observación a una chica joven que pasaba por delante, a lo cual los cuatro reaccionaron partiéndose de risa. Abarcando toda la calle, caminaban a sus anchas en dirección al Zeedijk. Tras haber girado, salieron al Nieuwmarkt y, una vez allí, tuve una sospecha razonable de adónde se dirigían. Con la Balanza a su izquierda, cruzaron la plaza y se encaminaron derechos al Lucky Devil, una sala de juegos recreativos y una de las posesiones del grupo Perun en el barrio rojo.

Después de que hubieran entrado, miré a mi alrededor. Aquí tampoco suponía ningún problema esconderse. La plaza del Nieuwmarkt estaba abarrotada, había terrazas bastante llenas por todas partes, la gente compraba en los puestos del mercado, iba por la calle, salía del metro, merodeaba por el puente o estaba sentada en los bancos. Atravesé de nuevo el lugar y me compré un helado en la heladería Tofani. El público del Nieuwmarkt era una mezcolanza de turistas, vecinos, puteros, orientales que venían a comprar en los comercios al por mayor y en las tiendas del barrio chino, drogadictos y pequeños traficantes. En la terraza del café junto al Tofani había un grupo de jóvenes turistas ingleses vocingleros con sus grandes jarras de cerveza. Vientres gordos y desnudos, con la camiseta a la cintura, cabezas rapadas, enormes tatuajes, enfermiza piel macilenta; me pregunté por un instante si el Ajax recibiría tal vez hoy la visita de un oponente inglés. Un par de agentes de la policía iban con casco en sus bicicletas de montaña zigzagueando lentamente por entre el público. Con ese trajín, la presencia de agentes y refuerzos al alcance de la mano en la comisaría de policía aquí, en la misma plaza, no me pareció que hubiera mucho que temer de las personas a las que dentro de poco iba a abordar.

Sin perder de vista la salida del Lucky Devil, fui dándome un paseo. Era la hora del almuerzo, pero la creciente tensión me había quitado el apetito. Me compré una

botella de agua y me la bebí caminando. ¿Habrían entrado para celebrar alguna reunión y me vería obligado a esperarlos durante horas? Al final me senté en un banco no demasiado alejado de la entrada e intenté concentrarme en la respiración, buscando la calma que iba abandonándome poco a poco.

Cuando volví a sentirme un poco mejor, saqué de mi bolsillo la fotocopia con las fotos de Nadine Husak. De nuevo me llamó la atención la mirada huraña e incómoda de sus padres. La indefensión que se desprendía de esa mirada me entristeció. Su hija tenía grandes planes en un mundo donde sus padres no podrían ofrecerle ninguna protección; sólo la idea era ya ridícula.

—¿La está buscando?

El sobresalto me sacó de mis cavilaciones, giré la cabeza y vi cómo a mis espaldas un muchacho de unos diez años estaba mirando la foto con desparpajo por encima de mi hombro.

—¿Por qué lo dices? —pregunté sonriendo.

—Bueno, pues porque tiene una fotocopia de su fotografía. De esas hay en la comisaría de policía, es lo que pasa siempre con las personas desaparecidas. ¿La está buscando? —preguntó de nuevo.

No sabía bien cómo debía continuar con esta conversación, pero en ese momento vi con el rabillo del ojo salir del Lucky Devil a los cuatro hombres.

—Ya no —dije mientras me levantaba.

Me dirigí a ellos de costado y los abordé en el momento en que pasaban por delante de una terraza bastante llena.

—¡Perun!

Me miraron todos a la vez. La pareja desconocida no comprendía nada, pero Jirka y Otik Perun me reconocieron de inmediato. Aunque estábamos ante una terraza muy frecuentada, no tenía ganas de que me acribillaran a tiros por haberles dado un susto. Levanté los brazos al aire con las palmas de las manos abiertas y, a continuación, volví a dejarlos caer. Sin apartar la vista de mí, Jirka Perun les dijo algo a los otros dos hombres, tras lo cual apareció una mirada sorprendida en su rostro.

—¿Qué quieres? —preguntó en alemán.

—Seguridad —respondí en neerlandés y, al igual que ese belga anónimo, no me esforcé en absoluto por hablarle en alemán. Cogí la copia de la foto de Nadine Husak y la desdoblé ante mi pecho—: Vosotros la matasteis a patadas, ¿no?

Jirka Perun y los dos desconocidos miraron rápido a su alrededor. Aunque los clientes de la terraza no podían oírnos, estábamos suficientemente cerca como para llamar la atención si en un momento determinado empezara a pasar algo inesperado. No podía leerles el pensamiento, pero una cosa era segura, esta conversación habrían preferido mantenerla en una calleja oscura. El único que seguía mirándome sin interrupción era Otik Perun.

—Oí que habías tenido un accidente —dijo Jirka Perun ignorando mi observación. Alrededor de su cara se dibujó una mueca burlona—. La policía debería

atrapar a la gente que lo hizo.

—¿Pero vosotros la matasteis a patadas? —pregunté de nuevo.

Otik Perun quiso venir hacia mí, pero su hermano le cogió del brazo, le dijo algo en checo y luego retomó la conversación:

—Veo que sigues cojeando. ¿Te quedarás así para siempre?

Cuando su hermano y los dos desconocidos empezaron a reír por este comentario, la cara de Jirka Perun dibujó también una sonrisa de autosuficiencia.

—Estaba embarazada cuando la pateasteis.

La cara se le volvió a tensar de golpe.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —respondió, pero la ausencia de cualquier tipo de sorpresa o asombro en su rostro era muy significativa—. ¿Qué quieres? —preguntó de nuevo.

—Ya te lo he dicho: seguridad.

Por primera vez me miró con algo más que un interés superficial. Entonces sacudió despacio la cabeza y en señal de que su paciencia se había agotado, dijo:

—¿También tienes la cabeza dañada? No quiero volver a verte, ¿comprendes? Te lo advierto, vete ya, lárgate.

Me quedé donde estaba y me dirigí a Otik Perun.

—¿Fuiste tú quien la mató a coces? —le pregunté—. ¿No eres tú el violador del grupo? Quizá hayas matado también a tu propio hijo.

La cara de Jirka Perun se endureció y Otik Perun miró a su hermano sin entender. Cuando le hubo traducido el significado de mis palabras, la reacción se produjo rapidísimo y esta vez su hermano no le puso ninguna traba.

Otik Perun saltó sobre mí y, como si hubiera estado buscando mi punto débil mientras me había estado mirando, al igual que un depredador, con un movimiento ágil me dio de pronto una patada en la pierna buena desde debajo. Se abalanzó hacia mí, pero fue a dar con el pecho en mi rodilla, que levanté en un acto reflejo. Intentó golpearme la cara con el puño derecho, pero sólo me rozó. Mientras trataba de alejarme de él rodando, vi cómo los otros dos armarios se adelantaban y me cerraban el paso. El único que no hacía nada era Jirka Perun. Ahora había tanto movimiento que habíamos llamado la atención de la terraza y, como si eso no fuera suficiente, empecé a gritar. Jirka Perun llamó a su hermano al orden, pero este estaba fuera de sí y volvió a lanzarse sobre mí. Jirka Perun debió de haber visto con el rabillo del ojo a la policía, porque reconocí esa palabra cuando se la gritó a su hermano, se inclinó con rapidez hacia delante y le sujetó. Al ponernos en pie, allí teníamos ante nosotros, en efecto, a dos agentes de policía, y en un abrir y cerrar de ojos fuimos rodeados por un creciente grupo de caras que miraban con curiosidad desvergonzada.

Probablemente, Jirka Perun le había dado a la pareja que le acompañaba instrucciones de poner pies en polvorosa, porque sólo él, su hermano y yo fuimos llevados a la comisaría de policía. Allí surgió la confusión. En presencia de los hermanos Perun, indiqué que, en lo que a mí respectaba, no había pasado nada y que

no deseaba presentar ninguna denuncia. A la pregunta de cuál había sido el motivo por el que empezamos a pelearnos así, sin más, yo respondí que nos habíamos chocado, sólo eso. Otik Perun no se enteraba de la mayoría, pero su hermano comprendía muy bien la intención de mis palabras. Si estaba sorprendido, no dejó que se apreciara y confirmó también que, por lo que se refería a su hermano y a él, no había pasado nada. Me sonrió, me puso una mano en el hombro y me tendió la otra en un ademán conciliador. Dudé por un momento y tuve que contenerme para no apartarle la mano de golpe, pues a cada fibra de mi cuerpo le repugnaba su contacto. Nos miramos cara a cara, lo suficiente como para ver en nuestros respectivos ojos la misma dura mirada que indicaba que toda esta pompa externa sólo era falsa apariencia y que todavía no se había pronunciado la última palabra. Con toda seguridad, contaba con que en la próxima vez volvería a ser él de nuevo la parte ganadora. La primera vez yo había tenido suerte y siempre llegaría un momento en que bajaría la guardia.

Superé mi repugnancia, respondí a su sonrisa y le di la mano.

Aunque los dos habíamos declarado que queríamos dejarlo así, la policía nos llevó aparte. Se me preguntó expresamente si no estaba presionado o me sentía amenazado. Respondí de manera negativa e insistí en que no había pasado nada. No los convencí del todo, pero se hizo el informe sin ahondar más en el tema. Lo examiné sin profundizar en el contenido y lo firmé. Los hermanos Perun sin duda habrían hecho lo mismo en su deseo de reducir al mínimo el contacto con la policía.

XXIV

A la mañana siguiente cogí el tren muy temprano para llegar al Hospital Universitario de Amberes antes de la hora de visita matinal. Examiné a las tres señoras que había tras el mostrador de información, sopesando cuál me atendería con mayor amabilidad. Me decidí por la más joven del grupo y hacia ella fui.

—Buenos días. ¿Podría decirme en qué habitación se encuentra Pablo Liotto?

No sólo conseguí su atención, sino también la de las dos mujeres mayores que la flanqueaban. Antes de que la muchacha pudiera responder, una de ellas asumió el mando:

—¿Tiene usted permiso de la policía? Sin ese permiso no podrá visitarle.

Las tres me miraron inquisitivas, curiosas por saber quién era yo y cuál era mi relación con el hombre a quien quería visitar. ¿Pertenece también al circuito criminal, era un cómplice, habían visto mi cara en las revistas del corazón?

—No, no lo tengo. ¿Con quién tengo que hablar para arreglarlo? He venido desde los Países Bajos.

La mujer mayor no pudo contener su curiosidad:

—¿Es usted de la prensa?

—No, qué va.

Me pareció que ya había dicho suficiente y mantuve la boca cerrada. Cuando lo hubo comprendido, dijo:

—Preséntese en el mostrador de la cuarta planta, allí podrán ayudarle.

Sentí sus miradas en mi espalda cuando me encaminé a los ascensores.

Ahora que sabía en qué planta podía estar Pablo Liotto, limitando así bastante mi búsqueda, ignoré el mostrador que se encontraba justo enfrente del ascensor. Miré los letreros, me orienté brevemente en el plano de distribución y decidí empezar por el pasillo de mi derecha. La hora de visita se encontraba en su máximo apogeo y pude deambular a mis anchas sin llamar la atención. En todas las habitaciones donde entraba veía a personas rodeando camas, un poco más adelante pasé por una habitación donde los médicos y los enfermeros aprovechaban la hora de visita para hacer una pausa y tomarse juntos un café. Tras deambular un poco, vi al final de un pasillo sin salida la imagen con la que ya contaba.

Ante la habitación que suponía de Pablo Liotto había un agente de policía uniformado sentado junto a la puerta. Sin llamar su atención, me detuve lo suficiente para analizar la situación. No tenía ningún sentido intentar cosas absurdas. Me habría gustado hablar con el mismo Pablo Liotto, pero ahora que esa posibilidad estaba excluida, opté por la alternativa.

En la planta baja saqué un café de una máquina expendedora y encontré un banco fuera, junto a la puerta principal. Al terminar la hora de visita, no salió ninguna Conchita Liotto. Tal vez con ella se hiciera una excepción y pudiera visitar a su esposo durante las horas no estipuladas, quizá no viniera hasta por la tarde o por la

noche, pero venir sí que vendría, y daba por hecho que como hacía poco que su esposo estaba en el hospital, ahora acudiría todos los días.

No sabía si sería tan fiel como Dana Reeve, que había cuidado de su esposo durante nueve años, hasta el momento de su muerte. Esto era algo que también debía de volver loco a Pablo Liotto: «¿Durante cuánto tiempo seguirá viniendo? ¿Qué hará cuando no esté junto a mi cama?». Aparte de lo que significara para él estar encadenado para siempre a la cama y a la silla de ruedas, quizá ni siquiera a esta última, esta era la siguiente consecuencia terrible de su invalidez: lo que hasta hace bien poco había sido una vida en común, ahora iba a convertirse en dos vidas y, en mi opinión, la posibilidad de que en el futuro corrieran paralelas no era muy grande. No si dejás que te fotografíen como lo había hecho ella.

Abandoné pronto mi lugar junto a la entrada, ahuyentado por la procesión de hospitalizados que salían por las puertas, las giratorias y las abiertas de par en par, para disfrutar del sol, tomar un poco de aire fresco o fumarse un cigarrillo. En sillas de ruedas, con muletas, sin piernas, con vendas o con el goteo, sostenidos o impelidos. Obesos o más bien demacrados, viejos y deslucidos, con pálidas caras de hospital, vestidos con camisones, pijamas y albornoces informes, calcetines de tenis con chanclas de baño, medias elásticas. Era como si los personajes apocalípticos de una de las pinturas de El Bosco hubieran salido del lienzo y se hubieran reunido aquí, en la acera, a tomar el sol. Me pareció tan deprimente que me alejé lo máximo que pude sin perder de vista la entrada. Normalmente no me costaba mucho esperar, formaba parte de mi profesión, a menudo procuraba tener a mano algo para leer o escuchaba música. Esta vez, sin embargo, había sido una desgracia, podía apartar la vista, pero la imagen no me abandonaba.

Suspiré aliviado cuando Conchita Liotto apareció alrededor del mediodía. Apenas tuve que esperar y también estaba sola, no iba acompañada de niños, familiares o amigos. Salió por la puerta del aparcamiento, al otro lado de la calle, y se acercó en mi dirección. Seguía siendo tan atractiva como recordaba de la foto, pero iba vestida con mayor austeridad. Con su chaqueta entallada, pantalón formal con un pliegue impecable y correctos zapatos de tacón, iba incluso poco veraniega para este fabuloso día. No quedaba mucho de la mirada altanera y desafiante, su mirada era más bien sombría y reconcentrada. Sin fijarse mucho en nada, pasó deprisa por delante de mí, tan cerca que pude oler su perfume.

Al cabo de menos de dos horas volvía a salir. Yo ya estaba preparado y fui tras ella hasta el aparcamiento. Sacó las llaves del bolso y las dirigió a un reluciente Land Rover. Las luces parpadearon brevemente y el clic del cierre centralizado de las puertas resonó con fuerza dentro del recinto de hormigón.

En el momento en que se disponía a subir al coche, la abordé:

—Señora Liotto.

Se volvió y me examinó con desconfianza.

Me apresuré a tranquilizarla:

—¿Tiene un momento? ¿Quisiera hablar con usted un instante?

Miró rápido a su alrededor por si había gente cerca para acudir a ayudarla en caso necesario, luego volvió a concentrarse en mí.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

El tono de su voz invitaba a poco, pero estábamos conversando y tampoco hacía falta que se alargara. No importaba quién fuera yo y escucharía con creciente interés lo que tenía que decirle.

El resto de la tarde estuve paseando por las callejuelas de Amberes en todas direcciones, sin una meta específica, sólo con el deseo de que la atmósfera de la ciudad vieja penetrara en mí. Estuve considerando la idea de regalarme con una buena comida y luego buscar un hotel, pero la perspectiva de un viaje en tren al anochecer me resultaba más atractiva.

Tenía un compartimento para mí solo. El tren circulaba a velocidad variable por un mundo que, al final de un día tan estupendo, respiraba por doquier eternidad. Un tractor que ascendía por una colina despacio en un paisaje ondulado y a la luz dorada del sol poniente, con un rastro de polvo a sus espaldas que quedaba suspendido inmóvil en el cielo. Pequeñas casas adosadas cuyas fachadas posteriores se encontraban cerca del talud, con construcciones anexas y buhardillas de todas clases y dimensiones, cobertizos desvencijados y pequeños jardines estrechos donde los habitantes hacían barbacoas, bebían cerveza y por donde corrían los niños. Bosques donde dentro de poco enmudecería el canto de las aves y asomarían los animales nocturnos. Un chico y una chica a los que casi podía tocar tal como estaban con sus bicicletas apretadas entre las piernas, cogidos de la mano y esperando ante el paso a nivel.

Iba registrando todo en mi interior, colmado de melancolía. Todo estaba paralizado, tranquilo. Cuando yo ya no existiera, ese sol volvería a pender sobre el paisaje, repitiéndose cada día de nuevo y siempre como si fuera la primera vez. Cuando hubiera transcurrido el tiempo suficiente, nadie me recordaría, al igual que a todos esos hombres que habían vivido antes que yo y a las personas que vendrían después de mí. Todo pasaba, desaparecía en el olvido.

De manera involuntaria, esa idea aligeró también aquello que había hecho ese día. Bien hecho o mal hecho, ¿por qué tendría que permitir que pesara sobre mí? Al final, esta acción también se desvanecería en el tiempo y llegaría a olvidarse.

Mi teléfono sonó poco después de pasar Rotterdam. Era Luz, que me saludaba con una voz nasal. Hablaba nerviosa y apenas habíamos intercambiado un par de palabras cuando casi se asfixió en un acceso de tos.

—Tranquila, tranquila. ¿Estás resfriada? Tienes la voz tomada.

—Estoy griposa. Con este tiempo tan bueno, y yo llevo ya dos días en casa. Pero no te llamo por eso. Acabo de descubrir quién era Diekmann y por qué utilizaba ese pseudónimo de Eterman.

—¿Y bien?

—¿Quieres que vaya a contártelo en persona? No me gusta hacerme la misteriosa, pero es una historia bastante curiosa. Me resulta difícil expresarla con palabras, aquí tengo un texto ante mí que sería mejor que leyeras tú mismo. Si te viene bien, me subo ahora al coche y llegaré dentro de tres cuartos de hora.

—También puedo pasarme yo por tu casa. Ahora estoy en el tren. Dentro de diez minutos llegaré a La Haya, a la estación de Hollands Spoor. ¿No vives por ahí cerca?

—Sí, pero no hace falta que vengas. Prefiero coger el coche.

Sonaba levemente asustada, tal vez no le apeteciera nada recibirme en su domicilio.

—¡Venga ya, mujer, que estoy al lado! Y estás enferma, ¿no? Explícame cómo llegar y en poco más de media hora estaré llamando a tu puerta.

Desde un punto de vista práctico, eso era lo más lógico, pero he de confesar que también sentía curiosidad por ver cómo vivía.

Después de que me hubiera descrito la ruta y estuviera a punto de cortar la comunicación, no pude evitar preguntarle:

—Me habías hablado de un texto que debía leer, ¿qué es?

—Un fragmento de la autobiografía de Marten Toonder. Él, su esposa Phiny y sobre todo su madre conocieron bien a Eterman, y también escribe sobre esa relación.

XXV

Luz Daalhoff vivía en la primera planta de un enorme complejo de viviendas de protección oficial con vistas al aparcamiento de la parte posterior del Bijenkorf. Enfrente de ella, en diagonal, estaban construyendo apartamentos de lujo que contrastaban mucho con los edificios de aspecto sofocante, levantados con hormigón gris. En un intento de romper la monotonía de las fachadas, se habían instalado pequeños balcones de dimensiones demasiado exiguas como para poder sentarse, que se utilizaban como trastero para bolsas de basura y toda clase de enseres superfluos, lo que traía como consecuencia que el conjunto tuviera un aspecto más miserable todavía. En los días en que abrieran las tiendas, probablemente habría un ajetreo importante, pero ahora la calle estaba tranquila, los cierres metálicos de las tiendas estaban bajados y la desnuda superficie de alquitrán del aparcamiento, vacío y cerrado, aumentaba el aspecto desolado de este paisaje urbano.

Dentro no era mucho mejor. El piso era tan pequeño como me suponía y decorado con el mobiliario de madera de pino más barato de Ikea, probablemente comprado todo en un solo día para quitárselo cuanto antes de encima. Después no se había añadido mucho más. Nada de cachivaches, ningún cuadro o póster en las paredes, ningún mueble de diseño, ninguna iluminación ambiental, nada. Casi todo el mundo tenía hoy un suelo de tarima laminada o de madera, pero en casa de Luz había una moqueta barata. Sea como fuere, no había heredado del padre la típica cualidad neerlandesa de prestar mucha atención al interior de las viviendas, y la decoración escasa e impersonal me llevaba a pensar más bien en las casas de vacaciones.

Yo me había apostado en el vano de la puerta de la cocina mientras Luz calentaba agua para el té en un sencillo módulo blanco con fregadero. Parecía enferma pero, como había esperado encontrármela en pijama y albornoz, quedé defraudado. Debí de haberme vestido y maquillado en el tiempo que necesité para llegar a su casa. Me dio una taza y me precedió hasta el cuarto de estar. Nos sentamos a una mesa de comedor que estaba llena de papeles relacionados con el caso Diekmann-Eterman. En un rincón del cuarto había un ventilador que se movía despacio de un lado a otro describiendo un semicírculo, pues incluso a esta hora seguía haciendo un calor bochornoso.

Cogió de la mesa un libro abierto. En la portada había una foto de Marten Toonder caminando por un estrecho sendero mientras ascendía por una colina en lo que yo suponía un paisaje irlandés, donde vivió gran parte de su vida. Era un Marten Toonder de edad avanzada y vestido con ropa de abrigo: una chaqueta gruesa, bufanda y guantes con reborde de piel. Su cabello y patillas blancos, casi plateados, sobresalían de una boina. *Marten Toonder, Autobiografía* aparecía en letras grandes. Sopesé el grueso libro con las manos.

—¿Qué quieres que lea? —pregunté.

—Te lo indicaré ahora mismo, pero antes debo darte un poco de información de

fondo, de lo contrario no podrás situar lo que describe allí.

—Estupendo, empieza.

—Toonder y su esposa Phiny conocieron a Diekmann en la década de los años treinta del siglo pasado. Los presentó Donnars, su cuñado, que pasó una vez por delante de su puerta para venderles un cuadro. Donnars afirmaba que lo había pintado él, pero cuando Diekmann se enteró, se dio a conocer a Toonder y a su esposa como el verdadero artífice del cuadro. Ya en el primer encuentro pidió que le llamaran Eterman, que era el nombre que utilizaba como pintor. Así que, de vez en cuando, le compraban un lienzo. Les gustaba cómo pintaba, pero sobre todo se lo compraban para hacerle un favor, pues llevaba una existencia bastante miserable.

La interrumpí:

—¿Así que era pintor? Pero si en la ficha de identidad ponía restaurador de cuadros, ¿no?

Luz asintió:

—No puedo decir con seguridad que fuera restaurador. Toonder no escribe nada al respecto, pero pintor sí que era, dentro de nada lo verás más claro. Pero déjame antes que te cuente el resto. A través de Toonder, Eterman se hizo amigo después de su madre. El padre de Toonder apenas paraba en casa porque era capitán de la Marina mercante. Su matrimonio no era muy feliz y posiblemente encontrara consuelo en Eterman. Toonder, por lo demás, no se pronuncia sobre si lo que había era más que una mera amistad. En cualquier caso, Eterman era, por lo que cuenta, una persona muy divertida.

Me cogió el libro de las manos, buscó algo y leyó en voz alta: «Sus visitas bastante frecuentes eran siempre especiales porque cada vez mostraba algún que otro talento oculto. Sus poderes telepáticos eran asombrosos y sus premoniciones notables, además de un conocimiento del misticismo muy amplio, aunque intuitivo».

Levantó la mirada y me dijo:

—Y no sólo eso, Toonder escribe también que Eterman se dedicaba a la astrología.

De inmediato me vino a la cabeza el maletín con los pasajes del Apocalipsis de San Juan empaquetados en papel de aluminio, junto con los signos y textos astrológicos.

—Por tanto, el hijo había heredado los genes de su padre.

—¡Exacto! —respondió con voz ronca—. Pero voy a continuar. Durante los años de guerra, Toonder dirigió un estudio de dibujos animados en Ámsterdam y, además, era su propietario. En un determinado momento, llegaron a trabajar allí más de setenta personas, muchas más de las que eran necesarias en realidad. Al ofrecerles Toonder trabajo a esas personas, evitaba que fueran enviadas a Alemania para verse sometidas allí a trabajos forzados en la industria bélica. Además, en ese estudio había una prensa ilegal de donde salía toda clase de impresos prohibidos. Todo esto funcionó sin problemas durante un tiempo, hasta que en el otoño de 1944 Toonder se

quedó sin dinero para pagar a todos esos empleados. Cuando habló con su madre sobre sus preocupaciones y esa necesidad urgente de dinero, esta le sugirió que fuera a La Haya para hablar con Eterman, lo que le sorprendió bastante a Toonder, porque llevaba mucho tiempo sin verlo y, además, le recordaba como una persona de aspecto menesteroso. Dudó que tuviera dinero, pero al final decidió ir.

Volvió a buscar otra página y dijo:

—Adelante, lee tú mismo lo que ocurrió. Es demasiado estrambótico para expresarlo con palabras.

Arrimé la silla a la mesa y empecé a leer.

La última semana de octubre, De Zwaan terminó sus balances y estaba orgulloso con razón, pues había tenido que realizar un minucioso trabajo de reconstrucción, aunque su orgullo se vio disminuido por la situación económica.

—Estamos a dos velas —dijo—. Tom Poes es el único que aporta dinero, pero no es suficiente para pagar a setenta y tres trabajadores. Y el alquiler. Y la luz. De la calefacción ni hablo.

Esa era la noticia que yo había estado temiendo durante todas esas semanas, pero que había apartado de mi mente. Y ahora que se había producido, sólo podía reunir a la gente y decirles que me resultaba un poco engorroso, pero si podían ser tan amables de esperar para recibir sus salarios.

Fueron amables. Uno preguntó cuánto podían tardar en cobrar y el resto me concedió crédito cuando les di un plazo de una semana o así.

Pero después me vine abajo. La comida se hizo más escasa, empezó a hacer más frío, y tras Pelster no había ya ningún asidero. Y justo ahora, ahora que la cosa estaba poniéndose más fea que nunca, debía dejar en la estacada a mis empleados.

Phiny tampoco sabía qué hacer, pero ella se andaba con menos secretismos que yo en ese tipo de dificultades, lo que demostró cuando mi madre me llamó por teléfono una noche, desde Oegstgeest.

—Escucha... —dijo. Ese era su inicio habitual, ni apremiante ni amenazante, sino más bien el consejo de una mujer mayor y más sabia que quiere calmar el llanto de un niño—. Escucha, me he enterado por Phiny de que tienes dificultades económicas. Eso es muy desagradable. Lo he discutido con... Eterman, y enseguida me ha dicho que deberías ir a visitarle. Es una persona muy buena, oye. A mí me ayuda mucho. Yo iría, si fuera tú. Pásate por Oegstgeest y puedes quedarte aquí una noche.

Fue una conversación telefónica muy extraña y los dos nos preguntamos si debía tomármelo en serio o no.

—¡Es una buena excursión! —dijo Phiny preocupada—. Desde luego, está bien que vayas a ver a tu madre, pero ¿qué pinta Eterman allí? ¿En qué podría ayudarte?

Eso también me lo preguntaba yo, por supuesto. Recordaba esa colosal pintura de Homero con el esplendoroso marco que le habíamos comprado por setenta y cinco florines. Ese pobre diablo que nos había enseñado tanto y al que ayudábamos

comprándole sus pinturas por un precio irrisorio... Pero yo tenía tanta confianza en mi madre que decidí ir.

Cuando le conté a Strüwe que debía trasladarme un par de días a La Haya para conseguir algo de dinero, me prestó su bicicleta con ruedas de madera, y tras haber examinado bien mis papeles, el jueves 26 de octubre por la mañana me levanté temprano, me despedí de mi esposa e hijo y me puse en camino (ese día es uno de los pocos que puedo descifrar en mi agenda, pues el resto es un garabato ilegible, con nombres que ya no me dicen nada y que a buen seguro serán falsos).

Circular sobre ruedas de madera no es ningún placer. Todavía recuerdo bien que ya estaba hasta las narices del viajecito cuando había alcanzado la carretera principal hacia Rotterdam y dejé la ciudad a mis espaldas. En aquella época ya era una carretera asfaltada por la que podían desplazarse a gran velocidad las unidades militares que se trasladaban de Ámsterdam a Rotterdam. Para las ruedas de madera era también mucho más cómodo, aunque el pedaleo seguía resultando un trabajo ímprobo. Entonces me llamó la atención lo ancha, lo larga y lo vacía que estaba la carretera. Sobre todo larga. Inconmensurable y derecha como una vela enfilando el horizonte, sin personas o movimiento en ninguna parte. Yo mismo me veía como un personaje de un cuadro de Willink: realismo mágico. O, a decir verdad, más surrealista.

Hay algo desalentador cuando no se tiene ningún punto para calcular la distancia. Es pedalear y pedalear, y nunca cambia nada.

Pero la temperatura era agradable y esa soledad era relajante, se podía pensar. Se trataba sobre todo de pensamientos sobre el pasado, que parecían tan inverosímiles que daban la impresión de ser recuerdos de una vida anterior. Y con ellos vino también una suerte de sentimiento de culpa por haber roto de manera tan radical con ese pasado. Van der Lelie y Levisson, personajes olvidados; el olor del huecograbado y los ojos de Eric Winter; Bram Klein y Eterman. Sí, sobre todo este último, naturalmente.

Él ya decía entonces que estos eran tiempos catastróficos. A un pariente lejano le había dado algunas obras para vender a entusiastas del arte. Esa era la ayuda que él, por razones de karma, podía ofrecer. Nada pecuniario, porque también para él, como artista, no pasaban inadvertidos estos tiempos. Eso decía cuando lo conocimos.

Y ahora yo estaba de viaje porque mi madre pensaba que él podría hacer algo por mí. Surrealista era la única palabra para esta excursión.

Duró mucho, ya no recuerdo cuántas horas estuve pedaleando, pero fueron muchas. Y cuando uno no monta en bici de manera habitual, surgen toda clase de molestias, de manera que llegué bastante destrozado a casa de mi madre.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto y me llamó la atención que tenía mejor aspecto. Había adelgazado y le sentaba bien. También había desaparecido cualquier huella de su extraña vaguedad y de sus alucinaciones, pero justo cuando estaba preguntándome si mi padre tal vez habría

sido el culpable de sus trastornos, empezó a hablar de él.

—Qué terrible lo de tu padre, ¿eh? —me dijo—. Tan enfermo y ahora solo en ese país extraño. Estoy bastante preocupada, mira. No sabemos nada de él, y ahora han empezado a disparar esas desagradables bombas V2. Todo Londres está en llamas. ¿Quieres otra galletita? O mejor no, que vamos a cenar enseguida.

Por otra parte, quería saberlo todo de los niños, y estaba claro que Eiso habría hecho mejor quedándose en Oegstgeest, porque la madre de Phiny era una mujer peculiar.

—Muy diferente de Phiny, ¿a qué sí? Me llama una vez por semana, y es tan compasiva... Ella comprende lo difícil que me resulta.

La señora Wierts era una ayuda enorme para ella. ¡Ay, si no la tuviera! Pero de Eterman no podía contar mucho, sólo que era un gran apoyo espiritual y que la comprendía muy bien. Y cuando pregunté si él estaba bien, se sorprendió.

—Él siempre ha estado bien, ¿no? —preguntó un poco indignada. Yo sí que parecía cansado, opinaba ella, y debía acostarme pronto.

Al día siguiente salí temprano hacia La Haya, y tras buscar y preguntar un poco, llegué a la calle donde él vivía. Una de esas calles aburridas y despobladas que tanto abundan en esta ciudad; y su casa era una que estaba en medio de una hilera muy larga, muy larga. Llamé al timbre y subí la oscura y estrecha escalera que llevaba a la segunda planta. Allí se encontraba Eterman esperándome con una sonrisa y la cabeza echada hacia atrás para mirarme a través de la parte inferior de sus gafas.

—Muy sorprendente —dijo—. El contacto etéreo no ha sido alterado y, sin embargo, estamos rodeados de influencias exteriores de magia negra. Sí, sí, lo veo: su vibración ha sido minimizada por horrores. Entre.

Abrió la puerta de par en par y se apartó a un lado para dejarme pasar. Entonces me hallé en una «suite»: dos salas que estaban separadas por puertas correderas. Habitaciones estrechas con altos techos y sólo una mesa y un par de sillas en la sala que daba a la calle, mientras que el cuarto de atrás estaba vacío. ¡Pero las paredes no!

A la izquierda de la repisa de la chimenea colgaba un cuadro colosal que me pareció un Rubens. Sobre la propia chimenea había un lienzo más pequeño que me resultaba vagamente conocido. Mostraba un hombre anciano con un gran sombrero negro cuya ala arrojaba una profunda sombra sobre su rostro. Pero la luz era asombrosa.

—Un Rembrandt —dijo Eterman—. Seguro: período tardío. Menos rematado. La época de Claudius Civilis, ya sabe.

Y a su derecha colgaba el soberbio rostro de un caballero con un cuello de encaje que clavaba sobre mí su mirada un poco burlona.

—Van Dijck —explicó Eterman—. Un lord inglés.

Me controlé lo suficiente para no quedarme con la boca abierta, pero desde luego que percibió la incrédula sorpresa en mi rostro. Con una fina sonrisa se dirigió a la repisa de la chimenea y de allí cogió unos cuantos papeles que reposaban sobre un

costado.

—Certificaciones de autenticidad —informó—. Mire, aquí tiene una testificación de Bredius. Pero hay más. Confirmaciones evidentes. Estúdielas a sus anchas.

Cogí los documentos y los examiné por encima, pero con respeto. Las firmas me parecieron auténticas, y de eso entendía yo un poco.

Al volver a poner en su sitio el hatillo, mi mirada se detuvo en un recorte de periódico que había debajo de los papeles, y reconocí la foto que aparecía en él: Eterman nos la había mostrado a Van der Lelie y a mí en nuestro primer encuentro. En aquel momento no le presté ninguna atención, porque la pintura del anciano con el gran sombrero negro era más importante.

—Ese Rembrandt —dije— se parece a...

Pero él ya se había vuelto y se dirigía a la otra habitación en busca de cigarrillos. Cigarrillos auténticos que me ofreció para que cogiera, y creo que raras veces disfruté tanto de ese veneno como entonces, después de haber tenido que fumar los Consi, ese sucedáneo de tabaco, y el cultivo propio.

Él también absorbió el humo hacia sus dientes con la misma avidez y, acto seguido, dijo que no quería hastiarme más y que se daba perfecta cuenta de que me quedaba un duro viaje por delante. Mi señora madre le había informado de que tenía algunas intrincaciones pecuniarias, y ahora consideraba un honor poder tenderme la mano. Con cuánta frecuencia habíamos sufragado su arte en el pasado, ¿no es cierto?

Hablando de esta guisa, se dirigió a un armario que había junto a la puerta corredera y, cuando lo abrió, vi muchas baldas, todas ellas repletas de muchos estuches de piel. Cogió uno y me lo entregó.

No sé lo que me había esperado, pero el colosal peso del objeto me sorprendió. Me apresuré a abrirlo y entonces comprendí, de repente, que me encontraba allí con las manos llenas de barras de oro. Lingotes los llaman, creo.

Me quedé sin habla contemplándolos mientras él me miraba por la parte inferior de sus gafas, con una sonrisa de felicidad dibujada en el rostro.

Quise decir algo sin saber qué, pero él se me adelantó.

—No quiero retenerle más —dijo—. ¿Será tan amable de transmitirle mis cumplidos a la señora Phiny? Para ella han sido tiempos onerosos, he oído. Y su estado es aún delicado. Pero su punto nodal de felicidad está favorablemente iluminado por el sol, dígaselo. ¿Y me permite que le desee un buen viaje? Cuando los tiempos sean más propicios, espero que podamos volver a rular como antes. Esos eran buenos tiempos: rular, todo el día rulando.

Hablando de este modo, me condujo a la escalera e hizo un alto allí.

Quise estrecharle la mano, pero retrocedió un paso, levantó los dedos estirados ante su cara y los movió de un lado a otro en una suerte de movimiento en abanico.

—¡Ser libre! —habló en tono imperativo—. ¡Ser totalmente libre!

Descendí por la escalera con cierta torpeza mientras intentaba guardar el pesadísimo estuche en el bolsillo interior de mi chaqueta.

No obtuve ningún éxito, pues en la chaqueta surgió un bulto nada atractivo y, además, era tan pesado que la prenda se combaba por completo. Pero le presté poca atención mientras me subía a la bicicleta de Strüwe. La sensación de que ahora ya no podría ocurrirme nada había suprimido las otras emociones, y dejé la ciudad con una vibración etérea. Ya volvía a estar en la carretera principal, pero su aspecto era muy diferente del de ayer. Era sólo el telón de fondo para una figura mítica que, con un disfraz que no le quedaba nada bien, regresaba a su castillo.

Por supuesto que me intrigaba Eterman, el artista de los misterios. Ya desde el primer día en que entablamos conocimiento, Phiny y yo habíamos tenido la sensación de que las pinturas que le comprábamos no estaban del todo «terminadas». Parecían siempre estudios preliminares, y por su volatilidad iban a parar con toda naturalidad a la escuela impresionista. Y ahora que lo pensaba, sabía por qué ese Rembrandt me resultaba familiar. Nosotros tuvimos un primer esbozo en casa que Phiny no quiso colgar en la pared porque el aspecto del anciano era muy macilento, como un muerto del que hubiera desaparecido todo rastro de vida, pero con la diferencia de que esa vida no había desaparecido, porque nunca la había tenido. Era Adán antes de que el Señor le hubiera soplado en la nariz el aliento de la vida.

Y ahora, en la guerra, Eterman tenía la posibilidad de hacer algo para lo que había estado preparándose durante toda su vida. Creaba Maestros Antiguos; nada de falsificaciones, sino originales, pintados con tintes que él mismo había creado según las recetas de los Antiguos.

Y de repente volví a ver ante mí ese recorte de periódico en la repisa de la chimenea. Aparecía él en una foto mientras estaba pintando el retrato del general del Ejército de Salvación: Bramwell Booth. Ahora sabía quién era en realidad ese anciano que, bajo el nombre de Homero, miraba con tanta amabilidad a las visitas desde la pared en casa de mi madre. Ese Homero no era otro que el general Booth, pintado con la pintura y la pincelada de Rembrandt.

Dejé el libro abierto sobre la mesa con la portada hacia arriba. Luz me miraba, porque me tocaba a mí deducir lo inevitable.

—Era un falsificador. Con el dinero que ganó, ayudó a Marten Toonder, a Charley Toorop y a su hijo Edgar Fernhout. Los cuadros en la lista del maletín de su hijo son falsificaciones que vendió a Donnars durante la guerra.

Yo hablaba despacio, reflexionando al mismo tiempo sobre el significado de todo esto y, sobre todo, pensando en cuáles serían sus consecuencias.

—Sí, así debe de haber sido —dijo Luz—. Quizá «mecenas» ya no sea la palabra correcta, pero Diekmann sí que los ayudó. Su hijo debía de conocer la procedencia del dinero, quizá se enterara por Donnars, su tío. Se avergonzaba y por eso no quería hablar de su padre. Eso fue lo que dijo la señora Heerlien, ¿no?, esa vez que sacó a relucir la muerte de Toonder. Dejó caer que su padre había ayudado a Toonder durante la guerra y que eran amigos. Sin embargo, no quiso seguir hablando del tema.

Guardó silencio un instante para darme la oportunidad de reaccionar.

—Así debe de haber sido, en efecto —dije yo—, pero continúa, termina primero tu historia.

—Donnars fue a ver a Giltaij van Puyvelde antes de su muerte, cuando su cuñado Eterman llevaba ya enterrado mucho tiempo. No sé por qué, quizá para ajustar cuentas, tampoco es que importe, pero debe de haberle contado que esos dos cuadros de Rubens eran falsificaciones. Giltaij van Puyvelde no quiso creerlo al principio, pero Donnars le sugirió que fuera a preguntarle a Toonder si Eterman era un falsificador. Soy incapaz de saber lo que se cocía en la cabeza de Giltaij van Puyvelde, pero debió de producirle una enorme conmoción el descubrir que dos obras de Rubens, que él había analizado y descrito ampliamente y que había recogido en su catálogo, el trabajo de su vida, eran falsificaciones. Una conmoción tan grande que le llevó al suicidio.

Esta vez no aguardó a mi reacción y planteó la pregunta que debía de haberle estado rondando durante todo ese tiempo:

—¿Crees que deberíamos informar al Boijmans? Quiero decir: ¿la prueba es suficientemente convincente?

Había esperado su pregunta, era lógico e inevitable que se llegara a ese punto. Divulgar este descubrimiento sería una recompensa inesperada por todo el tiempo y el esfuerzo que había invertido.

Me puse en pie y fui hacia la ventana. La calle estaba vacía y, a excepción del suave zumbido del ventilador, el silencio era absoluto. El aparcamiento desolado, cuyo alquitrán semejaba el agua oscura y estancada de un pozo profundo, el alto muro sin ventanas detrás, la escalera de incendios que subía zigzagueando a las alturas, la luz de las farolas que incidía en dos contenedores de basura mal colocados... la imagen era otra, pero la atmósfera que evocaba se correspondía con la del cuadro *Nighthawks* de Edward Hopper. El vacío, la quietud en que Luz y yo habíamos sido atrapados por un instante y la sensación de que no había nada que nos uniera realmente, que estábamos solos. A lo sumo habíamos recorrido una parte del camino juntos y, tras lo que acababa de oír, ese camino parecía haber llegado a su fin.

Hasta la fecha, había supuesto que Adriaan debía de haber mencionado el nombre de Eterman en calidad de restaurador de cuadros. Tras lo que acababa de leer, comprendí que también había podido ser en un contexto muy distinto. Adriaan me había contado mucho sobre Van Meegeren, el maestro falsificador que no se había quedado en el anonimato y que poco después del final de la guerra había sido el centro de atención durante un tiempo: el hombre que había estafado a los nazis vendiendo un Vermeer falso a Göring. Toonder describía cómo Eterman le había mostrado una certificación de Bredius. Ese nombre lo conocía también gracias a Adriaan, era un famoso experto en materia de arte y el hombre que adquirió por una suma récord en 1937 para el Boijmans *Los peregrinos de Emaús* y que, según resultó después, era una de las más famosas falsificaciones de Van Meegeren. Bredius

calificó el cuadro como un punto culminante en la obra de Vermeer.

¿Se habían conocido Van Meegeren y Eterman? ¿Estaban al tanto de sus respectivas prácticas? Sí era así, ¿habría dejado caer Van Meegeren a Adriaan alguna vez el nombre de Eterman? Conociendo a Adriaan, en ese caso habría dos posibilidades: o había ocurrido tan de pasada que no volvió a prestarle mayor atención, o lo había hecho pero sin lograr averiguar más sobre Eterman. Ya no podía preguntárselo a Adriaan y en este momento había algo que me inquietaba mucho más.

Me di la vuelta hacia Luz.

—¿Que si creo que debemos informar al Boijmans? —repetí su pregunta—. Al final la decisión es tuya, es tu descubrimiento.

Mi falta de entusiasmo provocó una expresión de decepción en su rostro. Quiso decir algo, pero yo me adelanté:

—Antes de que tomes una decisión, debo mostrarte algo.

XXVI

El patio de la entrada del museo Boijmans Van Beuningen estaba vacío, aparte de una muchacha apostada tras la barra de un bar provisional que esperaba la llegada de clientes. Las sombrillas habían sido desplegadas, pero en las mesas no había nadie y tuve mis dudas de que el resto del día fuera a ser diferente. Hacía demasiado calor para ir a un museo y, además, las innumerables terrazas al borde del agua en la ciudad eran mucho más atractivas. Allí, al menos, el viento procuraba una pizca de frescor y podías disfrutar de bellas vistas en contraposición con la sensación de encierro que proporcionaba este recinto. El «buenos días» con que saludé a la muchacha mientras Luz y yo nos dirigíamos a la entrada sonó con una fuerza insólita, retumbando en el espacio.

Una vez dentro, fui derecho al «Depósito Digital». La colección del museo poseía tantas obras de arte que resultaba imposible exponerlas todas de forma permanente, por eso se había decidido abrir el depósito al público mostrando en una gran sala, con la utilización de técnicas digitales, una selección que cambiaba continuamente. Era una colección abigarrada de obras tanto de arte moderno como antiguo: cuadros, esculturas, una televisión de la década de los años sesenta, un enorme espejo con un marco barroco de plata, una aspiradora, dibujos. Desde el suelo hasta el alto techo había una amalgama de objetos que estaban los unos al lado, debajo y encima de los otros.

Precedí a Luz hasta el lienzo que quería mostrarle. *Los peregrinos de Emaús* colgaba inclinado sobre un cuadro de Rob Scholte. Utilizando una gran pantalla táctil transparente, se proporcionaba información sobre las obras de arte. Invité a Luz a que tocara en la pantalla los contornos de *Los peregrinos de Emaús* y comenzó un relato sobre la historia de esa falsificación en el que incluso se mostraron imágenes en los noticiarios cinematográficos de la época. Podía verse cómo Van Meegeren entraba en la sala de audiencia, cómo realizaba un nuevo cuadro al estilo de Vermeer ante un panel de expertos, para demostrar que de veras era capaz de llevarlo a cabo, y cómo tras su muerte se subastaba el interior de su casa en el Keizersgracht. La gente había estado esperando, haciendo largas colas, para poder echar un vistazo a la vivienda de Van Meegeren durante los días de exposición que precedieron a la subasta.

Al finalizar la presentación, dije:

—Cuando se creía que era un Vermeer auténtico, estaba expuesto en un lugar prominente, pues era la adquisición estrella del museo, pero cuando Van Meegeren confesó que se trataba de una falsificación suya, fue retirado y almacenado, por vergüenza. Hasta 1970 no volvió a aparecer. Por aquella época se llegó al acuerdo de que esa adquisición también era una página, si bien bastante negra, de la historia del museo, y que no debía desvanecerse. Cada cual podía pensar lo que quisiera, que era una pintura bella, una vulgar falsificación, una historia espectacular, la prueba del conocimiento limitado y sobrevalorado de los supuestos expertos. Esa es la historia

resumida, pero ¿a ti qué te parece el cuadro? Tal vez hubiera hecho mejor preguntándotelo antes, entonces habrías podido mirarlo sin prejuicios.

Lo observó con un poco más de atención que con ese vistazo fugaz que le había echado antes y respondió:

—No me dice mucho, no me gusta esta clase de arte antiguo. Me pasaba lo mismo con la pintura de Rubens.

—Puede ser, sobre gustos no hay nada escrito —repuse—. ¿Te parece bien que demos una vuelta?

Era como me lo había contado Luz: *El martirio de San Livinio* estaba allí un poco perdido. Vista la gran cantidad de arte en depósito, el museo debía contemporizar con el espacio, pero me parecía una muestra de poca consideración. Los visitantes pasaban por delante de camino a la siguiente sala casi rozándolo con el hombro, y tenían que detenerse y dar un paso atrás a propósito para poder examinarlo mejor.

Lo observé a mis anchas. Me gustaban las pinturas de ese período, pero en el curso de los años también había aprendido a distinguir muy bien las diferencias de calidad en la obra de los grandes maestros. Resultaba bastante irónico que, si no hubiera sabido que se trataba de una falsificación, lo habría considerado una de las mejores obras de Rubens.

—Me parece bellísimo.

Aunque no había querido sugerir nada con ese comentario, Luz reaccionó alerta:

—¿No lo miras con otros ojos ahora que sabes que probablemente se trate de una falsificación? Es casi seguro, ¿no?

—Sí, ya me lo preguntaste ayer, si la prueba es suficientemente concluyente. En mi opinión, sí. Pero ¿has pensado también qué ocurrirá cuando se conozca que este cuadro es una falsificación?

A pesar de mi tono amistoso, demudó el rostro.

—Primero el revuelo de rigor —continué— y, acto seguido, si el análisis técnico confirma que es cierto, quitarán este lienzo de aquí y desaparecerá en el depósito. Al igual que ha pasado con *Los peregrinos de Emaús*, con suerte volverá a salir de allí para ser expuesto como una rareza, quizá junto con *Las tres cruces*, esa otra falsificación que ahora está en el depósito. Entonces ya dejará de ser arte, a lo sumo el testimonio de una historia extraña.

Luz guardó silencio, insegura de lo que pretendía con mis palabras.

—Giltaij van Puyvelde fue el primero que supo que se trataba de falsificaciones, pero algo le llevó a decidir llevarse el secreto a la tumba.

—Pero eso tiene su explicación, ¿no? —reaccionó ella con vehemencia—. Para sus colegas él era el experto en Rubens. Admitir una equivocación así habría significado un enorme desprestigio. Probablemente no pudiera seguir viviendo con semejante revés en su ego.

—¿Es eso cierto? ¿Cómo puedes estar tan segura de sus motivos? El desprestigio ya no importa tanto si tienes pensado suicidarte, ¿no? ¿No podría ser igual de válido,

y eso es lo que creo yo, que se debatía con la idea de que ese nuevo dato no cambiaba la belleza de esas pinturas, al menos para él? Y si era su ego lo que le hizo callar, ¿no es también el ego lo que te lleva a ti a darlo a conocer? Si es así, puedo asegurarte que toda la publicidad que quizá vaya a caerte encima no va a convertirme al final en una policía mejor. Tú y yo sabemos que has resuelto el caso. Eso era lo que querías, ¿no?

Durante todo el tiempo estuve intentando adoptar adrede un tono amable, pero en el coche no hablamos mucho. Luz tenía la mirada fija en el horizonte y, si se sentía ofendida por mis palabras, este no era el momento para empezar a discutirlo.

Fuimos por la A9 en dirección a Alkmaar y pasamos por el Motel Akersloot. No hacía mucho que había entrado allí al final de un día frustrante, alcanzando por casualidad el primer éxito en mi búsqueda de Nadine Husak. Parecía que había pasado ya una eternidad. La había encontrado y, a continuación, la situación se me había ido por completo de las manos. Esta mañana, el principio de lo que parecía de nuevo un bello día veraniego, me había levantado con planes, con una meta definida, sobre todo hoy, pero para Nadine Husak todo se había terminado; lo definitivo de la situación seguía teniendo algo de irreal.

Un buen trecho antes de llegar a la rotonda de Alkmaar, surgieron los contornos del nuevo estadio del AZ, propiedad de Dick Scheringa. Tomé la carretera de circunvalación en dirección a Hoorn y apenas media hora después ya estábamos en Spanbroek, en el Scheringa Museum voor Realisme. Ya había venido aquí una vez, y ahora mi sorpresa era la misma que entonces al encontrar en este lugar, en un pequeño pueblecillo en el extremo más alejado de Holanda del Norte, una antigua escuela de labores del hogar transformada en un museo de categoría mundial, donde se estaba reuniendo una colección que englobaba pintura tanto del realismo como del realismo mágico, con artistas de la talla de Carel Willink, Pyke Koch, Jan Mankes, René Magritte, Marlene Dumas y dos pintores que me habían traído hoy hasta aquí en compañía de Luz: Charley Toorop y Edgar Fernhout.

—Si hubieras estado mejor de salud, habría dejado el coche en Hoorn y podríamos haber alquilado bicicletas para llegar hasta aquí —dije en un intento de disipar un poco la tensión—, así podría haberte enseñado algo del paisaje de Frisia Occidental. Con este tiempo, podríamos haber hecho un *picnic* en cualquier sitio. ¿Me acompañas?

También había mucha tranquilidad aquí. Precedí a Luz por lo que en un tiempo habían sido aulas, hasta llegar a la sala donde colgaban dos pequeños retratos, el uno al lado del otro, de aproximadamente treinta centímetros por cuarenta.

—El de la izquierda es un autorretrato de Charley Toorop de 1940. A la derecha cuelga un retrato pintado por ella de alguien cuyo nombre conoces. Te topaste con él cuando estuviste buscando información sobre Charley Toorop en la Biblioteca Real y en la Oficina Real de Documentación de Historia del Arte.

Guardé silencio y Luz se inclinó hacia el letrero que había junto al cuadro.

—Señora L. Radermacher Schorer —leyó en voz alta—. Ella y su marido la ayudaron económicamente.

Asentí y dije:

—Exacto. Llegaron incluso a entablar amistad, se hacían visitas y se escribían cartas. Charley Toorop nunca mantuvo en secreto lo agradecida que estaba por la ayuda que le prestaron a ella y en especial a su hijo. El apoyo de este matrimonio no se quedó en el anonimato, pues tampoco era preciso que fuera así. Ven, quiero enseñarte algo más.

Caminé delante de ella para detenerme ante un gran cuadro, de nuevo un autorretrato.

—Edgar Fernhout, casi en carne y hueso, diría yo.

La pintura tenía aproximadamente un metro por dos y fue realizada en 1949-1950. Edgar Fernhout se había representado a sí mismo en tamaño natural y de cuerpo entero, vestido con el largo abrigo marrón que, si nos fijáramos en las manchas de pintura, llevaba mientras estaba trabajando; un pantalón marrón claro, zapatillas desgastadas y en la mano izquierda un pincel fino. De su expresión y de la mirada de sus ojos no podía inferirse ninguna emoción especial. Alegre, seguro de sí mismo, optimista, desde luego que no era todas esas cosas y, aunque los colores del cuadro eran más bien sombríos, ese tampoco parecía ser su estado de ánimo. Más bien neutro, quizá ligeramente indagador. En mi opinión, no era fácil de penetrar. Tras el fallecimiento de su madre, se había trasladado a su vivienda taller «De Vlerken». Obsesionado como estaba por su arte, llevaba una existencia retirada; allí en Bergen le consideraban un ermitaño.

—Mírale bien, este es el hombre que pintó a tu Joannes Mathias Diekmann, alias Eterman. Con esa mano, tal vez con ese pincel incluso. Una sensación extraña, ¿no te parece?

Nos quedamos mirándolo en silencio. Al final, le propuse a Luz que fuéramos a tomar algo en el café del museo.

Cuando llegué con lo que habíamos pedido, vi que Luz se había sentado bajo una gran fotografía de Carl Willink y su excéntrica esposa Mathilde. Se habían hecho inmortalizar al estilo de un retrato oficial.

Antes de que tuviera ocasión de indicárselo y de preguntarle si tal vez después quería pasarse a ver sus cuadros, Luz dijo:

—¿Quieres que lo deje como está? ¿Es eso?

Para mi alivio, no aprecié ningún fatalismo en su voz. No me contentaba con una conformidad en la que no hubiera auténtica convicción, y precisamente por eso la había traído hasta aquí. Si estaba de acuerdo, no debía abrigar sombra alguna de duda.

Asentí y dije:

—Sí. Al igual que Charley Toorop y su hijo. Ellos guardaron silencio.

—Pero ¿por qué? ¿Porque no querían que se lo recordaran?

—Esa puede ser la razón, es cierto. Quizá no querían recordar por más tiempo que precisamente ellos, pintores, artistas, habían permitido una vez que los ayudara un falsificador. Sin duda lo sabían. Un pintor empobrecido, de poco éxito, que de pronto disponía de mucho dinero durante los años de guerra en que el mercado se inundó de falsificaciones. Si no lo habían sospechado entonces, seguro que tendrían que haberse dado cuenta cuando desenmascararon a Van Meegeren después de la guerra. Ese paralelismo sí que tendrían que haberlo visto. Sí, tal vez fuera vergüenza, pero no lo creo. Y desde luego que no por parte de la madre, pues era una mujer bastante poco ortodoxa que no tomaba a nadie en serio. Creo que ella no quiso sacar a Eterman del anonimato a propósito. Por la carta que encontraste, Charley Toorop parece sinceramente agradecida por la ayuda que recibió de Eterman. ¿O no?

Estaba de acuerdo, pero resultaba bien claro que tenía dificultades para admitirlo. Quizá me hubiera pasado al sugerir que el problema se encontraba en su ego y ella creyera de veras que de esta manera el caso no se había cerrado como es debido.

—Toonder sí que escribió sobre Eterman —objetó aún.

—Sí, pero décadas después y sin que se hiciera referencia a pinturas en concreto, ya que es prácticamente imposible encontrarles el rastro. Y también escribe con gratitud sobre Eterman.

—Si lo dejamos así, en el Boijmans tendremos colgada una falsificación.

Le habría podido contar que no debía imaginar el mundo de los museos como algo más bonito de lo que era en realidad y que la belleza de las obras de arte en absoluto tenía que ver con la comercialización de las mismas, donde muchas veces prevalecen el engaño, la hipocresía y la avaricia, que tristemente era un mundo con muy poca capacidad de autolimpieza y que cualquier director de museo al que preguntaras respondería sin pestañear que en su colección no se encontraba ninguna obra de arte falsa o de dudosa procedencia; a lo mejor antes, pero ahora ya no. Para la decisión que Luz debía tomar, sin embargo, todo esto no era relevante.

—Considéralo un homenaje —dije mientras me ponía en pie.

XXVII

Eran alrededor de las diez de la noche y el crepúsculo comenzaba muy cauteloso, apenas perceptible. Charlotte y yo estábamos sentados fuera, en la terraza de mi café habitual. Era como si toda la gente del Pijp hubiera salido a la calle para disfrutar al máximo de un día estival que parecía no llegar nunca a su fin. En nuestra terraza y en la del bar de tapas al otro lado de la calle no quedaba ni una silla libre. La gente estaba sentada en las aceras, charlaba en grupos, con jarras de cerveza y copas de vino en la mano, o pasaba por delante en bicicleta o paseando. El murmullo de voces llenaba las estrechas calles y penetraba por las ventanas abiertas de las viviendas.

—Es extraño, Jager, pero cuando estoy contigo, siempre me viene por un instante a la memoria el recuerdo de mi padre —dijo Charlotte—. Es una sensación muy familiar. Es como si él hubiera tenido algo que ver en que nos conociéramos.

Quién sabe, tal vez fuera así. Las primeras veces que salimos juntos me fastidiaba que las manos gesticulantes de Charlotte atraparan una y otra vez mi mirada. En medio de tantos anillos llamativos, desentonaban las dos sencillas alianzas de oro de sus padres. A mí me llamaron de inmediato la atención y me recordaban de una manera desagradable aquella noche que me despertó con su llamada telefónica, achispada y trastornada porque había descubierto que su padre estaba agonizando y que se lo había ocultado. Yo fui quien, muy a mi pesar, la había puesto sobre la pista, pero si ella ya lo sabía, no parecía echármelo en cara.

—Y eso que yo era el viudo al que debías dejar en paz —respondí.

—Tú ahora eres menos viudo que cuando te conocí.

Se había merecido un sincero «sí» como respuesta. Salir juntos, los abrazos, los besos; yo no sabía bien qué estaba pasando. Tras la muerte de Eileen se produjo un agujero en mi corazón y ahora no sabía qué podía esperarme. Pero era agradable estar con ella.

Sin embargo, esa respuesta tendría que aplazarse hasta una nueva ocasión.

Mientras Charlotte estaba sentada dando la espalda a mi edificio, apenas veinte metros más allá, en medio de todas esas personas que deambulaban o vagabundeaban por la calle vi a Rik Kronenberg que se dirigía apresurado a la puerta de mi casa, llamaba al timbre y miraba hacia arriba.

—Un momento, vuelvo enseguida —le dije a Charlotte levantándome de la silla.

Ella me miró sorprendida y luego giró la cabeza.

—¿No es ese Rik Kronenberg? —preguntó extrañada—. ¿Qué quiere de ti a estas horas?

—Ni idea —respondí—. Vuelvo enseguida.

Hacía más de un mes que no había vuelto a tener noticias de Rik Kronenberg. Al contrario de lo que había respondido a Charlotte, supe a qué venía en el mismo instante en que le vi. Hubiera preferido volverle la espalda, pero sabía que no tenía ningún sentido rehuirle. Fui a su encuentro y, cuando estuve a un par de metros, me

vio. Su cara tenía la consabida expresión huraña. Aunque probablemente a él le importara un pimiento, dolía ver cómo desentonaba entre todas esas caras sonrientes y relajadas.

No era un hombre de cálidas bienvenidas ni de cautelosos preámbulos.

—Tenemos que hablar. Ya sabes de qué.

Sentí la mirada de Charlotte en mi espalda y dije:

—Vamos a dar un paseo, aquí hay demasiada gente.

Doblamos la esquina de la calle y nos encaminamos al Ruysdaelkade. Él se detuvo en la orilla del canal, entre dos coches aparcados.

—¿Este sitio es suficientemente tranquilo? —preguntó.

Se sacó del bolsillo un artículo de periódico y lo desdobló.

—¿Has leído el periódico últimamente? Toma, lee, no te producirá ninguna sorpresa.

Era una noticia breve. En un área de servicio de la autopista A58, junto a Gilze Rijen, se habían encontrado en un coche calcinado los cadáveres de dos hombres sin identificar. La policía tenía indicios de que habían sido asesinados. No debía descartarse un ajuste de cuentas en el circuito criminal.

Cuando hube terminado de leerlo, se lo devolví y me apoyé con los brazos cruzados sobre el lateral de uno de los coches.

—Entre tanto, ya se han identificado los cuerpos: Jirka y Otik Perun. Les quitaron la vida con un disparo en la nuca y después prendieron fuego al coche. Esto no te supondrá ninguna sorpresa, ¿o sí?

—¿Qué quieres? —reaccioné disuasorio.

—Al principio no lo comprendí, estúpido de mí, hasta que me hice una composición de lugar para encajar las posibles razones de ese ajuste de cuentas. Hiciste una copia de esa conversación en la que Perun delataba el transporte de drogas de ese colombiano. Por eso querías tener la cinta y no te conformabas con el informe escrito, así que se la pasaste a los colombianos confiando en que se vengarían. El colombiano se quedó inválido cuando intentaban atraparlo, eso también lo sabes ya, por supuesto.

Para mi sorpresa, seguía muy tranquilo. Me había hecho el firme propósito de callar si alguien me responsabilizaba de lo ocurrido. Ni lo negaría ni lo admitiría y tampoco me defendería. Y, desde luego, no buscaría ningún consentimiento o aprobación. Había llegado el momento. Rik Kronenberg me miraba expectante, pero no había nada que decir. Nada.

—¿Fue así? —pregunté.

—¿Es cierto lo que digo? ¿Sí o no?

—Sí.

De nuevo esperé una reacción enérgica, pero su mirada sombría siguió inmutable. Sólo asintió y se restregó la barbilla despacio.

—¿Quién más lo sabe, además de nosotros dos?

—Nadie.

—Pues debe seguir así. ¿Lo entiendes?

Era una pregunta que no necesitaba respuesta. Yo seguía apoyado contra el coche y me preguntaba qué más quería de mí. No había venido a verme para reñirme o para echarme un sermón, eso ya había quedado claro.

—Ya no puede hacerse nada —dijo y, tras un breve silencio—: Yo estoy por lo menos tan involucrado como tú. Yo fui quien te dio esa cinta.

Por un momento pareció como si estuviera hablando más consigo mismo que conmigo, pero luego volvió a mirarme:

—No declino responsabilidades, quiero que lo sepas. Es una carga que también pesa sobre mis hombros.

—Está bien —respondí—. Como dices, ya no puede hacerse nada.

Ahora que habíamos terminado de hablar, nos quedamos mirando el agua sin saber muy bien cómo despedirnos. Al otro lado, llamó nuestra atención un grupo de turistas que salían del vestíbulo del Museum Quarter Hotel y discutían vocingleros y con muchas risas adónde podían ir.

—Fue cerca de aquí donde te dieron la paliza, ¿no? —preguntó Rik Kronenberg al final.

Hice un gesto con la cabeza en dirección al Rijksmuseum y dije:

—Sí, aquí, en el Ruysdaelkade, un par de cientos de metros más allá.

—Al menos eso sí ha salido bien, por suerte. —Tampoco había olvidado a Nadine Husak. Me tendió la mano y dijo—: Me voy. Tal vez nos encontremos otra vez algún día.

No sonó como si se lo creyera, ni tan siquiera parecía que necesitara un próximo encuentro.

Cuando se hubo alejado unos diez metros de mí, se detuvo y se volvió.

—Tenía un novio.

—¿Qué?

—Por eso quería conservar al niño. No era un chulo nuevo, sino un chico que por lo visto la quería de verdad. Eso debe de haber supuesto un poco de luz para ella, en medio de toda esa miseria. ¿O no?

—Sí —respondí y, después, con mayor convicción—: Sí, debió de ser así.

Por un momento pareció como si quisiera decir algo más, pero tras un breve titubeo inclinó muy brevemente la cabeza, de manera apenas perceptible, y luego volvió a dar media vuelta.

Seguí mirándolo mientras se alejaba en dirección a la Albert Cuypstraat. Entre tanto, ya se había hecho casi de noche y pronto no fue más que una vaga sombra que volvió a iluminarse por un instante a la luz amarillenta de una farola, luego cruzó la calle y desapareció tras un tranvía que pasaba por allí. Se encaminaba hacia un lugar del Ruysdaelkade donde también había prostitutas. Según su jefe, las conocía a todas. Probablemente iría un rato para dejarse ver y mantener una charla con ellas. Si tenían

problemas de verdad, poco podría hacer, pero mejor eso que nada. Sí, siempre era mejor eso que nada.

Charlotte seguía sentada donde la había dejado. Me acerqué a ella por detrás, le puse la mano en el hombro y me senté.

—Perdona por haberte hecho esperar.

—¿Qué quería? —me preguntó de inmediato.

—Vino a contarme que los hermanos Perun han sido asesinados, liquidados.

—¡Vaya, es estupendo, un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar! —fue su reacción espontánea—. Deja que se maten entre ellos. Esa es mi opinión.

Tampoco pensaba hablar con ella del asunto y, para evitar una conversación sobre el tema, pregunté:

—¿Quieres que vaya a buscar algo de beber?

Ya estaba recogiendo nuestros vasos, pero el mío se cayó de la mesa. Con estridente tintineo, los añicos salieron desperdigados al chocar contra el empedrado. Las personas que estaban sentadas a nuestro alrededor se quedaron mirándonos para, acto seguido, continuar tranquilas sus conversaciones. Me miré las manos y comprobé que temblaban sin control. Me agarré al borde de la mesa y apreté lo más fuerte que pude.

—¿Qué pasa, Jager?

—Nada, pronto se me pasará.

Charlotte se inclinó hacia delante e intentó poner sus manos sobre las mías, pero las aparté con un gesto distante. Ella me lanzó una mirada ofendida, pero calló.

Y yo, yo esperé con las manos dobladas entre las rodillas. Estuve así hasta que la tembladera llegó a su fin.

XXVIII

Mucha de la información de este libro está basada en hechos reales, por poco creíbles que a veces pudieran parecer. La realidad resulta una y otra vez mucho más mágica, increíble y a veces, por desgracia, también más amarga de lo que un hombre cabal pudiera imaginar. Un buen ejemplo es que diferentes investigaciones han dado como resultado que, tras la legalización de la prostitución (el levantamiento de la prohibición de burdeles) en el año 2000, sigue habiendo todavía grandes abusos en la parte legal del ramo de la prostitución, precisamente aquella que se supone estrictamente regulada y controlada.

El alcalde de Ámsterdam, Job Cohen, quiere ahora que se realice una revisión de la ley de Burdeles. En opinión del alcalde, la prostitución no ha ido evolucionando hasta convertirse en un ramo saneado de la industria: «La legalización en el 2000 no ha traído lo que muchos esperaban. Todavía se presentan situaciones dolorosas. Es necesaria una evaluación minuciosa y un reajuste de la ley. Lo esencial debe ser prohibir la explotación de las mujeres.» (*NRC Handelsblad*, 21/09/2007.) Joannes Mathias Diekmann, alias Eterman, nació en 1889 (también fue la fecha de nacimiento del famosísimo falsificador neerlandés Han van Meegeren) y falleció en 1955 (el mismo año en que fallecieron también Charley Toorop y D. G. van Beuningen).

El nombre de Eterman aparece varias veces en la magnífica autobiografía de Marten Toonder. El texto recogido en mi libro se encuentra en su segunda parte, *El sonido de flores*. Toonder llegó incluso a inmortalizar a Eterman mediante sus historias de Tom Poes en el personaje del pintor Terpen Tijn, cuyo lenguaje muestra llamativas coincidencias con el Eterman que él había conocido.

La descripción de la visita de Toonder a Eterman, en la que el primero vio las falsificaciones en las paredes y el segundo le entregó a aquel lingotes de oro, llevó a la periodista Lien Heyting a profundizar en este personaje enigmático. Sus hallazgos aparecieron el 31 de diciembre de 1993 en un artículo a toda página del diario *NRC Handelsblad*. A pesar de una minuciosa investigación, incluidas conversaciones con el propio Marten Toonder, hubo de concluir que muchos interrogantes se habían quedado sin resolver. No pudo seguir el rastro ni de los cuadros ni del oro y, en antiguos retratos de familia, los familiares vivos ni siquiera supieron decir con seguridad quién era Eterman. Concluyó su artículo con estas frases: «No he conseguido desentrañar el misterio. Esperemos que haya lectores de este periódico que sí puedan. En ese caso, esta historia continuará».

El misterio seguía sin resolverse cuando en 2005 contacté con ella. Además de examinar su dossier, me dejó leer una carta en la que Marten Toonder respondía a su artículo. Esta carta, del 6 de enero de 1994, termina así: «Él era una persona extraordinaria a la que todavía estoy agradecido por su gesto durante la guerra, y me alegro de haberlo conocido. Y también espero de corazón que usted reciba respuesta a su artículo».

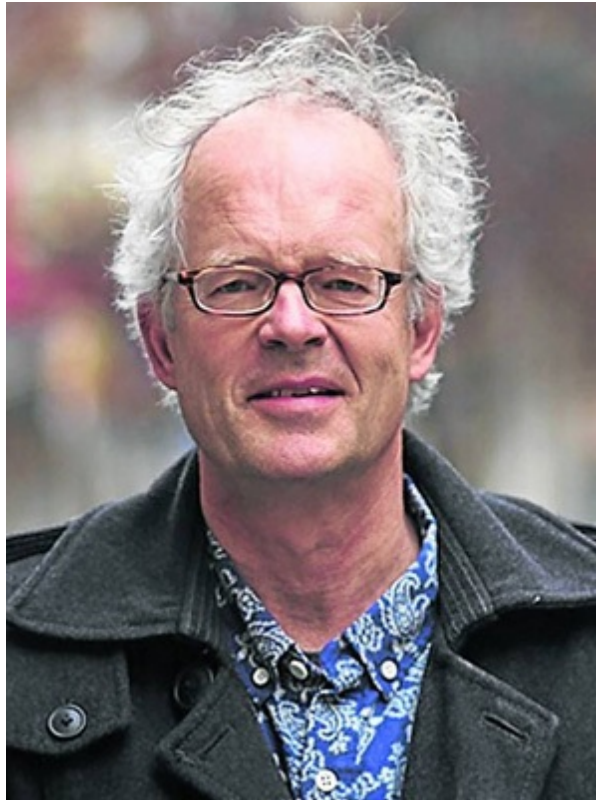
Confío en que Marten Toonder habría sabido valorar la mía.

Por último: en la parte posterior de cada ficha de identidad aparece bajo el epígrafe 26: «Hijos propios y políticos (rellenar sólo en la ficha del cabeza de familia)». En la ficha de Joannes Mathias Diekmann no hay nada escrito en ese lugar. Él y su esposa Leentje Cornelia van der Kwast no tuvieron hijos.

		1) Comp. con acta nacimiento (fecha y parágrafo) N.º 4644 16 diciembre 39		2) Tutor	
3) Apellido	a Diekmann --		4) Nacido el 18 de noviembre de 1889 en ayuntamiento La Haya. pob.	7) Profesión escultor restaurador de cuadros	
	b Joannes Mathias --				5) Nacionalidad neerlandés
8) de Joannes Mathias --		nacido el		en	
de Etermans, Agatha		nacido el		en	
9) Apellido y 10) Nombre	i van der Kwast, Leentje Cornelia		11) 12) Nacida el 20 mayo 91 en La Haya	13) Fecha traducción el 12 junio 40 en La Haya	14) 15) 16) Disolución matrim. el per. en
	ii		el en	el en	el per. en
17) Dado de baja (fecha y ayunt.)					
21) Fecha inscripción	22) Ayunt. y dirección	21) Fecha inscripción	22) Ayunt. y dirección	Fallecido en La Haya el 22 de abril de 1955	
5 enero 37	La Haya V. Brakelstr. 72			***** Exención de datos en virtud del art. 6 del Acuerdo entre el Secretario de Estado del Ministerio del Interior y la dirección de la Fundación de la Ofi- cina Central de Genealogía respecto a la gestión del «archivo central de fallecidos», según las normas fijadas en el cap. 5, art. 53 de la Regula- ción municipal sobre la administración básica de datos personales de septiembre de 1994 (doc. c. 187 de fecha 29 de septiembre de 1994) y por una remuneración como se menciona en el cap. 6, art. 47 de la misma regulación. La entrega de estos datos se realiza de manera personal. No se permite la difusión de los mismos, salvo autorización por escrito. La página posterior sólo se copiará cuando se mencionen en esa página hijos y/o más estuyages.	
15 junio 40	J v Hoornstraat 9				
29 agosto 41	FR 11250				

Fuente: Oficina Central de Genealogía.

En 1938 la Administración empezó a registrar en el marco del padrón de datos personales las llamadas fichas de identidad. Estas fichas las gestionaban los ayuntamientos. Tras el fallecimiento y el estudio estadístico realizado por la Oficina Central de Estadística, la ficha iba a parar a la Oficina Central de Genealogía (CBG) en La Haya.



GAUKE ANDRIESSE. Escritor holandés, nació en Bloemendaal, en 1959. Economista de profesión, es un experto en el mundo del arte.

Trabajó durante diez años en la cordillera andina de Ecuador en proyectos de desarrollo. Desde el año 2000 viaja con regularidad a África para colaborar con instituciones que conceden microcréditos. Su compromiso social queda patente en el aspecto crítico de sus novelas. En 2006 publicó *Las pinturas desaparecidas* (*De verdwenen schilderijen*), donde a través de una trama policial describió de manera magistral el expolio nazi del arte europeo durante la II Guerra Mundial. *Silencio* (*Stilzwijgen*, 2008) es una novela de intriga que nos lleva de los bajos fondos de la prostitución a las altas esferas, no menos reprobables, del mundo del arte. Una denuncia de las trampas legales y la hipocresía social en un nuevo caso del detective Jager Havix en la que, como en toda buena novela del género negro, nada es lo que parece.

Ha recibido el premio De Gouden Strop 2011 a la mejor novela negra holandesa por *Las manos de Kalman Teller* (*De handen van Kalman Teller*) que también tiene como protagonista al detective Jager Havix.

Notas

[1] Jager, el nombre del protagonista, en neerlandés significa, entre otras cosas, «cazador». (N. del T.) <<